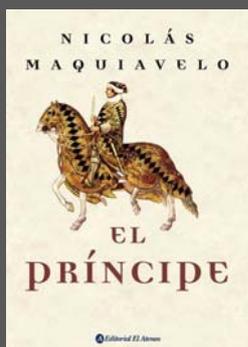


# Hi stori a del Pensami ento Pol í ti co Moderno

Profesor Dr. D. Beni to Sanz Dí az

## Tema 2

El pensami ento  
humani sta-renacenti sta



Ni col ás Maqui avel o  
El Prí nci pe



## Ni col ás Maquiavelo. *El Príncipe*

### Índice

1. Nicolás Maquiavelo (1469-1527). Nicolás Maquiavelo en el contexto político de la época.
2. Maquiavelo, pensador político. El *Galileo de la política*.
3. Maquiavelo y *El príncipe*: mito y realidad. Un libro maldito.
4. Hito y mito de la modernidad.
5. Maquiavelo, notario de la realidad de su tiempo.
6. Lectura para comentario en clase. Citas.

### 1. - Ni col ás Maquiavelo (1469-1527).

Niccolò di Bernardo dei Machiavelli (1469-1527), conocido como Nicolás Maquiavelo, nació en Florencia. Descendía de familia acomodada venida a menos. Recibió una buena educación latina, y leyó a Tito Livio en la propia biblioteca de su padre. Su vida transcurrió en

uno de los períodos de mayor confusión política de Italia, entre continuos enfrentamientos militares e invasiones de los ejércitos franceses y españoles a finales del siglo XV y principios del XVI.

El escritor florentino fue uno de los hombres de su tiempo que con mayor intensidad vivieron el drama de Italia y de toda la Cristiandad. Entre 1498 y 1512 participó activa y directamente en la vida política de Florencia, desempeñando cargos de consejero político y diferentes misiones diplomáticas en circunstancias muy difíciles.

Florencia estaba gobernada por la poderosa e influyente familia de los Médicis. Con la invasión de Italia del ejército de Carlos VIII de Francia, la familia Médicis, tuvo que abandonar Florencia. A los Médicis le sucedió la etapa republicana que dirigió el fraile dominico Girolamo Savonarola (1452-1498), predicador visionario fundamentalista, de espíritu casi protestante, que dirigió una revuelta popular en 1494, expulsó a los Médicis e impuso una efímera teocracia. Savonarola, en el corto espacio de tiempo que gobernó, consiguió enfrentarse a Roma y al Papa valenciano Alejandro VI, de la familia de los Borja de Xàtiva, así como a la mayoría de los ciudadanos influyentes de Florencia. Roma lo excomulgó y lo quemó en la hoguera en la plaza de la Señoría de Florencia.

#### Al servicio de la República.

El 18 de junio de 1498, con veintinueve años, Maquiavelo desempeñará el alto cargo de secretario en la segunda cancillería de Florencia (asuntos exteriores), cargo que será decisivo en su vida pues le permitirá conocer en forma directa, la Europa que se estaba transformando ante sus ojos. El cargo de canciller era técnico, ajeno las luchas de facciones.

Su primera embajada será ante Catalina Sforza. Seguirán dos embajadas en la Francia de Luis XII (1500 y 1510) de donde surgirá su "*Relación de las cosas de Francia*" así como copiosos informes diplomáticos en los cuales se revela como un agudo observador y un profundo analista de su época. Entre ambas, una misión ante el emperador Maximiliano, de la que nacerá su "*Relación de las cosas de Alemania*" (1508).

Mayor impacto aún tendrá su encuentro con César Borgia, que dejaría una profunda huella en su vida y ante el cual cumplió dos difíciles misiones diplomáticas (1502 y 1503). En Cesar Borgia vio audacia, intrepidez, frío cálculo político y una "*perpetua fortuna*" que sabía aprovechar. Fue un encuentro clave para la escritura de *El príncipe*. (Capítulo VII. De los principados nuevos que se adquieren por la fortuna y con las armas ajenas). Desempeñará dos legaciones en Roma, frente a un papado que critica por su avidez territorial. Cumplió más de 40 misiones dentro y fuera de Florencia, durante los 14 años del cargo.

### El escritor y la polémica.

Su pasión por los asuntos estatales queda de manifiesto en obras de contenido histórico, como los *Discursos sobre la Primera Década de Tito Livio* (considerada su obra política más estructurada y madura) o las *Historias florentinas* (donde se reveló como uno de los historiadores más importantes de su tiempo). Igualmente en los relatos de sus experiencias como embajador ante las cortes de Francia y Alemania y en las reflexiones y análisis sobre el arte de gobernar expuestos principalmente en el más conocido (y el más polémico) de sus libros, *El Príncipe* (escrito en 1513, y publicado en 1532, cinco años después de la muerte de su autor), obra que ha ejercido gran influencia en numerosos estadistas y a partir de la cual surgió el mito del *maquiavelismo*.

Frente a la visión parcial y deformada difundida por ese mito, desde hace algunas décadas se ha puesto de relieve la amplitud y modernidad del pensamiento maquiaveliano y sus certeros análisis tanto de los impulsos comunes que mueven a los individuos y a los grupos humanos como de los resortes del poder estatal.

Las obras más importantes de Maquiavelo las escribió como consecuencia de su retiro forzoso de la política, obras que lo hicieron *inmortal*.

### Nicolás Maquiavelo en el contexto político de la época.

Pocos eran los estados y principados que gozaban de un poder relativamente estable en Italia. Faltaba un rey capaz de unir las distintas entidades políticas, como ya sucedía en la España de los Reyes Católicos y después Carlos I, en Francia o en Inglaterra. La única realidad estable de Italia, a final del XV y durante los siglos siguientes –hasta el XIX–, era su debilidad política. La **Italia** del XVI estaba **dividida en pequeños estados**, que giraban en torno a cinco potencias enfrentadas e inestables territorialmente, desde hacia décadas. El norte de Italia había pertenecido al Sacro Imperio Romano Germánico, independizándose del emperador en el s. XIII. El emperador había dado títulos de independencia a los Visconti en Milán, Della Escala en Verona, los Este en Ferrara, Gonzaga en Mantua, etc. En el s. XIV se impusieron gobiernos republicanos en muchas ciudades, que fueron sustituidos paulatinamente por otros de carácter personal vinculados a la burguesía comercial: las ciudades-Estado. Las repúblicas de Venecia y Florencia pasaron a ser regímenes oligárquicos. En la época de Maquiavelo los Estados eran: *El ducado de Milán; la Serenísima República de Venecia; la República de Florencia; los Estados pontificios, la Santa Sede, y el reino de Nápoles* [ver lectura y mapa].

En la política de Italia participarían las dos potencias europeas del momento, **Francia y España**, que convertirían a Italia en su campo de batalla. Consecuencia del enfrentamiento surgiría en Florencia la figura del “*profeta desarmado*”, Savonarola (ver lectura). La Roma de Alejandro VI presentaba un espectáculo de tanta corrupción que los verdaderos católicos se sentían disgustados y ofendidos, a la vez. Es en este contexto donde aparecerán los reformadores y críticos con la Iglesia de Roma, como Lutero en Alemania o Fray Girolamo Savonarola, que predicaba así y proclamaba a Cristo Rey, “*Señor de la Ciudad*”:

*"El escándalo empieza en Roma para difundirse en todo el clero; son peores que los Turcos y los Moros. En Roma todos obtienen beneficios por medio de la simonía. Compran los empleos más altos, para asignarlos a sus hijos o hermanos. Su avaricia es insaciable y no hacen cosas sino por amor del oro. Para tocar las campanas, exigen recibir moneda; participan a los vésperos sólo si se les asegura algún beneficio económico. Un cura o un canónigo que conduzca una vida normal es considerado tonto o hipócrita a tal punto que se dice: ¿Quieres arruinar a tu hijo? ¡Haz de él un cura!"*<sup>1</sup>

En el contexto de la época aparecía la amenaza del imperio otomano, que avanzaba por Europa y que había conquistado Constantinopla en 1453.

---

<sup>1</sup> <http://www.arbil.org/arbi-d83.htm>



### Lectura.- Contexto histórico.

#### Italia en tiempos de Maquiavelo. Un mosaico de Estados

Italia, a diferencia de Alemania —la otra gran unidad cultural pero desmembrada en lo político— no tenía la apariencia de amalgama que el Imperio confería. En la realidad, a pesar de la unidad geográfica italiana, de su supremacía cultural y de una pujanza económica sólo quebrada por la crisis del siglo XIV, era el fraccionamiento en pequeños Estados aglutinados en torno a una ciudad y cuyas disensiones y querellas eran resueltas en frecuentes luchas intestinas a cargo de ejércitos mercenarios al mando de condottieros. En 1454, tras una fase de intensidad bélica, la paz de Lodi intentó establecer un equilibrio en el contexto italiano sobre la base del dominio no hegemónico de cinco Estados: Venecia, Milán, la Santa Sede, Nápoles y Florencia.

- **La República de Florencia.** Siglo XV: inestabilidad institucional, siempre a la búsqueda de un equilibrio entre los intereses aristocráticos y de la burguesía mercantil. Ese fue el objetivo de Cosme de Médicis desde que asumió el poder en 1434 y también la tendencia que mantuvieron sus sucesores Piero (1464-

1469) y Lorenzo el Magnífico (1469-1492).

- **El ducado de Milán:** los Visconti y después la familia Sforza.
- **La Serenísima República de Venecia,** gobernada por una aristocracia.
- **Los Estados pontificios,** la Santa Sede, agregado de pequeños feudos, ciudades y territorios, nominalmente del papa. El fortalecimiento del papado apareció como la tarea urgente a acometer. Serían Alejandro VI (muerto en 1503) y su hijo César Borgia, y Julio II (1503-1513) quienes acometerían decididamente la realización de dicho objetivo.
- **El reino de Nápoles,** al sur, más pobre, disputado por Aragón y Francia y que al principio del XVI pasó a manos de Fernando II de Aragón, el rey católico, de quien se lee en *El príncipe* que Fernando “merece prácticamente la consideración de príncipe”.

## 2. - Maquiavelo, pensador político. El *Galileo de la política*

“El abad Vincenzo Gioberti, filósofo italiano del siglo diecinueve afirmó que Niccolò Maquiavelo había sido en su tiempo el “Galileo de la política” porque su obra marcó para la política una revolución análoga a aquella que Galileo había provocado en la concepción de la política, concebida como ciencia derivada de la observación directa de la realidad efectiva y no por las utopías engendradas por los deseos y las veleidades humanas”. Primo Siena.

En junio de 1498, Maquiavelo entra en la administración de la República de Florencia, que en esa época dirigía el gonfaloniero Pier Soderini, y asume las funciones de segundo canciller encargado tanto de asuntos administrativos y militares como de misiones diplomáticas. Así, durante catorce años Maquiavelo cumplió distintas misiones diplomáticas, siendo por dos veces embajador de Florencia en Roma y representando la República de Florencia por tres veces en la Corte de Francia, donde aprenderá el funcionamiento del poder en los distintos reinos. Será en una embajada en Roma donde conoce a César Borgia, hijo del papa Alejandro VI, que intentaba crear un estado centroitaliano poderoso, en su época de máximo poder, que le servirá como modelo de gobernante en su obra *El Príncipe*.

En 1506, por consejo de Maquiavelo, la República florentina instituye una magistratura para reformar al ejército ciudadano, denominada “*Los Nueve de la Ordenanza y Milicia florentina*”, encomendando su cancellería principal al mismo Maquiavelo en calidad de secretario. Maquiavelo no quería ejércitos mercenarios ni condottieros.

En 1512 los Médicis recuperan el poder en Florencia. Las consecuencias para Maquiavelo son nefastas, por que lo asocian al régimen anterior y de todas sus funciones públicas y lo destierran de Florencia por un año. Después será sospechoso de estar involucrado en una conjura por lo que es encarcelado y torturado. Excarcelado por la amnistía del Papa León X (un Médicis), se retira en su casa de San Casciano, cerca de Florencia, donde hace una vida de aldeano, va a la taberna y se confunde con la gente común. Pero al atardecer regresa a su casa donde, vestido con ropas nobles, medita sobre las obras de los clásicos latinos (César, Cicerón, Ovidio, Tito Livio), lee a Dante y Petrarca, compone sus obras literarias y escribe sus reflexiones políticas.

El destierro a que se ve sometido, y para evitar el peligro del aburrimiento, llevan a Maquiavelo a escribir varias obras: *Sobre el arte de la guerra* (1521), la comedia teatral *La Mandrágora* (1524), *Historias Florentinas* (1525), *Discurso sobre la primera década de Tito Livio* (sobre la *Historia de Roma*), pero será su obra *El Príncipe* la que le garantizara una fama imperecedera en la historia.

*El Príncipe* es una obra escrita ante la imposibilidad de poder ejercer su vocación por la política activa. Le escribe a su amigo Vettori en 1513: "*La fortuna ha dispuesto que yo, no siendo apto para razonar sobre el arte de la seda o de la lana, ni sobre ganancias o pérdidas, sea habilitado para razonar acerca de los asuntos del Estado; por lo que es conveniente que haga voto de callar, o que hable sobre estos asuntos*".<sup>2</sup>

Maquiavelo escribe *El príncipe* para congraciarse con los Médicis, ser útil a Florencia, salir del ostracismo y la pobreza, y recuperar un empleo. Así se lee en la dedicatoria a Lorenzo II de Médici (ver biografía en *Lecturas*):

*"...unos regalan caballos; otros, armas; quiénes, telas de oro; cuáles, piedras preciosas u otros objetos dignos de su grandeza. Por mi parte, queriendo presentar a Vuestra Magnificencia alguna ofrenda o regalo que pudiera demostraros mi rendido acatamiento, no he hallado, entre las cosas que poseo, ninguna que me sea más cara, ni que tenga en más, que mi conocimiento de los mayores y mejores gobernantes que han existido.*

---

El contexto que marca la época en la que vive Maquiavelo condiciona su pensamiento y su obra:

- Presenció el desmoronamiento del sistema político medieval, y el auge del Renacimiento.
- Florencia era una ciudad-Estado gobernada por los Médicis, si bien pasó por la dictadura teocrática de Savonarola (1492-1496), república de Florencia del gonfaloniero Piero Soderini, y la vuelta de los Médicis en 1512.
- Guerras de Italia: 144-1559, entre distintas potencias europeas.
- Cristóbal Colón descubre América en 1492.
- El Papado se había convertido en un reino más, y España presentaba los caracteres (solidez, unidad y organización...) de un Estado Moderno.

En este contexto, Maquiavelo:

- Deja de lado las motivaciones morales, y llega a relegar sus propios ideales.
- Pensamiento social: carencia de teorías grandiosas, pero análisis clarividente de la realidad.
- Su obra está libre de dogmatismos, le interesa saber cómo se consiguen o se pierden las cosas.
- Seculariza el pensamiento político.

---

<sup>2</sup> Niccoló Maquiavelo. *El Galileo de la Política*. Primo Siena. [www.arbil.org](http://www.arbil.org)

### 3. - Maquiavelo y *El príncipe*: mito y realidad. Un libro *mal dicho*.

La opinión mayoritaria de su siglo es de condena: la Iglesia católica, los protestantes, los gobernantes y teóricos del poder político... Se le acusa de *Belicista, anticristiano, inmoral, protofascista, totalitario, Satán, maestro del mal, cínico, preceptor de tiranos...*

Según la Real Academia Española, la palabra “*maquiavélico*” significa: 1. Perteneciente o relativo al maquiavelismo. 2. Que sigue las doctrinas del maquiavelismo. 3. ***Que actúa con astucia y doblez.***

El maquiavelismo no es otra cosa que la doctrina política de Nicolás Maquiavelo, la cual promovía **la razón de Estado** por encima de otra de carácter moral. Para él, los hombres “*son ingratos, volubles. (...) Te ofrecen la sangre, los bienes, la vida y los hijos cuando la necesidad está lejos; pero cuando ésta se te viene encima vuelven la cara*”. Cuando se puso de moda atacar a Maquiavelo para acusarlo de peligroso cínico, Francis Bacon (finales del XVI y principios del XVII) hará el siguiente juicio: “*Estamos muy en deuda con Maquiavelo y otros por decir lo que los hombres hacen y no por lo que deben hacer*”. J. J. Rousseau en *El contrato social*, dice que es “*El libro de los republicanos*”.

El valor intelectual de su obra, considerando la época en que la escribe (comienzos del siglo XVI), es **expulsar de la política toda metafísica** y cortar de una manera radical el vínculo entre la Ciudad de Dios y la Ciudad de los Hombres, pensamiento de san Agustín que había impregnado el pensamiento de la Edad Media.

Lo que es cierto es que al cuestionar la virtud de los gobernantes, en su sentido cristiano (fe en la Iglesia y temor de Dios), su obra fue percibida como un grave peligro para el orden moral y social vigente, donde el gobernante debía ser ejemplo para la comunidad de Dios. Y es que *El príncipe* llegaba a proponer la *violación* de los Diez Mandamientos siempre que fuese útil para los intereses del príncipe o de la mayor parte de los súbditos que regías. A pesar de que inicialmente Clemente VII dio su visto bueno, la Contrarreforma de Trento lo incluyó en el *Índice de libros prohibidos por la Iglesia católica* en 1559. Y lo mismo hicieron las iglesias protestantes.

Sin embargo, muchos expertos consideran el adjetivo como “inexacto” porque no responde con las avanzadas teorías que estableció Maquiavelo, sino que describe las conductas egoístas y pérfidas que eran habituales.

*El príncipe* fue **escrito en lengua vulgar, el italiano (toscano), no en latín**, clave para su difusión en Italia y su rápida popularidad. Un éxito editorial. Analiza los gobiernos de su época, sus acciones, sus políticas: los papas, Cesar Borgia, Luís XII de Francia, Fernando II de Aragón, el emperador Maximiliano... Habla de los *príncipes nuevos*, los que lo consiguen por sus propios medios, no por la sangre.

**Maquiavelo pesimista.-** Maquiavelo es pesimista con respecto al hombre y la condición humana (Capítulo XVII.- *De la crueldad y la compasión; y de si es mejor ser amado que ser temido, o todo lo contrario*), igual que lo había sido san Agustín, y que lo será después Thomas Hobbes. Para él, la política tiene leyes que no coinciden con la moral: ser bueno puede llevar a la ruina de un príncipe y del estado que él gobierna. Señala **Primo Siena** que:

*El espectáculo de una Italia fraccionada en Estados pequeños, regidos por una clase política acostumbrada a riñas internas y a componendas externas, induce en Maquiavelo un pesimismo de fondo que lo estimula a buscar caminos políticos nuevos, partiendo de la experiencia histórica. Sus reflexiones históricas lo van persuadiendo de que la naturaleza humana resta la misma a través del tiempo, porque el ser humano aspira o al poder o a la seguridad y al orden. Por consiguiente, él clasifica la humanidad en dos categorías: la de aquellos que aspiran al poder y son capaces de alcanzarlo y conservarlo; y la de quienes buscan sólo el orden y la seguridad. Los primeros son los “príncipes” y los segundos son los “súbditos”.*

*Convencido además que si no es fácil para un pueblo alcanzar su libertad, más difícil aún es conservarla, el secretario florentino aboga para un nuevo modelo de Estado, gobernado por un príncipe capaz de alcanzar el poder y decidido a mantenerlo; dispuesto por lo tanto a colocarse*

*más allá del bien y del mal; listo entonces a superar o a ignorar hasta el sentido moral, porque su virtud consiste en gobernar al Estado garantizando su libertad e independencia; su deber es mantener el poder para el bien de sus súbditos en contra de todos enemigos; su habilidad es enfrentarse con astucias a las circunstancias adversas que halla fuera de su voluntad.*

*Se trata de una concepción revolucionaria del poder que marca el nacimiento de la ciencia política moderna, asentada sobre el principio que la sociedad civil como el “bien común” coinciden en la existencia del Estado. Por consiguiente el Príncipe (esto es, el estadista moderno) para garantizar el bien común a su pueblo debe estar dispuesto a sacrificar a esta tarea hasta su alma.*

#### 4. - Hi to y mi to de l a modernid ad.

¿Fundador de la Ciencia Política moderna, padre de la Teoría del Estado, ardiente patriota italiano...? Hay opiniones. Estudios actuales insisten en situar a los hombres en su espacio y en su época, evitando distorsiones interesadas.

**¿Fundador de la Ciencia Política moderna?** A pesar de que algunos lo consideran así, otros opinan que no será hasta Thomas Hobbes el que aparezca la Teoría del Estado, en el XVII, al definirse el pacto entre los hombres para evitar guerras civiles (Leviatán, 1651). Según Touchard (204): *“Maquiavelo apenas ve en la política mas que el juego de las voluntades, pasiones, inteligencias individuales”*. Ignora las realidades económicas de su tiempo. Maquiavelo no es el fundador de la Ciencia Política, pues sus escritos están llenos de *“elementos subjetivos, irracionales y de pasión”*.

**¿Padre de la Teoría del Estado?** Hay autores que dicen no. Que se busca legitimar rupturas invocando orígenes remotos. Cada obra tiene su tiempo y esta condicionada por la sociedad en la que se crea, y no se puede extrapolar indiscriminadamente conceptos del XVI a sociedades posteriores, con otras culturas y estructuras. Varios autores han demostrado la imposibilidad de entender correctamente la Edad Media y la Edad Moderna a través de las categorías político-institucionales contemporáneas y de nuestro modelo estatal.

*El príncipe* tiene un contexto y no es válido para otras épocas y culturas. El Estado de Maquiavelo difiere del que se ha denominado como tal en otras épocas. Para Maquiavelo no hay Estado sino Estados: de príncipes laicos o eclesiásticos, barones, repúblicas. El Estado en las monarquías europeas renacentistas tenían ciertas prácticas e instituciones comunes: ejército permanente, burocracia, fiscalidad, la diplomacia, y el dirigismo de la economía.

**Patriota italiano.-** En la Italia del XIX lo consideraron patriota italiano, y consideraron a Maquiavelo profeta de la unidad italiana. En el [capítulo XXVI, Exhortación para librar a Italia de los bárbaros](#), hace una llamada a los Médicis:

*“Después de tantos años de expectación inquietante, Italia espera que aparezca, al fin, su redentor en el tiempo presente. No puedo expresar con cuánta fe, con cuánto amor, con cuánta piedad, con cuántas lágrimas de alegría será recibido en todas las provincias que han sufrido los desmanes de los extranjeros. ¿Qué puertas estarían cerradas para él? ¿Qué pueblos le negarían la obediencia? ¿Qué italiano no le seguiría? Todos se hallan cansados de la dominación bárbara. Acepte, pues, vuestra ilustre casa este proyecto de restauración nacional con la audacia y con la confianza que infunden las empresas legítimas, a fin de que la patria se reúna bajo vuestras banderas...”*

Esto fue invocado en el *Risorgimento* para fundar un Estado-nación italiano. Se buscaba dar legitimidad histórica a la aspiración unitaria. Sería un rey dinástico –no un príncipe nuevo–, quien unificaría Italia al ocupar Roma en 1870.

Se discute sobre la invocación a Maquiavelo en la unificación de Italia, pues este no propone una unificación permanente bajo ningún ni único jefe, pues era ante todo florentino, y aspiraba a la expulsión de los extranjeros y a crear una señoría centro italiana dirigida por Florencia.

## 5. - Maquiavelo, notario de la realidad de su tiempo.

Cesena, ciudad italiana de la Emilia-Romagna. La plaza del mercado está tranquila, pero en el centro a, un espectáculo terrible se ofrece a los ojos de los ciudadanos. Allí yace muerto el antiguo gobernador Ramiro d'Orco. Junto a él, un cuchillo ensangrentado con el que han cortado su cuerpo en dos. El que hasta el día anterior gobernaba en nombre de Cesar Borgia ha sido asesinado por orden suya. Maquiavelo lo cuenta así:

No bien ocupó la Romaña, la halló mandada por señores inhábiles, que más habían despojado que corregido a sus gobernados y que más habían dado motivo a desuniones que a convergencias, por lo que en la provincia abundan los latrocinios, las contiendas y todo linaje de desórdenes. Para remediar tamaños males estableció en ella la paz, la hizo obediente a su príncipe, le impuso un Gobierno vigoroso, y envió allí por presidente a Ramiro d'Orco, hombre severo y expeditivo, en quien delegó una autoridad casi ilimitada, y que en poco tiempo restableció el sosiego en la comarca, reconcilió a los ciudadanos divididos y proporcionó al duque una grande consideración. Más tarde, empero, juzgó el duque que la desmesurada potestad de Ramiro no convenía allí ya, y temiendo que se tornara muy odiosa, erigió en el centro de la provincia un tribunal civil, presidido por un sujeto excelente, y en el que cada ciudad tenía su defensor. Le constaba, además, que los rigores ejercidos por Orco habían engendrado contra su propia persona sentimientos hostiles. Para desterrarlos del corazón de sus pueblos y ganarse la plena confianza de éstos, trató de persuadirles de que no debían imputársele a él aquellos rigores, sino al genio duro de su ministro. Y para acabar de convencerles de ello determinó castigar al último, y una mañana mandó dividirlo en dos pedazos y mostrarle así hendido en la plaza pública de Cesena, con un cuchillo ensangrentado y un tajo de madera al lado. La ferocidad de espectáculo tan horrendo hizo que sus pueblos quedaran por algún tiempo tan satisfechos como atónitos.

### Capítulo VII. De los principados nuevos que se adquieren por la fortuna y con las armas ajenas.

Esta acción ha sido ordenada por el duque de Valentinois, César Borgia. Él había nombrado a Ramiro d'Orco como gobernador en un momento en que el ducado resultaba prácticamente ingobernable a causa de los levantamientos populares, y este había conseguido restablecer la paz y el orden en *"poco tiempo, si bien de una forma tan brutal como para atraer sobre sí el odio de toda la población. Borgia había advertido, entonces, que el pueblo pronto comenzaría a detestarle tanto como a De Orco, a menos que lograra deshacerse de él. Y quiso que la acción sirviera de ejemplo: hizo asesinar a De Orco pública y espantosamente. Esta muerte impresionó a la población, que reaccionó con una mezcla de desagravio y reverencia por Borgia"* [Zschirnt. 84].

Maquiavelo describe la realidad de su época, la que vive. En su dedicatoria a Lorenzo de Médicis afirma que lo escribe para dar a conocer *"...las acciones de los grandes hombres"*, y para instruir a un caudillo capaz de expulsar a los extranjeros de Italia. Por eso, en el capítulo XV dice:

*"Siendo mi fin hacer indicaciones útiles para quienes las comprendan, he tenido por más conducente a este fin seguir en el asunto la verdad real, y no los desvaríos de la imaginación, porque muchos concibieron repúblicas y principados, que jamás vieron, y que sólo existían en su fantasía acalorada. Hay tanta distancia entre saber cómo viven los hombres, y cómo debieran vivir... Por eso es necesario que un príncipe que desee mantenerse en su reino, aprenda a no ser bueno en ciertos casos, y a servirse o no servirse de su bondad, según que las circunstancias lo exijan.*

Nos descubre la diferencia entre la teoría del gobierno -sujeta a la moral cristiana-, y la realidad, donde se prescinde de la ética y solo su juzga el resultado final: el éxito o el fracaso. Así dice de Alejandro VI, el papa Borgia que:

*El papa Alejandro VI no hizo jamás otra cosa que engañar a sus prójimos, pensando incesantemente en los medios de inducirles a error y encontró siempre ocasiones de poderlo hacer. No hubo nunca nadie que conociera mejor el arte de las protestas persuasivas ni que*

*afirmara una cosa con juramentos más respetables, ni que a la vez cumpliera menos lo que había prometido. A pesar de que todos le consideraban como un trapacero, sus engaños le salían siempre al tenor de sus designios, porque, con sus estratagemas, sabía dirigir a los hombres.*

La religión se convierte en un recurso táctico al servicio del mantenimiento del poder, algo escandaloso de manifestar en la época. Maquiavelo es un rupturista; vive el Renacimiento, una cultura antropocéntrica italiana, donde se desarrolló el capitalismo en las ciudades, en un mundo que se seculariza, y que cree en el esfuerzo y en su destino. Esta lejos del poder de la Inquisición.

Giovanni Papini señala que:

*“Su gran culpa fueron su franqueza y valentía, virtudes que tienen un valor moral, bien superior al que se encuentra en los librillos de ética para las escuelas y en los sermones untuosos de los filósofos. La verdad es siempre libertadora y era preciso un toscano del siglo XVI, agudo y sin prejuicios, para decirla clara y desnuda... Que él aspiraba a una especie de ciudad perfecta, habitada por un pueblo libre y virtuoso, sin amos ni tiranos, sin sectas ni batallas, se ve en muchos pasos de sus obras; pero, ¿es preciso acusarle porque tuvo el buen sentido de comprender que la república de Platón estaba más bien lejana y que César Borgia se hallaba cerca?”.* [P. Siena].

**Concluye que la concentración del poder es el objetivo de los príncipes.** *El Príncipe* describe el método por el cual un gobernante puede **conquistar, mantener y ampliar el poder político**. El príncipe debe ser hábil y astuto, debe ejercer, cuando sea necesario, la violencia, debe saber halagar a las multitudes para manejarlas mejor, debe pasar siempre por encima de los demás poderes, incluyendo el poder espiritual de la Iglesia. El príncipe se halla “*más allá del bien y del mal*” (más allá de la moral). Su objetivo es mantener el poder contra todos los enemigos, y éste fin justifica cualquier medio. Según Maquiavelo hay que colocar siempre, en primer lugar, los intereses del Estado. La *razón de estado* justifica que, en muchas ocasiones, sea necesario utilizar medios malos o actuar en contra de la moral e incluso de la religión que se profesa. El Estado sólo puede contar con sus propios recursos: la ley, la astucia y sobre todo la fuerza. Introdujo una propuesta revolucionaria: desvincular la política y el poder de la moral.

## Maquiavelo seculariza el pensamiento político.

Maquiavelo **sentó algunas bases de la teoría política, y es –para algunos- precursor de la Ciencia Política**. ¿Por qué? Porque observa el hecho político y lo estudia aisladamente y como objeto propio de una investigación.

*El Príncipe* (escrito en 1513 y publicado en 1532) no es un tratado de filosofía política, porque Maquiavelo no se pregunta por el mejor gobierno o por el concepto de Poder y de Estado en general, sino que **piensa y aconseja sobre la realidad del ejercicio del poder a partir de la situación italiana**, partiendo de la solidez de «Estados nacionales» como Francia y Aragón (Fernando II) para que el soberano sepa imponer el orden y crear un Estado estable.

La doctrina de Maquiavelo ha sido resumida en la fórmula «*el fin justifica los medios*», fórmula que no hace justicia a la talla efectiva de su pensamiento, aunque sirvió de lección política.

Abomina del feudalismo. Con Maquiavelo **el pensamiento político se seculariza**, no sólo porque **detesta el gobierno de los sacerdotes y quiere un Estado laico**, sino porque cree que la religión debe ser un instrumento en manos del propio Estado para el ejercicio del poder y como elemento de cohesión social: para él, Dios y la religión “*tienen demasiada fuerza sobre el espíritu de los necios*”. Todo eso ha de ser aprovechado por el soberano. Al igual que, en política exterior, el Estado ha de tender a extenderse y para eso ha de ser astuto y fuerte, a través de la creación de ejércitos permanentes.

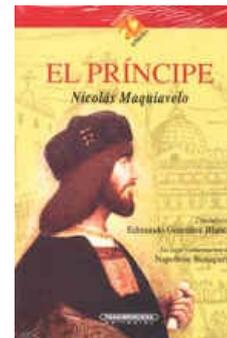
## “El fin justifica los medios”

Maquiavelo siempre será recordado por la frase: “*El fin justifica los medios*”, pero es discutible porque **no aparece registrada en ninguna de sus obras**. Según algunos historiadores, la verdadera es “*...haga, pues, para vencer y mantener, y los medios que utilice siempre serán considerados honrados y serán alabados por todos...*”, pero con el paso de los años se tergiversó su significado entre las personas.



### Capítulo XVIII.- De que modo deben guardar los príncipes la fe prometida

En las acciones de todos los hombres, pero particularmente en las de los príncipes, contra los que no cabe recurso de apelación, se considera simplemente el fin que llevan. Dedíquese, pues, el príncipe a superar siempre las dificultades y a conservar su Estado. **Si logra con acierto su fin se tendrán por honrosos los medios conducentes al mismo**, pues el vulgo se paga únicamente de exterioridades y se deja seducir por el éxito. [1] Y como el vulgo es lo que más abunda en las sociedades, los escasos espíritus clarividentes que existen no exteriorizan lo que vislumbran hasta que la inmensa legión de los torpes no sabe ya a qué atenerse. En nuestra edad vive un príncipe que nunca predica más que paz, ni habla más que de buena fe, y que, de haber observado una y otra, hubiera perdido la estimación que se le profesa, y habría visto arrebatados más de una vez sus dominios. Pero creo que no conviene nombrarle. [2]



[1] Este es el famoso pasaje que dio lugar a la posterior interpretación resumida en el apotegma de “el fin justifica los medios”. Leyendo con atención se comprende, sin embargo, que es el logro de los fines – es decir: el éxito (y no los fines en si mismos) – lo que permite al príncipe justificar los medios empleados.

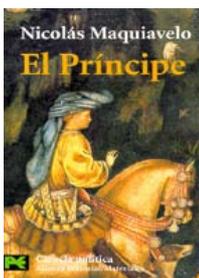
[2] La alusión es a Fernando el Católico, un monarca destacado por su perfidia y su mala fe

## Citas

### *El Príncipe*. Nicolás Maquiavelo

#### La venganza

A los hombres se les ha de mirar o aplastar, pues se vengan de las ofensas ligeras ya que de las graves no puede: la afrenta que se hace a un hombre debe ser, por tanto, tal que no haya ocasión de temer su venganza.



#### Naturaleza humana

Se puede decir de los hombres lo siguiente: son ingratos, volubles, simulan lo que no son y disimulan lo que son, huyen del peligro, están ávidos de ganancia; y mientras les haces favores son todos tuyos, te ofrecen la sangre, los bienes, la vida y los hijos cuando la necesidad está lejos; pero cuando ésta se viene encima vuelven la cara. Los hombres olvidan con mayor rapidez la muerte de su padre que la pérdida de su patrimonio.

#### Castigos

Con poquísimos castigos ejemplares será más clemente que aquellos otros que, por excesiva clemencia, permiten que los desórdenes continúen, de lo cual surgen siempre asesinatos y rapiñas.

#### Evitar el odio del pueblo

El príncipe debe hacerse temer de manera que si le es imposible ganarse el amor del pueblo consiga evitar el odio, porque puede combinarse perfectamente el ser temido y el no ser odiado. El príncipe debe evitar todo aquello que lo pueda hacer odioso o despreciado.

#### Fidelidad a la palabra dada

No puede un señor prudente -ni debe- guardar fidelidad a su palabra cuando tal fidelidad se vuelve en contra suya y han desaparecido los motivos que determinaron su promesa. Si los hombres fueran todos buenos, este precepto no sería correcto, pero- puesto que son malos y no te guardarían a ti su palabra- tú tampoco tienes por que guardarles la tuya.

### **Elección y manejo de consejeros**

No hay otro medio de defenderse de las adulaciones que hacer comprender a los hombres que no te ofenden si te dicen la verdad; pero cuando todo el mundo puede decírtela te falta el respeto. Un príncipe prudente se procura un tercer procedimiento: elige hombres sensatos y otorga solamente a ellos la libertad de decirle la verdad, y únicamente en aquellas cosas de las que les pregunta y no de ninguna otra.

### **Simular y disimular**

Es necesario ser un gran simulador y disimulador: y los hombres son tan simples y se someten hasta tal punto a las necesidades presentes que el que engaña encontrará siempre quien se deje engañar. Cada uno ve lo que parece, pero pocos palpan lo que eres. La poca prudencia de los hombres impulsa a comenzar una cosa y, por las ventajas inmediatas que ella procura, no se percatan del veneno que por debajo está escondido.

### **Cualidades del Príncipe**

De ciertas cualidades que el príncipe pudiera tener, incluso me atreveré a decir que si se las tiene y se las observa siempre son perjudiciales, pero sí aparenta tenerlas son útiles; por ejemplo: parecer clemente, leal, humano, íntegro, devoto, y serlo, pero tener el ánimo predispuesto de tal manera que si es necesario no serlo, puedas y sepas adoptar la cualidad contraria.

Todos ven lo que tú aparentas; pocos advierten lo que eres.

Los hombres ofenden antes al que aman que al que temen.

Todos los Estados están bien gobernados y todos los príncipes inteligentes han tenido cuidado de no reducir a la nobleza a la desesperación, ni al pueblo al descontento

Vale más hacer y arrepentirse que no hacer y arrepentirse

En todas las cosas humanas, cuando se examinan de cerca, se demuestra que no pueden apartarse los obstáculos sin que de ellos surjan otros

La naturaleza de los hombres soberbios y viles es mostrarse insolentes en la prosperidad y abyectos y humildes en la adversidad

El que quiere ser tirano y no mata a Bruto y el que quiere establecer un Estado libre y no mata a los hijos de Bruto, sólo por breve tiempo conservará su obra

### **Delegar las medidas impopulares**

Los príncipes deben ejecutar a través de otros las medidas que puedan acarrearle odio y ejecutar por sí mismo aquellas que le reportan el favor de los súbditos. Debe estimar a los nobles, pero no hacerse odiar del pueblo.

### **Alianzas**

Hay que guardarse de entablar una alianza con alguien más poderoso que tú para atacar a otros, a no ser que te veas forzado a ello. La razón es que en caso de victoria te haces su prisionero y los príncipes deben evitar en la medida de lo posible el estar a discreción de los demás. También se adquiere prestigio cuando se es un verdadero amigo y un verdadero enemigo, es decir, cuando se pone resueltamente en favor de alguien contra algún otro. Esta forma de actuar es siempre más útil que permanecer neutral, porque cuando dos estados vecinos entran en guerra, como son de tales características que si vence uno de ellos haya de temer al vencedor. El vencedor no quiere amigos dudosos que no lo defiendan en la adversidad; el derrotado no te concede refugio por no haber querido compartir su suerte con las armas en la mano.

### **Cuando iniciar el combate**

No se debe jamás permitir que se continúe con problemas para evitar una guerra porque no se la evita, sino que se la retrasa con desventaja tuya.

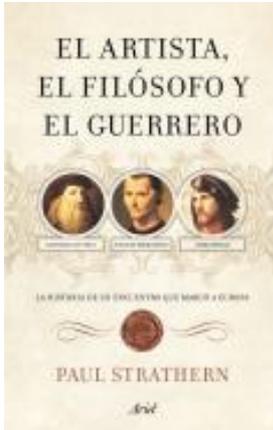
### **Las injusticias y los favores**

Las injusticias se deben hacer todas a la vez a fin de que, por probarlas menos, hagan menos daño, mientras que los favores se deben hacer poco a poco con el objetivo de que se aprecien mejor. Los hombres, cuando reciben el bien de quien esperaban iba a causarles mal, se sienten más obligados con quien ha resultado ser su benefactor, el pueblo le cobra así un afecto mayor que si hubiera sido conducido al Principado con su apoyo.

### **Prestigio**

Ayuda también bastante dar ejemplos sorprendentes en su administración de los asuntos interiores, de forma que cuando algún subordinado lleve a cabo alguna acción extraordinaria (buena o mala), se adopte un premio o un castigo que de suficiente motivo para que se hable de él. Hay que ingeniárselas, por encima de todo, para que cada una de nuestras acciones nos proporcionen fama de hombres grandes y de ingenio excelente. Hay muchas gentes que estiman que un príncipe sabio debe, cuando tenga la oportunidad, fomentarse con astucia alguna oposición a fin de que una vez vencida brille a mayor altura su grandeza.

## *El artista, el filósofo y el guerrero. La historia de un encuentro que marcó a Europa*



### Sinopsis

En el otoño de 1502, **Leonardo da Vinci**, **Nicolás Maquiavelo** y **César Borgia** viajaron juntos por las montañas, los pueblos remotos y las ciudades de la Romagna italiana participando en la campaña militar más incierta de la época. El artista, el filósofo y el guerrero es una descripción vívida y fascinante de una época de enorme importancia y considerable peligro, no sólo por los propios protagonistas sino por el país que estaban ayudando a construir.

**Borgia** se ha convertido en sinónimo de actos brutales e inhumanos, con la sospecha añadida de incesto con su conocida hermana Lucrecia, descrito como un salvaje cuyos ojos estaban fijos en la recompensa de su propio reino -una región en la que no tendría rival. No obstante, era un salvaje culto y un estratega inigualable, que se basaba en la sorpresa y la paciencia.

**Leonardo** sigue siendo el modelo del hombre de Renacimiento. Sus pinturas y dibujos se cuentan entre los más admirables mientras sus misteriosos cuadernos abordan el futuro. ¿Qué condujo a este maestro visionario a trabajar para el monstruoso Borgia? ¿Qué le atrajo de Maquiavelo?

Intelectual agudo y subversivo, **Maquiavelo** adquiriría fama como autor de *El príncipe*, obra cumbre del arte de la política, culminación de una larga carrera política que llegó a su apogeo durante sus relaciones con Borgia y Leonardo en la Romagna.

Los legados de estos tres hombres ayudan a modelar la edad moderna. Cada una de estas vidas se despliega a la vez que el Renacimiento italiano -en toda su belleza artística, su complejidad política y su brutalidad marcial.

### Biografía de Paul Strathern

Paul Strathern estudió filosofía en el Trinity College de Dublín. Ha impartido clases de filosofía y matemáticas. Ganador del Somerset Maugham Prize, es autor de las conocidas series de libros: *Filósofos en 90 minutos*, *Great Writers in 90 minutes* y *The Big Idea: Scientists who Changed the World*. También ha escrito *El sueño de Mendeléiev, de la alquimia a la química*, *The Medici: Godfathers of the Renaissance* y *Napoleon in Egypt: The Greatest Glory*.

*El artista, el filósofo y el guerrero. La historia de un encuentro que marcó a Europa*. Paul Strathern. Colección Ariel. Páginas 480. Edición 1. 2010

## Bibliografía

- “*El artista, el filósofo y el guerrero. La historia de un encuentro que marcó Europa*”. Paul Strathern. Ariel. 2010.
- *Historia de la Teoría Política. II. Capítulo 2. Maquiavelo y la teoría política del Renacimiento*. Rafael del Águila Tejerina. Fernando Vallespín ed. Ciencia Política. Alianza editorial. CS 3413.
- *Historia de las ideas políticas. Maquiavelo*. Capítulo 6. Páginas 202-206. Jean Touchard. Madrid. Tecnos. 1987.
- *Libros. Todo lo que hay que leer. Nicolás Maquiavelo: El príncipe (1513)*. Christiane Zschirnt. Taurus. Madrid. 2004. Páginas 84-87.
- *Niccolò Maquiavelo. El Galileo de la Política*. Primo Siena. www.arbil.org
- *Viaje a las mentiras de la Historia Universal*. Santiago Tarín. Barcelona. 2007. Capítulo: *Maquiavelo busca a su príncipe*. Páginas 260-292.

### Lectura en Aula Virtual:

- “*El Príncipe*”. Nicolás Maquiavelo.  
Enlace directo en: [http://www.laeditorialvirtual.com.ar/Pages/Maquiavelo/Maquiavelo\\_ElPrincipe.htm](http://www.laeditorialvirtual.com.ar/Pages/Maquiavelo/Maquiavelo_ElPrincipe.htm)
- *Nicolás Maquiavelo*, Por T. S. Eliot.
- *Los Borgia. Entre el cielo y el infierno*. A. Fernández Luzón. *Clio*. Octubre 2006. Nº 60. 90-98.  
[www.cliorevista.com](http://www.cliorevista.com).

### Películas:

- *Los Borgia*. Antonio Hernández. 2006.
- *Campanadas a medianoche*, de Orson Welles.

## Bibliografía general / Manuales

- *Historia de la teoría política*. Fernando Vallespín (ed.). Madrid. Alianza bolsillo, 6 volúmenes. 2002.
- *Manual de Ciencia Política*. Rafael del Águila (ed.), Trotta, Madrid, 2002.
- *Historia del pensamiento político*. François Chatelet, O. Duhamel, E. Pisier-Kouchner. Madrid, Tecnos.
- *Historia de la teoría política*. George Sabine. México: Fondo de Cultura Económica.
- *Historia de las ideas políticas*. Jean Touchard. Madrid. Tecnos. 1987.
- *Manual de Ciencia Política*, M. Caminal Badía (coord.), Madrid, Tecnos.1996.

### Debate en clase de prácticas

Dedicaremos varias clases para el comentario y debate en torno a *El Príncipe*, textos, documentos, películas y mapas

## Los debates del Pensamiento Político Moderno

El presente curso se innova el enfoque incorporando un **proyecto experimental** basado en las lecturas de los temas teóricos, en las obras originales de autores, material audiovisual y textos de otros autores que hacen referencia al autor estudiado.

Los estudiantes leerán los textos y documentos, y prepararan intervenciones. Todos los alumnos harán un ejercicio al final sobre los aspectos que plantee el profesor. Puntuará el trabajo individual, la exposición en la clase, la participación activa en el debate y el informe escrito sobre los temas planteados.

La asistencia, exposición de una parte del trabajo, participación, redacción del informe, es obligatoria.

### Debate. *El Príncipe*, de Nicolás Maquiavelo.



#### Lecturas propuestas

*El Príncipe*. Nicolás Maquiavelo.

*El artista, el filósofo y el guerrero. La historia de un encuentro que marcó a Europa*. Paul Strathern. Colección Ariel. Páginas 480. Edición 1. 2010

*Historia de la Teoría Política. II*. Capítulo 2. *Maquiavelo y la teoría política del Renacimiento*. Rafael del Águila Tejerina. Fernando Vallespin ed. Ciencia Política. Alianza editorial. CS 3413.

*Historia de las ideas políticas*. Maquiavelo. Capítulo 6. Jean Touchard. Madrid. Tecnos. 1987. Páginas 202-206.

*Nicolás Maquiavelo*. T. S. Eliot. Fuente:

[http://www.dooos.org/articulos/textos/eliot\\_maquiavelo.htm](http://www.dooos.org/articulos/textos/eliot_maquiavelo.htm)

<http://www.lamaquinadeltiempo.com/temas/filosofia/maquiavelo2.htm>

*Sobre la guerra. La paz como imperativo moral* Howard Zinn. DeBolsillo.2008. Capítulo X. *Más allá del maquiavelismo*, pp 225-255.

*Viaje a las mentiras de la Historia Universal*. Santiago Tarín. Barcelona. 2007. Capítulo: *Maquiavelo busca a su príncipe*. Páginas 288-292 [Texto en Aula Virtual].

*Niccoló Maquiavelo. El Galileo de la Política*. Primo Siena. [www.arbil.org](http://www.arbil.org)

*Libros. Todo lo que hay que leer*. Christiane Zschirnt. Taurus. Madrid. 2004.

Páginas 84-87. Nicolás Maquiavelo: *El príncipe (1513)*. *Maquiavelo: pragmático, calculador, realista*.

#### Protagonistas

Algunos personajes coetáneos de Nicolás Maquiavelo y que influyeron en su pensamiento y escritos. *Girolamo Savonarola*, "el profeta desarmado. *Los Borgia*. *Lorenzo II de Médici*. *Fernando II de Aragón*, el católico. *Leonardo*

*Película: Los Borgia*.

**Mapas.** Italia en tiempos de Maquiavelo.

## Lecturas. Tema 2.

### Ni col ás Maquiavelo *El Príncipe*



**Maquiavelo: pragmático, calculador, realista...**

Texto: [Christiane Zschirnt](#).

**Nicolás Maquiavelo**

Texto: [T. S. Eliot](#)

**Lorenzo II de Médici**

*Viaje a las mentiras de la Historia Universal. Maquiavelo busca a su príncipe.*

[Santiago Tarín](#).

**Algunos personajes coetáneos de Nicolás Maquiavelo y que influyeron en su pensamiento y escritos:**

**Girolamo Savonarola**, “el profeta desarmado.

**Los Borgia.**

Rodrigo Borja

Alejandro VI y César Borgia.

**Lorenzo II de Médici**



Rodrigo Borja  
Alejandro VI



César Borgia



Lucrecia Borgia



Girolamo  
Savonarola



Lorenzo II de Médici



este documento ha sido reproducido con fines exclusivamente docentes, para su uso del profesor BSD y alumnos de la asignatura HPPM en la Universidad de Valencia (Tarde).

## Lecturas para comentario en clase

### Maquiavelo: pragmático, calculador, realista...

---

Los postulados de Maquiavelo a favor de un ejercicio frío y despiadado de poder le han granjeado mala fama. El florentino es, hasta nuestros días, sinónimo de la más absoluta falta de moral. Su nombre va unido a conceptos como frialdad en el cálculo, cinismo y conductas despiadadas y carentes del menor escrúpulo. En los Estados Unidos, los candidatos a entrar en una unidad de élite -tras pasar una semana sometidos a diversas pruebas de aptitud, después de arrastrarse por el barro, sin dormir ni comer durante días, sometidos a vejaciones- deben redactar un informe sobre el sentido de *El príncipe* de Maquiavelo. La pregunta que se les plantea es: ¿Qué enseñanzas prácticas puedo extraer para la próxima misión? En el teatro isabelino, un «maquiavélico» suponía la encarnación suprema de un bellaco cuya maldad era imposible de superar. Sin embargo, se malinterpreta a Maquiavelo cuando se afirma que ensalza la tiranía y el modelo de político desalmado. Hay que reconocer, no obstante, que la teoría política de Maquiavelo se caracteriza sobre todo por su frialdad.

Para Maquiavelo la política nada tiene que ver con la moral. Un buen soberano debe ser capaz de actuar como una mala persona. La revolución que Maquiavelo provocó en el pensamiento político se debe a su máxima de que los Estados precisan soberanos fuertes, que puedan garantizar la paz, la seguridad y el bien del país. Extrajo esta enseñanza de los años en que estuvo al servicio del gobierno de la República de Florencia. Allí tuvo la oportunidad de conocer a los seres más poderosos de Italia. Pudo observar el gobierno de cerca. En una época de continuos desórdenes políticos, Maquiavelo reflexionó sobre la fórmula para mantener un poder estable, y coligió que toda acción política debe estar dirigida a la conquista y la conservación del poder. Para este fin, cualquier medio es válido.

Una de las primeras lecciones que debe aprender un príncipe es que no ha de ser bondadoso si la situación así lo exige. La conclusión de Maquiavelo era pesimista: actuar de manera inmorales necesario con mucha más frecuencia que lo contrario. «*Es preciso entender*», escribió Maquiavelo, provocando la consternación de sus contemporáneos, «*que un príncipe, al menos el que acceda por primera vez al poder, no debe proceder de acuerdo con lo que la gente considera correcto porque en muchas ocasiones se verá obligado -a fin de asegurar su poder- a actuar en contra de la fidelidad, la misericordia, la compasión y la religión*».

En lugar de las virtudes cardinales que la tradición atribuye a un regente, esto es, sabiduría, equidad, valor y templanza, Maquiavelo propone la *virtú* del príncipe, concepto con el que se refiere a una mezcla de pragmatismo, cálculo y realismo. [...]. La principal virtud de un príncipe consiste en dominar el arte del disimulo. En este punto es donde Maquiavelo sobrepasa los límites de lo razonable: si bien el soberano ha de ser capaz de actuar sin escrúpulos cuando la situación así lo requiera, no puede permitir que ello trascienda. Debe impedir que lo tachen de malvado o abyecto. Lo más deseable no es que personifique todas las cualidades positivas, pero sí es especialmente importante que actúe como si las poseyera.

Aquí se presenta el abismo del mal: el príncipe no sólo debe aprender a obrar de manera inmoral, sino que también ha de esconder su vileza bajo una máscara de suavidad, amabilidad y decencia. En el conocido capítulo dieciocho de *El príncipe*, Maquiavelo compara al soberano con un zorro, que emplea su astucia, y con un león, que muestra su fuerza. El príncipe debe disimular siempre sus acciones: es necesario que sea hipócrita y debe saber mentir, negar y no cumplir con su palabra.

Nada de lo anterior suena precisamente bien. Esperamos otras cualidades de los políticos. Si despojamos de cinismo las ideas de Maquiavelo sobre el obrar de un político pragmático y las disociamos del contexto de la sociedad renacentista, de la que la crueldad era parte de la vida cotidiana, quedan en pie varios pensamientos muy modernos: Maquiavelo afirma que un soberano ha de actuar tomando distancia de sí mismo. Es posible que algunas decisiones resuelvan de manera diferente o, incluso, no sean adoptadas, de emplearse otros criterios. En la misma situación, se toman determinaciones diferentes si se actúa desde la

posición de un padre o la de un amigo. Sin embargo, como político es necesario someterse a puntos de vista que no deben estar relacionados con preferencias personales. *El príncipe* es el primer intento de mostrar que en el ámbito de la política sólo se adoptan resoluciones políticas. Lo único que vale es aquello que permite retener el poder.

En el marco de la literatura, el ejemplo clásico del político moderno que ha aprendido esta lección es el del príncipe Enrique, el personaje de Enrique IV, el drama histórico de Shakespeare. Una conocida escena de la obra es la del final de la segunda parte, en la que el príncipe Enrique, una vez coronado como heredero, reniega de su amigo y antiguo compañero de correrías Falstaff. La actitud de Enrique es inmisericorde, pero altamente profesional. El futuro rey no puede permitirse tener como amigo al disoluto Falstaff. [Ver: *Campanadas a medianoche*, de Orson Welles].

Maquiavelo realizó una importante aportación: mostró cómo el príncipe puede subyugar e impresionar a sus súbditos utilizando los engaños y el disimulo. Puso de manifiesto cómo funciona realmente el poder. Si bien entonces todavía no era moralmente justificable que el príncipe fuera un hipócrita, por lo menos pudo saberse. El poder se volvió transparente.

Pese a la modernidad de Maquiavelo (¿o precisamente por ella?), su nombre va unido en la cultura europea a cierta inquietud. Durante la Segunda Guerra Mundial, los capitanes del ejército alemán y del estadounidense declararon *off limits* («fuera de los límites») la finca del autor florentino, de cuatrocientos años de antigüedad. Ambos prohibieron la entrada a las tropas, porque ninguno quería ser responsable de su destrucción. Como si tuvieran miedo de que Maquiavelo pudiera levantarse de su tumba para vengarse.

*Libros. Todo lo que hay que leer. Nicolás Maquiavelo: El príncipe (1513).*  
Christiane Zschirnt. Taurus. Madrid. 2004. Páginas 84-87.

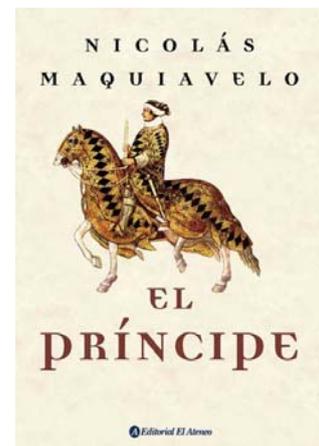
---

## Ni col ás Maquiavelo, Por T. S. Eliot

---

**"Porque de los hombres en general se puede afirmar esto: que son desagradecidos, veleidosos, falsos, cobardes, codiciosos, y en la medida en que te vaya bien son tuyos por completo".** Esta frase, y frases similares sacadas de su contexto, han sido causa de molestia e irritación en las mentes de los hombres durante más de cuatrocientos años: las palabras de un inofensivo y callado patriota florentino en retiro, ocupado en cortar árboles y conversar con campesinos en su magra propiedad. Maquiavelo ha sido el tormento de jesuitas y calvinistas, el ídolo de los Napoleones y los Nietzsches, una figura de suministro para el drama isabelino, y el modelo de un Mussolini o un Lenin. A Maquiavelo se le ha llamado cínico; pero no podría haber mayor fuente de inspiración para el "cinismo" que la historia de la reputación de Maquiavelo. Nada como la historia de la reputación de Maquiavelo podría ilustrar mejor la trivialidad y la irrelevancia de la influencia. Desde su muerte, un persistente romanticismo ha falsificado su mensaje. Maquiavelo ha contribuido a las trapacerías de cada siglo. Pero a ningún hombre tan grande se le ha malentendido tan completamente. Siempre se le ve con cierto desdén. Su lugar no está con Aristóteles, o con Dante, en teoría política; Maquiavelo intentó algo diferente. Su lugar no está con Napoleón, y mucho menos con Nietzsche. Sus observaciones sirven por sí mismas a cualquier teoría moderna del Estado, pero no pertenecen a ninguno.

En ocasión del aniversario de Nicolás Maquiavelo, debíamos ocuparnos no tanto de la historia de su influencia -que es meramente la historia de los diversos modos en que se le ha malentendido- como de la naturaleza de su pensamiento y las razones de por qué debió tener tal influencia.



*"Así que en primer lugar yo pongo como una inclinación general de toda la humanidad un deseo perpetuo y sin reposo del poder tras el poder, que sólo cesa con la muerte"*. Parecería a primera vista que estas palabras de Hobbes están pronunciadas en el mismo tono que las ya citadas de Maquiavelo, y con frecuencia se han puesto juntos estos dos nombres; pero el espíritu y el propósito de Hobbes y de Maquiavelo son totalmente distintos. Con frecuencia se toma a El Príncipe en el mismo sentido que el Leviatán. Pero Maquiavelo no sólo no es un filósofo de la política en el sentido de Aristóteles y Dante; es, incluso, menos un filósofo en el sentido de Hobbes. Tiene la lucidez de Aristóteles y el patriotismo de Dante, pero con Hobbes tiene poco en común. Maquiavelo es totalmente devoto: a la tarea de su propio lugar y tiempo; no obstante, al subordinarse a la causa de su Estado particular, y a la causa más grande de la Italia unida que él deseaba, Maquiavelo llega a una mayor impersonalidad y a un mayor distanciamiento que Hobbes. A Hobbes no lo conmueve apasionadamente el espectáculo del desastre nacional; Hobbes está interesado en su propia teoría, y podemos ver su teoría, en parte, como un resultado de las debilidades y las distorsiones de su propio temperamento. En las observaciones de Hobbes sobre la naturaleza humana hay con frecuencia un énfasis de más, un toque de spleen surgido probablemente de alguna percepción de la debilidad y el fracaso de su propia vida y carácter. A este énfasis de más, tan común en cierto tipo de filósofo desde el tiempo de Hobbes, se le puede asociar atinadamente con el cinismo. Porque el verdadero cinismo es una falta del temperamento del observador, no una conclusión surgida con naturalidad de la contemplación del objeto; es con mucho el reverso de "enfrentar los hechos". En Maquiavelo no hay cinismo por ningún lado. Ninguna mácula de las debilidades y fracasos de su propia vida y carácter mancha el claro cristal de su visión. En los detalles, sin duda, donde el significado de las palabras sufre una ligera alteración, sentimos una ironía consciente; pero la totalidad de su visión está limpia de cualquier tinte emocional. Una visión de la vida como la de Maquiavelo implica un estado del alma que puede llamarse un estado de inocencia. Una visión como la de Hobbes es ligeramente teatral y casi sentimental. La impersonalidad y la inocencia de Maquiavelo es algo tan raro que bien puede ser la clave tanto para su influencia perpetua sobre los hombres como para la distorsión perpetua que sufre en las mentes de hombres menos puros que él mismo.

No queremos decir que Maquiavelo es del todo frío e impasible. Por el contrario, ofrece una prueba más de que el gran poder intelectual surge de grandes pasiones. Maquiavelo no sólo era un patriota, sino que su pasión patriótica es el motor de su mente. A escritores como Lord Morley les acomoda presentar a Maquiavelo como un cirujano embozado lleno de inhumanidad, indiferente a la exhortación moral y a quien sólo le importa el examen clínico. A diferencia de Maquiavelo, Lord Morley no había visto a su país desgarrado y saqueado, humillado no sólo por invasores extranjeros, sino por invasores extranjeros traídos por los facciosos príncipes nativos. La humillación de Italia era para Maquiavelo una humillación personal, y el origen de su pensamiento y de sus escritos.

Este intenso nacionalismo de ningún modo suprimió o distorsionó en Maquiavelo los otros valores morales o espirituales. Sólo que en sus escritos él se ocupa de ellos siempre desde un punto de vista, y se ocupa de ellos siempre en relación con el Estado. Su concepción del Estado es una concepción vasta y generosa. Él es el consejero del Príncipe sólo porque le importa apasionadamente el bien de la república. Por un hombre como Napoleón -quien tenía una gran opinión de Maquiavelo, y cuyo sentido de realidad hizo que Maquiavelo le simpatizara- Maquiavelo sólo podría sentir aversión; Napoleón le habría parecido un usurpador extranjero y un violento egotista. Y a Maquiavelo no le interesa la idea moderna del Imperio; una Italia unida era el límite de su visión; y de hecho sentimos con frecuencia, al leer la más importante de sus obras, los Discursos sobre la primera década de Tito Livio, que tiene mucha mayor admiración por la Roma republicana que por la Roma imperial. Su primer pensamiento siempre está por la paz y la prosperidad y la felicidad de los gobernados; pero sabe muy bien que esta felicidad no reside meramente en la paz y en la riqueza. Esta depende de, y a su vez apoya a, la virtud de los ciudadanos. La virtud cívica no puede existir sin una medida de libertad, y a Maquiavelo lo ocupa constantemente en relación con qué la libertad es obtenible.

Rara vez ocurre que las demandas de un pueblo libre resultan ya sea irrazonables o ya sea perjudiciales para la libertad, siendo que comúnmente proceden ya sea de la opresión real o del miedo a ella; pero si resulta que ese temor no tiene fundamento, no es materia difícil pacificarlo mediante una conferencia pública, donde el pueblo siempre está dispuesto a escuchar a cualquier hombre con méritos y autoridad al

que crea adecuado para la arenga: porque aunque el pueblo puede estar a veces en un error, como dice Cicerón, está abierto a una mejor información, y se le puede convencer pronto, cuando una persona de cuya veracidad e integridad el pueblo tiene una buena opinión se encarga de mostrarles su error.

La actitud de Maquiavelo hacia la religión y hacia la religión de su país, ha sido con frecuencia objeto de malentendidos. Su actitud es la de un estadista, y es tan noble como la de cualquier estadista, qua estadista. De hecho, tal actitud no podría ser otra de la que es. Maquiavelo no se opone ni a la religión ni a la Iglesia católica. Vio muy claramente, y era difícil que no lo hubiera visto, la corrupción de la Iglesia y la bajeza de los eclesiásticos eminentes con los que trató. Y en La mandrágora, su brillante comedia, hace una burla excelente de las corrupciones más despreciables del clero. Vio, por una parte, el grado en que la Iglesia y los poderosos individuos nobles de la Iglesia habían contribuido a la desunión y a la desolación de su país. Pero él sostuvo firmemente que una Iglesia establecida era de gran valía para un Estado.

Luego de considerar todas estas cosas, concluyo que el establecimiento de la religión en Roma hecho por Numa fue una de las causas que contribuyeron principalmente a su dicha y grandeza: porque la religión produjo buen orden, y el buen orden generalmente trae buena fortuna y éxito a cualquier empeño. Y del mismo modo en que la estricta observancia del culto a lo divino y de los deberes religiosos tiende siempre al engrandecimiento de un Estado, el rechazo y el desprecio por ellos puede contarse entre las primeras causas de su ruina. Porque, donde no hay temor de Dios, puede ocurrir que el Estado caiga en la destrucción o se sostenga mediante la reverencia mostrada a un buen Príncipe; esto puede sostenerlo por un tiempo, y suplir la necesidad de religión en sus súbditos. Pero como la vida humana es corta, por supuesto que el gobierno entrará en decadencia cuando se haya extinguido la virtud que le daba forma y lo animaba.

Y más adelante (en los Discursos) Maquiavelo dice aún más afirmativamente:

*Los gobernantes de todos los Estados, ya sean reinos o repúblicas, que buscan preservar firmes y enteros a sus gobiernos, deberían sobre todas las cosas encargarse de que a la religión se le mantenga en la más alta de las veneraciones, y que sus ceremonias en todo tiempo sean incorruptibles e inviolables; porque no hay un pronóstico más seguro de que la ruina amenaza a un Estado, que ver descuido y desprecio en el culto a lo divino.*

Y Maquiavelo sigue hasta mostrar, en el mismo capítulo, cómo el descuido de la religión, ocasionado por los caprichos de la Iglesia de Roma, había contribuido a la ruina de Italia. Es muy posible que una iglesia nacional establecida, como la Iglesia Anglicana, pudo haberle parecido a Maquiavelo el mejor establecimiento para una república cristiana; pero de lo que está seguro es de que para una nación es necesario un establecimiento religioso de algún tipo. Si sus palabras fueron ciertas, lo siguen siendo. En lo que respecta a la religión "personal" de Maquiavelo, fue al parecer tan genuina y sincera como la de cualquier hombre que no es un especialista en devoción sino, intensamente, un especialista en las cuestiones del Estado; y murió atendido por un sacerdote. Vio con gran claridad y supo instintivamente que los esfuerzos de un hombre como Savonarola no podrían traer ningún bien; su objeción real no era al espíritu de Savonarola como a la contradicción entre los métodos de Savonarola y el buen manejo del Estado. Pero con una mente destructiva como la de Voltaire, la mente constructiva en lo esencial de Maquiavelo no habría sentido nada en común.

En varios capítulos de El Príncipe y de El arte de la guerra es muy claro que al ocuparse de las cuestiones de la guerra a Maquiavelo le interesa siempre lo positivo y lo constructivo. En cuestiones de guerra, y en el gobierno militar y en la ocupación, le interesan tanto las fuerzas morales como los recursos técnicos. En sus observaciones sobre la colonización, sobre la manera de ocupar un territorio extranjero, y en sus repetidas advertencias contra el uso de tropas mercenarias, Maquiavelo siempre pone como ejemplo de admiración al príncipe patriota y a la ciudadanía patriota. Tiene poca paciencia para el príncipe que es meramente un general; de un imperio como el de Napoleón habría dicho, desde el principio, que no podía durar. Uno no puede gobernar a la gente por siempre contra su voluntad, y hay algunos pueblos extranjeros a los que uno no puede gobernar de ninguna manera; pero si uno tiene que gobernar a un pueblo extraño e inferior -un pueblo inferior en el arte de gobernar- entonces uno debe usar todos los

medios para tenerlos contentos y para persuadirlos de que el gobierno de uno va en su interés. La libertad es buena, pero el orden es más importante; y el mantenimiento del orden justifica todos los medios. Pero sus soldados debían ser soldados ciudadanos, peleando por algo realmente valioso; y el príncipe debe ser siempre un estadista, y un guerrero sólo cuando sea necesario.

Ningún registro de las ópticas de Maquiavelo puede ser más que fragmentario. Porque, aunque Maquiavelo es constructivo, no es un constructor de sistemas; y sus pensamientos pueden repetirse pero no compendiarse. Es quizás una característica de la sorprendente exactitud de su visión y de sus observaciones el hecho de que Maquiavelo no tenga un "sistema"; porque es casi inevitable que un sistema requiera ligeras distorsiones y omisiones, y Maquiavelo no distorsionó ni omitió nada. Pero lo más curioso es que ningún registro o recapitulación de su pensamiento parece dar una clave ya sea de su grandeza o de su gran y grotesca reputación. Cuando lo leemos por primera vez no recibimos la impresión ni de estar ante una gran alma ni ante un intelecto demoníaco, sino meramente ante un observador modesto y honesto que apunta los hechos como son y hace comentarios tan verdaderos que parecen planos. Sólo después de la lenta absorción y el impacto en la mente de los repetidos contrastes entre una honestidad así, y los engaños comunes, las deshonestidades y las tergiversaciones de la mente humana en general, se abre paso hacia nosotros la grandeza única de Maquiavelo. No queremos decir con esto que el pensamiento de Maquiavelo es una excepción solitaria. Un escritor francés, M. Charles Benoist, ha dedicado un volumen a *Le machiavélisme avant Machiavel*. Hay paralelos en su propio tiempo. Es difícil que Maquiavelo conociera a Comynes, pero la mente y la visión de este gran diplomático belga, quien sirvió tan bien y por tan largo tiempo a Luis de Francia, se relacionan cercanamente con las de Maquiavelo. Pero Maquiavelo, aparte de su diferencia de método, es un espíritu mucho más puro e intenso.

Es muy poco probable que el apasionado nacionalismo de Maquiavelo fuera entendido en su propio tiempo, y mucho menos por sus compatriotas. Pero la honestidad de su mente es tal que difícilmente se le entiende en cualquier tiempo. Al parecer, sus escritos fascinaron y aterrorizaron a Europa desde un principio. La gente no pudo escapar de la fascinación; del terror, la gente escapó convirtiendo a Maquiavelo en un mito de terror. Incluso en Italia, como lo muestra Charbonnel en *La pensée italienne au XVI siècle*, su pensamiento fue distorsionado de inmediato. Al parecer los papas y los príncipes han tomado de sus libros lo que querían, pero no lo que Maquiavelo quería transmitir. Pero cuando su obra rebasó las fronteras la distorsión se hizo aún más grande. En Francia, y sobre todo entre los hugonotes, desató las más violentas respuestas. Apenas se le trató como algo más que un astuto sicofante que daba consejos a los tiranos sobre las mejores maneras de oprimir a sus súbditos. En Francia no sólo los religiosos partidarios sino los *politiques* -notablemente Jean Bodin- se le fueron encima. Bodin no pudo pasar por alto el elogio de Maquiavelo a César Borgia en *El Príncipe* aunque, para cualquiera que lea este libro sin prejuicios, debía quedar muy claro respecto a qué, y con cuantas reservas, Maquiavelo hace su elogio. En Inglaterra, Thomas Cromwell y otros admiraban su obra, aunque es muy improbable que lo entendieran mejor. Pero la impresión general de Maquiavelo en Inglaterra se debe a la influencia francesa, a la traducción de *Contre-Machiavel de Gentillet*. A cada desplazamiento Maquiavelo sufría. En cierta medida la civilización de Francia estaba por abajo que la de Italia, y la civilización de Inglaterra ciertamente no había alcanzado a la civilización de Francia. Uno sólo tiene que comparar el desarrollo del estilo de la prosa en las tres lenguas. Maquiavelo es un maestro de estilo de prosa en cualquier época; su prosa es madura. En Francia no hay nada comparable hasta Montaigne, y Montaigne no es un classique para la crítica francesa. Y en Inglaterra no hay nada comparable hasta Hobbes y Clarendon. Pero para ese tiempo, cuando la civilización de los tres países estaba ya muy nivelada, hay un deterioro en todas partes. Montaigne es inferior a Maquiavelo, y Hobbes es inferior a Montaigne. En su Maquiavelo y el drama isabelino, Edward Mayer ha catalogado la dramatización de Maquiavelo en Inglaterra, y Wyndham Lewis lo ha discutido más filosóficamente en su muy interesante estudio de Shakespeare: *El león y la zorra*. La figura de Ricardo III es el testimonio de la impresión que dejaba Maquiavelo, y la falsedad de esta impresión.

Por tanto debemos inquirir qué hay en Maquiavelo que impresiona la mente de Europa de un modo tan prodigioso y tan curioso, y por qué la mente europea sintió la necesidad de deformar su doctrina tan absurdamente. En efecto, hay causas que han contribuido. La reputación de Italia como el hogar del

crimen fantástico, pícaro y diabólico, llenó la imaginación de los franceses, y más aún de los ingleses, como ahora está llena con las glorias de Chicago o Los Ángeles, y predispuso a la imaginación a crear un representante mítico de esta criminalidad. Pero el crecimiento del protestantismo -y Francia, lo mismo que Inglaterra, era entonces un país protestante en gran parte- creó aún más una disposición contra un hombre que en sus propias costumbres aceptaba la óptica ortodoxa del pecado original. A Calvino, cuya visión de la humanidad era mucho más extrema, y ciertamente más falsa que la de Maquiavelo, nunca se le trató con tanto oprobio; pero cuando la reacción inevitable contra el calvinismo surgió del propio calvinismo, y de Ginebra, en la doctrina de Rousseau, esto también fue hostil a Maquiavelo. Porque Maquiavelo es un doctor de lo basto, y lo basto siempre es insoportable para los partidarios de lo extremo. Un fanático puede ser tolerado. El fracaso de un fanatismo como el de Savonarola asegura su tolerancia por la posteridad e incluso su aprobación como patrono. Pero Maquiavelo no era un fanático; él meramente dijo la verdad sobre la humanidad. El mundo de los motivos humanos que él describe es verdadero -es decir, se trata de la humanidad sin el añadido de la Gracia sobrehumana. Por tanto es tolerable sólo a personas que tienen también una creencia religiosa definida; el credo de Maquiavelo es insoportable para el esfuerzo de los últimos tres siglos de suplir la creencia religiosa por la creencia en la Humanidad. Lord Morley se hace eco de la habitual admiración hostil moderna hacia Maquiavelo cuando insinúa que Maquiavelo vio muy claramente lo que en efecto vio, pero que vio sólo la mitad de la verdad sobre la naturaleza humana. Lo que Maquiavelo no vio sobre la naturaleza humana es el mito de la bondad humana que para el pensamiento liberal reemplaza la creencia en la Gracia Divina.

Es fácil admirar a Maquiavelo de un modo sentimental. Es sólo una de las poses histriónicas y sentimentales de la naturaleza humana -y la naturaleza humana es incorregiblemente histriónica- posar como "realista", como una persona "que no admite el sinsentido", admirar la "franqueza brutal" o el "cinismo" de Maquiavelo. Esta es una forma de autosatisfacción y autoengaño, que meramente propaga el mito "Judío de Malta-Nietzsche" de Maquiavelo. En la Inglaterra isabelina la reputación de Maquiavelo fue mera e inconscientemente manipulada para alimentar la tendencia perpetua a recurrir a la herejía maniquea: el deseo de un mal al que adorar. Los impulsos heréticos permanecen muy constantes; vuelven a darse en el Satán de Milton y en el Caín de Byron. Pero Maquiavelo no tiene comercio alguno con estas gratificaciones de las debilidades humanas. No tiene nada del instinto para posar; y por tanto los seres humanos, para aceptarlo, tienen que convertirlo en una figura dramática. Su reputación es la historia del intento de la humanidad de protegerse a sí misma, cubriéndose con una capa de falsedad, contra cualquier exposición de la verdad.

Se ha dicho, en un tono de reproche, que Maquiavelo no hace ningún intento *"por persuadir"*. Ciertamente él no era un profeta. Porque él estaba interesado primero que nada en la verdad, no en la persuasión, lo cual es un motivo de que su prosa sea gran prosa, no sólo de la italiana sino un modelo de estilo para cualquier lengua. El es un Aristóteles parcial de la política. Pero es parcial no porque su visión esté distorsionada o su juicio sesgado, o por cualquier falta de interés moral, sino por su sola pasión por la unidad, la paz y la prosperidad de su país. Lo que lo vuelve un gran escritor, y para siempre una figura solitaria, es la pureza y la sinceridad de su pasión. Nadie fue nunca menos *"maquiavélico"* que Maquiavelo. Sólo un puro de corazón puede lanzar el arpón sobre la naturaleza humana como lo ha hecho Maquiavelo. El cínico nunca puede hacerlo; porque el cínico es siempre impuro y sentimental. Pero es fácil entender por qué Maquiavelo no fue él mismo un político exitoso. Por un lado, no tenía la capacidad para el autoengaño o la autodramatización. La receta *dors ton sommeil de brute* (algo así como "hazte el tonto") es aplicable en muchas formas, de las cuales Calvino y Rousseau dan dos variaciones; pero la utilidad de Maquiavelo está en sus llamados perpetuos a examinar las debilidades y la impureza del alma. Es probable que nunca olvidemos sus lecciones políticas, pero a su examen de la conciencia no habría que pasarlo por alto tan fácilmente.

Fuente: [http://www.dooos.org/articulos/textos/eliot\\_maquiavelo.htm](http://www.dooos.org/articulos/textos/eliot_maquiavelo.htm)  
<http://www.lamaquinadeltiempo.com/temas/filosofia/maquiavelo2.htm>

**Maquiavelo: “...todo le salió mal: su república popular irremisiblemente perdida, su milicia estrepitosamente fracasada, su país invadido”.**

---

El Príncipe es un tratado que ensalza los líderes que optan por la acción en lugar de la pasividad. En él hay mucho de elogio de la mentalidad de aquel César Borgia al que conoció y admiró, aunque nunca entendió cómo llegó a cometer el gran error de su vida. Podemos encontrar alusiones al capitán, como ésta: «Reunidas ya, por tanto, todas las acciones del duque, no sabría reprochárselas: es más, me parece oportuno, como he hecho, ponerlo como modelo a imitar para todos aquellos que por fortuna o con las armas de otros han alcanzado el imperio. [...] Vencer por la fuerza o por el fraude; hacerse amar y temer por los pueblos, seguir y reverenciar por los soldados; eliminar los que pueden o deben ofender [...] mantenerla amistad reyes y príncipes de manera que hayan de beneficiarte con gracia o atacar, no pueden hallar más claros ejemplos que la acciones de él». [...].

Con El Príncipe, Nicolás Maquiavelo puso los cimientos de la moderna ciencia política. En principio su texto no causó un alboroto, pero a los pocos años de su aparición comenzó a ser denostado y perseguido, hasta el punto que la Iglesia lo incluyó en su índice de Libros Prohibidos. La razón es que no subordinaba las acciones a la religión. Maquiavelo ha tenido feroces detractores y encendidos defensores. Gracián le llamó «valiente embustero, falso político, compendio de falsedad y apariencia que embelesa a los ignorantes». Una parte central de la discusión se desarrolló en Francia, donde Descartes se entristecía con su lectura y Rousseau opinó que «era un hombre honesto y un buen ciudadano». El libro ha tenido apasionados lectores, como la reina Cristina de Suecia o Napoleón Bonaparte, que dejó sus comentarios a los escritos del florentino, al que admiraba, pero al que consideraba en no pocas ocasiones un iluso. Comparte con él la necesidad de mantener la iniciativa y no confiarse y se identifica con el príncipe que llega al poder merced a sus méritos y no por linaje, y cómo debe conocer la historia para no repetir errores. Pero especialmente llamativa es una anotación al texto, cuando Maquiavelo alerta sobre el uso indiscriminado de la fuerza y el terror para ejercer el dominio sobre un principado, al principio del capítulo III. Allí, el corso escribió: «Poco me importa: el éxito justifica».

Y es que El Príncipe es una obra escrita en un lenguaje directo y descarnado y corta con un bisturí la naturaleza humana, mirándola incluso con cinismo y distancia, pero jamás dijo aquello que se le atribuye, y que tantos detractores le ha endosado: que el fin justifica los medios; como tampoco propugnó la prevalencia de la razón de Estado por encima de todo, una condición por otra parte que arraigó mucho más en Francia que en Italia.

El Diccionario de la Lengua Española de la Real Academia recoge la mala fama del personaje y define el maquiavelismo como «la doctrina política de Maquiavelo, escritor italiano del siglo XVI, fundada en la preeminencia de la razón de Estado sobre cualquier otra de carácter moral y también como modo de proceder con astucia, doblez y perfidia; y añade que maquiavélico es aquel que actúa con las dos últimas características citadas. No es tan meridiano. El Príncipe es la obra de un hombre hastiado, resignado, afligido. Tal vez por eso es tan crudo y tan directo, incluso cínico, pero sincero y lúcido. Muchas de las críticas que se le hacen son producto de lecturas parciales o interesadas.

Hacia mediados del siglo XVI, Florencia encargó una serie de lienzos a uno de sus artistas, Santi di Tito. Así, pintó el retrato de Nicolás Maquiavelo, que se conserva en el palacio Vecchio. Cuando le dibujó, el diplomático ya había muerto, pero se acepta que su aspecto era muy similar y parece que Di Tito usó la máscara mortuoria del personaje. En el cuadro se observa esa sonrisa pícaro, sardónica, del hombre amante de la vida, mujeriego, sincero, apasionado del debate y nada dogmático, pues sus biógrafos refieren cómo no se anclaba en sus posicionamientos, sino que sabía atender a las razones de los demás. Son unas facciones vulgares, próximas, que denotan a un parlanchín incansable. Al respecto, cuenta la leyenda que cuando se sentía morir tuvo un sueño: vio a un grupo de personas mal vestidas y serias, que le dijeron que eran beatos y santos que iban al cielo. Luego se topó con una peña de hombres agradables, que le explicaron que eran los grandes de la Antigüedad que se iban al infierno. Entonces él escogió acompañarlos al tártaro, para poder hablar de política con ellos.

En Nicolás Maquiavelo convivieron un intelectual que amaba la historia y que la consideraba fuente de vida y un patriota que perseguía una Italia libre y unificada. Brion dice de él que amó a su patria a pesar de ella. Maquiavelo era un republicano que escribió para un príncipe; un ministro que, de todas formas, tenía una virtud peligrosa: decía lo que pensaba honradamente, no lo que querían oír. Él no tenía más que

su saber, su juicio y su forma de escrutar las intenciones de los caudillos en beneficio de su república. Así lo explica en su ofrecimiento de El Príncipe a Lorenzo de Médicis, cuando escribe que lo único que puede regalar, lo único que he podido encontrar entre mis pertenencias más queridas es el conocimiento de las acciones de los hombres insignes que he ido adquiriendo a través de una larga experiencia de las cosas modernas y de una continua lectura de las antiguas. En una de las muchas ediciones del libro encontramos un prólogo redactado por Sabino Fernández Campo, que fue jefe de la Casa Real española, y que de aconsejar algo sabe. Allí podemos leer lo siguiente: «Los consejos suelen ser aceptados con tanta mayor convicción y entusiasmo cuanto más coincidentes son con la manera de pensar y los propósitos de actuar de la persona a quien se proporcionan. [...] El consejero leal no tiene la seguridad de encontrar reconocimientos y plácemes. [...] Es posible que Maquiavelo no se identificara con lo que decía, sino que hacía gala de cinismo y crudeza».

Nicolás Maquiavelo vivió una época de grandes hombres y descolló entre ellos a pesar de ser, en realidad, un segundón. Su fin iba más allá de su propia Florencia: pretendía un modelo para toda Italia. Pero la sonrisa del cuadro no debe engañarnos, pues en realidad todo le salió mal: su república popular irremisiblemente perdida, su milicia estrepitosamente fracasada, su país invadido. Poco antes de que muriera, las tropas españolas saquearon Roma. Falló en todo. Su personalidad y su obra provocan enconadas defensas y aceradas críticas. Denostado por cínico y amoral, murió triste y resignado y sin alcanzar sus objetivos. Él sólo quería encontrar su príncipe.

*Viaje a las mentiras de la Historia Universal. Santiago Tarín. Barcelona. 2007. Capítulo: Maquiavelo busca a su príncipe. Páginas 288-292*



Lorenzo II de Médici, por Cristofano dell'Altissimo. Lorenzo di Piero de' Médici,

### Lorenzo II de Médici

Nicolás Maquiavelo le dedicó su conocida obra *El Príncipe*.

Conocido como Lorenzo II de Médici para distinguirlo de Lorenzo el Magnífico (Florencia, República de Florencia, 1492 - Careggi, 1519) fue el señor de Florencia desde 1516 hasta su muerte víctima de la sífilis en 1519.

Nieto de Lorenzo el Magnífico y duque de Urbino.

Nacido en Florencia, era hijo de Piero di Lorenzo de Médicis y Alfonsina Orsini, nieto de Lorenzo el Magnífico y Clarice Orsini y, por parte de su madre, de Roberto Orsini, Conte Tagliacozzo y Catherine San Severino.

Su tío, el papa León X nombró a «Lorenzino», como era conocido el joven Lorenzo, duque de Urbino en 1516. Durante la llamada guerra de Urbino perdió su ducado a favor del antiguo duque, Francesco Maria I della Rovere, por lo que fue nombrado comandante de un ejército de 10.000 hombres para reconquistar su título. Herido en la batalla, se retiró a la Toscana. Lorenzo reconquistaría el ducado en septiembre de 1516 pero tras su muerte volvió a la familia Della Rovere. Wiki



Este documento ha sido reproducido con fines exclusivamente docentes, para su uso del profesor BSD y alumnos de la asignatura HPPM en la Universidad de Valencia (Tarde).



Europa. 1500. euroatlas.net

Algunos personajes coetáneos de Nicolás Maquiavelo y que influyeron en su pensamiento y escritos.

**Girolamo Savonarola, “el profeta desarmado**

*La experiencia de Maquiavelo en el desorden y en la necesidad de un estado que garantice el orden.*



El período 1494-1519 asiste a la primera fase de las luchas por Italia.

Se inicia con la irrupción francesa en Italia contra el reino de Nápoles a la que Fernando el Católico, rey de Aragón, respondió aliándose al papa, el Imperio, Milán y Venecia.

Florenia sufre el impacto de estos hechos con la caída de los Médicis y la constitución de una República de signo teocrático e ideológicamente arrastrada por una moral de riguroso ascetismo.

Su mentor era **Girolamo Savonarola**, fraile dominico, que sometió a Florenia, entonces capital de las artes y las letras, en una ciudad austera, de rigor religioso, que llevó a la quema de cuadros, libros y lo que dañase la moral cristiana. Las exageraciones ascéticas, el error de atacar al papado y la decepción generalizada ante los pobres resultados alcanzados por el régimen hicieron crecer la oposición a Savonarola, se le opusieron los hombres de negocia, y precipitaron su caída en 1498. Fue colgado y su cuerpo quemado en la plaza de la Señoría ese año. Maquiavelo fue nombrado días más tarde secretario de

su Señoría y pasaba a dirigir la segunda Cancillería, a los 29 años.

Los beneficiarios de la nueva situación defendían un régimen republicano basado en las instituciones tradicionales, alejado del autoritarismo de los Médicis. Su cabeza visible fue el gonfaloniero vitalicio Piero Soderini, que se mantuvo en el poder bajo la influencia francesa hasta 1512. Es la fase en que Maquiavelo permaneció al servicio de la administración florentina y en la que adquirió una experiencia decisiva para la elaboración de sus obras. W.

## Los Borgia.

Los Borgia fueron una noble familia valenciana (Borgia es la italianización del apellido Borja) que a finales del siglo XV estuvo a punto de someter media Italia al poder de la Santa Sede y convertirla en una monarquía hereditaria.



**Rodrigo Borja / Alejandro VI.-** En 1431 nació Rodrigo Borja, en Játiva, en el seno de una familia noble que había recibido los favores de Jaime I el Conquistador por su lucha contra los moros en la reconquista de Valencia. Rodrigo escogió la carrera eclesiástica, y con sólo veinticinco años fue nombrado vicecanciller de la Iglesia por su tío, el Papa Calixto III allá por el año 1456. También llegaba al Vaticano su hermano Pedro Luis Borja como gonfalonero (Capitán General) de los ejércitos pontificios.

La elección de Alejandro VI.- En agosto de 1492 llegó la oportunidad a Rodrigo Borgia; esta vez se enfrentaba por el papado con Julián de la Rovere (futuro Julio II), quien fue su eterno enemigo. Su elección la noche del 10 de agosto de 1492 le costó decenas de miles de ducados, así como favores y títulos. Los cardenales estaban divididos entre italianos, franceses y españoles. Julián de la Rovere era el protegido de Carlos VIII de Francia, así que contaba con los votos franceses y además era italiano. Rodrigo recibía el respaldo español y tuvo que comprar varios votos italianos; ofreció la vicecancillería a Ascanio Sforza, con lo que se aseguraba el apoyo de Milán; al cardenal Orsini varios castillos para recibir la ayuda de esta importante familia romana. **La leyenda negra de los Borgia.-** Durante su papado tuvo muchos enemigos y fue acusado de simonía y de asesinar mediante "cantarella" (veneno utilizado en Renacimiento) a varios cardenales. Pero la acusación más grave que aún planea sobre él es el posible incesto con su hija Lucrecia. A pesar de todo, fue un gran mecenas y supo mantener la Santa Sede a salvo de las codicias franco-españolas.

**César Borgia.-** Cesar Borgia –Borja- duque de Valentino-. Fue el más joven de los hijos naturales del futuro Alejandro VI y de Vanozza Cattanei. Con notorias dotes de guerrero y administrador, fue hecho cardenal a los dieciséis años por su padre, que ocupaba ya la silla de San Pedro. El 15 de junio de 1497 aparece muerto Juan de Gandía en el Tíber y todas las miradas apuntan a su hermano César. Según algunas versiones antiborgianas, el cargo de gonfalonero no fue el único motivo que llevo a César a asesinar a su hermano.



En agosto de 1498 consigue que su padre le libere de su condición de cardenal y recibe el nombramiento de gonfalonero de la Iglesia. En octubre se entrevista con el nuevo rey de Francia, Luís XII, para explicarle sus proyectos. El rey francés le acoge en su corte, le regala el ducado de Valentinois y arregla su boda con Carlota de Albret, hermana del rey de Navarra. Fue luego nombrado por su padre duque de Romagna. Para librarse de sus principales enemigos, los citó con falsos pretextos en el castillo de Senigallia y allí después

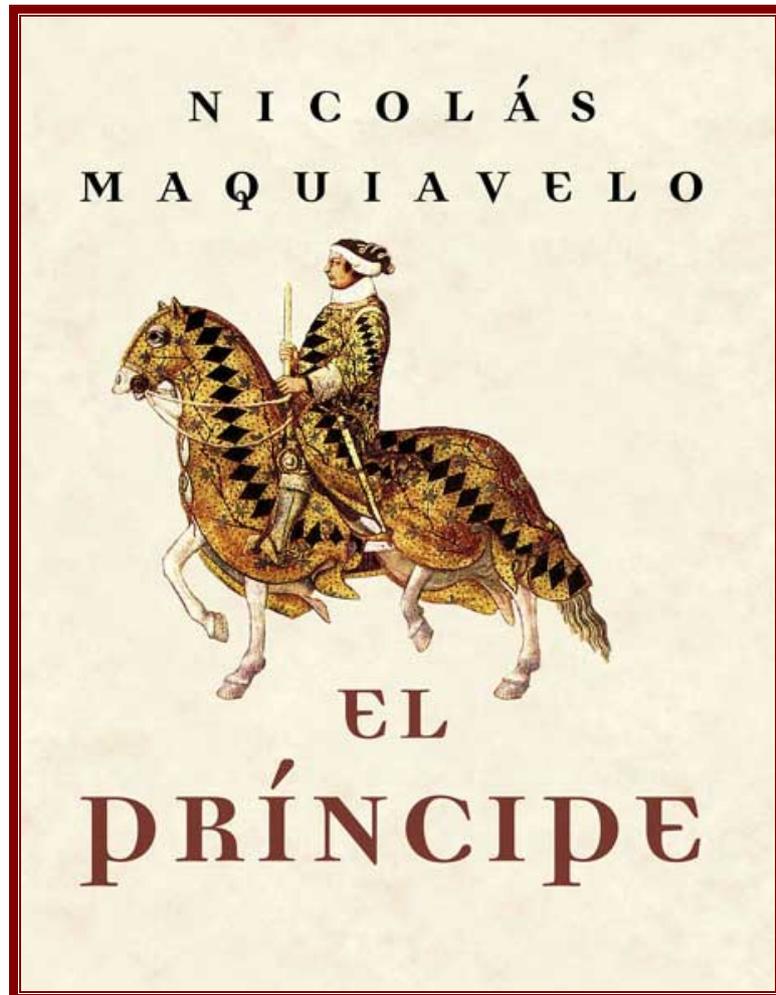
de compartir con ellos un banquete, los mandó ahorcar. Fue hombre de sólida cultura, dominaba el griego, el latín, el español, el francés y hablaba un catalán reacio y sonoro.

El apogeo de César.- César entra en el siglo XVI en el momento culminante de su vida, para él trabaja Leonardo de Vinci como ingeniero militar y su fama llega a oídos de Nicolás Maquiavelo, político de la República de Florencia, que es enviado por su país como emisario ante César. **Caída y muerte de César.-**

Por otro lado, su padre muere en Agosto al mismo tiempo que él cae enfermo (lo que hace suponer un envenenamiento). César se queda sin sus soportes: el Papa y el rey de Francia. Pero la mala fortuna de César no acaba aquí, el día de todos los santos es elegido Papa Julián de la Rovere, el gran enemigo de los Borgia, con el nombre de Julio II. El nuevo Papa hace prisionero a César y lo entrega a Gonzalo de Córdoba para ser juzgado en España. Después de unos meses en Chinchilla, César es trasladado a la fortaleza de La Mota, en Medina del Campo. En invierno de 1506 consigue escapar y huye hacia el norte, hacia Navarra, donde reina su cuñado Juan de Albret. Navarra estaba en guerra contra el noble Luis de Beaumont y Juan de Albret nombra a César capitán del ejército navarro.

César Borgia dejó entre los pueblos que gobernará reputación de príncipe severo pero justo. Protegió las artes, fue amigo de Pinturicchio y de Leonardo da Vinci. Sirvió de modelo al texto más importante y duradero que se haya escrito sobre política: *"El príncipe"* de Nicolás Maquiavelo. W.

*El Príncipe*



*Nicola Machiavelli*

Enlace directo en: [http://www.laeditorialvirtual.com.ar/Pages/Maquiavelo/Maquiavelo\\_ElPrincipe.htm](http://www.laeditorialvirtual.com.ar/Pages/Maquiavelo/Maquiavelo_ElPrincipe.htm)



*Este documento ha sido reproducido con fines exclusivamente docentes, para su uso por profesores y alumnos de la Universidad de Valencia.*

## NI COLÁS MAQUI AVELO (1469-1527)

Nicolás Maquiavelo nació y murió en Florencia. Hijo de una familia de abolengo pero escasos recursos económicos, siguió el oficio de su padre, estudió jurisprudencia y a los 25 años logró ocupar un puesto en el gobierno florentino como secretario de la República De Los Diez.

El joven funcionario tenía grandes ambiciones, sustentadas en su vasta cultura - era un lector insaciable - y en su talento extraordinario para comprender los más sutiles asuntos de estado. En poco tiempo se le encomendaron algunas misiones diplomáticas en las que tuvo ocasión de poner en práctica sus concepciones políticas, lo mismo ante la temible Catalina Sforza que en la corte del monarca francés Luis XII. Si con la primera las negociaciones llegaron a un punto muerto y no hubo ventajas para nadie, con el segundo Maquiavelo obtuvo su primer gran triunfo.

Debe recordarse que aún no se constituía Italia como una verdadera nación. Estaba dividida en diversas repúblicas y ducados autónomos donde el poder quedaba en manos de ciertas familias, rivales entre sí. La situación no podía ser más problemática y los asesinatos, conjuras, revueltas, invasiones y despojos sucedían en forma vertiginosa; los aliados de hoy eran los enemigos de mañana, y la desconfianza era la norma más elemental en los manejos políticos. En medio de tales circunstancias el joven Maquiavelo empezó su carrera política, y sus conclusiones teóricas partieron de esa realidad concreta.

El mérito fundamental de Maquiavelo consistió en su habilidad para estructurar una teoría política con base en las experiencias cotidianas, al margen de toda concepción idealista. El príncipe, su obra maestra, ha tenido una trascendencia universal por constituir un verdadero manual para el ejercicio del poder. Se dice que, a lo largo de la historia, ha sido el libro de cabecera de Napoleón, Richelieu y muchos otros grandes políticos y estadistas.

No es de extrañar la amoralidad del celeberrimo libro si se toma en cuenta que Maquiavelo fue secretario de César Borgia, a quien puede considerarse su principal inspirador. En efecto, el escritor florentino estuvo al lado de César cuando éste convocó, con pretextos amigables, a los capitanes que habían rehusado servirle, y en seguida los mandó degollar. Maquiavelo redactó un minucioso informe sobre aquel trágico episodio, donde ya se advierte su manera de separar tajantemente la política y la moral.

De Principatibus, título latino que dio Maquiavelo a su tratado, expone en 26 apartados "qué es un principado, cuáles son sus clases, cómo se adquieren, cómo se conservan y por qué se pierden". Maquiavelo evitó componer un tratado voluminoso, como era lo usual en su época, confiriendo mayor importancia al fondo de las cosas que a las palabras. No sólo revolucionó la concepción del ejercicio del poder sino el estilo de toda la literatura renacentista: aunque de lenguaje escueto, casi lacónico, su libro no está exento de un tono vibrante y de una gran perfección formal. Se trata del primer libro que desarrolla técnicamente, y con un lenguaje apropiado, el arte de gobernar. Para llegar a una visión tan clara de la realidad política de su tiempo, Maquiavelo supo asimilar catorce años al servicio del Estado florentino, sin olvidar las experiencias que adquirió en sus frecuentes misiones diplomáticas y en la observación directa de príncipes y monarcas.

En 1502 el activo funcionario y diplomático florentino contrajo matrimonio con Marieta Corsini, quien le dio cinco hijos. La vida familiar de Maquiavelo no pudo ser muy feliz, tanto por su necesidad de viajar constantemente como por las dificultades económicas y los inevitables vaivenes de la política. La primera etapa de la vida de Maquiavelo estuvo caracterizada por una actividad incesante, motivada sin duda por su ambición pero, más aún, por un sincero patriotismo. Cuando las circunstancias cambiaron y Maquiavelo hubo de afrontar el destierro, la cárcel y la tortura, su existencia tomó un ritmo más pausado: la política activa fue sustituida por el trabajo intelectual. Curiosamente, el autor de *El Príncipe* no procedió "maquiavélicamente", tratándose de su persona, salvo cuando ya era un hombre acabado; por el contrario, puso toda su ciencia al servicio de otros que supieron aprovecharla.

En 1512, cuando los franceses fueron expulsados de Florencia, los españoles, aliados con el Papa, decretaron la abolición de la república y el retorno de los Medici. Maquiavelo no tuvo más remedio que abandonar su querida ciudad y retirarse de toda actividad política, buscando refugio en el pueblo de San Andrea in Percussina, donde tenía una pequeña casa de campo. Más no quedó a salvo pues, al año siguiente, fue descubierta una conspiración contra el régimen mediceo, capitaneada por dos jóvenes republicanos: Boscoli y Capponi. Para desgracia de Maquiavelo, su nombre figuraba en la lista de "colaboradores" que había elaborado Boscoli, y mientras se efectuaban las averiguaciones fue encarcelado y sometido a torturas. Los conspiradores negaron toda participación de Maquiavelo, incluso momentos antes de ser decapitados, por lo cual se le dejó en libertad. A partir de entonces comenzó su actividad literaria convencido de que jamás volvería a Florencia.

*El Príncipe*

Maquiavelo redactó *El Príncipe* en el otoño negro de 1513; Los diálogos sobre el arte de la guerra quedaron terminados en 1516; Los discursos sobre la primera década de Tito Livio datan del año 1519; su exitosa comedia *La mandrágora* se sitúa en 1520 y ese mismo año inició *Las historias florentinas* por encargo de Julio de Médici, elegido pontífice de la Iglesia con el nombre de León X. Este libro marcó el acercamiento a quienes fueran antes sus mortales enemigos y, por única vez en su vida, Maquiavelo aplicó las teorías que desarrollara magistralmente en sus ensayos

**DEDICATORIA A LORENZO EL MAGNÍFICO, HIJO DE PEDRO DE MÉDICIS**

Los que desean alcanzar la gracia y favor de un príncipe acostumbran a ofrendarle aquellas cosas que se reputan por más de su agrado, o en cuya posesión se sabe que él encuentra su mayor gusto. Así, unos regalan caballos; otros, armas; quiénes, telas de oro; cuáles, piedras preciosas u otros objetos dignos de su grandeza. Por mi parte, queriendo presentar a Vuestra Magnificencia alguna ofrenda o regalo que pudiera demostraros mi rendido acatamiento, no he hallado, entre las cosas que poseo, ninguna que me sea más cara, ni que tenga en más, que mi conocimiento de los mayores y mejores gobernantes que han existido. Tal conocimiento sólo lo he adquirido gracias a una dilatada experiencia de las horrendas vicisitudes políticas de nuestra edad, y merced a una continuada lectura de las antiguas historias. Y luego de haber examinado durante mucho tiempo las acciones de aquellos hombres, y meditándolas con seria atención, encerré el resultado de tan profunda y penosa tarea en un reducido volumen, que os remito.

Aunque estimo mi obra indigna de Vuestra Magnificencia, abrigo, no obstante, la confianza de que bondadosamente la honraréis con una favorable acogida, si consideráis que no me era posible hacer os un presente más precioso que el de un libro con el que os será fácil comprender en pocas horas lo que a mi no me ha sido dable comprender sino al cabo de muchos años, con suma fatiga y con grandísimos peligros. No por ello he llenado mi exposición razonada de aquellas prolijas glosas con que se hace ostentación de ciencia, ni la he envuelto en hinchada prosa, ni he recurrido a los demás atractivos con que muchos autores gustan de engañar lo que han de decir, porque he querido que no haya en ella otra pompa y otro adorno que la verdad de las cosas y la importancia de la materia. Desearía, sin embargo, que no se considerara como presunción reprehensible en un hombre de condición inferior, y aun baja, si se quiere, la audacia de discurrir sobre la gobernación de los príncipes y aspirar a darles reglas. Los pintores que van a dibujar un paisaje deben estar en las montañas, para que los valles se descubran a sus miradas de un modo claro, distinto, completo y perfecto. Pero también ocurre que únicamente desde el fondo de los valles pueden ver las montañas bien y en toda su extensión. En la política sucede algo semejante. Si, para conocer la naturaleza de las naciones, se requiere ser príncipe, para conocer la de los principados conviene vivir entre el pueblo. Reciba, pues, Vuestra Magnificencia mi modesta dádiva con la misma intención con que yo os la ofrezco. Si os dignáis leer esta producción y meditarla con cuidado reconoceréis en ella el propósito de veros llegar a aquella elevación que vuestro destino y vuestras eminentes dotes os permiten. Y si después os dignáis, desde la altura majestuosa en que os halláis colocado, bajar vuestros ojos a la humillación en que me encuentro, comprenderéis toda la injusticia de los rigores extremados que la malignidad de la fortuna me hace experimentar sin interrupción.

**CAPÍTULO I****DE LAS VARIAS CLASES DE PRINCIPADOS Y DEL MODO DE ADQUIRIRLOS**

Cuantos Estados y cuantas dominaciones ejercieron y ejercen todavía una autoridad soberana sobre los hombres, fueron y son principados o repúblicas. Los principados se dividen en hereditarios y nuevos. Los hereditarios, en quien los disfruta, provienen de su familia, que por mucho tiempo los poseyó. Los nuevos se adquieren de dos modos: o surgen como tales en un todo, como el de Milán para Francisco Sforzia, que, generalísimo primero de los ejércitos de la república milanesa, fue proclamado más tarde príncipe y duque de los dominios milaneses; o aparecen como miembros añadidos al Estado ya hereditario del príncipe que los adquiere, y tal es el reino de Nápoles para el monarca de España, el cual lo conserva desde el año 1442, en que Alfonso V, rey de Aragón, se hizo proclamar rey de aquel país. Estos Estados nuevos ofrecen a su vez una subdivisión, porque: o están habituados a vivir bajo un príncipe, o están habituados a ser libres; o el príncipe que los adquirió lo hizo con armas ajenas, o lo hizo con las suyas propias; o se los proporcionó la suerte, o se los proporcionó su valor.

**CAPÍTULO II****DE LOS PRINCIPADOS HEREDITARIOS**

Pasaré aquí en silencio las repúblicas, a causa de que he discurrido ya largamente sobre ellas en mis discursos acerca de la primera década de Tito Livio, y no dirigiré mi atención más que sobre el principado. Y, refiriéndome a las distinciones que acabo de establecer, y examinando la manera con que es posible gobernar y conservar los principados, empezaré por decir que en los Estados hereditarios, que están acostumbrados a ver reinar la familia de su príncipe, hay menos dificultad en conservarlos que cuando son nuevos. El príncipe entonces no necesita más que no

*El Príncipe*

traspasar el orden seguido por sus mayores, y contemporizar con los acontecimientos, después de lo cual le basta usar de la más socorrida industria, para conservarse siempre a menos que surja una fuerza extraordinaria y llevada al exceso, que venga a privarle de su Estado. Pero, aun perdiéndolo, lo recuperará, si se lo propone, por muy poderoso y hábil que sea el usurpador que se haya apoderado de él. Ejemplo de ello nos ofreció, en Italia, el duque de Ferrara, a quien no pudieron arruinar los ataques de los venecianos, en 1484, ni los del papa Julio, en 1510, por motivo único de que su familia se hallaba establecida en aquella soberanía, de padres a hijos, hacía ya mucho tiempo. Y es que el príncipe, por no tener causas ni necesidades de ofender a sus gobernados, es amado natural y razonablemente por éstos, a menos de poseer vicios irritantes que le tornen aborrecible. La antigüedad y la continuidad del reinado de su dinastía hicieron olvidar los vestigios y las razones de las mudanzas que le instalaron, lo cual es tanto más útil cuanto que una mudanza deja siempre una piedra angular para provocar otras.

**CAPÍTULO III  
DE LOS PRINCIPADOS MIXTOS**

Se hallan grandes dificultades en esta clase de régimen político, muy principalmente cuando el principado no es enteramente nuevo, sino miembro añadido a un principado antiguo que se posee de antemano. Por tal reunión se le llama principado mixto, cuyas incertidumbres dimanen de una dificultad, que es conforme con la naturaleza de todos los principados nuevos, y que consiste en que los hombres, aficionados a mudar de señor, con la loca y errada esperanza de mejorar su suerte, se arman contra el que les gobernaba y ponen en su puesto a otro, no tardando en convencerse, por la experiencia, de que su condición ha empeorado. Ello proviene de la necesidad natural en que el nuevo príncipe se encuentra de ofender a sus nuevos súbditos, ya con tropas, ya con una infinidad de otros procedimientos molestos, que el acto de su nueva adquisición llevaba consigo. De aquí que el nuevo príncipe tenga por enemigos a cuantos ha ofendido al ocupar el principado, y que no pueda conservar por amigos a los que le colocaron en él, a causa de no serle posible satisfacer su ambición en la medida en que ellos se habían lisonjeado, ni emplear medios ríguerosos para reprimirlos, en atención a las obligaciones que le hicieron contraer con respecto a sí mismo. Por muy fuertes que sean los ejércitos del príncipe, éste necesita siempre el favor de una parte, al menos, de los habitantes de la provincia, para entrar en ella. He aquí por qué Luis XII, después de haber ocupado a Milán con facilidad, lo perdió inmediatamente. Y, para quitárselo aquella primera vez, bastaron las tropas de Ludovico, porque los milaneses, que habían abierto sus puertas al rey, vieron defraudada la confianza que pusieron en los favores de su Gobierno, así como las esperanzas que habían concebido para lo futuro, y no podían soportar ya la contrariedad de poseer un nuevo príncipe. Ciertamente que, al recuperar por segunda vez Luis XII los países que se le habían rebelado, no se los dejó arrebatar tan fácilmente. Prevaliéndose de la sublevación anterior, se mostró menos reservado y menos tímido en los medios de consolidarse, pues castigó a los culpables, desenmascaró a los sospechosos y fortaleció las partes más débiles de su anterior Gobierno. Si, para que la primera vez perdiese a Milán el rey de Francia, se requirió solamente la tremenda aparición del duque Ludovico en los confines del Milanésado, para que la perdiese por segunda vez se necesitó que se armasen todos contra él y que sus ejércitos fuesen destruidos o arrojados de Italia. Sin embargo, perdió a Milán ambas veces, y si conocemos las causas de la primera pérdida, réstanos conocer las de la segunda y considerar los medios de que disponía y de que podría disponer otro cualquiera en su mismo caso para mantenerse en su conquista mejor que lo hizo.

Comenzaré estableciendo una distinción. O dichos Estados nuevamente adquiridos se reúnen con un Estado ocupado hace mucho tiempo por el que los ha logrado, siendo unos y otro de la misma provincia, y hablando la misma lengua, o no sucede así. Cuando son de la primera especie, hay suma facilidad en conservarlos, especialmente si no están habituados a vivir libres en república. Para poseerlos con seguridad basta haber extinguido la descendencia del príncipe que reinaba en ellos, porque, en lo demás, respetando sus antiguos estatutos, y siendo allí las costumbres iguales a las del pueblo a que se juntan, permanecen sosegados, como lo estuvieron Normandía, Bretaña, Borgoña y Gascuña, que fueron anexadas a Francia hace mucho tiempo. Aunque existan algunas diferencias de lenguaje, las costumbres se asemejan, y esas diversas provincias viven en buena armonía. En cuanto al que hace tales adquisiciones, si ha de conservarlas, necesita dos cosas: la primera, que se extinga el linaje del príncipe que poseía dichos Estados; y la segunda, que el príncipe nuevo no altere sus leyes, ni aumente los impuestos. Con ello, en tiempo brevísimo, los nuevos Estados pasarán a formar un solo cuerpo con el antiguo suyo.

Pero cuando se adquieren algunos Estados que se diferencian del propio en lengua, costumbres y constitución, las dificultades se acumulan, y es menester mucha sagacidad y particular favor del cielo para conservarlos. Uno de los mejores y más eficaces medios a este propósito será que el príncipe vaya a residir en ellos, como lo hizo el sultán de Turquía con respecto a Grecia. A pesar de los otros medios de que se valió para conservarla, no habría logrado su fin, si no hubiera ido a establecer allí su residencia. Y es que, residiendo en su nuevo Estado, aunque se produzcan en él desórdenes, puede muy prontamente reprimirlos, mientras que, si reside en otra parte, aun no siendo los desórdenes de gravedad, tienen difícil remedio. Además, dada su permanencia, no es despojada la provincia por la codicia de sus empleados, y los súbditos se alegran más de recurrir a un príncipe que está al lado suyo que no a uno que está distante, porque encuentran más ocasiones de tomarle amor, si quieren ser buenos, y temor, si quieren ser malos. Por

*El Príncipe*

otra parte, el extranjero que apeteciese atacar a dicho Estado tropezaría con más dificultades para atreverse a ello. Por donde, residiendo en él el príncipe, no lo perderá sin que su rival experimente grandes obstáculos al pretender arrebatárselo.

Después del precedente, el mejor medio consiste en enviar algunas colonias a uno o dos parajes, que sean como la llave del nuevo Estado, a falta de lo cual habría que tener allí mucha caballería e infantería. Formando el príncipe semejantes colonias, no se empeña en dispendios exagerados, porque aun sin hacerlos o con dispendios exiguos, las mantiene en los contérminos del territorio. Con ello no ofende más que a aquellos de cuyos campos y de cuyas cosas se apodera, para dárselo a los nuevos moradores, que no componen en fin de cuentas más que una cortísima parte del nuevo Estado, y quedando dispersos y pobres aquellos a quienes ha ofendido, no pueden perjudicarle nunca. Todos los demás que no han recibido ninguna ofensa en sus personas y en sus bienes, se apaciguan con facilidad, y quedan temerosamente atentos a no incurrir en faltas, a fin de no verse despojados como los otros. De lo que se infiere que esas colonias, que no cuestan nada o casi nada, son más fieles y perjudican menos, a causa de la dispersión y de la pobreza de los ofendidos. Porque debe notarse que los hombres quieren ser agraciados o reprimidos, y que no se vengan de las ofensas, cuando son ligeras; pero que se ven incapacitados para hacerlo, cuando son graves. Así pues, la ofensa que se les infiera ha de ser tal que les inhabilite para vengarse.

Si, en vez de colonias, se tienen tropas en los nuevos Estados, se expende mucho, ya que es menester consumir, para mantenerlas, cuantas rentas se sacan de dichos Estados. La adquisición suya que se ha hecho se convierte entonces en pérdida, ya que se perjudica a todo el país con los ejércitos que hay que alojar en las casas particulares. Los habitantes experimentan la incomodidad consiguiente, y se convierten en perjudiciales enemigos, aun permaneciendo sojuzgados dentro de sus casas. De modo que ese medio de guardar un Estado es en todos respectos, tan inútil cuanto el de las colonias es útil.

El príncipe que adquiere una provincia, cuyo idioma y cuyas costumbres no son los de su Estado principal, debe hacerse allí también el jefe y el protector de los príncipes vecinos que sean menos poderosos, e ingeniarse para debilitar a los de mayor poderío. Debe, además, hacer de manera que no entre en su nueva provincia un extranjero tan poderoso como él, para evitar que no llamen a ese extranjero los que se hallen descontentos de su mucha ambición. Por tal motivo introdujeron los etolios a los romanos en Grecia y demás provincias en que éstos entraron, llamados por los propios habitantes. El orden común de las cosas es que, no bien un extranjero poderoso entra en un país, todos los príncipes que allí son menos poderosos se le unen, por efecto de la envidia que concibieran contra el que les sobrepujaba en poderío, y a los que éste ha despojado. En cuanto a esos príncipes menos poderosos, no cuesta mucho trabajo ganarlos, puesto que todos juntos gustosamente formarán cuerpo con el Estado que él conquistó. La única precaución que ha de tomar es la de impedir que adquieran fuerza y autoridad en demasía. El príncipe nuevo, con el favor de ellos y con la ayuda de sus armas, podrá abatir fácilmente a los que son, poderosos, a fin de continuar siendo en todo el árbitro. El que, por lo que a esto toca, no gobierne hábilmente, muy pronto perderá todo lo adquirido, y aun mientras conserve el poder tropezará con multitud de dificultades y de obstáculos.

Los romanos adoptaron siempre todas esas prevenciones en las provincias de que se hicieron dueños. Enviaron allí colonias; tuvieron a raya a los príncipes de las inmediaciones menos poderosos que ellos, sin aumentar su fuerza; debilitaron a los que poseían tanta como ellos mismos; no permitieron en fin, que las potencias extranjeras adquirieran allí consideración ninguna. Como ejemplo de ello me bastará citar a Grecia, donde conservaron a los etolios y a los acayos, humillaron el reino de Macedonia y expulsaron a Antíoco. El mérito que los etolios y los acayos contrajeron en el concepto de los romanos no fue suficiente para que éstos les consintiesen engrandecer ninguno de sus Estados. Nunca los redujeron los discursos de Filipo hasta el grado de tratarle como amigo, sin abatirle, ni nunca el poder de Antíoco los llevó a tolerar que tuviera, en aquel país, ningún Estado. Los romanos hicieron en aquellas circunstancias lo que todos los príncipes cuerdos deben hacer cuando toman en consideración, no sólo los perjuicios presentes, sino más bien los futuros, y cuando quieren remediarlos con destreza. Sólo precaviéndolos de antemano es posible conseguirlo. Si se espera a que sobrevengan, ya no es tiempo de remediarlo, porque la enfermedad se ha vuelto incurable. En este respecto, ocurre lo que los médicos dicen de la tisis, que en los comienzos es fácil de curar y difícil de conocer, pero que más tarde si no la discernieron en su principio, ni la aplicaron remedio alguno; es fácil de conocer y difícil de curar. Con las cosas del Estado sucede lo mismo. Si se conocen anticipadamente los males que pueden después manifestarse, lo que no concede el cielo más que a un hombre sabio y bien prevenido, quedan curados muy pronto. Pero cuando, por no haberlos conocido, se les deja tomar un incremento tal que llega a noticia de todo el mundo, no hay ya arbitrio que los remedie. Por eso, previendo los romanos de lejos los inconvenientes, les aplicaron siempre el remedio en su origen, y el temor de una guerra jamás les indujo a dejarles seguir su curso. Sabían que la guerra no se evita, y que el diferirla redundaba en provecho ajeno. Al decidirse a hacerla contra Filipo y contra Antíoco en Grecia, fue para no tener que hacérsela en Italia. Fácil les hubiera sido evitar a uno y a otro, pero no lo quisieron ni les agradó el torpe consejo de gozar de los beneficios del tiempo, que no se les cae nunca de la boca a los sabios de nuestra edad. Les acomodó más el consejo que su prudencia y su valor les sugería, conviene a saber: que el tiempo, que echa abajo cuanto subsiste, puede acarrear tanto bien como mal, pero igualmente tanto mal como bien.

*El Príncipe*

Volvamos a Francia y examinemos si hizo ninguna de esas cosas. Hablaré, no de Carlos VIII, sino de Luis XII como de aquel cuyas operaciones se conocieron mejor, puesto que conservó más tiempo sus posesiones de Italia, y veremos que hizo lo contrario de lo que debió hacer para retener un Estado de diferente idioma y de diferentes costumbres. Luis XII fue atraído a Italia por la ambición de los venecianos que querían, con su ayuda, ganar la mitad del Estado de Lombardía. No intento afeár este paso del rey francés, ni su resolución sobre el particular, puesto que apenas puso el pie en Italia, donde carecía de amigos, y donde encontró cerradas todas las puertas a causa de los estragos que allí hiciera Carlos VIII, se vio forzado a respetar a los únicos aliados que en el país tenía, y su plan habría sido acertado si no hubiera cometido falta alguna en las demás operaciones. Tan pronto como conquistó a Lombardía volvió a ganar en Italia la consideración que Carlos VIII había hecho perder en ella a las armas francesas. Génova cedió, se hicieron amigos suyos los florentinos y el marqués de Mantua, el duque de Ferrara, el príncipe de Bolonia, el señor de Forlì, los de Pésaro, Rimini, Camerino, Piombino, los luqueses, los pisanos, los sieneses, todos, en suma, salieron a recibirle, para solicitar su amistad. Los venecianos hubieran debido reconocer entonces la imprudencia de la decisión que habían tomado, únicamente para adquirir los territorios de Lombardía y para hacer al rey francés dueño de los dos tercios de Italia. Compréndase ahora la facilidad con que Luis XII, de haber seguido las reglas que acabo de formular, hubiese conservado su reputación en nuestra península, y asegurándose cuantos amigos había hecho en su territorio. Siendo éstos numerosos, aunque débiles, y temiendo unos al Papa y otros a los venecianos se hallaban en la precisión de permanecer adictos al rey francés a quien, por medio de ellos, le era posible contener sin dificultad a lo que quedaba de más poderoso en el resto de Italia. Pero no bien llegó Luis XII a Milán, obró de un modo contrario, supuesto que ayudó al papa Alejandro VI a apoderarse de la Romaña, sin echar de ver que con semejante determinación se hacía débil, por una parte, desviando de sí a sus amigos, y a los que habían ido a ponerse bajo su protección, y que, por otra parte, extendía el poder de Roma, agregando tan vasta dominación temporal a la dominación espiritual, que le daba ya tanta autoridad. Esta primera falta le obligó a cometer otras pues, para poner término a la ambición de Alejandro VI e impedirle adueñarse de la Toscana, hubo de volver al Norte. No le bastó haber dilatado los dominios del Papa, y desviado de sí a sus propios amigos, sino que el deseo de poseer el reino de Nápoles le indujo a repartírselo con el rey de España. Así, en los momentos en que era el primer árbitro de Italia, se buscó en ella un asociado, al que cuantos se hallaban descontentos con él debían, naturalmente, recurrir, y cuando podía haber dejado en aquel reino a un monarca que no era más que pensionado suyo, le echó a un lado para poner a otro, capaz de arrojarle a él mismo. En verdad, el deseo de adquirir es cosa ordinaria y lógica. Los hombres que adquieren cuando pueden hacerlo serán alabados y nadie los censurará. Pero cuando no pueden, ni quieren hacerlo como conviene, serán tachados de error y todos les vituperarán. Si Francia podía atacar con sus fuerzas a Nápoles, debió hacerlo. Si no podía, no debió dividir aquel reino. Si el reparto que hizo de Lombardía con los venecianos es digno de disculpa a causa de que el rey francés halló en ello un medio de poner el pie en Italia, la empresa sobre Nápoles merece condenarse, puesto que no había motivo alguno de necesidad, que pudiera excusarla. Luis XII, pues, cometió cinco faltas, dado que destruyó las reducidas potencias de Italia; aumentó la dominación de un príncipe ya poderoso, introdujo a un extranjero que lo era mucho, no residió allí él mismo, y no estableció colonias. Estas faltas, sin embargo, no le hubieran perjudicado en vida, si no hubiese cometido una sexta: la de ir a despojar a los venecianos. Era cosa muy razonable, y hasta necesaria, abatirlos, aunque él no hubiera dilatado los dominios de la Iglesia, ni introducido a España en Italia. Pero no debió consentir su ruina, ya que siendo por sí mismo poderoso, hubiera tenido distantes siempre a los otros de toda empresa sobre Lombardía, ya porque los venecianos no le hubieran tolerado, sin ser ellos mismos los dueños, ya porque los otros no hubieran querido quitársela a Francia para dársela a ellos, o porque hubiera carecido de audacia para atacar a ambas potencias a la vez. Si alguien arguyera que Luis XII cedió la Romaña al Papa y el reino de Nápoles al monarca español, para evitar una guerra, le contestaría con las razones ya apuntadas, conviene a saber: que no debemos dejar nacer un desorden para evitar una guerra, pues acabamos no evitándola, y sólo la diferimos, lo que redundará a la postre en perjuicio nuestro. Y si algún otro alegara la promesa que el rey francés había hecho al Papa de ejecutar en favor suyo la empresa, para obtener la disolución de su matrimonio con Juana, su esposa, y el capelo cardenalicio para el arzobispo de Ruán, replicaré a la objeción con las explicaciones que daré más tarde sobre la fe de los príncipes y el modo como deben guardarla. Si Luis XII perdió la Lombardía, fue por no hacer lo que hicieron cuantos tomaron provincias y quisieron conservarlas. No hay en ello milagro, sino una cosa natural y común. Hablé en Nantes con el cardenal de Ruán, cuando el duque de Valentinois, al que llamaban vulgarmente César Borgia, hijo de Alejandro VI, ocupaba la Romaña, y habiéndome dicho el cardenal que los italianos no entendían nada de cosas de guerra, le respondí que los franceses no entendían nada de cosas de Estado, puesto que de otro modo no hubieran dejado tomar al Papa tamaño incremento de dominación temporal. Se vio por experiencia que la que el Papa y España adquirieron en Italia les vino de Francia, y que la ruina de Francia en Italia dimanó del Papa y de España. De lo cual podemos deducir una regla general que no engaña nunca, o que, al menos, no extravía sino raras veces, y es que el que ayuda a otro a hacerse poderoso provoca su propia ruina. Él es quien le hace tal con su fuerza o con su industria y estos dos medios de que se ha manifestado provisto le resultan muy sospechosos al príncipe que, por ministerio de ellos, se tornó más poderoso.

**CAPÍTULO IV****POR QUÉ, OCUPADO EL REINO DE DARÍO POR ALEJANDRO, NO SE REBELÓ CONTRA SUS SUCESORES DESPUÉS DE SU MUERTE**

Considerando las dificultades que se ofrecen para conservar un Estado recientemente adquirido, podría preguntarse con asombro cómo sucedió que hecho Alejandro Magno dueño de Egipto y del Asia Menor en un corto número de años, y habiendo muerto a poco de haber conquistado esos territorios sus sucesores, en unas circunstancias en que parecía natural que todo aquel Estado se rebelase, lo conservaron, sin embargo, y no hallaron al respecto más obstáculo que el que su ambición individual ocasionó entre ellos. He aquí mi respuesta al propósito. De dos modos son gobernados los principados conocidos. El primero consiste en serlo por su príncipe asistido de otros individuos que, permaneciendo siempre como súbditos humildes al lado suyo, son admitidos, por gracia o por concesión, en clase de servidores, solamente para ayudarle a gobernar. El segundo modo como se gobierna se compone de un príncipe, asistido de barones, que encuentran su puesto en el Estado, no por la gracia o por la concesión del soberano, sino por la antigüedad de su familia. Estos mismos barones poseen Estados y súbditos que los reconocen por señores suyos, y les consagran espontáneamente su afecto. Y, en los primeros de estos Estados en que gobierna el mismo príncipe con algunos ministros esclavos, tiene más autoridad, porque en su provincia no hay nadie que reconozca a otro más que a él por superior y si se obedece a otro, no es por un particular afecto a su persona, sino solamente por ser ministro y empleado del monarca.

Los ejemplos de estas dos especies de Gobiernos son, en nuestros días, el del sultán de Turquía y el del rey de Francia. Toda la monarquía del sultán de Turquía está gobernada por un señor único, cuyos adjuntos no son más que criados suyos, y él, dividiendo en provincias su reino envía a él los diversos administradores, a los cuales coloca y muda en su nuevo puesto a su antojo. Pero el rey de Francia se halla en medio de un sinnúmero de personajes, ilustres por la antigüedad de su familia, señores ellos mismos de sus respectivos Estados, reconocidos como tales por sus particulares súbditos, quienes, por otra parte, les profesan afecto, y que están investidos de preeminencias personales que el monarca no puede quitarles sin peligrar él mismo. Así, cualquiera que considere atentamente ambas clases de Estados, comprenderá que existe dificultad suma en conquistar el del sultán de Turquía, pero que, si uno le hubiere conquistado, lo conservará con suma facilidad. Las razones de las dificultades para ocuparlo son que el conquistador no puede ser llamado allí de las provincias de aquel Imperio, ni esperar ser ayudado en la empresa por la rebelión de los que el soberano conserva a su lado, lo cual dimana de las observaciones expuestas más arriba. Siendo todos esclavos suyos y estándole reconocidos por sus favores, no es posible corromperlos tan fácilmente, y aunque esto se lograra, la utilidad no sería mucha mientras el soberano contase con el apoyo del pueblo. Conviene, pues, que el que ataque al sultán de Turquía reflexione que va a hallarle unido al pueblo, y que habrá de contar más con sus propias fuerzas que con los desórdenes que se manifestasen en el Imperio en su favor. Pero después de haberle vencido, derrotando en una campaña sus ejércitos de modo que a él no le sea dable rehacerlos, no habrá que temer ya más que a la familia del príncipe. Si el conquistador la destruye, el temor desaparecerá por completo, pues los otros no gozan del mismo valimiento entre las masas populares. Si antes del triunfo, el conquistador no contaba con ninguno de ellos en cambio, no debe tenerles miedo alguno, después de haber vencido.

Empero, sucederá lo contrario con reinados gobernados como el de Francia. En él se puede entrar con facilidad, ganando a algún barón, porque nunca faltan nobles de genio descontento y amigos de mudanzas, que abran al conquistador camino para la posesión de aquel Estado y que le faciliten la victoria. Mas, cuando se trate de conservarse en él, la victoria misma le dará a conocer infinitas dificultades, tanto de parte de los que le auxiliaron como de parte de los que oprimió. No le bastará haber extinguido la familia del príncipe, porque quedarán siempre allí varios señores que se harán cabezas de partido para nuevas mudanzas, y, como no podrá contentarlos a satisfacción de ellos, ni destruirlos enteramente, perderá el nuevo reino tan pronto se presente la ocasión oportuna.

Si consideramos ahora qué género de gobierno era el de Darío, le encontraremos semejante al del sultán de Turquía. Le fue necesario primeramente a Alejandro asaltarlo en su totalidad y ganar la campaña en toda la línea. Después de este triunfo murió Darío, quedando el Estado en poder del conquistador de una manera segura, por las causas que llevo apuntadas; y si los sucesores de Alejandro hubieran continuado unidos, habrían podido gozar de él sin la menor dificultad, puesto que no sobrevino otra disensión que la que ellos mismos suscitaron. En cuanto a los Estados constituidos como el de Francia, es imposible poseerlos tan sosegadamente. Por esto hubo, tanto en Francia como en España, frecuentes rebeliones semejantes a las que los romanos experimentaron en Grecia a causa de los numerosos principados que había allí. Mientras subsistió en el país su memoria, su posesión fue, para los romanos, muy incierta. Pero tan pronto dejó de pensarse en ello, se hicieron poseedores seguros, gracias a la estabilidad de su imperial dominio. Cuando los romanos pelearon en Grecia, unos contra otros, cada uno de ambos partidos pudo atraerse la posesión de aquellas provincias, según la autoridad que en ellas había tomado, porque, habiéndose extinguido la familia de sus antiguos dominadores, dichas provincias reconocían ya por únicos a los dominadores nuevos. Si, pues, se presta atención a todas estas particularidades, no causará extrañeza la facilidad que Alejandro tuvo para conservar el Estado de Asia y las dificultades con que sus sucesores (Pirro y otros muchos) tropezaron en la retención de lo que

*El Príncipe*

habían adquirido. No provinieron ellas del poco o mucho talento de los vencedores, sino de la diversidad de los Estados que conquistaran.

**CAPÍTULO V****DE QUÉ MANERA DEBEN GOBERNARSE LOS ESTADOS QUE, ANTES DE OCUPADOS POR UN NUEVO PRÍNCIPE, SE REGÍAN POR LEYES PROPIAS**

Cuando el príncipe quiere conservar aquellos Estados que estaban habituados a vivir con su legislación propia y en régimen de república, es preciso que abrace una de estas tres resoluciones: o arruinarlos, o ir a vivir en ellos, o dejar al pueblo con su código tradicional, obligándole a pagarle una contribución anual y creando en el país un tribunal de corto número de miembros, que cuide de consolidar allí su poder. Al establecer este consejo consultivo, el príncipe, sabiendo que no puede subsistir sin su amistad y sin su dominación, tiene el mayor interés de fomentar su autoridad. Una ciudad acostumbrada a vivir libremente y que el príncipe quiere conservar, se contiene mucho más fácilmente por medio del influjo directo de sus propios ciudadanos que de cualquier otro modo, como los espartanos y los romanos nos lo probaron con su ejemplo. Sin embargo, los espartanos, que poseyeron a Atenas y a Tebas mediante un consejo de un corto número de ciudadanos, acabaron perdiéndolas, y los romanos, que para poseer a Capua, a Cartago y a Numancia, las desorganizaron, no las perdieron. Cuando quisieron retener a Grecia, como la habían retenido los espartanos dejándola libre con sus leyes, no les salió acertada esta operación, y se vieron obligados a desorganizar muchas de sus ciudades para guardarla. Hablando con verdad, el arbitrio más seguro para conservar semejantes Estados es el de arruinarlos. El que se hace señor de una ciudad acostumbrada a vivir libremente, y no descomponen su régimen político, debe contar con ser derrocado por ella, a la postre. Para justificar tal ciudad su rebelión invocará su libertad y sus antiguas leyes, cuyo hábito no podrán hacerle perder nunca el tiempo y los beneficios del conquistador. Por más que éste se esfuerce, y aunque practique un expediente de previsión, si no se desunen y se dispersan sus habitantes, no olvidará nunca el nombre de aquella antigua libertad, ni sus particulares estatutos, y hasta recurrirá a ellos en la primera ocasión, como lo hizo Pisa, a pesar de haber estado toda una centuria bajo la dominación de los florentinos. Pero cuando las ciudades o provincias se hallan avezadas a vivir en la obediencia a un príncipe, como, por una parte, conservan dicha obediencia y, por otra, carecen de su antiguo señor, no concuerdan los ciudadanos entre sí para elegir otro nuevo, y, no sabiendo vivir libres, son más tardos en tomar las armas, por lo cual cabe conquistarlos con más facilidad y asegurar su posesión. En las repúblicas, por el contrario, hay más valor, mayor disposición de ánimo contra el conquistador que luego se hace príncipe, y más deseo de vengarse de él. Como no se pierde, en su ambiente, la memoria de la antigua libertad, antes le sobrevive más activamente cada día, el más cuerdo partido consiste en disolverlas, o en ir a habitar en ellas.

**CAPÍTULO VI****DE LOS PRINCIPADOS QUE SE ADQUIEREN POR EL VALOR PERSONAL Y CON LAS ARMAS PROPIAS**

No cause extrañeza que al hablar de los Estados que son nuevos en todos los aspectos, o de los que sólo lo son en el del príncipe, o en el de ellos mismos, presente yo grandes ejemplos de la antigüedad. Los hombres caminan casi siempre por caminos trillados ya por otros, y apenas hacen más que imitar a sus predecesores en las empresas que llevan a cabo. Pero como no pueden seguir en todo la ruta abierta por los antiguos, ni se elevan a la perfección de los que por modelos se proponen, deben con prudencia elegir tan sólo los senderos trazados por algunos varones, especialmente por aquellos que sobrepusieron a los demás, a fin de que si no consiguen igualarlos, al menos ofrezcan sus acciones cierta semejanza con las de ellos. En esta parte les conviene seguir el ejemplo de los ballesteros advertidos, que, viendo su blanco muy distante para la fuerza de su arco, apuntan mucho más arriba que el objeto que tienen en mira, no para que su vigor y sus flechas alcancen a un punto dado en tal altura, sino a fin de, asestando así, llegar en línea parabólica a su verdadera meta. Lo cual digo porque en los principados que son nuevos en todo y cuyo soberano es, por ende, completamente nuevo también, hay más o menos dificultad en conservarlos, según que el que lo adquiere es más o menos valeroso. Como el éxito por el que un hombre se ve elevado de la categoría de particular a la de príncipe supone algún valor o alguna fortuna, parece que una cosa u otra allanan en parte muchos obstáculos. Sin embargo, ocurre a veces que se mantenga más tiempo el que no había sido auxiliado por la fortuna. Y lo que suele procurar algunas facilidades es que, no poseyendo semejante príncipe otros Estados, va a residir en aquel de que se ha hecho dueño.

Pero, volviendo a los hombres que por su propio valor, y no por ministerio de la fortuna, llegaron a ser príncipes, como Moisés, Ciro, Teseo, Rómulo y otros digo que son los más dignos de imitación. Aunque sobre Moisés no debamos discurrir, puesto que no fue más que mero ejecutor de las cosas que Dios le había ordenado hacer, merece, no obstante, ser admirado, siquiera fuese por aquella gracia que le encumbró a hablar faz a faz con el Eterno. Pero, considerando a Ciro y a los demás que adquirieron o fundaron reinos, les hallamos también merecedores de admiración. Y si se consideran sus hechos e instituciones de un modo especial, no parecerán diferentes de los hechos e instituciones de Moisés, por más que éste tuviese a Dios por señor. Examinando sus actos y su conducta no se

*El Príncipe*

encuentra que debiesen a la fortuna sino una ocasión propicia, que les permitió introducir en sus nuevos Estados la forma que les convenía. Sin la ocasión se hubiera extinguido el valor de su ánimo; pero sin éste se hubiera presentado en balde aquélla. Le era necesario a Moisés hallar al pueblo de Israel oprimido en Egipto, para que se dispusiese a seguirle, movido por el afán de salir de su esclavitud. Era menester que Ciro, para erigirse en soberano de los persas, les hallase descontentos con el dominio de los medos, y a éstos afeminados por una larga paz. Teseo no hubiera podido desplegar su valor si no hubiese encontrado dispersados a los atenienses. Convenía que Rómulo, después de su nacimiento, se quedara en Alba, y que fuese expuesto, para que se hiciera rey de Roma y fundador de un Estado, de que formó la patria suya. No hay duda sino que tales ocasiones constituyeron la fortuna de semejantes héroes. Pero su excelente sabiduría les dio a conocer la importancia de dichas ocasiones, y de ello provinieron la prosperidad y la cultura de sus Estados ~

Los que llegan a ser príncipes por esos medios no adquieren su soberanía sin trabajo, pero la conservan fácilmente, y las dificultades con que tropiezan al conseguirla provienen en gran parte de las nuevas leyes y de las nuevas instituciones que se ven obligados a introducir, para fundamentar su Estado y para proveer a su seguridad. Nótese bien que no hay cosa más ardua de manejar, ni que se lleve a cabo con más peligro, ni cuyo acierto sea más dudoso que el obrar como jefe, para dictar estatutos nuevos, pues tiene por enemigos activísimos a cuantos sacaron provecho de los estatutos antiguos, y aun los que puedan sacarlo de los recién establecidos, suelen defenderlos con tibieza suma, tibieza que dimana en gran parte de la escasa confianza que los hombres ponen en las innovaciones, por buenas que parezcan, hasta que no hayan pasado por el tamiz de una experiencia sólida. De donde resulta que los que son adversarios de tales innovaciones lo son por haberse aprovechado de las antiguas leyes, y hallan ocasión de rebelarse contra aquellas innovaciones por espíritu de partido, mientras que los otros sólo las defienden con timidez cautelosa, lo que pone en peligro al príncipe. Y es que cuando quiere uno discurrir adecuadamente sobre este asunto se ve forzado a examinar si los tibios tienen suficiente consistencia por sí mismos, o si dependen de los otros; es decir, si para dirigir su operación, necesitan rogar o si pueden obligar. En el primer caso no aciertan nunca, ni conducen cosa alguna a buen fin, al paso que, si pueden obligar, rara vez dejan de conseguir su objeto. Por esto todos los profetas armados han sido vencedores, y los desarmados abatidos.

Conviene notar, además, que el natural de los pueblos es variable. Fácil es hacerles creer una cosa, pero difícil hacerles persistir en su creencia. Por cuyo motivo es menester componerse de modo que, cuando hayan cesado de creer, sea posible constreñirlos a creer todavía. Moisés, Ciro, Teseo, Rómulo, no hubieran conseguido que se observasen mucho tiempo sus respectivas constituciones, si hubiesen estado desarmados, como le sucedió al fraile Jerónimo Savonarola, que vio malogradas las nuevas instituciones que propusiera a la multitud. Apenas ésta comenzó a no creerle inspirado, se encontró sin medio alguno para mantener coercitivamente en su creencia a los que la perdían, ni para inducir voluntariamente a creer a los que no creían ya. Y cuenta que los príncipes de la especie a que vengo refiriéndome experimentan sumas dificultades en su manera de conducirle, porque todos sus pasos van acompañados de peligros y necesitan gran valor para superarlos. Pero cuando han triunfado de ellos y empiezan a ser respetados, como han subyugado a los hombres que les envidiaban su calidad de príncipes, quedan, al fin, asegurados, reverenciados, poderosos y dichosos.

A tan relevantes ejemplos quiero añadirle otro de clase inferior, y que, sin embargo, no guarda demasiada desproporción con ellos: el de Hieron el Siracusano. De simple particular que era, ascendió a príncipe de Siracusa, sin que la fortuna le procurase otro recurso que el de una favorable ocasión. Hallándose oprimidos los siracusanos, le proclamaron caudillo, en cuyo cargo hizo méritos suficientes para que después le nombrasen soberano suyo. Había sido tan virtuoso en su condición privada que, en sentir de los historiadores, no le faltaba entonces para reinar más que poseer un trono. Y luego que hubo empuñado el cetro, licenció las antiguas tropas, formó otras nuevas, dejó a un lado a sus pretéritos amigos, buscó a otros y, hallándose así con soldados y con camaradas realmente suyos, pudo establecer sobre tales fundamentos cuanto quiso, y conservó sin trabajo lo que había adquirido tras afanes largos y penosos.

**Capítulo VII****De los principados nuevos que se adquieren por la fortuna y con las armas ajenas**

Los que de particulares que eran se vieron elevados al principado por la sola fortuna, llegan a él sin mucho trabajo, pero lo encuentran máximo para conservarlo en su poder. Elevados a él como en alas y sin dificultad alguna, no bien lo han adquirido los obstáculos les cercan por todas partes. Esos príncipes no consiguieron su Estado más que de uno u otro de estos dos modos: o comprándolo o haciéndoselo dar por favor. Ejemplos de ambos casos ofrecieron entre los griegos, muchos príncipes nombrados para las ciudades de la Iona y del Helesponto, en que Darío creyó que su propia gloria tanto como su propia seguridad le inducía a crear ese género de príncipes, y entre los romanos aquellos generales que subían al Imperio por el arbitrio de corromper las tropas. Semejantes príncipes no se apoyan en más fundamento que en la voluntad o en la suerte de los hombres que los exaltaron, cosas ambas muy variables y desprovistas de estabilidad en absoluto. Fuera de esto, no saben ni pueden mantenerse en tales alturas. No saben,

### *El Príncipe*

porque a menos de poseer un talento superior, no es verosímil que acierte a reinar bien quien ha vivido mucho tiempo en una condición privada, y no pueden, a causa de carecer de suficiente número de soldados, con cuyo apego y con cuya fidelidad cuenten de una manera segura. Por otra parte, los Estados que se forman de repente, como todas aquellas producciones de la naturaleza que nacen con prontitud, no tienen las raíces y las adherencias que les son necesarias para consolidarse. El primer golpe de la adversidad los arruina, si, como ya insinué, los príncipes creados por improvisación carecen de la energía suficiente para conservar lo que puso en sus manos la fortuna, y si no se han proporcionado las mismas bases que los demás príncipes se habían formado, antes de serlo.

Con relación a estos dos modos de llegar al principado, el valor o la fortuna, quiero traer dos ejemplos que la historia de nuestra época nos suministra; son a saber: el de Francisco Sforzia y el de César Borgia. Francisco, de simple particular que era, llegó a ser duque de Milán, tanto por su gran valor como por los recursos que su ingenio podía suministrarle, y, por lo mismo, conservó sin excesivo esfuerzo lo que había adquirido con sumos afanes. César, llamado vulgarmente el duque de Valentinois, no logró sus Estados más que por la fortuna de su padre, y los perdió apenas la fortuna le hubo faltado, no sin hacer uso entonces de todos los medios imaginables para retenerlos, y de practicar, para consolidarse en los principados que la fortuna y las armas ajenas le habían procurado, cuanto puede practicar un hombre prudente y valeroso. Ahora bien: he dicho que el que no preparó los fundamentos de su soberanía antes de ser príncipe podría hacerlo después, poseyendo un talento superior, aunque esos fundamentos no pueden formarse, en tal caso, más que con muchos disgustos para el arquitecto y con muchos peligros para el edificio. Si, pues, se consideran los progresos del duque de Valentinois, se verá que había preparado su dominación futura y no juzgo inútil darlos a conocer, toda vez que no me es posible presentar lecciones más útiles a un príncipe nuevo que las acciones del segundo Borgia. Si sus instituciones no le sirvieron de nada, no fue culpa suya, sino de una extremada y extraordinaria malignidad de la suerte ciega.

Alejandro VI quería elevar a su hijo el duque a un gran dominio, y veía, para ello, fuertes dificultades en lo presente y en lo futuro. Primeramente, no sabía cómo hacerle señor de un Estado que no perteneciera a la Iglesia, y cuando volvía sus miras hacia un Estado de la Iglesia preveía que el duque de Milán y los venecianos no consentirían en ello, pues Faenza y Rímíni, que él quería cederle ante todo, estaban ya bajo la protección de los últimos. Veía, además, que los ejércitos de Italia, y especialmente aquellos de que le hubiera sido dable servirse, se hallaban en poder de los que debían temer el engrandecimiento del Papa, y mal podía fiarse de tales ejércitos, mandados todos por los Ursinos, por los Colonnas o por allegados suyos. Era menester, por tanto, que se turbase este orden de cosas y que se introdujera el desorden en los Estados de Italia, a fin de que le fuera posible apoderarse con seguridad de una parte de ellos. Y lo fue, a causa de encontrarse en una coyuntura en que, movidos de razones particulares, habían decidido los venecianos conseguir que los franceses volvieran otra vez a Italia. No sólo no se opuso a ello, sino que facilitó semejante maniobra y se mostró favorable a Luis XII, al sentenciar la disolución de su matrimonio con Juana de Francia, de suerte que aquel monarca llegó a Italia con la ayuda de los venecianos y con el consentimiento de Alejandro VI, y no bien hubo llegado a Milán, cuando el Papa obtuvo para él algunas tropas para la empresa que había meditado sobre la Romaña, la cual le fue cedida a causa de la reputación cobrada por el rey. Habiendo por fin adquirido el duque aquella provincia, y aun derrotado a los Colonnas, quería conservarla e ir adelante, pero se le presentaban dos obstáculos. El uno se hallaba en el ejército de los Ursinos, de que se había servido, pero de cuya fidelidad desconfiaba, y el otro consistía en la oposición que Francia podía hacer a ello. Por una parte, temía que le faltasen las armas de los Ursinos, y que no sólo le impidiesen seguir conquistando, sino que también le quitasen lo que ya había adquirido. Por otra parte, temía que el rey de Francia siguiera a su respecto el mismo proceder que los Ursinos. Su recelo hacia los últimos se fundaba en que cuando, después de haber tomado a Faenza asaltó a Bolonia, los vio obrar con tibieza. En cuanto al monarca francés, comprendió lo que podía esperar de él cuando, después de haberse apoderado del ducado de Urbino, atacó a Toscana, pues aquél le hizo desistir de la empresa. En situación semejante, resolvió el duque no depender más de la fortuna y de las armas ajenas, a cuyo efecto comenzó debilitando hasta en Roma las facciones de los Ursinos y de los Colonnas, y ganando a cuantos nobles le eran adictos. Los hizo gentilhombres suyos, los honró con elevados empleos y les confió, según sus prendas personales, varios mandos o gobiernos, con que extinguió en ellos, a los pocos meses, el espíritu de facción a que se hallaban adheridos y su afecto se volvió por entero hacia el duque. Después de esto, aceleró la ocasión de arruinar a los Ursinos, no sin haber dispersado antes a los partidarios de los Colonnas, que se le tornaron favorables, y a quienes trató mejor. Habiendo advertido muy tarde los Ursinos que el poder del duque, y el del Papa como soberano, acarrearba su ruina, convocaron una Dieta en Magione, país de Perusa. De ello resultó contra el duque la rebelión de Ursino, como también los tumultos de la Romaña en infinitos peligros para él, dificultades todas que superó con el auxilio de los franceses. Luego que hubo recuperado alguna consideración, no fiándose ya de ellos, ni de las demás fuerzas que le eran extrañas, y no queriendo verse en la necesidad de probarlos de nuevo, recurrió a la astucia y supo encubrir sus maniobras en grado tamaño que los Ursinos, por mediación de Paulo, solicitaron una reconciliación. No ahorró recursos serviciales para asegurárselos, regalándoles caballos, dinero, trajes vistosos, y ello con tal suerte que, aprovechándose de la simplicidad de su confianza, acabó por reducirlos a caer en su poder en Sinigaglia. Aprovechó la coyuntura para destruir a sus jefes, convirtió a los que les seguían en otros tantos amigos de su persona y proporcionó así una sólida base a su dominación sobre la Romaña y sobre el ducado de Urbino, con lo cual se ganó la voluntad de todos sus pueblos, que, bajo su gobierno, comenzaron a disfrutar de un bienestar por ellos hasta entonces

*El Príncipe*

desconocido. Y como esta parte de la vida del duque merece estudiarse, y aun imitarse por otros príncipes, no quiero dejar de exponerla con alguna especificación.

No bien ocupó la Romaña, la halló mandada por señores inhábiles, que más habían despojado que corregido a sus gobernados y que más habían dado motivo a desuniones que a convergencias, por lo que en la provincia abundan los latrocinios, las contiendas y todo linaje de desórdenes. Para remediar tamaños males estableció en ella la paz, la hizo obediente a su príncipe, le impuso un Gobierno vigoroso, y envió allí por presidente a Ramiro d'Orco, hombre severo y expeditivo, en quien delegó una autoridad casi ilimitada, y que en poco tiempo restableció el sosiego en la comarca, reconcilió a los ciudadanos divididos y proporcionó al duque una grande consideración. Más tarde, empero, juzgó el duque que la desmesurada potestad de Ramiro no convenía allí ya, y temiendo que se tornara muy odiosa, erigió en el centro de la provincia un tribunal civil, presidido por un sujeto excelente, y en el que cada ciudad tenía su defensor. Le constaba, además, que los rigores ejercidos por Orco habían engendrado contra su propia persona sentimientos hostiles. Para desterrarlos del corazón de sus pueblos y ganarse la plena confianza de éstos, trató de persuadirles de que no debían imputársele a él aquellos rigores, sino al genio duro de su ministro. Y para acabar de convencerles de ello determinó castigar al último, y una mañana mandó dividirlo en dos pedazos y mostrarle así hendido en la plaza pública de Cesena, con un cuchillo ensangrentado y un tajío de madera al lado. La ferocidad de espectáculo tan horrendo hizo que sus pueblos quedaran por algún tiempo tan satisfechos como atónitos.

Pero volviendo al punto de que he partido, digo que al encontrarse el duque muy poderoso, asegurado de los peligros de entonces en gran parte, armado en la necesaria medida, libre de las armas, de los vecinos que podían inferirle daños, y ansioso de continuar sus conquistas, le restaba, con todo, el temor a Francia. Sabedor de que el rey de esta nación, que se había dado cuenta algo tardíamente de sus propias torpezas, no permitiría que el duque se engrandeciese más, se echó a buscar nuevos amigos. Desde luego, tergiversó con respecto a Francia cuando las tropas de esta nación marcharon hacia el reino de Nápoles contra el ejército español que sitiaba a Gaeta. Su intención era asegurarse de ellas, y el acierto habría sido rápido si Alejandro VI hubiera vivido aún.

Tales fueron sus precauciones en las circunstancias del momento. En cuanto a las futuras temía, ante todo, que el sucesor de Alejandro VI no le fuera favorable y que intentase arrebatarle lo que le había dado aquél. Para precaver este inconveniente ~ imaginó cuatro recursos, conviene a saber: 1) extinguir las familias de los señores a quienes había despojado, a fin de quitar al Papa los socorros que ellos hubiesen podido suministrarle; 2) ganarse a todos los hidalgos de Roma, para oponerlos como freno al Pontífice, en la misma capital de sus Estados; 3) atraerse, hasta el límite de lo posible, al sacro colegio de los cardenales; 4) adquirir, antes de la muerte de Alejandro VI, dominio tamaño, que se hallara en estado de resistir por sí mismo al primer asalto, cuando no existiera ya su padre. Practicados por el duque los tres primeros recursos, tenía conseguido su fin principal, al morir el Papa, y el cuarto estaba ejecutándolo. Había hecho perecer a cuantos pudo coger de aquellos señores a quienes despojara, y se le escaparon pocos. Había ganado a los hidalgos de Roma y adquirido grandísimo influjo en el sacro colegio. En cuanto a sus nuevas conquistas, después de haber proyectado erigirse en señor de la Toscana, veía a Pisa bajo su protección, y poseía a Perusa y a Biombino. Como tras ello no se creía obligado a guardar más miramientos con los franceses, y de hecho no les guardaba ninguno, por haberles despojado los españoles del reino de Nápoles, y porque unos y otros estaban forzados a solicitar su amistad, se echaba sobre Pisa, lo cual bastaba para que Luca y Siena le abriesen sus puertas, sea por celos contra los florentinos (que carecían de medios para evitarlo), sea por temor de la venganza suya. Si esta empresa le hubiera salido acertada, y si se hubiese puesto en ejecución el año en que murió Alejandro VI, habría adquirido tan grandes fuerzas y tanta consideración que por sí mismo se hubiera sostenido, sin depender de la fortuna y del poder ajeno, pues todo ello dependía ya de su dominación y de su talento. Pero Alejandro VI murió cinco años después de haber comenzado el duque a desenvainar su espada y cuando sólo el Estado de la Romaña estaba consolidado. Los demás permanecían vacilantes e indecisos, hallándose, además, el duque entre dos ejércitos enemigos muy poderosos y viéndose últimamente asaltado por una enfermedad mortal. Sin embargo, valía tanto, poseía tanta inteligencia, sabía tan bien cómo puede ganarse o perderse la voluntad de los hombres, y se había creado en tan poco tiempo fundamentos tan sólidos, que si no hubiera tenido por contrarios a aquellos ejércitos y le hubiesen ido mejor las cosas, habría triunfado de todos los demás obstáculos. La prueba de que tales fundamentos eran buenos es perentoria, puesto que la Romaña le aguardó sosegadamente más de un mes, y, moribundo ya, no tenía nada que temer de Roma. Aunque los Ursinos, los Vitelis y los Vagniolis habían ido allí, no emprendieron nada contra él. Si no pudo hacer Papa a quien quería, al menos impidió que lo fuese aquel a quien no quería. Pero si al morir Alejandro VI hubiese gozado de robusta salud, habría hallado facilidad para todo. El día en que Julio II fue nombrado Papa me dijo que había calculado cuanto podía acaecer una vez muerto su padre y hallándole anticipado remedio, pero que no había pensado en que pudiera morir él mismo entonces.

Después de haber resumido todas las acciones del duque y de haberlas comparado unas con otras, no me es posible condenarle, y aun me atrevo a proponerle por modelo a cuantos la fortuna o ajenas armas elevaron a la soberanía. Con las relevantes prendas que poseía y las profundas miras que abrigaba no podía conducirse de diferente modo. No encontraron sus designios más impedimentos reales que la brevedad de la vida de su progenitor y su propia enfermedad. Así, el que en un principado nuevo necesite asegurarse de sus enemigos, ganarse amigos repetidamente,

*El Príncipe*

vencer por la fuerza o por el fraude, hacerse amar y temer de los pueblos, obtener el respeto y la fidelidad de los soldados, sustituir los antiguos estatutos por otros recientes, desembarazarse de los hombres que pueden perjudicarle, ser a la vez severo, agradable, magnánimo y liberal, y conservar la amistad de los monarcas, de suerte que éstos le sirvan de buen grado, o no le ofendan más que con mucho miramiento: el que en tal caso se halle, no encontrará ejemplo más fehaciente que el proceder del duque, por lo menos hasta la muerte de su padre. Su política cayó luego en graves faltas, sobre todo cuando, al ser nombrado el sucesor de Alejandro VI, dejó el duque hacer una elección contraria a sus intereses en la persona de Julio II. No le era posible la creación de un Papa de su gusto, pero teniendo como tenía la facultad de impedir que éste o aquél fuesen Papas, no debió permitir nunca que se le confiriera el Pontificado a ninguno de los cardenales a quienes había ofendido, o que tuviesen motivo de temerle (los hombres ofenden por miedo o por odio), y que eran, entre otros, los de San Pedro, San Jorge, Colonna y Ascagne. Elevados una vez todos los demás al Pontificado, estaban en el caso de temerle, excepto el cardenal de Ruán, a causa de su fuerza, puesto que contaba con el apoyo del reino de Francia, y con los cardenales españoles, con los que se había aliado, y a los que había hecho varios favores. Por ende, el duque debió ante todo, conseguir que el Papa hubiera sido un español, y, a no lograrlo, debió permitir que se eligiese al cardenal de Ruán, y no al de San Pedro. Cualquiera que crea que los nuevos beneficios hacen olvidar a los eminentes personajes las antiguas injurias, camina errado. De donde se infiere que, en aquella elección, el duque cometió una falta, y tan grave, que ocasionó su ruina.

**CAPÍTULO VIII  
DE LOS QUE LLEGARON A PRÍNCIPES POR MEDIO DE MALDADES**

Supuesto que aquel que de simple particular asciende a príncipe, lo puede hacer todavía de otros dos modos, sin deberlo todo al valor o a la fortuna, no conviene omita yo tratar de uno y de otro de esos dos modos, aun reservándome discurrir con más extensión sobre el segundo, al ocuparme de las repúblicas. El primero es cuando un hombre se eleva al principado por una vía malvada y detestable, el segundo cuando se eleva con el favor de sus conciudadanos. En cuanto al primer modo, la historia presenta dos ejemplos notables: uno antiguo y otro moderno. Me ceñiré a citarlos, sin profundizar demasiado la cuestión, porque soy de parecer que enseñan bastante por sí solos si cualquiera estuviese en el caso de imitarlos.

El primer ejemplo es el del siciliano Agátocles, quien, habiendo nacido en una condición, no sólo común y ordinaria, mas también baja y vil, llegó a empuñar, sin embargo, el cetro de Siracusa. Hijo de un alfarero, había llevado en todas las circunstancias una conducta reprehensible. Pero sus perversas acciones iban acompañadas de tanto vigor de cuerpo y de tanta fortaleza de ánimo, que habiéndose dedicado a la profesión de las armas, ascendió, por los diversos grados de la milicia, hasta el de pretor de Siracusa. Luego que se vio elevado a este puesto resolvió hacerse príncipe, y retener con violencia, sin debérselo a nadie, la dignidad que le había concedido el libre consentimiento de sus conciudadanos. Después de haberse entendido sobre el asunto con el general cartaginés Amílcar, que estaba en Sicilia con su ejército, juntó una mañana al Senado y al pueblo en Siracusa, como si tuviera que deliberar con ellos sobre cosas importantes para la república y, dando en aquella asamblea a los soldados la señal convenida, les mandó matar a todos los senadores y a los ciudadanos más ricos que allí se hallaban. Librado de ambos estorbos de su ambición, ocupó y conservó el principado de Siracusa, sin que se encendiera contra él ninguna guerra civil. Aunque después fue dos veces derrotado, y aun sitiado, por los cartagineses, no solamente pudo defender su ciudad, sino que, además, dejó una parte de sus tropas custodiándola, y marchó a actuar a África con otra. De esta suerte, en poco tiempo libró a la cercada Siracusa, y puso en tal aprieto a los cartagineses, que se vieron forzados a tratarle de potencia a potencia, se contentaron con la posesión de África, y le abandonaron enteramente a Sicilia. Donde se advierte, reflexionando sobre la decisión y las hazañas de Agátocles, que nada o casi nada puede atribuirse a la fortuna. No por el favor ajeno, como indiqué más arriba, sino por medio de los grados militares, adquiridos a costa de muchas fatigas y de muchos riesgos, consiguió la soberanía, y, si se mantuvo en ella merced a multitud de acciones temerarias, pero llenas de resolución, no cabe, ciertamente, aprobar lo que hizo para lograrla. La traición de sus amigos, la matanza de sus conciudadanos, su absoluta falta de religión, son, en verdad, recursos con los que se llega a adquirir el dominio, mas nunca gloria. No obstante, si consideramos el valor de Agátocles en la manera como arrojó los peligros y salió triunfante de ellos, y la sublimidad de su alma en soportar y en vencer los acontecimientos que le eran más adversos, no vemos por qué conceptuarle como inferior al mayor campeón de diferente especie moral a la suya. Por desdicha, su inhumanidad despiadada y su crueldad feroz son maldades evidentes que no permiten alabarle, como si mereciera ocupar un lugar eminente entre los hombres insignes. Pero repito que no puede atribuirse a su valor o a su fortuna lo que adquirió sin el uno y sin la otra.

El segundo ejemplo, más inmediato a nuestros tiempos, es el de Oliverot de Fermo. Educado en su niñez por su tío materno, Juan Fogliani, fue colocado por éste más tarde en la tropa del capitán Pablo Viteli, a fin de que allí llegase, bajo semejante maestro, a alguna alta graduación en las armas. Habiendo muerto después Pablo, y sucediéndole en el mando su hermano Viteloro, a sus órdenes peleó Oliverot, y como, amén de robusto y valiente, era inteligentísimo, llegó a ser en breve plazo el primer hombre de su ejército. Juzgando entonces cosa servil su permanencia en él, confundido entre el vulgo de los capitanes, concibió el proyecto de apoderarse de Fermo, con ayuda de Viteloro y de

*El Príncipe*

algunos ciudadanos de aquella ciudad que amaban más la esclavitud que la libertad de su país. Para mejor llevar a cabo su plan escribió, ante todo, a su tío Juan Fogliani. En la carta le decía ser muy natural, al cabo de tan prolongada ausencia, que quisiera abrazarle, ver de nuevo su patria, volver a Fermo y reconocer en algún modo su patrimonio. Le añadía que, en efecto, regresaba, pero que, no habiéndose fatigado, durante tan larga separación, más que para adquirir algún honor y deseando mostrar a sus compatriotas que no había perdido el tiempo en tal respecto, creía deber presentarse con cierto atuendo, acompañado de amigos suyos, de varios servidores y de cien soldados de a caballo. Por ende, le rogaba hiciera de modo que los ciudadanos de Fermo le acogiesen con distinción «atendiendo a que semejante recibimiento no sólo le honraría a él mismo, sino que redundaría también en gloria del tío, su segundo padre y su primer preceptor». Juan no dejó de hacer los favores que solicitaba, y a los que le parecía ser acreedor su sobrino. Procuró que los ciudadanos de Fermo le recibiesen con gran honra, y le alojó en su palacio. Oliverot, luego de haberlo dispuesto todo para la maldad que había premeditado, dio en el palacio un espléndido banquete, al que invitó a Juan Fogliani y a las personas de más viso de la población. Al final del convite, y cuando conforme al uso de entonces, se departía sobre cosas de que se habla comúnmente en la mesa, Oliverot hizo recaer diestramente la conversación sobre la grandeza de Alejandro VI y de su hijo César Borgia, como asimismo sobre sus empresas. Mientras él respondía a los discursos de los otros, y los otros contestaban a los suyos, se levantó de repente, manifestando ser aquella una materia de que no debía hablarse más que en apartado sitio, y se retiró a un cuarto particular, al que Fogliani y las demás personas de viso le siguieron. Apenas se hubieron sentado allí cuando, por salidas ignoradas de ellos, entraron diversos soldados, que los degollaron a todos, sin perdonar a Fogliani. Terminada la matanza, Oliverot montó a caballo, recorrió la ciudad, fue a sitiar al primer magistrado en su propio alcázar, y los habitantes de Fermo, poseídos de súbito e inaudito temor, se vieron obligados a obedecerle, y a formar un nuevo Gobierno, del que se constituyó soberano. Desembarazado por tal arte de todos aquellos hombres cuyo descontento podía serle fatal, fortificó su autoridad con nuevos estatutos civiles y militares, de suerte que, por espacio del año que conservó su soberanía, no sólo se mantuvo seguro en la ciudad de Fermo, sino que además, se hizo respetar y temer de sus vecinos, y hubiera sido tan perdurable como Agátocles, si no se hubiese dejado engañar por César Borgia, cuando, en Sinigaglia, sorprendió éste, como indiqué ya, a los Ursinos y a los Vitelios. Aprehendido con éstos el propio Oliverot en aquella ocasión, un año después de su parricidio, le ahorcaron en compañía de Viterolo, que había sido su mentor de audacia y de maldad.

Podría preguntarse por qué Agátocles, Oliverot y algún otro de la misma especie lograron, a pesar de tantas traiciones y de tamañas crueldades, vivir largo tiempo seguros en su patria, y defenderse de los enemigos exteriores, sin seguir siendo traidores y crueles. También podría preguntarse por qué sus conciudadanos no se conjuraron nunca contra ellos, al paso que otros, empleando iguales recursos no consiguieron conservarse jamás en sus Estados, ni en tiempo de paz, ni en tiempo de guerra. Creo que esto dimana del uso bueno o malo que se hace de la traición y de la crueldad. Permítame llamar buen uso de los actos de rigor el que se ejerce con brusquedad, de una vez y únicamente por la necesidad de proveer a la seguridad propia, sin continuarlos luego, y tratando a la vez de encaminarlos cuanto sea posible a la mayor utilidad de los gobernados. Los actos de severidad mal usados son aquellos que, pocos al principio, van aumentando y se multiplican de día en día, en vez de disminuirse y de atenderse a su primitiva finalidad. Los que se atienden al primer método, pueden, con los auxilios divinos y humanos, remediar, como Agátocles, su situación, en tanto que los demás no es posible que se mantengan. Es menester, pues, que el que adquiere un Estado ponga atención en los actos de rigor que le es preciso ejecutar, a ejercerlos todos de una sola vez e inmediatamente, a fin de no verse obligado a volver a ellos todos los días, y poder, no renovándolos, tranquilizar a sus gobernados, a los que ganará después fácilmente, haciéndoles bien. El que obra de otro modo, por timidez o guiado por malos consejos, se ve forzado de continuo a tener la cuchilla en la mano, y no puede contar nunca con sus súbditos, porque estos mismos, que le saben obligado a proseguir y a reanudar los actos de severidad, tampoco pueden estar jamás seguros con él. Precisamente porque semejantes actos han de ejecutarse todos juntos porque ofenden menos, si es menor el tiempo que se tarda en pensarlos; los beneficios, en cambio, han de hacerse poco a poco, a fin de que haya lugar para saborearlos mejor. Así, un príncipe debe, ante todas las cosas, conducirse con sus súbditos de modo que ninguna contingencia, buena o mala, le haga variar, dado que, si sobrevinieran tiempos difíciles y penosos, no le quedaría ya ocasión para remediar el mal, y el bien que hace entonces no se convierte en provecho suyo, pues lo miran como forzoso, y no sé lo agradecen.

## **CAPÍTULO IX DEL PRINCIPADO CIVIL**

Vengamos al segundo modo con que un particular llega a hacerse príncipe, sin valerse de nefandos crímenes, ni de intolerables violencias. Es cuando, con el auxilio de sus conciudadanos, llega a reinar en su patria. A este principado lo llamo civil. Para adquirirlo, no hay necesidad alguna de cuanto el valor o la fortuna pueden hacer sino más bien de cuanto una acertada astucia puede combinar. Pero nadie se eleva a esta soberanía sin el favor del pueblo o de los grandes. En toda ciudad existen dos inclinaciones diversas, una de las cuales proviene de que el pueblo desea no ser dominado y oprimido por los grandes, y la otra de que los grandes desean dominar y oprimir al pueblo. Del choque de ambas inclinaciones dimana una de estas tres cosas: o el establecimiento del principado, o el de la república, y el de la

*El Príncipe*

licencia y la anarquía. En cuanto al principado, su establecimiento se promueve por el pueblo o por los grandes, según que uno u otro de estos dos partidos tengan ocasión para ello. Si los grandes ven que no les es posible resistir al pueblo, comienzan por formar una gran reputación a uno de ellos y, dirigiendo todas las miradas hacia él, acaban por hacerle príncipe, a fin de poder dar a la sombra de su soberanía, rienda suelta a sus deseos. El pueblo procede de igual manera con respecto a uno solo, si ve que no les es posible resistir a los grandes, a fin de que le proteja con su autoridad.

El que consigue la soberanía con el auxilio de los grandes se mantiene en ella con más dificultad que el que la consigue con el del pueblo, porque, desde que es príncipe, se ve cercado de muchas personas que se tienen por iguales a él, no puede mandarlas y manejarlas a su discreción. Pero el que consigue la soberanía con el auxilio del pueblo se halla solo en su exaltación y, entre cuantos le rodean no encuentra ninguno, o encuentra poquísimos que no estén prontos a obedecerle. Por otra parte, es difícil, con decoro y sin agraviar a los otros, contentar los deseos de los grandes. Pero se contentan fácilmente los del pueblo, porque los deseos de éste llevan un fin más honrado que el de los grandes en atención a que los grandes quieren oprimir, el pueblo sólo quiere no ser oprimido.

Añádase a lo dicho que si el pueblo es enemigo del príncipe, éste no se verá jamás seguro, pues el pueblo se compone de un número grandísimo de hombres, mientras que, siendo poco numerosos los grandes, es posible asegurarse de ellos más fácilmente. Lo peor que el príncipe puede temer de un pueblo que no le ama, es ser abandonado por él. Pero, si le son contrarios los grandes, debe temer no sólo verse abandonado sino también atacado y destruido por ellos, que teniendo más previsión y más astucia que el pueblo, emplean bien el tiempo para salir del apuro, y solicitan dignidades de aquel que esperan ver sustituir al príncipe reinante. Además, el príncipe se ve obligado a vivir siempre con un mismo pueblo, al paso que le es factible obrar sin unos mismos grandes, puesto que está en su mano hacer otros nuevos y deshacerlos todos los días, como también darles crédito, o quitarles el de que gozan, cuando le venga en gana.

Para aclarar más lo relativo a los grandes, digo que deben considerarse en dos aspectos principales: o se conducen de modo que se unan en un todo con la fortuna o proceden de modo que se pasen sin ella. Los primeros, si no son rapaces deben ser estimados y honrados. Los segundos, que no se ligan al príncipe personalmente, pueden considerarse en otros dos aspectos. Unos obran así por pusilanimidad o falta de ánimo, y entonces el príncipe debe servirse de ellos como de los primeros, especialmente cuando le den buenos consejos, porque le son fieles en la prosperidad e inofensivos en la adversidad. Pero los que obran por cálculo o por ambición, manifiestan que piensan más en él que en su soberano, y éste debe prevenirse contra ellos y mirarlos como a enemigos declarados, porque en la adversidad ayudarán a hacerle caer.

Un ciudadano llegado a príncipe por el favor del pueblo ha de tender a conservar su afecto, lo cual es fácil, ya que el pueblo pide únicamente no ser oprimido. Pero el que llegó a ser príncipe con el auxilio de los grandes y contra el voto del pueblo, ha de procurar conciliárselo, tomándolo bajo su protección. Cuando los hombres reciben bien de quien no esperan más que mal, se apoyan más y más en él. Así, el pueblo sometido por un príncipe nuevo, que se erige en bienhechor suyo, le coge más afecto que si él mismo, por benevolencia, le hubiera elevado a la soberanía. Luego el príncipe puede captarse al pueblo de varios modos, pero tan numerosos y dependientes de tantas circunstancias variables, que me es imposible formular una regla fija y cierta sobre el asunto, y me limito a insistir en que es necesario que el príncipe posea el afecto del pueblo, sin lo cual carecerá de apoyo en la adversidad. Nabis, príncipe nuevo entre los espartanos, resistió el sitio de todas las tropas griegas y de un ejército romano curtido en las victorias y resistió fácilmente contra ambas fuerzas su patria y su Estado, por bastarle, al acercarse el peligro, asegurarse de un corto número de enemigos interiores. Pero no hubiera logrado tamaños triunfos, si hubiera tenido al pueblo por enemigo.

Y no se crea impugnar la opinión que estoy sentando aquí con objetarme el tan repetido adagio de que quien fía en el pueblo edifica sobre arena. Confieso ser esto verdad para un ciudadano privado que, satisfecho con semejante fundamento, creyera que el pueblo le libraría, si le viera oprimido por sus enemigos o por los magistrados. En tal caso, podría engañarse a menudo en sus esperanzas, como ocurrió a los Gracos en Roma, y a Jorge Scali en Florencia. Pero, si el que se funda en el pueblo, es príncipe suyo, y puede mandarle, y es hombre de corazón, no se atemorizará en la adversidad. Como haya tomado las disposiciones oportunas y mantenido, con sus estatutos y con su valor, el de la generalidad de los ciudadanos, no será engañado jamás por el pueblo, y reconocerá que los fundamentos que se ha formado con éste, son buenos. Porque las soberanías de esta clase sólo peligran cuando se las hace subir del orden civil al de una monarquía absoluta, en que el príncipe manda por sí mismo, o por intermedio de sus magistrados. En el último caso, su situación es más débil y más temerosa, por depender enteramente de la voluntad de los que ejercen las magistraturas, y que pueden arrebatarle sin gran esfuerzo el Estado, ya sublevándose contra él, ya no obedeciéndole. En los peligros, semejante príncipe no encuentra ya razón para recuperar su omnímoda autoridad por cuanto los súbditos, acostumbrados a recibir las órdenes directamente de los magistrados, no están dispuestos, en tales circunstancias críticas, a obedecer a las suyas y, en tiempos tan dudosos, carece siempre de gentes en quienes pueda fiarse. No se halla en el caso de los momentos pacíficos, en que los ciudadanos necesitan del

*El Príncipe*

Estado, porque entonces todos se mueven, prometen y quieren morir por él, en atención a que ven la muerte remota. Pero en épocas revueltas, cuando el Estado más necesita de los ciudadanos, son poquísimos los que le secundan. Y la experiencia es tanto más peligrosa, cuanto que no cabe hacerla más que una vez. Por ende, un soberano prudente debe imaginar un método por el que sus gobernados tengan de continuo, en todo evento y en circunstancia de cualquier índole, una necesidad grandísima de su principado. Es el medio más seguro de hacérselos fieles para siempre.

**CAPÍTULO X  
CÓMO DEBEN MEDIRSE LAS FUERZAS DE LOS PRINCIPADOS**

O el principado es bastante grande para que en él halle el soberano, en caso necesario, con qué sostenerse por sí mismo, o es tal que, en el mismo caso, se vea obligado a implorar el auxilio ajeno. Pueden los príncipes sostenerse por sí mismos cuando tienen suficientes hombres y dinero para formar el correspondiente ejército, con que presentar batalla a cualquiera que vaya a atacarlos, y necesitan de otros los que, no pudiendo salir a campaña contra los enemigos, se encuentran obligados a encerrarse dentro de sus muros, y limitarse a defenderlos. Se habló ya del primer caso y aún se volverá sobre él, cuando se presente ocasión oportuna. En cuanto al segundo caso, no puedo menos de alentar a semejantes príncipes a fortificar la ciudad de su residencia, sin inquietarse por las restantes del país. Cualquiera que haya artillado fuertemente el lugar de su mansión y se haya portado bien con sus súbditos, no será atacado nunca sino con mucha circunspección, porque los hombres miran siempre con cautela suma las empresas que les ofrecen dificultades, y no cabe esperar un fácil triunfo cercand o asaltando la ciudad de un príncipe que la ha fortalecido en buenas condiciones y que cuenta con el amor de su pueblo.

Las ciudades de Alemania son muy libres; tienen en sus alrededores poco territorio que les pertenezca; obedecen al emperador a la medida de su gusto; no le temen a él, ni a ningún otro potentado, a causa de la solidez de sus murallas, por lo que los agresores temen perder mucho tiempo, y hasta sufrir un descalabro, si toman la ofensiva contra ellas. Todas tienen fosos, muros muy fuertes, cañones en abundancia, y conservan en sus almacenes, bodegas y habitaciones, vituallas bastantes para comer, beber y encender fuego durante un año. Fuera de esto, y a fin de alimentar suficientemente al populacho, no les falta con qué darle trabajo, también por espacio de un año, en aquellas obras públicas que son el nervio y el alma de toda ciudad, y se cuidan con esmero de que los servicios militares estén continuamente en vigor. Así, un príncipe que posee por punto de residencia una plaza fuerte y se hace amar dentro de ella, difícilmente será sitiado, y si lo fuera, el que lo intentase acabaría por levantar el cerco con oprobio. Son tan variables las cosas terrenas, que es casi imposible que el que ataca, si se ve llamado a su país por alguna inevitable vicisitud de sus Estados, permanezca un año rondando con su ejército, ante unos muros muy fuertes, que no le es posible asaltar.

Si alguien objetare que, en el caso de que, teniendo un pueblo sus posesiones afuera, las viera quemar, perdería la paciencia, y su interés le haría olvidar el de su príncipe, responderé que un monarca poderoso y valiente superará siempre esas dificultades, ya dando esperanzas a sus gobernados de que el mal no durará mucho, ya amenazándoles con las represalias y crueldades que cometería el enemigo, ya, en fin, poniendo a buen recaudo a aquellos súbditos que le pareciesen muy osados en sus quejas. Aparte lo cual, habiendo el enemigo, desde su llegada, incendiado y devastado el país, cuando estaban los sitiados en el ardor de la defensa, el príncipe debe abrigar tanta menos desconfianza después, cuanto que, pasados varios días, los ánimos se habrán enfriado, los males se habrán sufrido, los daños estarán hechos, y no quedará ya remedio alguno. Los ciudadanos entonces se unirán mejor a él, precisamente porque ha contraído con ellos una nueva obligación, a consecuencia de haberse arruinado sus casas y sus posesiones en defensa suya. La naturaleza de los hombres es de obligarse unos a otros, lo mismo por los beneficios que conceden que por los que reciben. De donde es preciso concluir que, considerándolo todo bien, no le es difícil a un príncipe prudente, desde el comienzo hasta el final de un sitio, conservar inclinados a su persona los ánimos de sus conciudadanos, si no les falta con qué vivir, ni con qué defenderse.

**CAPÍTULO XI  
DE LOS PRINCIPADOS ECLESIASTICOS**

Réstame hablar ahora de los principados eclesiásticos, en cuya adquisición y posesión no existe ninguna dificultad, pues no se requiere al efecto, ni de valor, ni de buena fortuna. Tampoco su conservación y mantenimiento necesita de una de ambas cosas, o de las dos reunidas, por cuanto el príncipe se sostiene en ellos por ministerio de instituciones que, fundadas de inmemorial, son tan poderosas, y poseen tales propiedades, que la aferran a su Estado, de cualquier modo que proceda y se conduzca. Únicamente estos príncipes tienen Estados sin verse obligados a defenderlos, y súbditos, sin experimentar la molestia de gobernarlos. Los Estados, aunque indefensos, no les son arrebatados, y los súbditos, aun careciendo de Gobierno, no se preocupan de ello lo más mínimo, ni piensan en mudar de soberano en modo alguno y ni siquiera podrían hacerlo, por lo cual semejantes principados son los únicos en que reinan la prosperidad y la seguridad. Pero, como son gobernados por causas superiores, a que la razón no alcanza, los pasaré en

*El Príncipe*

silencio. ¿No habría temeridad presuntuosa en discurrir sobre unas soberanías establecidas y conservadas por Dios mismo? Sin embargo, alguien me preguntará la causa de que la Iglesia romana se haya elevado, aun en las cosas temporales, a tan superior grandeza como la que contemplamos hoy. Porque, antes del Papa Alejandro VI, la dominación pontificia era tan limitada que no ya los potentados italianos, sino el más modesto barón y el más humilde señor hacían escaso aprecio de ella en las cosas temporales, mientras que ahora arruina a Venecia y atemoriza a todo un rey de Francia, hasta el punto de echarle de la península. Y, por muy conocidos que estos hechos sean, no juzgo inútil representarlos con toda puntualidad.

Con anterioridad a la venida del monarca francés Carlos VIII a Italia, ésta se hallaba políticamente distribuida en cinco nacionalidades: Estados Pontificios, Venecia, reino de Nápoles, ducado de Milán y Florencia. Los soberanos de los tres últimos principados sólo cuidaban de dos cosas: que ningún extranjero trajese ejércitos a Italia, y que ninguno de los grupos políticos de ésta se engrandeciera a costa de los otros. Aquellos contra quienes más les importaba tomar tales precauciones, eran los venecianos y el Papa. Para contener a los venecianos se requería la unión de los demás grupos, y, para contener al Papa, los soberanos en cuestión se valían de los barones de Roma, que, por hallarse divididos en dos facciones, la de los Ursinos y la de los Colonnas, hallaban incesantes motivos de disputa y desenvainaban la espada unos contra otros a la vista misma del Pontífice, a quien inquietaban continuamente, de donde resultaba que la potestad temporal de la Santa Sede permanecía siempre débil y vacilante. Y, por más que a veces sobreviniese un Papa de recio temple, como Sixto IV, ni la energía ni el genio de alguno de estos excepcionales representantes suyos podían desembarazarle del obstáculo de referencia, a causa de la breve duración de su mandato. Sobre diez años, uno con otro, reinaba cada Papa y por muchas molestias que se tomaran, no les era posible abatir una de aquellas facciones. Si uno de ellos, por ejemplo, conseguía extinguir la de los Colonnas, otro la resucitaba, por ser enemigo de los Ursinos, no quedándole ya suficiente tiempo para aniquilarlos después, con lo que sucedía que hacían poco caso de las fuerzas temporales del Papa en Italia. Pero se presentó Alejandro VI, el cual, mejor que sus predecesores, demostró hasta qué punto le era dable a un Papa, con su dinero y con sus fuerzas, triunfar de los demás príncipes. Tomando por instrumento a su hijo César Borgia, duque de Valentinois, y aprovechando la ocasión del paso de los franceses, ejecutó cuantas cosas llevo referidas al hablar de las acciones de dicho duque. Bien que su intención no hubiese sido aumentar los dominios de la Iglesia, sino únicamente proporcionar otros grandísimos a su hijo, ocasionó el engrandecimiento del Papa, que a la muerte del duque, heredó el fruto de sus guerras. Cuando luego advino Julio II al Solio Pontificio, encontró a la Iglesia muy poderosa y en posesión de toda la Romaña. Los barones de Roma carecían de fuerza, porque Alejandro VI, con los diferentes modos de lograr la derrota de sus facciones, los había destruido. Julio II halló también abierto el camino para atesorar, por algunos medios que Alejandro VI no había puesto en práctica nunca. No sólo siguió el curso trazado por éste, sino que, además, formó el designio de conquistar a Bolonia, reducir a los venecianos y arrojar de Italia a los franceses, empresas todas que le salieron bien, y con tanta más gloria para él mismo, cuanto que llevaban la mira de acrecentar el patrimonio de la Iglesia, y no el de ningún particular. Amén de esto, mantuvo las facciones de los Ursinos y de los Colonnas en los mismos términos en que las halló, y, aunque había en ellas algunos jefes capaces de turbar el Estado, permanecieron sumisos, porque les tenía espantado el poder de la Iglesia, y no había, en el Sacro Colegio, cardenales que fuesen de sus familias, lo que era causa de sus disensiones. Tales facciones no se sosegarán mientras cuenten con algunos cardenales, por ser éstos los que mantienen, en Roma y fuera de ella, unos partidos que sus deudos se ven obligados a defender, y así es como las discordias y las guerras entre los barones dimanen de la ambición de dichos preladados. Por ende, al suceder León X a Julio II, halló al Papado elevado a un altísimo grado de dominación, y hay motivos para esperar que, si sus predecesores lo engrandecieron con las armas, el nuevo Pontífice lo engrandecerá más aún, y le hará venerar, con su ingenio, con su cultura, con su bondad y con las infinitas virtudes que sobresalen en su persona.

**CAPÍTULO XII****DE LAS DIFERENTES CLASES DE MILICIA Y DE LOS SOLDADOS MERCENARIOS**

Después de haber hablado en particular de todas las especies de principados, sobre las cuales me había propuesto discurrir, considerando, en algunos aspectos, las causas de su buena o mala constitución y mostrando los medios con que muchos soberanos trataron de adquirirlos y de conservarlos, me resta ahora reflexionar acerca de los ataques y de las defensas que pueden ocurrir en cada uno de los Estados de que llevo hecha mención. Porque los principales fundamentos de todos los Estados, ya antiguos, ya nuevos, ya mixtos, están en las armas y en las leyes, y, como no se conciben leyes malas a base de armas buenas, dejaré a un lado las leyes y me ocuparé de las armas. Empero, las armas con que un príncipe defiende su Estado pueden ser tropas propias, o mercenarias, o auxiliares, o mixtas, y me ocuparé por separado de cada una de ellas. Las mercenarias y auxiliares son inútiles y peligrosas. Si un príncipe apoya su Estado en tropas mercenarias, no se hallará seguro nunca, por cuanto esas tropas, carentes de unión, ambiciosas, indisciplinadas, infieles, fanfarronas en presencia de los amigos y cobardes frente a los enemigos, no tienen temor de Dios, ni buena fe con los hombres. Si un príncipe, con semejantes tropas, no queda vencido, es únicamente cuando no hay todavía ataque. En tiempo de paz, despojan al príncipe, y, en el de guerra, dejan que le despojen sus enemigos. Y la causa de esto es que no hay más amor, ni más motivo que las apegue al príncipe, que su

*El Príncipe*

escaso sueldo, el cual no basta para que se resuelvan a morir por él. Se acomodan a ser soldados suyos, mientras no hacen la guerra. Pero si ésta sobreviene, huyen y quieren retirarse.

No me costaría mucho trabajo persuadir a nadie de lo que acabo de decir, puesto que la ruina de Italia en estos tiempos proviene de que, por espacio de muchos años, delegó confiadamente su defensa en tropas mercenarias, que lograron, en verdad, algunos triunfos en favor de tal o cual príncipe peninsular, y que se mostraron valerosas contra varias tropas del país, pero que a la llegada del extranjero manifestaron lo que realmente eran, valían y significaban. Por eso Carlos VIII, rey de Francia, halló la facilidad de tomar a Italia con greda, y quien dijo que nuestros pecados fueron la causa de ello, dijo verdad, y tuvo razón, pero no fueron los pecados que él creía, sino los que llevo mencionados. Y como estos pecados caían sobre la cabeza de los príncipes, sobre ellos también recayó el castigo.

Quiero demostrar todavía mejor la desgracia que el uso de semejante especie de tropas acarrea. O los capitanes mercenarios son hombres excelentes, o no lo son. Si lo son, no puede el príncipe fiarse de ellos, porque aspiran siempre a elevarse a la grandeza, sea oprimiéndole a él, que es dueño suyo, sea oprimiendo a los otros contra sus intenciones, y, si el capitán no es un hombre de valor, causa comúnmente su ruina. Y por si alguien replica que todo capitán que mande tropas procederá del mismo modo, sea o no mercenario, mostraré cómo las tropas mercenarias deben emplearse por un príncipe o por una república. El príncipe debe ir en persona a su frente, y practicar por sí mismo el oficio de capitán. La república debe enviar a uno de sus ciudadanos para mandarlas, y, si desde las primeras acciones de guerra no manifiesta bélica capacidad, debe reemplazarse por otro. Si, por el contrario, se manifiesta apto marcialmente, conviene que la república le contenga por medio de sabias leyes, para impedirle pasar del punto que se le haya fijado. La experiencia enseña que únicamente los príncipes que poseen ejércitos propios y las repúblicas que gozan del mismo beneficio, triunfan con facilidad, en tanto que los príncipes y las repúblicas que se apoyan sobre ejércitos mercenarios, no experimentan más que reverses. Por otra parte, una república cae menos fácilmente bajo el yugo del ciudadano que manda, y que quisiera esclavizarla, cuando está armada con sus propias armas que cuando no dispone más que de ejércitos extranjeros. Roma y Esparta se conservaron libres con sus propias armas por espacio de muchos siglos, y los suizos, que están armados de la misma manera, se mantienen también libres en alto grado. Por lo que mira a los inconvenientes de los ejércitos mercenarios de la antigüedad, tenemos el ejemplo de los cartagineses, que, después de la primera guerra con los romanos, acabaron siendo sojuzgados por sus soldados a sueldo, no obstante ser cartagineses los capitanes. Habiendo sido Filipo de Macedonia nombrado capitán de los tebanos, a la muerte de Epaminondas, los llevó al triunfo, es cierto, pero a continuación del triunfo, los esclavizó. Constituidos los milaneses en república, tras el fallecimiento del duque Felipe Visconti, emplearon contra los venecianos a Francisco Sforzia y a sus tropas, pagándoles. Sforzia, luego que hubo vencido a los venecianos en Caravagio, se unió con ellos contra los milaneses, que, sin embargo, eran sus amos. Cuando el otro Sforzia, padre de Francisco, estaba a sueldo de la reina de Nápoles, la abandonó de repente, y ella quedó tan desarmada, que, para no perder su trono, se vio precisada a echarse en los brazos del monarca de Aragón.

Si los venecianos y los florentinos extendieron su dominación con armas alquiladas, durante los años últimos, y si los capitanes de esas armas no se hicieron príncipes de Venecia y con ellos se defendieron bien ambos pueblos, el de Florencia, que tuvo más particularmente esta dicha, debe dar gracias a la suerte, que de manera singularísima le favoreció. Entre aquellos valerosos capitanes, que podían ser temibles, unos no tuvieron la dicha de haber ganado batallas, otros encontraron obstáculos insuperables en su ruta, y algunos orientaron hacia otra parte su ambición. En el número de los primeros se contó Juan Acat, capitán inglés, que, al frente de cuatro mil hombres de su nación, peleó por cuenta de los gibelinos de Toscana, y sobre cuya fidelidad no cabe formar juicio, por no haber salido vencedor. Pero convendrá todo el mundo en que, si hubiese salido, los florentinos habrían quedado a su discreción. Si Jacobo Sforzia no invadió los Estados que le tenían a sueldo, provino de que encontró siempre frente a sí a los Braceschis, que le contenían a la vez que él les contenía también a ellos. Por último, si Francisco Sforzia (que ya vimos destruyó la república de Milán y se hizo proclamar allí duque) orientó eficazmente su ambición hacia la Lombardía, dependió de que Bracio dirigía la suya hacia los dominios de la Iglesia y hacia Nápoles, contra cuya reina, Juana II, peleó, después de haberse apoderado de Perugia y de Montona, en los Estados Pontificios. Pero volvamos a hechos más cercanos a nosotros, y tomemos la época en que los florentinos eligieron por capitán suyo a Pablo Vitelli, varón habilísimo y que había adquirido grande reputación, a pesar de que naciera en condición vulgar. ¿Quién negará que, si se hubiera apoderado de Pisa, sus soldados, por muy florentinos que fuesen, habrían tenido por conveniente continuar a su lado? Si hubiera pasado a sueldo del enemigo, no habría sido posible remediar cosa alguna, puesto que, habiéndole conservado por capitán, era natural que le obedeciesen sus tropas.

Si se consideran los progresos conseguidos por los venecianos se verá que obraron con seguridad y con gloria, mientras ellos mismos hicieron la guerra, no intentando nada contra la tierra firme y dejando a su nobleza el cuidado de pelear valerosamente con hombres del pueblo bajo armado. Pero, cuando se pusieron a luchar en tierra firme, siguieron los estilos del resto de Italia, se sirvieron de legiones pagadas, y perdieron todo su valor. Al comienzo de su adquisición, no desconfiaron mucho de aquellas tropas mercenarias, porque no poseían entonces, en tierra firme, un país considerable, y porque gozaban todavía de respetable reputación. Mas luego que se hubieron engrandecido bajo el mando del capitán Carmagnola, advirtieron muy pronto el error en que habían incurrido. Viendo a aquel hombre,

*El Príncipe*

tan valiente como hábil, dejarse derrotar, al defenderles contra el duque de Milán, su soberano natural, y sabiendo, además que en tal guerra se conducía con tibieza, comprendieron que ya no podrían triunfar con él. Pero, como hubieran corrido el riesgo de perder lo adquirido, si hubiesen licenciado a dicho capitán, que se habría pasado al servicio del enemigo, y como, por otra parte, la prudencia no les permitía dejarle en su puesto, tomaron la resolución de hacerle perecer, para conservar lo ganado. Tuvieron después por capitanes a Bartolomé Coleoni de Bérgamo, a Roberto de San Severino, al conde de Pitigliano y a otros semejantes, que les auguraban menos ganancias que pérdidas, como sucedió en Vaila, donde, en una sola batalla, fueron despojados de adquisiciones que les habían costado ochocientos años de enormes fatigas.

Deduzco de todo ello que con tropas mercenarias las conquistas son lentas, tardías, limitadas, y los fracasos bruscos, repentinos e inmensos. Y ya que estos ejemplos me han conducido a hablar de Italia, en que hace muchos años que se utilizan semejantes tropas, quiero tomar de más arriba lo que le concierne, a fin de que, habiendo dado a conocer su origen y su desarrollo, pueda reformarse mejor su uso. Desde luego, hay que traer a la memoria cómo, en los pasados siglos, Italia, después de echar de su seno al emperador de Alemania, y ver al Papa adquirir una gran dominación temporal dentro de ella, se encontró dividida en varios Estados. En las ciudades más importantes se armó el pueblo contra los nobles, quienes, favorecidos al comienzo por el emperador, oprimían a los restantes ciudadanos, mientras que el Papa auxiliaba aquellas rebeliones de la plebe, para adquirir valimiento en las cosas terrenas. En otras muchas ciudades se elevaron diversos individuos a la categoría de príncipes suyos. Con ello cayó casi toda Italia bajo el poder de los Papas, sin más excepción que algunas repúblicas, y no estando habituados, ni los Pontífices, ni los cardenales, a la profesión de las armas, hubieron de tomar a sueldo tropas extranjeras. El primer capitán que puso en crédito a estas tropas fue el romañol Alberico de Como, en cuya escuela se formaron, entre otros varios, aquel Braccio y aquel Sforza, que fueron después los árbitros de Italia. Tras ellos vinieron todos aquellos otros capitanes que hasta nuestros días mandaron los ejércitos de nuestra vasta península, y el resultado de su valor fue que, a pesar de él, nuestro hermoso país pudo ser recorrido libremente por Carlos VIII, tomado por Luis XII, sojuzgado por Fernando el Católico e insultado por los suizos. El método seguido por tales capitanes consistía principalmente en privar de toda consideración a la infantería. Y obraban así porque, no poseyendo Estado alguno, no podían alimentar y sostener a muchos hombres de a pie, y, por ende, la infantería no les procuraba gran renombre. Preferían la caballería, cuya cantidad estaba en proporción con los recursos del país que había de mantenerla, y en el que era tanto más honrada cuanto más fácil resultaba su satisfactoria sustentación. Las cosas llegaron hasta el punto de que, en un ejército de veinte mil hombres, no se contaban dos mil infantes. Además, se habían esforzado todo lo posible para desterrar de sus soldados y de sí mismos las penalidades y el miedo, introduciendo el uso de no matar en las refriegas, y limitándose a hacer prisioneros sin degollarlos. De noche, los de las tiendas no iban a acampar en las tierras, y los de las tierras no volvían a las tiendas. No hacían fosas, ni empalizadas alrededor de su campo, y no moraban allí durante el invierno. Todas estas cosas, permitidas por la disciplina militar de los referidos capitanes, las imaginaron éstos para ahorrarse fatigas y peligros. Pero, con semejantes precauciones, condujeron a Italia a la esclavitud y al envilecimiento.

### **CAPÍTULO XIII DE LOS SOLDADOS AUXILIARES, MIXTOS Y MERCENARIOS**

Las armas de ayuda que he contado entre las inútiles, son las que un príncipe presta a otro para socorrerle y para defenderle. Así, en estos últimos tiempos, habiendo hecho el papa Julio II una desafortunada prueba de las tropas mercenarias en el ataque de Ferrara, convino con Fernando, rey de España, que éste iría a incorporarse con su ejército. Tales armas pueden ser útiles y buenas en sí mismas, pero resultan infaustas siempre para el que las llama, porque, si pierde la batalla, queda derrotado, y, si la gana, se constituye en algún modo en prisionero de quien le auxilió. Aunque las historias antiguas se hallan llenas de ejemplos que demuestran tan clara verdad quiero detenerme en el de Julio II que está todavía muy reciente. Si el partido que tomó de ponerse por entero en manos de un extranjero para conquistar a Ferrara no le fue funesto es que su buena fortuna engendró una tercera causa que le preservó de los efectos de tan mala determinación. Habiendo sido derrotados sus auxiliares en Ravena, los suizos que sobresalieron contra su esperanza y la de todos los demás desalojaron a los franceses que habían obtenido la victoria. No quedó hecho prisionero de sus enemigos por la sencilla razón de que éstos habían emprendido la fuga, ni de sus auxiliares porque él había vencido realmente, pero con armas distintas de las de ellos. Los florentinos que se encontraban sin ejército en absoluto llamaron a diez mil franceses para acuciarlos a apoderarse de Pisa y esta resolución les hizo correr más riesgos que jamás se les hubieran presentado en empresa marcial alguna. Quiriendo el emperador de Constantinopla oponerse a sus vecinos envió a Grecia diez mil turcos, los cuales, acabada la guerra, no quisieron ya salir de allí, y éste fue el principio de la sujeción de los griegos al yugo de los infieles.

Únicamente el que no quiere habilitarse para vencer es capaz de valerse de semejantes armas, que miro como mucho más peligrosas que las mercenarias. Cuando son vencidas, no por ello quedan todas menos unidas y dispuestas a obedecer a otros que al príncipe, mientras que las mercenarias, después de la victoria, necesitan de una ocasión favorable para atacarle, por no formar todas un mismo cuerpo. De otra parte, hallándose reunidas y pagadas por el

*El Príncipe*

príncipe, el tercero a quien éste ha conferido el mando suyo no puede adquirir sobre ellas autoridad tan suficiente y tan súbita que le sea fácil disponerlas inmediatamente para atacarle. Si la cobardía es lo que más debe temerse en las tropas mercenarias, lo más temible en las auxiliares es la valentía. Pero un príncipe sabio evitará siempre valerse de unas y de otras y recurrirá a sus propias armas, prefiriendo perder con ellas a ganar con las ajenas. No miro jamás como un triunfo real el que se logra con las armas de otros. No titubearé nunca en citar, sobre esta materia, a César Borgia, y en traer a colación su conducta en semejante caso. Entró con armas auxiliares en la Romaña conduciendo a ella las tropas francesas con que tomó a Imola y a Forli. Pero, no pareciéndole seguras tales armas, y juzgando que había menos peligro en servirse de las mercenarias, tomó a sueldo las de los Ursinos y de los Vitelis. Mas, como no tardase en notar que éstas obraban de un modo sospechoso e infiel, se deshizo de ellas y recurrió a armas que fuesen suyas propias. Puede apreciarse fácilmente la diferencia que hubo entre la reputación de César Borgia sostenido por los Ursinos y los Vitelis, y la que granjeó no bien se quedó con sus propios soldados, y no se apoyó más que en sí mismo. Esto resultó muy superior a lo precedente, y no se le estimó en el respecto militar más que cuando se vio que era poseedor absoluto de las armas que empleaba.

Aunque no he querido desviarme de los ejemplos italianos tomados de una época inmediata a la nuestra, no olvidaré por ello a Hieron de Siracusa, del que ya anteriormente hice mención. Desde que, como queda dicho, le eligieron los siracusanos por jefe de su ejército, conoció al punto que no le era útil la tropa mercenaria, por ser sus capitanes los que fueron capitanes de Italia posteriormente; y, al comprender que no podía conservarlos, ni licenciarlos, tomó la resolución de destruirlos, e hizo después la guerra con propias armas, y nunca ya con las ajenas. Y todavía quiero traer a la memoria un episodio del Antiguo Testamento, que guarda relación con mi asunto. Me refiero al ofrecimiento hecho a Saúl por David de ir a pelear contra el filisteo Goliat. Para darle alientos, Saúl revistió a David con su real armadura. Pero el arriesgado mancebo, después de habérsela puesto, la desechó, diciendo que, cargado así, no podía servirse libremente de sus propias fuerzas, y que prefería acometer al gigante fanfarrón con su honda y con su palo. Símbolo hermoso es éste del príncipe que toma ajenas armaduras. O se le caen de los hombros, o le pesan mucho, o le aprietan y le embarazan.

Carlos VII, padre de Luis XI, apenas con su valor y con su fortuna hubo librado a Francia de la presencia de los ingleses, experimentó la necesidad de disponer de armas que fuesen suyas, y quiso que hubiera caballería e infantería en su reino. Su hijo Luis XI suprimió la infantería, y tomó a sueldo suizos. Imitada esta falta por sus sucesores, ahora (en este año de 1615) es cuando vemos la causa de los peligros en que el reino se halla. Al dar cierta importancia a los suizos, desalentó a su propio ejército, y al prescindir por completo de la infantería, puso bajo la dependencia de las armas ajenas su propia caballería. Acostumbrada ésta a luchar con el socorro de los suizos, creyó no poder ya vencer sin ellos. De donde resulta que los franceses no bastan para pelear contra los suizos, y que, sin el auxilio de éstos, no intentan nada contra nadie.

Los ejércitos de Francia se componen, pues, en parte, de sus armas propias y en parte de las mercenarias. Reunidas unas y otras valen más que si sólo fueran mercenarias o auxiliares, Pero un ejército así formado es inferior con mucho a lo que sería si se compusiese de armas francesas únicamente. Y este ejemplo basta, porque el reino de Francia se contaría entre los invencibles, si se hubiera acrecentado, o a lo menos conservado, la institución militar de Carlos VII. Pero a menudo cualquier cosa que los hombres establecen, fundados en algún bien que augura, esconde en sí misma un funestísimo veneno, como insinué antes, al comparar el caso con el del proceso patológico de la tisis. Por lo cual, el que, estando al frente de un principado, no descubre el mal en su raíz, ni lo advierte hasta que se manifiesta, no es verdaderamente sabio. Pero semejante perspectiva se ha concedido a pocos príncipes y si, recurriendo a un nuevo ejemplo, queremos buscar el origen de la ruina del imperio romano, encontraremos que su fecha data del momento en que empezó a tomar godos a sueldo, puesto que desde entonces comenzaron a enervarse sus fuerzas, y cuanto vigor se le hacía perder redundaba en beneficio de aquellos soldados mercenarios.

Infiero de lo dicho que ningún principado puede estar seguro, cuando no tiene armas que le pertenezcan en propiedad. Hay más, y es que depende enteramente de la suerte ciega, por carecer de la valentía patriótica que se requiere para defenderse en la adversidad. Opinión y máxima de los políticos sabios fue siempre que nada es tan débil ni tan vacilante como la reputación de una potencia que no esté fundada en las fuerzas propias. Son éstas las que se componen de soldados y de ciudadanos, hechas del príncipe, y todas las demás son mercenarias o auxiliares. En cuanto a la manera de crearse armas propias, es fácil de hallar, con sólo examinar las instituciones de que antes hablé, y considerar cómo Filipo, padre de Alejandro, igualmente que otros príncipes y muchas repúblicas, se formaron ejércitos, y los ordenaron. Sobre esta materia remito por entero a sus constituciones.

**CAPÍTULO XIV****DE LAS OBLIGACIONES DEL PRÍNCIPE EN LO CONCERNIENTE AL ARTE DE LA GUERRA**

El príncipe no ha de tener otro objeto, ni abrigar otro propósito, ni cultivar otro arte, que el que enseña, el orden y la disciplina de los ejércitos, porque es el único que se espera ver ejercido por el que manda. Este arte encierra utilidad

*El Príncipe*

tamaño, que no solamente mantiene en el trono a los que nacieron príncipes, sino qué también hace subir con frecuencia a la clase de tales a hombres de condición. privada. Por una razón opuesta, sucedió que varios príncipes, que se ocupaban más en las delicias de la vida que en las cosas militares, perdieron sus Estados. La primera causa que haría a un príncipe perder el suyo, sería abandonar el arte de la guerra, como la causa que hace adquirir un reino al que no lo tenía, es sobresalir en ese arte. Se mostró superior en ello Francisco Sforzia, por el solo hecho de que no siendo más que un simple particular, llegó a ser duque de Milán, mientras que sus hijos, por haber renunciado a las fatigas e incomodidades de la profesión de las armas, de duques que eran, pasaron a ser simples particulares.

Entre las demás raíces del mal que acaecerá a un príncipe si por sí mismo no ejercita el oficio de las armas, debe contarse el menosprecio que habrán concebido contra su persona, lo cual es una de aquellas infamantes notas de que debe preservarse siempre, como se dirá más adelante al hablar de aquellas otras que pueden serle útiles. Entre el que es guerrero y el que no lo es, no hay ninguna proporción. La razón y la experiencia nos enseñan que el hombre que se halla armado no obedece con gusto al que está desarmado, que el amo desarmado no se encuentra seguro entre sirvientes armados. Con el desdén que late en el corazón del uno y la sospecha que el ánimo del otro abriga, no es posible que lleven a cabo juntos buenas operaciones.

Amén de las demás calamidades que se atrae un príncipe que no entiende nada de la guerra, existe la de no ser estimado de sus soldados, ni poder fiarse de ellos. El príncipe no debe cesar de ocuparse en el ejercicio de las armas, dándose a ellas más en los tiempos de paz que en los de guerra, y pudiendo hacerlo de dos modos: el uno, con acciones, y el otro, con pensamientos. En cuanto a sus acciones, debe no solamente tener bien ordenadas y ejercitadas a sus tropas, sino también ir a menudo de caza, con la que, por una parte, acostumbra su cuerpo a la fatiga, y por otra aprende a conocer la calidad de los sitios, el declive de las montañas, la entrada de los valles, la situación de las llanuras, la naturaleza de los ríos y de los lagos, y éste es un estudio en que debe poner la mayor atención. Porque conocimientos semejantes le son útiles por dos conceptos. En primer lugar, dándole a conocer el país, le sirven para defenderlo mejor, y, además, cuando ha frecuentado mucho los lugares, comprende fácilmente lo que debe ser otro país que no tenga a la vista, y en el que aún no haya combinado operaciones militares. Los sitios, las montañas, los valles, las llanuras, los ríos y los lagos de la Toscana ofrecen con los de otros países cierta semejanza, que hace que, por medio del conocimiento de una provincia, se puedan conocer fácilmente las otras.

El príncipe que carece de esta ciencia práctica, no posee el primero de los talentos necesarios a un capitán, porque ella enseña a hallar al enemigo, a tomar alojamiento, a conducir los ejércitos, a dirigir las batallas, a talar con acierto un territorio. Entre las alabanzas que los escritores antiguos prodigaron a Filopemenes rey de los acayos, la mayor fue la de no haber pensado nunca, aun en tiempo de paz, más que en los diversos modos de hacer la guerra. Cuando se paseaba con sus amigos por el campo, se paraba a menudo, y discurría con ellos sobre cualquier supuesto táctico, diciendo: "Si los enemigos se hallasen en aquella colina y nosotros nos encontrásemos aquí con nuestro ejército, de parte de quién estaría la superioridad? Cómo se podría ir seguramente contra ellos, observando las reglas de la táctica? Cómo convendría darles alcance, si se retiraran?" Les proponía, andando, todos los casos en que puede hallarse un ejército, oía sus pareceres, emitía el suyo, y lo corroboraba con buenas razones, de suerte que por tener continuamente ocupado su ánimo en lo que concierne al arte de la guerra, nunca, al conducir a sus tropas, había sido sorprendido por un accidente para el que no hubiese preparado de antemano el remedio oportuno.

El príncipe, para ejercitar su espíritu, debe leer las historias, y, al contemplar las acciones de los varones insignes, debe notar particularmente cómo se condujeron en las guerras, examinando las causas de sus victorias, a fin de conseguir las él mismo, y las de las derrotas, a fin de no experimentarlas. Debe, sobre todo, como lo hicieron ellos, escoger entre los antiguos héroes, cuya gloria se celebró más, un modelo cuyas proezas estén siempre presentes en su ánimo: Alejandro Magno imitaba a Aquiles; César seguía a Alejandro y Escipión caminaba tras las huellas de Ciro. Cualquiera que lea la vida de este último, escrita por Jenofonte, reconocerá cuántos triunfos obtuvo Escipión por haber calcado su conducta con la de Ciro, no sólo en cuanto a la valentía, la destreza, la disciplina y el arrojo, más también respecto de la continencia, la afabilidad, la humanidad y la liberalidad, que, según el autor griego, resplandecieron en el monarca persa. En síntesis: de acuerdo con las reglas que debe observar un príncipe sabio, éste, lejos de permanecer ocioso en tiempo de paz, ha de formarse entonces un copioso caudal de recursos bélicos, que puedan serle de provecho en la adversidad, a fin de que, si la fortuna se le torna contraria, se halle dispuesto a resistírsele.

**CAPÍTULO XV**

**DE LAS COSAS POR LAS QUE LOS HOMBRES, Y ESPECIALMENTE LOS PRÍNCIPES, SON ALABADOS O CENSURADOS**

Conviene ahora ver cómo debe conducirse un príncipe con sus amigos y con sus súbditos. Muchos escribieron ya sobre esto, y, al tratarlo yo con posterioridad, no incurriré en defecto de presunción, pues no hablaré más que con arreglo a lo que sobre esto dijeron ellos. Siendo mi fin hacer indicaciones útiles para quienes las comprendan, he

*El Príncipe*

tenido por más conducente a este fin seguir en el asunto la verdad real, y no los desvaríos de la imaginación, porque muchos concibieron repúblicas y principados, que jamás vieron, y que sólo existían en su fantasía acalorada. Hay tanta distancia entre saber cómo viven los hombres, y cómo debieran vivir, que el que para gobernarlos aprende el estudio de lo que se hace, para deducir lo que sería más noble y más justo hacer, aprende más a crear su ruina que a reservarse de ella, puesto que un príncipe que a toda costa quiere ser bueno, cuando de hecho está rodeado de gentes que no lo son no puede menos que caminar hacia un desastre. Por en e, es necesario que un príncipe que desee mantenerse en su reino, aprenda a no ser bueno en ciertos casos, y a servirse o no servirse de su bondad, según que las circunstancias lo exijan.

Dejando, pues, a un lado las utopías en lo concerniente a los Estados, y no tratando más que de las cosas verdaderas y efectivas, digo que cuantos hombres atraen la atención de sus prójimos, y muy especialmente los príncipes, por hallarse colocados a mayor altura que los demás, se distinguen por determinadas prendas personales, que provocan la alabanza o la censura. Uno es mirado como liberal y otro como miserable, en lo que me sirvo de una expresión toscana, en vez de emplear la palabra avaro, dado que en nuestra lengua un avaro es también el que tira a enriquecerse con rapiñas, mientras que llamamos miserable únicamente a aquel que se abstiene de hacer uso de lo que posee. Y para continuar mi enumeración añado: uno se reputa como generoso, y otro tiene fama de rapaz; uno pasa por cruel, y otro por compasivo; uno por carecer de lealtad, y otro por ser fiel a sus promesas; uno por afeminado y pusilánime, y otro por valeroso y feroz; uno por humano, y otro por soberbio; uno por casto, y otro por lascivo; uno por dulce y flexible, y otro por duro e intolerable; uno por grave, y otro por ligero; uno por creyente y religioso, y otro por incrédulo e impío, etc.

Sé (y cada cual convendrá en ello) que no habría cosa más deseable y más loable que el que un príncipe estuviese dotado de cuantas cualidades buenas he entremezclado con las malas que le son opuestas. Pero como es casi imposible que las reúna todas, y aun que las ponga perfectamente en práctica, porque la condición humana no lo permite, es necesario que el príncipe sea lo bastante prudente para evitar la infamia de los vicios que le harían perder su corona, y hasta para preservarse, si puede, de los que no se la harían perder. Si, no obstante, no se abstuviera de los últimos, quedaría obligado a menos reserva, abandonándose a ellos. Pero no tema incurrir en la infamia aneja a ciertos vicios si no le es dable sin ellos conservar su Estado, ya que, si pesa bien todo, hay cosas que parecen virtudes, como la benignidad y la clemencia, y, si las observa, crearán su ruina, mientras que otras que parecen vicios, si las practica, acrecerán su seguridad y su bienestar.

## **CAPÍTULO XVI DE LA LIBERALIDAD Y DE LA MISERIA**

Comenzando por la primera de estas prendas, reconozco cuán útil resultaría al príncipe ser liberal. Sin embargo, la liberalidad que impidiese le temieran, le sería perjudicial en grado sumo. Si la ejerce con prudencia y de modo que no lo sepan no incurrirá por ello en la infamia del vicio contrario. Pero, como el que quiere conservar su reputación de liberal no puede abstenerse de parecer suntuoso, sucederá siempre que un príncipe que aspira a semejante gloria, consumirá todas sus riquezas en prodigalidades, y al cabo, si pretende continuar pasando por liberal, se verá obligado a gravar extraordinariamente a sus súbditos, a ser extremadamente fiscal, y a hacer cuanto sea imaginable para obtener dinero. Ahora bien: esta conducta comenzará a tornarlo odioso a sus gobernados, y, empobreciéndose así más y más, perderá la estimación de cada uno de ellos, de tal suerte que después de haber perjudicado a muchas personas para ejercitar una liberalidad que no ha favorecido más que a un cortísimo número de ellas, sentirá vivamente la primera necesidad y peligrará al menor riesgo. Y, si reconoce entonces su falta, y quiere mudar de conducta, se atraerá repentinamente el oprobio anejo a la avaricia.

No pudiendo, pues, un príncipe, sin que de ello le resulte perjuicio, ejercer la virtud de la liberalidad de un modo notorio, debe, si es prudente, no inquietarse de ser notado de avaricia, porque con el tiempo le tendrán más y más por liberal, cuando observen que, gracias a su parsimonia, le bastan sus rentas para defenderse de cualquiera que le declare la guerra, y para acometer empresas, sin gravar a sus pueblos. Por tal arte, ejerce la liberalidad con todos aquellos a quienes no toma nada, y cuyo número es inmenso, al paso que no es avaro más que con aquellos a quienes no da nada, y cuyo número es poco crecido. ¿Por ventura no hemos visto, en estos tiempos, que solamente los que pasaban por avaros lograron grandes cosas, y que los pródigos quedaron vencidos? El Papa Julio II, después de haberse servido de la fama de liberal para llegar al Pontificado, no pensó posteriormente (especialmente al habilitarse para pelear contra el rey de Francia) en conservar ese renombre. Sostuvo muchas guerras, sin imponer un solo tributo extraordinario, y su continua economía le suministró cuanto era necesario para gastos superfluos. El actual monarca español (Fernando, rey de Aragón y de Castilla) no habría llevado a feliz término tan famosas empresas, ni triunfado en tantas ocasiones, si hubiera sido liberal. Así, un príncipe que no quiera verse obligado a despojar a sus gobernados, ni que le falte nunca con qué defenderse, ni sufrir pobreza y miseria, ni necesitar ser rapaz, debe temer poco incurrir en la reputación de avaro, puesto que su avaricia es uno de los vicios que aseguran su reinado. Si alguien me objetara que César consiguió el imperio con su liberalidad y que otros muchos llegaron a puestos elevadísimos porque

*El Príncipe*

pasaban por liberales, le respondería yo que, o estaban en camino de adquirir un principado o lo habían adquirido ya. En el primer caso, hicieron bien en pasar por liberales, y, en el segundo, les hubiese sido pernicioso la liberalidad. César era uno de los que querían conseguir el principado de Roma. Pero, si hubiera vivido algún tiempo después de haberlo logrado, y no moderado sus dispendios costosos, habría destruido el imperio.

¿Esforzarán que con sus ejércitos hicieron grandes cosas, y que tenían, sin embargo, nombradía de muy liberales? Replico que, o el príncipe dispersa sus propios bienes y los de sus súbditos, o dispone de los bienes ajenos. En el primer caso, debe ser económico, y, en el segundo, no debe omitir ninguna especie de liberalidad. El príncipe que, con sus ejércitos, va a efectuar saqueos y a llenarse de botín, y a apoderarse de los caudales de los vencidos, está obligado a ser pródigo con sus soldados, que no le seguirían sin ese estímulo. Puede entonces mostrarse ampliamente generoso, puesto que da lo que no es suyo, ni de sus soldados, como lo hicieron Ciro, Alejandro, César, y ese dispendio que en semejante ocasión hace con los bienes ajenos, lejos de dañar a su reputación, le agrega una más resaltante. Lo único que puede perjudicarle es gastar sus propios bienes, porque nada hay que agote tanto como la liberalidad desmedida. Mientras la ejerce, pierde poco a poco la facultad misma de ejercerla, se torna pobre y despreciable, y, cuando quiere evitar su ruina total por la tacañería, se hace rapaz y odioso. Ahora bien; uno de los inconvenientes mayores de que un príncipe ha de precaverse es el de ser menospreciado aborrecido. Y, conduciendo a ello la liberalidad, concluyo que la mejor sabiduría es no temer la reputación de avaro, que no produce más que infamia sin odio, antes que verse, por el gusto de gozar renombre de liberal, en el brete de incurrir en la nota de rapacidad, cuya infamia va acompañada siempre del odio público.

**CAPÍTULO XVII**

**DE LA CLEMENCIA Y DE LA SEVERIDAD, Y SI VALE MAS SER AMADO QUE TEMIDO**

Descendiendo a las otras prendas de que he hecho mención, digo que todo príncipe ha de desear que se le repute por clemente y no por cruel. Advertiré, sin embargo, que debe temer en todo instante hacer mal uso de su demencia. César Borgia pasaba por cruel, y su crueldad, no obstante, reparó los males de la Romaña, extinguió sus divisiones, restableció allí la paz, y consiguió que el país le fuese fiel. Si profundizamos bien su conducta, veremos que fue mucho más clemente que lo fue el pueblo florentino cuando permitió la ruina de Pistoya, para evitar la reputación de crueldad en orden a las familias Panciatichi y Cancellieri, que tenían a la ciudad dividida en dos partidos y enteramente asolada con sus contiendas. Y es que al príncipe no le conviene dejarse llevar por el temor de la infamia inherente a la crueldad, si necesita de ella para conservar unidos a sus gobernados e impedirles faltar a la fe que le deben, porque, con poquísimos ejemplos de severidad, será mucho más clemente que los que por lenidad excesiva toleran la producción de desórdenes, acompañados de robos y de crímenes, dado que estos horrores ofenden a todos los ciudadanos, mientras que los castigos que dimanen del jefe de la nación no ofenden más que a un particular. Por lo demás, a un príncipe nuevo le es difícilísimo evitar la fama de cruel, a causa de que los Estados nuevos están llenos de peligros. Virgilio disculpa la inhumanidad del reinado de Dido, observando que su Estado era un Estado naciente, puesto que hace decir a aquella soberana:

Res dura et regni novitus me talia cognut  
Moliri, et late fines custode tueri.

Un tal príncipe no debe, sin embargo, creer con ligereza en el mal de que se le avisa, sino que debe siempre obrar con gravedad suma y sin él mismo atemorizarse. Su obligación es proceder moderadamente, con prudencia y aun con humanidad, sin que mucha confianza le haga confiado, y mucha desconfianza le convierta en un hombre insufrible. **Y aquí se presenta la cuestión de saber si vale más ser temido que amado. Respondo que convendría ser una y otra cosa juntamente, pero que, dada la dificultad de este juego simultáneo, y la necesidad de carecer de uno o de otro de ambos beneficios, el partido más seguro es ser temido antes que amado.**

Hablando en general, puede decirse que los hombres son ingratos, volubles, disimulados, huidores de peligros y ansiosos de ganancias. Mientras les hacemos bien y necesitan de nosotros, nos ofrecen sangre, caudal, vida e hijos, pero se rebelan cuando ya no les somos útiles. El príncipe que ha confiado en ellos, se halla destituido de todos los apoyos preparatorios, y decae, pues las amistades que se adquieren, no con la nobleza y la grandeza de alma, sino con el dinero, no son de provecho alguno en los tiempos difíciles y penosos, por mucho que se las haya merecido. Los hombres se atreven más a ofender al que se hace amar, que al que se hace temer, porque el afecto no se retiene por el mero vínculo de la gratitud, que, en atención a la perversidad ingénita de nuestra condición, toda ocasión de interés personal llega a romper, al paso que el miedo a la autoridad política se mantiene siempre con el miedo al castigo inmediato, que no abandona nunca a los hombres. No obstante, el príncipe que se hace temer, sin al propio tiempo hacerse amar, debe evitar que le aborrezcan, ya que cabe inspirar un temor saludable y exento de odio, cosa que logrará con sólo abstenerse de poner mano en la hacienda de sus soldados y de sus súbditos, así como de despojarles de sus mujeres, o de atacar el honor de éstas. Si le es indispensable derramar la sangre de alguien, no debe determinarse a ello sin suficiente justificación y patente delito. Pero, en tal caso, ha de procurar, ante todo, no

*El Príncipe*

incautarse de los bienes de la víctima porque los hombres olvidan más pronto la muerte de su padre que la pérdida de su patrimonio. Si sus inclinaciones le llevasen a raptar la propiedad del prójimo, le sobrarán ocasiones para ello, pues el que comienza viviendo de rapiñas, encontrará siempre pretextos para apoderarse de lo que no es suyo, al paso que las ocasiones de derramar la sangre de sus gobernados son más raras, y le faltan más a menudo.

Cuando el príncipe esté con sus tropas y tenga que gobernar a miles de soldados, no debe preocuparle adquirir fama de cruel, ya que, sin esta fama no logrará conservar un ejército unido, ni dispuesto para cosa alguna. Entre las acciones más admirables de Aníbal, resalta la que, mandando un ejército integrado por hombres de los países más diversos, y que iba a pelear en tierra extraña, su conducta fue tal que en el seno de aquel ejército, tanto en la favorable como en la adversa fortuna, no hubo la menor disensión entre los soldados ni la más leve iniciativa de sublevación contra su jefe. Ello no pudo provenir sino de su despiadada inhumanidad, que, juntada a las demás dotes suyas, que eran muchas y excelentes, le hizo respetable por el terror para sus hombres de armas, y, sin su crueldad, no hubieran bastado las demás partes de su persona para obtener tal efecto. Poco reflexivos se muestran los escritores que, a la vez que admiran sus proezas, vituperan la causa principal que las produjo. Para convencerse de que las demás virtudes suyas le hubieran resultado insuficientes en última instancia, basta recordar el ejemplo de Escipión, hombre extraordinario si los hubo, no sólo en su tiempo, mas también en cuantas épocas sobresalientes conmemora la historia. En España, sus ejércitos se sublevaron contra él únicamente a causa de su mucha clemencia, que dejaba a sus guerreros más libertad que la que la disciplina militar podía permitir. De tan extremada clemencia le reconvinó en pleno Senado, Favio, acusándolo de corruptor de la milicia romana, y alegando que destruidos los locrios por un lugarteniente de Escipión, éste no los había vengado, ni castigado siquiera la insolencia de dicho lugarteniente. Todo esto derivaba de su natural blando y flexible, que él llevó hasta el punto de que, al disculparse de ello en el Senado, dijo que muchos hombres sabían mejor no cometer faltas que corregir las de los demás. Si con semejante temperamento, hubiera conservado el mando, habría alterado a la larga su reputación y su nombradía. Pero, como laboró después bajo la fiscalización del Senado, desapareció de su carácter cualidad tan perniciosa, y aun la memoria que de ella se hacía, fue causa de que se convirtiese en gloria suya. De donde infiero que amando los hombres a su voluntad y temiendo a la del príncipe, debe el último, si es cuerdo, fundarse en lo que depende de él, no en lo que depende de los otros, y únicamente ha de evitar que se le aborrezca, como llevo dicho.

**CAPÍTULO XVIII  
DE QUE MODO DEBEN GUARDAR LOS PRÍNCIPES LA FE PROMETIDA**

¡Cuán digno de alabanza es un príncipe cuando mantiene la fe que ha jurado, cuando vive de un modo íntegro y cuando no usa de doblez en su conducta! No hay quien no comprenda esta verdad, y, sin embargo, la experiencia de nuestros días muestra que varios príncipes, desdeñando la buena fe y empleando la astucia para reducir a su voluntad el espíritu de los hombres, realizaron grandes empresas, y acabaron por triunfar de los que procedieron en todo con lealtad. Es necesario que el príncipe sepa que dispone, para defenderse, de dos recursos: la ley y la fuerza. El primero es propio de hombres, y el segundo corresponde esencialmente a los animales. Pero como a menudo no basta el primero es preciso recurrir al segundo. Le es, por ende, indispensable a un príncipe hacer buen uso de uno y de otro, ya simultánea, ya sucesivamente. Tal es lo que con palabras encubiertas enseñaron los antiguos autores a los príncipes, cuando escribieron que muchos de ellos, y particularmente Aquiles, fueron confiados en su niñez al centauro Quirón, para que les criara y los educara bajo su disciplina. Esta alegoría no significa otra cosa sino que tuvieron por preceptor a un maestro que era mitad hombre y mitad bestia, o sea que un príncipe necesita utilizar a la vez o intermitentemente de una naturaleza y de la otra, y que la una no duraría, si la otra no la acompañara.

Desde que un príncipe se ve en la precisión de obrar competentemente conforme a la índole de los brutos, los que ha de imitar son el león y la zorra, según los casos en que se encuentre. El ejemplo del león no basta, porque este animal no se preserva de los lazos, y la zorra sola no es suficiente, porque no puede librarse de los lobos. Es necesario, por consiguiente, ser zorra, para conocer los lazos, y león, para espantar a los lobos; pero los que toman por modelo al último animal no entienden sus intereses. Cuando un príncipe dotado de prudencia advierte que su fidelidad a las promesas redundará en su perjuicio, y que los motivos que le determinaron a hacerlas no existen ya, ni puede, ni siquiera debe guardarlas, a no ser que consienta en perderse. Y obsérvese que, si todos los hombres fuesen buenos, este precepto sería detestable. Pero, como son malos, y no observarían su fe respecto del príncipe, si de incumplirla se presentara la ocasión, tampoco el príncipe está obligado a cumplir la suya, si a ello se viese forzado. Nunca faltan razones legítimas a un príncipe para cohonestar la inobservancia de sus promesas, inobservancia autorizada en algún modo por infinidad de ejemplos demostrativos de que se han concluido muchos felices tratados de paz, y se han anulado muchos empeños funestos, por la sola infidelidad de los príncipes a su palabra. El que mejor supo obrar como zorra, tuvo mejor acierto.

Pero es menester saber encubrir ese proceder artificioso y ser hábil en disimular y en fingir. Los hombres son tan simples, y se sujetan a la necesidad en tanto grado, que el que engaña con arte halla siempre gente que se deje engañar. No quiero pasar en silencio un ejemplo fehaciente. El papa Alejandro VI no hizo jamás otra cosa que

*El Príncipe*

engañar a sus prójimos, pensando incesantemente en los medios de inducirles a error y encontró siempre ocasiones de poderlo hacer. No hubo nunca nadie que conociera mejor el arte de las protestas persuasivas ni que afirmara una cosa con juramentos más respetables, ni que a la vez cumpliera menos lo que había prometido. A pesar de que todos le consideraban como un trapacero, sus engaños le salían siempre al tenor de sus designios, porque, con sus estratagemas, sabía dirigir a los hombres.

No hace falta que un príncipe posea todas las virtudes de que antes hice mención, pero conviene que aparente poseerlas. Hasta me atrevo a decir que, si las posee realmente, y las practica de continuo, le serán perniciosas a veces, mientras que, aun no poseyéndolas de hecho, pero aparentando poseerlas, le serán siempre provechosas. Puede aparecer manso, humano, fiel, leal, y aun serlo. Pero le es menester conservar su corazón en tan exacto acuerdo con su inteligencia que, en caso preciso, sepa variar en sentido contrario. Un príncipe, y especialmente uno nuevo, que quiera mantenerse en su trono, ha de comprender que no le es posible observar con perfecta integridad lo que hace mirar a los hombres como virtuosos, puesto que con frecuencia, para mantener el orden en su Estado, se ve forzado a obrar contra su palabra, contra las virtudes humanitarias o caritativas y hasta contra su religión. Su espíritu ha de estar dispuesto a tomar el giro que los vientos y las variaciones de la fortuna exijan de él, y, como expuse más arriba, a no apartarse del bien, mientras pueda, pero también a saber obrar en el mal, cuando no queda otro recurso. Debe cuidar mucho de ser circunspecto, para que cuantas palabras salgan de su boca, lleven impreso el sello de las virtudes mencionadas, y para que, tanto viéndole, como oyéndole, le crean enteramente lleno de buena fe, entereza, humanidad, caridad y religión. Entre estas prendas, ninguna hay más necesaria que la última. En general, los hombres juzgan más por los ojos que por las manos, y, si es propio a todos ver, tocar sólo está al alcance de un corto número de privilegiados. Cada cual ve lo que el príncipe parece ser, pero pocos comprenden lo que es realmente y estos pocos no se atreven a contradecir la opinión del vulgo, que tiene por apoyo de sus ilusiones la majestad del Estado que le protege. En las acciones de todos los hombres, pero particularmente en las de los príncipes, contra los que no cabe recurso de apelación, se considera simplemente el fin que llevan. **Dedíquese, pues, el príncipe a superar siempre las dificultades y a conservar su Estado. Si logra con acierto su fin se tendrán por honrosos los medios conducentes al mismo, pues el vulgo se paga únicamente de exterioridades y se deja seducir por el éxito. [1]** Y como el vulgo es lo que más abunda en las sociedades, los escasos espíritus clarividentes que existen no exteriorizan lo que vislumbran hasta que la inmensa legión de los torpes no sabe ya a qué atenerse. En nuestra edad vive un príncipe que nunca predica más que paz, ni habla más que de buena fe, y que, de haber observado una y otra, hubiera perdido la estimación que se le profesa, y habría visto arrebatados más de una vez sus dominios. Pero creo que no conviene nombrarle. [2]

## CAPITULO XIX EL PRÍNCIPE DEBE EVITAR SER ABORRECIDO Y DESPRECIADO

Habiendo considerado todas las dotes que deben adornar a un príncipe, quiero, después de haber hablado de las más importantes, discurrir también sobre las otras, al menos de un modo general y brevemente, estatuyendo que el príncipe debe evitar lo que pueda hacerle odioso y menospreciable. Cuantas veces lo evite, habrá cumplido con su obligación, y no hallará peligro alguno en cualquiera otra falta en que llegue a incurrir. Lo que más que nada le haría odioso sería mostrarse rapaz, usurpando las propiedades de sus súbditos, o apoderándose de sus mujeres, de lo cual ha de abstenerse en absoluto. Mientras no se quite a la generalidad de los hombres sus bienes o su honra, vivirán como si estuvieran contentos, y no hay ya más que preservarse de la ambición de un corto número de individuos, ambición reprimible fácilmente de muchos modos.

Un príncipe cae en el menosprecio cuando pasa por variable, ligero, afeminado, pusilánime e irresoluto. Ponga, pues, sumo cuidado en preservarse de semejante reputación como de un escollo, e ingéniense para que en sus actos se advierta constancia, gravedad, virilidad, valentía y decisión. Cuando pronuncie juicio sobre las tramas de sus súbditos, determínese a que sea irrevocable su sentencia. Finalmente, es preciso que los mantenga en una tal opinión de su perspicacia, que ninguno de ellos abrigue el pensamiento de engañarle o de envolverle en intrigas. El príncipe logrará esto, si es muy estimado, pues difícilmente se conspira contra el que goza de mucha estimación. Los extranjeros, por otra parte, no le atacan con gusto, con tal, empero, que sea un excelente príncipe, y que le veneren sus gobernados.

Dos cosas ha de temer el príncipe son a saber: 1) en el interior de su Estado, alguna rebelión de sus súbditos; 2) en el exterior, un ataque de alguna potencia vecina. Se preservará del segundo temor con buenas armas, y, sobre todo, con buenas alianzas, que logrará siempre con buenas armas. Ahora bien: cuando los conflictos exteriores están obstruidos, lo están también los interiores, a menos que los haya provocado ya una conjura. Pero, aunque se manifestara exteriormente cualquier tempestad contra el príncipe que interiormente tiene bien arreglados sus asuntos, si ha vivido según le he aconsejado, y si no le abandonan sus súbditos, resistirá todos los ataques foráneos, como hemos visto que hizo Nabis, el rey lacedemonio.

*El Príncipe*

Sin embargo, con respecto a sus gobernados, aun en el caso de que nada se maquine contra él desde afuera, podrá temer que se conspire ocultamente dentro. Pero esté seguro de que ello no acaecerá, si evita ser aborrecido y despreciado, y si, como antes expuse por extenso, logra la ventaja esencial de que el pueblo se muestre contento de su gobernación. Por consiguiente, uno de los más poderosos preservativos de que contra las conspiraciones puede disponer el soberano, es no ser aborrecido y despreciado de sus súbditos, porque al conspirador no le alienta más que la esperanza de contentar al pueblo, haciendo perecer al príncipe. Pero cuando tiene motivos para creer que ofendería con ello al pueblo, le falta la necesaria amplitud de valor para consumar su atentado, pues avizora las innumerables dificultades que ofrece su realización. La experiencia enseña que hubo muchas conspiraciones, y que pocas obtuvieron éxito, porque, no pudiendo obrar solo y por cuenta propia el que conspira, ha de asociarse únicamente a los que juzga descontentos. Mas, por lo mismo que ha descubierto a uno de ellos, le ha dado pie para contentarse por sí mismo, ya que al revelar al príncipe la trama que se le ha confiado, bástale para esperar de él un buen premio. Y como de una parte encuentra una ganancia segura, y de otra parte una empresa dudosa y llena de peligros, para que mantenga la palabra que dio a quien le inició en la conspiración será menester, o que sea un amigo suyo como hay pocos, o un enemigo irreconciliable del príncipe.

Para reducir la cuestión a breves términos, haré notar que del lado del conjurado todo es recelo, sospecha y temor a la pena que le impondrán, si fracasa, mientras que del lado del príncipe están las leyes, la defensa del Estado, la majestad de su soberanía y la protección de sus amigos, de suerte que, si a todos estos preservativos se añade la benevolencia del pueblo, es casi imposible que nadie sea lo bastante temerario para conspirar. Si todo conjurado, antes de la ejecución de su plan, siente comúnmente miedo de que se malogre, lo sentirá mucho más en tal caso, pues, aun triunfando, tendrá por enemigo al pueblo, y no le quedará entonces ningún refugio. Sobre esto podría citar infinidad de ejemplos, pero me ciño a uno solo, cuya memoria nos transmitieron nuestros padres. Siendo Aníbal Bentivoglio (abuelo del Aníbal de hoy día) príncipe de Bolonia, le asesinaron los Cannuchis (1445), familia rival suya, a continuación de una conjura, y cuando estaba todavía en mantillas su hijo único Juan. Naturalmente, éste no podía vengarle, pero el pueblo se sublevó acto seguido contra los asesinos y les mató atrocemente. Fue un efecto lógico de la simpatía popular que los Bentivoglio se habían ganado en Bolonia por aquellos tiempos, simpatía tan grande, que, no disponiendo ya la ciudad de persona alguna de dicha casa que, muerto Aníbal, pudiera regir el Estado, y habiendo sabido los ciudadanos que existía en Florencia un descendiente de la misma familia, hijo de un modesto artesano, fueron en busca suya, y le confirieron el mando de su comunidad, que rigió de hecho hasta que Juan llegó a edad de gobernar por sí mismo. De donde se deduce que un príncipe debe inquietarse poco de las conspiraciones, cuando le manifiesta buena voluntad el pueblo, al paso que si éste le es contrario, y le odia, le sobran motivos para temerlas en cualquier ocasión y de parte de cualquier individuo.

Los príncipes sabios y los Estados bien ordenados cuidaron siempre tanto de contentar al pueblo como de no descontentar a los nobles hasta el punto de reducirlos a la desesperación. Es esta una de las cosas más importantes a que debe atender el príncipe. Uno de los reinos mejor concertados y gobernados de nuestra época es Francia. Se halla allí una infinidad de excelentes estatutos, el primero de los cuales es el Parlamento y la amplitud de su autoridad, estatutos a que van unidas la libertad del pueblo y la seguridad del rey. Conociendo el fundador del actual orden político la ambición e insolencia de los nobles, juzgando ser preciso ponerles un freno que los contuviese, sabiendo, por otra parte, cuánto les aborrecía el pueblo, a causa del miedo que les tenía y deseando sin embargo sosegarlos no quiso que quedase a cargo particular del monarca esa doble tarea. A fin de quitarle esta preocupación, que podía repartir con la aristocracia, y de favorecer a la vez a los nobles y al pueblo, estableció por juez a un tercero, que, sin participación directa del monarca, reprimiera a los primeros y beneficiase al segundo. No cabe imaginar disposición alguna más prudente, ni mejor medio de seguridad para el príncipe y para la nación. Y de aquí infiero la notable consecuencia de que los príncipes deben dejar a otros la disposición de las cosas odiosas, y reservarse a sí mismos las de gracia, estimando siempre a los nobles, pero sin hacerse nunca odiar del pueblo.

Al considerar la vida y la muerte de diversos emperadores romanos, quizá crean muchos que existen ejemplos contrarios a mi opinión. Tal César, en efecto, perdió el imperio, y tal otro fue asesinado por los suyos, conjurados contra él, a pesar de haber procedido con rectitud y mostrado magnanimidad. Proponiéndome responder a semejante objeción, examinaré las dotes personales de aquellos emperadores, y probaré que la causa de su ruina no se diferencia de la misma contra la que he querido preservar a mi príncipe, y haré cuenta de ciertas cosas que no han de omitir los que leen las historias de tales épocas. Para ello me bastará limitarme a los Césares que se sucedieron en el imperio desde Marco Aurelio hasta Maximino, es decir, Marco Aurelio, su hijo Cómodo, Pertinax, Juliano, Septimio Severo, su hijo Caracalla, Máximo, Heliogábalo, Alejandro Severo y Maximino.

Notemos, ante todo, que en principados de otra especie que el suyo, apenas hay que luchar más que contra la ambición de los grandes y contra la violencia de los pueblos, mientras que los emperadores romanos tropezaban, además, con un tercer obstáculo, la avaricia y la crueldad de los soldados, obstáculo de tan difícil remoción, que muchos se desgraciaron en ello. No es, en efecto, fácil contentar a la vez a los soldados y al pueblo porque el pueblo es amigo del descanso y lo es asimismo el príncipe de moderada condición, al paso que los soldados quieren un príncipe que tenga espíritu marcial, y que sea rapaz, cruel e insolente. La voluntad de los soldados del imperio era que

*El Príncipe*

su príncipe ejerciera sobre la plebe tan funestas disposiciones, para obtener una paga doble, y para dar rienda suelta a su codicia, de lo cual resultaba que los emperadores a quienes no se consideraba capaces de imponer respeto al ejército y al pueblo, quedaban siempre vencidos. Los más de ellos, especialmente los que habían ascendido a la soberanía en calidad de príncipes nuevos, conocieron cuán arduo resultaba conciliar ambas cosas, y abrazaron el partido de contentar a los soldados, sin temer mucho ofender al pueblo, por casi no serles posible obrar de otro modo. No pudiendo los príncipes evitar que les aborrezcan unos cuantos, han de esforzarse, ante todo, en que no les aborrezca el mayor número. Pero, cuando tampoco les es dable conseguir este fin, deben precaverse, mediante todo linaje de expedientes del odio de la clase más poderosa.

Así, aquellos emperadores que, en razón de ser nuevos, necesitaban de extraordinarios favores, se apegaron con más gusto al ejército que al pueblo, lo cual se convertía en su beneficio o en su daño, según la mayor o menor reputación que sabían conservar en el concepto de sus tropas. Tales fueron las causas de que Pertinax y Alejandro Severo, a pesar de ser tan moderados en su conducta, tan amantes de la justicia, tan enemigos de la crueldad, tan buenos y tan humanos como Marco Aurelio, cuyo fin fue feliz, tuviesen, sin embargo, uno muy desdichado. Únicamente Marco Aurelio vivió y murió venerado de todos, por haber sucedido al emperador por derecho hereditario, y por no hallarse en la necesidad de portarse como si debiera su trono al ejército o al pueblo. Dotado, por otra parte, de muchas virtudes que le hacían respetable, contuvo siempre al ejército y al pueblo dentro de justos límites, y no fue aborrecido ni despreciado nunca. Por el contrario, Pertinax, nombrado emperador contra la voluntad de los soldados, que, bajo el imperio de Cómodo, se habían habituado a la vida licenciosa, quiso reducirlos a una vida decente, que se les hacía insostenible, lo que engendró en ellos odio contra su persona, odio a que se unió el desprecio, a causa de ser viejo, y, en los comienzos de su reinado, le asesinaron sus tropas. Este ejemplo nos pone en el caso de observar que el príncipe se hace aborrecer tanto con nobles como con perversas acciones, y por eso indiqué que, si quiere conservar sus dominios, se halla con frecuencia obligado a no ser bueno. Si la mayoría de hombres (grandes, soldados o pueblo) de que necesita para sostenerse, está corrompida, debe seguirle el humor, y contentarla, pues las nobles acciones que entonces realizara, se volverían contra él mismo. Alejandro Severo era un hombre de bondad tamaña, que, entre las demás alabanzas que se le prodigaron, se encuentran las de que, en los catorce años que reinó, no hizo morir a nadie sin juicio. Empero, habiéndose conjurado en contra suyo el ejército, pereció a sus golpes, por haberle tornado despreciable su fama de hombre de genio débil, y que se dejaba gobernar por su madre.

Comparando las buenas prendas de aquellos príncipes con el carácter y con la conducta de Cómodo, Septimio Severo, Caracalla y Maximino, hallamos a los últimos sumamente rapaces y crueles. Para contentar a los soldados, no perdonaron al pueblo injuria alguna, y todos, menos Septimio Severo, murieron desgraciadamente. Pero éste poseía tanto valor, que, conservando en favor suyo el afecto de los soldados, pudo, aun oprimiendo al pueblo, reinar con toda felicidad. Sus dotes le hacían tan admirable en el concepto de unos y del otro, que los primeros le admiraban hasta el paroxismo, y el segundo le respetaba y permanecía contento. Pero, como las acciones de Septimio Severo tuvieron tanta grandeza cuanto podían tener en un príncipe nuevo, quiero mostrar brevemente cómo supo diestramente ejercer de león y de zorra, lo cual es indispensable a un soberano, como ya llevo dicho. Habiendo conocido Septimio Severo la cobardía de Desiderio Juliano, que acababa de hacerse proclamar emperador, persuadió al ejército, que estaba bajo su mando en Esclavonia, a que haría bien en marchar a Roma, para vengar la muerte de Pertinax, asesinado por la guardia pretoriana. Queriendo con tal pretexto mostrar que no aspiraba al imperio, arrastró a su ejército contra Roma, y llegó a Italia, antes que nadie se hubiese enterado siquiera de su partida. Entrado que hubo en Roma, forzó al Senado, atemorizado, a nombrarle emperador, y fue muerto Desiderio Juliano, al que se había conferido aquella dignidad. Después de este primer principio le quedaban a Septimio Severo dos dificultades que vencer, para constituirse en señor de todo el Imperio. La primera estaba en Oriente, donde Níger, jefe de los ejércitos asiáticos, se había hecho proclamar emperador. La segunda se hallaba en Bretaña, y era su fautor Albino, que también aspiraba al imperio. Juzgando peligroso declararse a la vez enemigo de uno y de otro, resolvió engañar al segundo, mientras atacaba al primero. Al efecto, escribió a Albino para decirle que, habiendo sido elegido emperador por el Senado, quería repartir con él aquella dignidad. Hasta le envió el título de César, después de haber hecho declarar al Senado que Septimio Severo tomaba por asociado a Albino, el cual tuvo por sinceros todos aquellos actos, y les prestó su adhesión. Pero, no bien Septimio Severo hubo vencido y muerto a Níger, y regresado a Roma, se quejó de Albino en pleno Senado, alegando que aquel colega, poco reconocido a los beneficios que recibiera de él, había intentado asesinarle a traición, por lo que se veía obligado a ir a castigar su ingratitud. Partió, pues, para Francia a su encuentro y le quitó el imperio con la vida. Donde se ve que Septimio Severo era a la vez un león ferocísimo y una zorra muy astuta, que consiguió que le temiesen y le respetaran todos, sin que le aborreciesen los soldados. No se extrañará, por ende, que, aun siendo príncipe nuevo, lograra conservar un imperio tan vasto. Su grandísima reputación le preservó del odio que hubieran podido tomarle los pueblos, a causa de sus rapiñas.

Pero su mismo hijo Caracalla, que se hacía llamar Alejandro y Antonio el Grande, fue también un hombre excelente en el arte de la guerra. Poseía bellísimas dotes, que le atraían la admiración de los pueblos y el amor de los soldados. Estos le querían, por ser un guerrero que sobrellevaba hasta el último límite todo género de fatigas, despreciaba los alimentos delicados, y desechaba las satisfacciones de la mollicie. Pero le hicieron extremadamente odioso a todos sus continuas matanzas, pues, en muchas ocasiones, había hecho perecer una gran parte del pueblo de Roma y todo el de

*El Príncipe*

Alejandría, sobrepujando su ferocidad y su crueldad a cuanto se había visto hasta entonces. El temor que por él se sentía alcanzó a los mismos que le rodeaban, y un centurión le mató en presencia de su propio ejército. Con cuyo motivo conviene notar que semejantes atentados, cuyo golpe parte de un propósito deliberado y tenaz, no puede el príncipe evitarlos en modo alguno, porque al que tiene en poco la vida no le asusta dar a otro la muerte. Pero el príncipe no debe temer demasiado perecer de este modo, porque tales agresiones son rarísimas, y únicamente ha de cuidar de no ofender gravemente a ninguno de los que emplea, y en especial a los que tiene a su lado y a su servicio, como lo hizo Caracalla, que abandonó la custodia de su persona a un centurión, a cuyo hermano había mandado matar ignominiosamente, y que a diario amenazaba con vengarse. Temerario hasta ese punto, Caracalla no podía menos de ser asesinado, y lo fue.

Vengamos ahora a Cómodo, a quien tan fácil le hubiera sido conservar el trono, puesto que lo había adquirido, por herencia, de su padre. Le bastaba seguir las huellas de éste para contentar al pueblo y a los soldados. Pero, hombre de genio brutal, de condición perversa y de rapacidad inaudita, ejerció ésta sin tasa sobre el pueblo, y, para favorecer al ejército, lo lanzó al libertinaje. Todo ello junto le tornó odioso al pueblo, y los soldados empezaron a menospreciarle, cuando le vieron rebajarse hasta el extremo de ir a luchar con los gladiadores en los circos, y de hacer otras cosas vilísimas y poco dignas de la majestad imperial. Aborrecido por una parte y despreciado por otra, se conjuraron contra él, y le asesinaron.

Maximino, cuyas cualidades me queda por exponer, fue un hombre muy belicoso. Elevado al imperio por algunos ejércitos disgustados de la molición de Alejandro Severo, a quien antes aludí, no lo poseyó mucho tiempo, porque le hacían menospreciable y aborrecible dos cosas. Era la primera su bajo origen, pues había guardado rebaños en Tracia, lo cual nadie ignoraba, y le atraía general vilipendio. La otra era su reputación de hombre sanguinario. Durante las dilaciones de que usó después de su elección al imperio, para trasladarse a Roma, y tomar allí posesión del trono, ordenó a sus prefectos que cometiesen todo género de crueldades en las provincias. Indignado todo el mundo, así de la ruindad de su abolengo como del miedo que su ferocidad engendraba, resultó de esto que el África se sublevó contra él, y que luego el Senado, el pueblo romano e Italia entera conspiraba contra su persona. Su propio ejército, que estaba acampado bajo los muros de Aquilea, y que no acababa de tomar esta ciudad, juró igualmente su ruina. Fatigado de su crueldad, y temiéndole menos, desde que le veía con tantos enemigos, le mató atrocemente.

Evito hablar de Heliogábalo, de Máximo y de Juliano, que, despreciables en un todo, perecieron muy poco después de elevados a la soberanía, y vuelvo a las consecuencias de este discurso, arguyendo que los príncipes de nuestra era no experimentan ya tanto esa dificultad de contentar a las tropas por medios extraordinarios. A pesar de los miramientos que con ellas están obligados a guardar, aquella dificultad se allana bien pronto, porque ninguno de nuestros príncipes tiene ningún cuerpo de ejército, que, por su larga residencia en las provincias, se amalgame con las autoridades y con las administraciones de éstas, como lo hacían las legiones del imperio romano. Si convenía entonces contentar más a los soldados que al pueblo, era porque los primeros podían más que el segundo. Hoy día, los términos se han invertido, y conviene contentar más al pueblo que a los soldados, porque aquél posee más poder que éstos. Hago excepción, sin embargo, del sultán de Turquía y del soldán de Egipto. El sultán, rodeado continuamente, como prenda de su fuerza y de su seguridad, de doce mil infantes y de quince mil caballos, y que no hace caso alguno del pueblo, se ve obligado a conservar en sus guardias el afecto hacia su persona. Sucede lo mismo con el soldán, que tampoco atiende en nada al pueblo, y cuya fuerza está depositada por entero en sus soldados, que ha de procurar no le pierdan cariño. Por cierto que el Estado del soldán es diferente de todas las soberanías, y que se asemeja no poco al Pontificado cristiano, que no es principado hereditario, ni nuevo. No heredan la soberanía los hijos del príncipe difunto, sino un particular elegido por hombres que tienen facultad para ello. Sancionado de inmemorial este orden, el principado del soldán no puede llamarse nuevo, y no presenta ninguna de las dificultades que existen en las soberanías nuevas. El príncipe es nuevo, pero las constituciones de semejante Estado son antiguas, y están constituidas de modo que le reciban en él como si fuera poseedor suyo por derecho hereditario.

Volviendo al asunto, digo que, cualquiera que reflexione sobre lo que dejo expuesto, verá que el odio, o el menosprecio, o ambas cosas juntas, fueron la causa de la ruina de los emperadores que he mencionado. Sabrá también por qué, habiendo obrado parte de ellos de una manera, y otra parte de la manera contraria, sólo dos correspondientes cada uno a cada manera, tuvieron un fin dichoso, mientras que los demás tuvieron un fin desastroso. Comprenderá, en fin, por qué Pertinax y Alejandro Severo quisieron imitar a Marco Aurelio, no sólo en balde, sino en perjuicio suyo, por no considerar que el último reinaba por derecho hereditario, al paso que ellos eran príncipes nuevos. Igualmente les fue adversa a Caracalla, a Cómodo y a Máximo su pretensión de imitar a Septimio Severo, por no hallarse dotados del valor suficiente para seguir sus huellas en todo. Así, un príncipe nuevo en una soberanía nueva no puede, sin peligro, imitar las acciones de Marco Aurelio, y no le es fácil, ni indispensable, imitar las de Septimio Severo. Debe, pues, tomar de éste cuantos procederes le sean necesarios para fundar y asegurar bien su Estado, y de aquél lo que hubo en su conducta de conveniente y de glorioso, para conservar un Estado ya fundado y asegurado.

## **CAPÍTULO XX SI LAS FORTALEZAS Y OTRAS MUCHAS COSAS QUE LOS PRÍNCIPES HACEN, SON ÚTILES O PERJUDICIALES**

Para conservar con seguridad sus Estados unos creyeron necesario desarmar a sus súbditos, y otros promovieron divisiones en los países que les estaban sometidos. Unos mantuvieron enemistades contra sí mismos, y otros se consagraron a ganarse a los hombres que en el comienzo de su reinado les eran sospechosos. Unos construyeron en sus dominios fortalezas, y otros demolieron y arrasaron las que existían. Ahora bien, aunque no es posible formular una regla fija sobre todos estos casos, a no ser que quepa, por la consideración de algunos detalles significativos, decidirse a tomar la determinación que implique mayor cordura, hablaré, sin embargo, sobre ello del modo más extenso y más general que la materia misma permita.

Jamás hubo príncipe alguno nuevo que desarmara a sus súbditos, y, cuando los halló desarmados, los armó siempre él mismo. Obrando así, las armas de sus gobernados se convirtieron en las suyas propias; los que eran sospechosos se tornaron fieles; los que eran fieles se mantuvieron en su fidelidad, y los que no eran más que sumisos se transformaron en partidarios de su reinado. Pero como el príncipe no puede armar a todos sus súbditos, aquellos a quienes arma reciben realmente un favor de él, y puede entonces obrar más seguramente con respecto a los otros. Por esa distinción, de que se conocen deudores al príncipe, los primeros se le apegan y los demás le disculpan, juzgando que es menester, ciertamente, que aquellos tengan más mérito que ellos mismos, puesto que el soberano los expone así a más peligros, y les hace contraer más obligaciones.

Cuando el príncipe desarma a sus súbditos, empieza ofendiéndoles, puesto que manifiesta que desconfía de ellos, y que les sospecha capaces de cobardía o de poca fidelidad. Una u otra de ambas opiniones que le supongan contra sí mismos engendrarán el odio hacia él en sus almas. Como no puede permanecer desarmado, está obligado a valerse de la tropa mercenaria, cuyos inconvenientes he dado a conocer. Pero, aunque esa tropa fuera buena, no puede serlo bastante para defender al príncipe a la vez de los enemigos poderosos que tenga por de fuera, y de aquellos gobernados que le causen sobresalto en lo interior. Por esto, como ya dije, todo príncipe nuevo en su soberanía nueva se formó siempre una tropa suya. Nuestras historias presentan innumerables ejemplos de ello.

Pero cuando un soberano adquiere un Estado, nuevo, que se incorpora en calidad de nuevo miembro a su antiguo principado, es preciso que lo desarme inmediatamente, no dejando armados en él más que a los hombres que en el acto de la adquisición se declararon abiertamente partidarios suyos, y, aun con respecto a estos mismos, le convendrá, con el tiempo, y aprovechando las ocasiones propicias, debilitar su genio belicoso, y provocar su afeminamiento progresivo. Debe, en suma, hacer de manera que todas las armas de su nuevo Estado permanezcan en poder de los soldados que le pertenecen a él solo, y que, de años atrás viven en su antiguo Estado, al lado de su persona. Nuestros mayores, los florentinos, y principalmente los que pasan por sabios, decían que para conservar a Pisa, se requería tener en ella fortalezas, y que, para retener a Pistoya, convenía fomentar allí algunas facciones. Por tal causa, para hacer más fácil su dominación en determinados distritos, mantenían en ellos ciertas contiendas, método útil en una época en que existía algún equilibrio en Italia, pero que no juzgo tan útil hoy día, porque no creo que en una ciudad las divisiones proporcionen ningún bien. Hasta me parece imposible que, a la llegada de algún enemigo, las ciudades así divididas no se pierdan al punto, por cuanto de los dos partidos que encierran, el más débil se entiende siempre con las fuerzas que atacan, y el otro no es suficiente para resistir por sí solo. En mi entender, los venecianos se guiaron por las mismas consideraciones que los florentinos, para fomentar en las ciudades que dominaban las facciones de los güelfos y de los gibelinos, aunque no les dejaban propagarse en sus pependencias hasta llegar a la efusión de sangre, y únicamente alimentaban en su seno el espíritu de oposición, a fin de que, ocupados en sus rencillas los secuaces de una o de otra, no se sublevaran contra ellos. Pero se vio que esta estratagema no se convirtió en beneficio suyo cuando les derrotaron en Vaila, pues una parte de aquellas facciones cobró entonces aliento, y les arrebató sus dominios de tierra firme.

Semejantes recursos dan a conocer que el soberano adolece de alguna debilidad, ya que nunca, en un principado vigoroso, se tomará nadie la libertad de sostener tales divisiones, provechosas solamente en tiempo de paz, en que, por su medio, cabe dirigir más fácilmente a los súbditos, pero flojas y peligrosas, como expediente político, si sobreviene la guerra. Incontestablemente los príncipes son grandes, cuando superan las dificultades y las resistencias que se les oponen. Ahora bien: la fortuna, si quiere elevar a un príncipe nuevo, que, más que un príncipe hereditario, necesita adquirir fama, le suscita enemigos, y le inclina a varias empresas contra ellos, a fin de hacerle triunfar, y con la escala que ellos mismos le traen, subir más arriba. Por esto, piensan muchos que un príncipe sabio debe, siempre que le sea posible, procurarse con arte algún enemigo, para que, atacándole y reprimiéndole, provoque un aumento de su propia grandeza.

Los príncipes, y especialmente los nuevos, hallaron muchas veces más fidelidad y más provecho en los hombres que al principio de su reinado les eran sospechosos, que en aquellos en quienes al empezar ponían toda su confianza.

*El Príncipe*

Pandolfo Petrucci, príncipe de Siena, se servía, en la gobernación de su Estado, mucho más de los que habían sido sospechosos que de los que no lo habían sido nunca. Pero no puede darse sobre esto una regla general, porque los casos no son siempre unos mismos. Me limitaré, pues, a decir que si los hombres que al comienzo de un reinado se mostraron enemigos del príncipe no son capaces de mantenerse en su posición sin apoyos, aquél podrá ganarlos fácilmente, y, después, tanto más obligados se verán a servirle con fidelidad cuanto más comprendan lo necesario que les es borrar con sus acciones la siniestra opinión que el soberano se había formado de ellos. Y sacará mayor provecho de estos tales que de aquellos otros que, sirviéndoles con tranquilidad en interés de sí mismos, descuidan el del príncipe forzosamente.

Puesto que la materia lo exige, no dejaré de recordar al príncipe que adquirió un Estado con el favor de algunos ciudadanos, que ha de considerar muy bien el motivo que les inclinó a favorecerle. Si lo hicieron, no por afecto natural a su persona, sino únicamente por no estar contentos con el Gobierno que tenían, no podrá conservar su amistad sino muy trabajosa y dificultosamente, porque le resultará casi imposible contentarlos. Discurriendo sobre el particular, se advierte que es más hacedero conseguir la amistad de los hombres que se conformaban con el Gobierno anterior, aunque no gustasen de él, que la de aquellos otros que, siéndole contrarios, se declararon por este solo motivo adictos al príncipe nuevo, y le ayudaron a apoderarse del Estado. Los príncipes que querían conservar más seguramente el suyo acostumbraron a construir fortalezas que sirvieran de freno a quien concibiera designios contra ellos, y de seguro refugio a sí mismos en el primer asalto de una rebelión. Aplaudo esta medida, puesto que la practicaron nuestros mayores. Sin embargo, en nuestro tiempo se vio a Nicolás Viteli demoler dos fortalezas en la ciudad de Castelo, para conservarla. Guido Ubaldo, duque de Urbino, de regreso en su Estado, del que le había expulsado César Borgia, arruinó hasta sus cimientos todas las fortalezas de la próxima, para retener más fácilmente aquel Estado, si alguien quisiera quitárselo otra vez. Habiendo de entrar en Bolonia, los Bentivoglio procedieron del mismo modo. Y es que las fortalezas son útiles o inútiles, según las circunstancias y los tiempos, y si proporcionan algún beneficio al príncipe en algunos respectos, le perjudican en otros. La cuestión puede reducirse a breves y claros términos. El príncipe que tema más a sus pueblos que a los extranjeros debe construirse fortalezas. Pero el que tema más a los extranjeros que a sus pueblos, debe pasarse sin la defensa de esos baluartes. El castillo que Francisco Sforza edificó en Milán, atrajo y atraerá a sus descendientes más guerras que cualquier otro desorden posible en aquel Estado. La mejor fortaleza con que puede contar un príncipe es no ser aborrecido de sus pueblos. Si le aborrecen, no le servirán de nada las fortalezas como medio de salvación, porque se levantarán en armas contra él y no les faltarán extranjeros que acudan en su auxilio. En nuestro tiempo, no hemos comprobado que las fortalezas hayan redundado en provecho de ningún príncipe. Caso único de excepción ha sido el de la condesa de Forlì, después de la muerte de su esposo, el conde Jerónimo. Su ciudadela le sirvió para evitar el primer asalto de la rebelión del pueblo para esperar sin sobresalto algunos socorros de Milán y para recuperar su Estado. Las circunstancias de entonces no permitían que los extranjeros fueran a ayudar al pueblo. Pero, más tarde, cuando César Borgia atacó a la condesa, y su pueblo, que era enemigo suyo, se reunió con el extranjero contra ella, las fortalezas le resultaron inútiles.

Más que poseer estos baluartes expugnables le hubiera servido con el baluarte invencible del amor del pueblo. Así, bien considerado todo, elogiaré tanto al que haga fortalezas como al que no las haga. Pero censuraré a los que, fiándose demasiado en ellas, tengan el odio del pueblo por cosa de poca monta.

**CAPÍTULO XXI****CÓMO DEBE CONDUCIRSE UN PRÍNCIPE PARA ADQUIRIR CONSIDERACIÓN**

Nada granjea más estimación a un príncipe que las grandes empresas y las acciones raras y maravillosas. De ello nos presenta nuestra edad un admirable ejemplo en Fernando V, rey de Aragón y actualmente monarca de España. Podemos mirarle casi como a un príncipe nuevo, porque, de rey débil que era, llegó a ser el primer monarca de la cristiandad, por su fama y por su gloria. Pues bien: si consideramos sus empresas las hallaremos todas sumamente grandes, y aun algunas nos parecerán extraordinarias. Al comenzar a reinar, asaltó el reino de Granada, y esta empresa sirvió de punto de partida a su grandeza. Por de contado, la había iniciado sin temor a hallar estorbos que se la obstruyesen, por cuanto su primer cuidado había sido tener ocupado en aquella guerra el ánimo de los nobles de Castilla. Haciéndoles pensar incesantemente en ella, les distraía de cavilar y maquinando innovaciones durante ese tiempo, y por tal arte adquiría sobre ellos, sin que lo echasen de ver, mucho dominio, y se proporcionaba suma estimación. Pudo en seguida, con el dinero de la Iglesia y de los pueblos, sostener ejércitos, y formarse, por medio de guerra tan larga, buenas tropas, lo que redundó en pro de su celebridad como capitán. Además, alegando siempre el pretexto de la religión, para poder llevar a efecto mayores hazañas, recurrió al expediente de una crueldad devota, y expulsó a los moros de su reino, que quedó así libre de su presencia. No cabe imaginar nada más cruel y a la vez más extraordinario que lo que ejecutó en ocasión semejante. Después, bajo la misma capa de religión, se dirigió contra África, emprendió la conquista de Italia, y acaba de atacar recientemente a Francia. Concertó de continuo grandes cosas, que llenaron de admiración a sus pueblos, y que conservaron su espíritu preocupado por las consecuencias que

*El Príncipe*

podían traer. Hasta hizo seguir unas empresas de otras de gran tamaño, que no dejaron tiempo a sus gobernados ni siquiera para respirar, cuanto menos para urdir trama alguna contra él.

Es también un expediente muy provechoso para el príncipe que imagine, en la gobernación interior de su Estado, cosas singulares, como las que se cuentan de Barnabó Visconti de Milán. Cuando sucede que una persona realizó, en el orden civil, una acción poco común, ya en bien, ya en mal, es menester encontrar, para premiarla, o para castigarla, un modo notable, que dé al público amplio tema de conversación. El príncipe debe, ante todas las cosas, ingeniarse para que cada una: de sus operaciones políticas se ordene a procurarle nombradía de grande hombre y de soberano de superior ingenio. Y asimismo se hace estimar, cuando es resueltamente amigo o enemigo de los príncipes puros, es decir, cuando sin timidez se declara resueltamente en favor del uno o del otro. Esta resolución es siempre más conveniente que la de permanecer neutral, porque si dos potencias de su vecindad se declaran la guerra entre sí, no es posible que ocurra más que uno de estos dos casos: o que, vencedora la una, tenga motivo para temerla después, o que ninguna de ellas sea propia para infundirle semejante temor. En un caso, como en el otro, le convendrá declarar guerra franca a alguna de ellas. En el primero, si no la declara, será el despojo del vencedor, lo que agrada en gran manera al vencido, y no hallará a ninguno que se compadezca de él, ni que vaya a socorrerle, ni siquiera que le ofrezca un asilo. El vencedor no quiere amigos sospechosos, que no le auxilién en la adversidad, y el vencido no acogerá al neutral, puesto que se negó a tomar las armas, para correr las contingencias de su fortuna.

Habiendo pasado Antíoco a Grecia, de donde le llamaban los etolios, para echar de allí a los romanos, envió un embajador a los acayos, para inducirles a permanecer neutrales, mientras rogaba a los otros que se armasen en favor suyo. Esto fue materia de una deliberación en los consejos de los acayos. El enviado de Antíoco insistía en que se resolviesen a la neutralidad. Pero el diputado de los romanos, que estaba presente, le refutó por el siguiente tenor: "Se os dice que el partido más sabio para vosotros, y más útil para vuestro Estado, es que no intervengáis en la guerra que hacemos, en lo cual se os engaña. No podéis tomar resolución más contraria a vuestros intereses, porque, si no intervenís en nuestra guerra, privados entonces de toda consideración, e indignos de toda gracia, infaliblemente serviréis de premio al vencedor." Note bien el príncipe que quien le pide la neutralidad no es amigo, y que lo es, por el contrario, quien solicita que se declare en su favor, y que tome las armas en defensa de su causa. Los príncipes irresolutos que quieren evitar los peligros del momento retrasan a menudo el rompimiento de su neutralidad, pero también a menudo caminan hacia su ruina. Cuando el príncipe se declara generosamente en favor de una de las potencias beligerantes, si triunfa aquella a la que se une, aunque ella posea una gran fuerza, y él quede a discreción suya, no tiene por qué temerla, pues le debe algunos favores, y le habrá cogido afecto. Los hombres, en ocasiones tales, no son lo bastante cínicos para dar ejemplo de la enorme ingratitud que habría en oprimir al que les ayudó. Por otra parte, los triunfos nunca son tan prósperos que dispensen al vencedor de tener algún miramiento a la justicia. Si, por el contrario, es derrotado aquel a quien el príncipe se une, conservará su consideración, contará con su socorro en caso posible para él, y será el compañero de su fortuna, que puede mejorar algún día.

En el segundo caso, esto es, cuando las potencias que luchan una contra otra son tales que el príncipe nada tenga que temer de la que triunfe, cualquiera que sea, habrá, por su parte, tanta más prudencia en unirse a una de ellas, cuanto por este medio concurra a la ruina de la otra, con ayuda de la misma que, si fuera discreta, debiera salvarla. Siendo imposible que con el socorro del aludido príncipe no triunfe, su victoria no puede menos de ponerla a disposición de aquél. Y es necesario notar aquí que cuando un príncipe quiere atacar a otros, ha de cuidar siempre de no asociarse a un príncipe más poderoso que él, a menos que la necesidad le obligue a hacerlo, como queda indicado, puesto que si dicho príncipe triunfa se convertirá en esclavo suyo en algún modo. Ahora bien: los príncipes deben evitar, cuanto les sea posible, quedar a discreción de los otros príncipes. Los venecianos se aliaron con los franceses para luchar contra el duque de Milán, y esta alianza, de la que hubieran podido excusarse, causó su ruina. Pero si no cabe evitar semejantes alianzas, como les sucedió a los florentinos cuando con el Papa fueron, con tres ejércitos reunidos, a atacar la Lombardía, entonces, a causa de las razones que llevo apuntadas, conviene a un príncipe unirse a los otros. Por lo demás, ningún Estado crea poder nunca, en tal circunstancia, tomar una resolución segura. Piense, por el contrario, que no puede tomarla sino dudosa, por ser conforme al curso ordinario de las que no trate uno de evitar jamás un inconveniente, sin caer en otro. La prudencia estriba en conocer su respectiva calidad, y en tomar el partido menos malo.

Ha de manifestarse el príncipe amigo generoso de los talentos y honrar a todos aquellos gobernados suyos que sobresalgan en cualquier arte. Por ende, debe estimular a los ciudadanos a ejercer pacíficamente su profesión y oficio, agrícola, mercantil o de cualquier otro género, y hacer de modo que, por el temor de verse quitar el fruto de sus tareas, no se abstengan de enriquecer al Estado, y que, por el miedo a los tributos, no se persuadan a dedicarse a negocios diferentes. Debe, además, preparar algunos premios para quien funde establecimientos útiles, y para quien trate, en la forma que quiera, de multiplicar los recursos de su ciudad. Finalmente, está obligado a proporcionar fiestas y espectáculos a sus pueblos, en las fechas anuales que estime oportunas. Como toda ciudad se halla repartida en tribus municipales o en gremios de oficios, le conviene guardar miramientos con estas corporaciones, reunirse a veces con ellas en sus juntas, y dar en éstas ejemplo de humildad y de munificencia, conservando, empero,

*El Príncipe*

inalterablemente la majestad de su clase, y cuidando que, en tales casos de popularidad, no se humille su dignidad regia en manera alguna.

**CAPÍTULO XXII  
DE LOS MINISTROS O SECRETARIOS DE LOS PRÍNCIPES**

No es cosa de poca importancia para los príncipes la buena elección de sus ministros, los cuales buenos o malos, según la prudencia usada en dicha elección. El primer juicio que formamos sobre un príncipe y sobre sus dotes espirituales, no es más que una conjetura, pero lleva siempre por base la reputación de los hombres de que se rodea. Si manifiestan suficiente capacidad y se muestran fieles al príncipe tendremos a éste por prudente puesto que supo conocerlos bien, y mantenerlos adictos a su persona. Si, por el contrario, reúnen condiciones opuestas, formaremos sobre él un juicio poco favorable, por haber comenzado su reinado con una grave falta, escogiéndolos así.

No hubo nadie que, viendo a Venafio nombrado consejero de Petrucci, príncipe de Siena, no estimara que el último fue un hombre prudente en alto grado, por el mero hecho de haber tomado al primero por ministro. Pero es necesario saber que, hay entre los príncipes, como entre los demás hombres, tres especies de cerebros. Los primeros piensan y obran por sí y ante sí; los segundos, poco aptos para inventar, poseen sagacidad selectiva en atenerse a lo que les proponen otros; los terceros no conciben nada por sí mismos, ni nada tampoco sacan en limpio de ajenos discursos. Los primeros son ingenios superiores; los segundos son talentos estimables; los terceros son como si no existiesen.

Si Petrucci no era de la primera especie, perteneció, indudablemente, a la segunda. Cuando un príncipe, carente de originalidad creadora, posee inteligencia suficiente para discernir con mesura juiciosa lo que se dice y lo que se hace, conoce las buenas y malas operaciones de sus consejeros, para apoyar las primeras y corregir las segundas, y no pudiendo sus ministros abrigar esperanzas de engañarle, se le conservan íntegros, discretos y sumisos. Pero ¿cómo alcanzar tan sabia prudencia y tan loable discernimiento? He aquí un recurso que no induce jamás a error. Cuando el príncipe vea a sus ministros pensar en ellos más que en él, y regirse en todas sus acciones por afán de provecho personal, quede persuadido de que tales hombres jamás le servirán bien. No podrá estar seguro de su actuación ni un momento, porque faltan a la primera de las máximas morales de su condición. Esta máxima es que los que manejan los negocios de un Estado no deben nunca pensar en sí mismos, sino en el príncipe, ni recordarle nunca nada que no se refiera a los intereses de su reinado. Pero también, por otra parte, el príncipe, a fin de no perder a sus ministros buenos y de generosas disposiciones, debe pensar en ellos, revestirlos de honores, enriquecerlos, y atraérselos por la gratitud, con las dignidades y los cargos que les confiera. Los honoríficos grados y las pingües riquezas que les conceda, colman los deseos de su ambición, y los importantes puestos de que les haya provisto les hacen temer que el príncipe caiga, o sea suplantado, porque saben perfectamente que sólo con él los conservarán. Si príncipe y ministro se conducen así recíprocamente, la confianza será no menos mutua. Pero, si no se portan de tal modo, uno y otro acabarán mal.

**CAPÍTULO XXIII  
CUANDO DEBE HUIRSE DE LOS ADULADORES**

Cúmpleme no pasar en silencio un punto importante, conviene a saber: la falta de que con dificultad se preservan los príncipes (si no son muy prudentes, o si carecen de tacto fino), y que es falta más bien de los aduladores de que todas las cortes están llenas y atestadas. Pero se complacen tanto los príncipes en lo que por sí mismos hacen, y se engañan en ello con tan natural propensión, que librarse del contagio de los aduladores les cuesta Dios y ayuda, y aun con frecuencia les sucede que por inhibirse sistemáticamente de semejante contagio corren peligro de caer en el menosprecio. Para obviar inconveniente tamaño bástale al príncipe dar a comprender a los que le rodean que no le ofenden por decirle la verdad. Pero si todos pueden decírsela, se expone a que le falten al respeto. Así, un príncipe advertido y juicioso debe seguir un curso medio, escogiendo en su Estado a algunos sujetos sabios, a los cuales únicamente otorgue licencia para decirle la verdad, y esto exclusivamente sobre la cosa con cuyo motivo les pregunte, y no sobre ninguna otra. Sin embargo, le conviene preguntarles sobre todas, oír sus opiniones, deliberar después por sí mismo y obrar últimamente como lo tenga por conveniente a sus fines personales. Es necesario que su conducta con sus consejeros reunidos y con cada uno de ellos en particular se desarrolle en tal forma que todos conozcan que cuanto más sinceramente le hablen tanto más le agradecerán. Pero, excepto éstos, ha de negarse a oír los consejos de cualquier otro, poner inmediatamente en práctica lo que por sí mismo haya resuelto y mostrarse tenaz en sus determinaciones. Si obra de diferente manera, la diversidad de pareceres le obligará a variar muy a menudo, de lo cual resultará que harán muy corto aprecio de su persona.

Acerca de este punto quiero presentar un ejemplo moderno. El sacerdote Luc, dependiente de Maximiliano, actual emperador, dice de él que no toma consejo de nadie, y que, sin embargo, nunca hace nada a su gusto. Ello proviene de que Maximiliano sigue un rumbo opuesto al que he indicado. Es un hombre misterioso, que no solicita el parecer

*El Príncipe*

ajeno ni comunica sus designios a persona alguna. Pero quando los lleva a ejecución, sus cortesanos empiezan a contradecírselos, y desiste fácilmente de ellos. De aquí resulta que las cosas que hace un día las deshace al siguiente, que no prevé jamás sus proyectos ni sus actos y que no es posible contar con sus resoluciones.

Si un príncipe debe pedir consejos sobre todos los asuntos, no debe recibirlos cuando a sus consejeros les agrade, y hasta debe quitarles la gana de aconsejarle sobre negocio ninguno, a no ser que él lo solicite. Pero debe con frecuencia, y sobre todos los negocios, oír pacientemente y sin desazonarse la verdad acerca de las preguntas que haya hecho, sin que motivo alguno de respeto sirva de estorbo para que se la digan. Los que piensan que un príncipe, si se hace estimar por su prudencia, no la debe a sí mismo, sino a la sabiduría de los consejeros que le circundan, se engañan en la mitad del justo precio. Para juzgar de esto hay una regla general, que nunca induce al error, y es que un príncipe que no es prudente de suyo no puede aconsejarse bien, a menos que por casualidad dispusiera de un hombre excepcional y habilísimo que le gobernara en todo. Pero en tal caso la buena gobernación del príncipe no duraría mucho, porque su conductor se encargaría de quitarle en breve tiempo su Estado. En cuanto al príncipe que consulta con muchos y que carece él mismo de la prudencia necesaria no recibirá jamás pareceres que concuerden, no sabrá corregirlos por sí mismo ni aun echará de ver que cada uno de sus consejeros piensa en sus personales intereses nada más. No existe posibilidad de hallar dispuestos de otra manera a los ministros, porque los hombres son siempre malos, a no ser que se les obligue por la fuerza a ser buenos. De donde concluyo que conviene que los buenos consejos, de cualquier parte que vengan, dimanen, en definitiva, de la prudencia del propio príncipe y que no se funden en sí mismos como tales.

**CAPÍTULO XXIV  
POR QUÉ MUCHOS PRÍNCIPES DE ITALIA PERDIERON SUS ESTADOS**

El príncipe nuevo que siga con prudencia las reglas que acabo de exponer adquirirá la consistencia de uno antiguo y alcanzará en muy poco tiempo más seguridad en su Estado que si llevara un siglo en posesión suya. Siendo un príncipe nuevo mucho más cauto en sus acciones que otro hereditario, si las juzgan grandes y magnánimas sus súbditos, se atrae mejor el afecto de éstos que un soberano de sangre inmemorial esclarecida, porque se ganan los hombres mucho menos con las cosas pasadas que con las presentes. Cuando hallan su provecho en éstas, a ellas se reducen, sin buscar nada en otra parte. Con mayor motivo abrazan la causa de un nuevo príncipe o si éste no cae en falta en lo restante de su conducta. Así obtendrá una doble gloria: la de haber originado una soberanía y la de haberla corroborado y consolidado con buenas armas, buenas leyes, buenos ejemplos y buenos amigos. Obtendrá, por lo contrario, una doble afrenta el que, habiendo nacido príncipe, haya perdido su Estado por su poca prudencia.

Si se consideran aquellos príncipes de Italia que en nuestros tiempos perdieron sus Estados, como el rey de Nápoles, el duque de Milán y algunos otros, se reconocerá desde luego que todos cometieron la misma falta en lo relativo a la preparación militar, según que ya extensamente lo explané. Se notará además que uno de ellos tuvo por enemigo a su pueblo, o que el que lo tuvo por amigo careció de arte para asegurarse de los nobles. Sin estas faltas no se pierden los Estados que presentan bastantes recursos para poder disponer de ejércitos en campaña. Filipo de Macedonia, no el padre de Alejandro, sino el que fue vencido por Tito Quincio, poseía un Estado hartito pequeño con relación al de los griegos y al de los romanos, que le atacaron juntos. Sin embargo, sostuvo contra ambos la guerra durante muchos años, por ser belicoso en extremo y porque sabía contener a su pueblo no menos que asegurarse de los nobles. Si al cabo perdió la soberanía de algunas ciudades, conservó el resto de su reino.

Aquellos príncipes de Italia que después de haber ocupado mucho tiempo sus Estados los perdieron, acusen de ello a su cobardía, y no a la fortuna. Como en épocas de paz no habían imaginado nunca que pudieran cambiar las cosas, porque es un defecto común a todos los hombres no inquietarse de las borrascas mientras disfrutan de bonanza, sucedió que al llegar los tiempos adversos no pensaron más que en huir, en vez de defenderse, esperando que, fatigados sus pueblos por la insolencia del vencedor, no dejarían de llamarlos otra vez. Semejante partido sólo es bueno cuando faltan los otros. Pero abandonar éstos por aquél es cosa malísima, pues un príncipe no debería caer nunca por haber creído contar más tarde con alguien que lo recibiera. Ello no suele ocurrir o si ocurre no dará al príncipe ninguna seguridad, por cuanto esa especie de defensa es vil y no depende de él. Las únicas defensas buenas, ciertas y durables son las que dependen del príncipe mismo y de su propio valor.

**CAPÍTULO XXV  
DOMINIO QUE EJERCE LA FORTUNA EN LAS COSAS HUMANAS, Y CÓMO RESISTIRLA CUANDO ES ADVERSA**

No se me oculta que muchos creyeron y creen que la fortuna, o dígase la Providencia, gobierna de tal modo las cosas del mundo, que a los hombres no les es dable, con su prudencia, dominar lo que tienen de adverso esas cosas, y hasta que no existe remedio alguno que oponerles. Con arreglo a semejante fatalismo, llegan a juzgar que es en balde

*El Príncipe*

fatigarse mucho en las ocasiones temerosas, y que vale más dejarse llevar entonces por los caprichos de la suerte. Esta opinión goza de cierto crédito en nuestra época a causa de las grandes mudanzas que, fuera de toda conjetura humana, se vieron y se ven cada día. Yo mismo, reflexionando sobre ello, me incliné en alguna manera a la indicada opinión. Sin embargo, como nuestro libre albedrío no queda completamente anonadado, estimo que la fortuna es árbitro de la mitad de nuestras acciones, pero también que nos deja gobernar la otra mitad, o, a lo menos, una buena parte de ellas. La fortuna me parece comparable a un río fatal que cuando se embravece inunda llanuras, echa a tierra árboles y edificios, arranca terreno de un paraje para llevarlo a otro. Todos huyen a la vista de él y todos ceden a su furia, sin poder resistirle. Y, no obstante, por muy formidable que su pujanza sea, los hombres, cuando el tiempo está en calma, pueden tomar precauciones contra semejante río construyendo diques y esclusas, para que al crecer de nuevo se vea forzado a correr por un canal, o por lo menos, para que no resulte su fogosidad tan anárquica y tan dañosa. Pues con la fortuna sucede lo mismo. No ostenta su dominación más que cuando encuentra un alma y una virtud preparadas, porque cuando las encuentra tales vuelve su violencia hacia la parte en que sabe que no hay muros ni otras defensas capaces de contenerla. Ahora bien: si pensamos en Italia, que es teatro de parecidas revoluciones y el receptáculo que les da impulso, vemos que es una campiña sin diques y sin esclusas de ninguna clase. Si hubiera estado preservada por virtudes militares y cívicas, como lo están Alemania, Francia y España, la inundación de tropas extranjeras que sufrió no hubiese ocasionado las grandes mudanzas que ha experimentado, y ni siquiera la inundación hubiera venido. Y basta esta reflexión para lo concerniente a la necesidad de oponerse a la fortuna en general.

Refiriéndome ahora a casos más concretos, digo que cierto príncipe que prosperaba ayer se encuentra caído hoy, sin que por ello haya cambiado de carácter ni de cualidades. Esto dimana, a mi entender, de las causas que antes expliqué con extensión al insinuar que el príncipe que no se apoya más que en la fortuna cae según que ella varía. Creo también que es dichoso aquel cuyo modo de proceder se halla en armonía con la índole de las circunstancias, y que no puede menos de ser desgraciado aquel cuya conducta está en discordancia con los tiempos. Se ve, en efecto, que los hombres, en las acciones que los conducen al fin que cada uno se propone, proceden diversamente; uno con circunspección, otro con impetuosidad; uno con maña, otro con violencia; uno con paciente astucia, otro con contraria disposición; y cada uno, sin embargo, puede conseguir el mismo fin por medios tan diferentes. Se ve también que, de dos hombres moderados, uno logra su fin, otro no; y que dos hombres, uno ecuánime, otro aturcido, logran igual acierto con dos expedientes distintos, pero análogos a la diversidad de sus respectivos genios. Lo cual no proviene de otra cosa más que de la calidad de las circunstancias y de los tiempos, que concuerdan o no con su modo de obrar. De donde resulta que, procediendo diferentemente, dos hombres logran idéntico efecto, y procediendo del mismo modo, uno consigue su fin y otro no. De esto depende asimismo la variación de su felicidad, porque si para el que se conduce con ponderación y con calma las circunstancias y los tiempos se tornan de arte que su gobierno sea bueno, prospera, mientras que si cambia sobreviene su ruina, por no haber mudado de modo de obrar. Pero no hay hombre alguno, por muy dotado de prudencia que esté, que sepa concordar bien sus proceder con las circunstancias y con los tiempos, ya por no serle posible desviarse de la propensión a que su naturaleza le inclina, ya por el hecho de que, habiéndole procurado éxito el caminar siempre por una senda, no se persuade con facilidad de que obrará bien con desviarse de ella. Cuando ha llegado para el hombre de temperamento fríamente tardo la ocasión de obrar con calurosa celeridad, no sabe hacerlo y provoca su propia ruina. Si supiese cambiar de naturaleza con las circunstancias y con los tiempos no se le mostraría tornadiza la fortuna.

El papa Julio II procedió con verdadero arrebato en todas sus acciones, y halló las circunstancias y los tiempos tan conformes con su modo de obrar, que logró acertar siempre. Considérese la primera empresa que dirigió contra Bolonia, en vida todavía de Bentivoglio. Los venecianos la veían con disgusto, y los monarcas de Francia y España estaban deliberando aún sobre lo que harían en el trance aquél, cuando Julio II, con valerosa rapidez, se puso él mismo a la cabeza de la expedición. Semejante paso dejó suspensos e inmóviles a los venecianos y a los monarcas de Francia y de España, a los primeros por miedo y a los segundos por su afán de recuperar el reino de Nápoles. Pero consiguió atraer a su partido al monarca francés, que habiéndole visto en movimiento, y deseando que se le uniese para abatir a los venecianos juzgó que no podía negarle sus tropas sin hacerle una ofensa formal. Así, Julio II, con su alarde impetuoso, llevó a cumplida cima una empresa que un Pontífice más prudente no hubiera sabido dirigir nunca. Si al partir de Roma hubiera gastado tiempo en madurar su determinación y en proveerse de lo preciso, como cualquier otro Papa hubiera hecho, habría fracasado, a no dudar, pues el monarca francés le hubiese alegado mil disculpas y los otros le hubiesen infundido mil nuevos temores. Me abstengo de examinar las demás acciones suyas, las cuales fueron todas de esa misma especie y se vieron coronadas por el triunfo. La brevedad de su Pontificado no le dejó lugar para experimentar lo contrario, que seguramente le hubiera acaecido, porque, de habérsele presentado algún caso en que le conviniese usar de tranquilidad circunspecta, no se habría apartado de aquella atropellada conducta a que su genio le inclinaba y hubiera provocado su propia ruina.

Concluyo, pues, que si la fortuna varía y los, príncipes continúan obstinados en su natural modo de obrar, serán felices, ciertamente, mientras semejante conducta vaya acorde con la fortuna misma. Pero serán desgraciados, en cambio, no bien su habitual proceder se ponga en discordancia con ella. Sin embargo, pensándolo bien todo, me parece que juzgaré serenamente si declaro que vale más ser violento que ponderado, porque la fortuna es mujer y por ello conviene, para conservarla sumisa, zaherirla y zurrarla. En calidad de tal se deja vencer más de los que la tratan

*El Príncipe*

con aspereza que de los que la tratan con blandura. Por otra parte, como hembra, es siempre amiga de los jóvenes porque son menos circunspectos, más irascibles y se le imponen con más audacia.

**CAPÍTULO XXVI  
EXHORTACIÓN PARA LIBRAR A ITALIA DE LOS BÁRBAROS**

Después de haber meditado sobre cuantas cosas acaban de exponerse, me he preguntado a mí mismo si existen ahora en Italia circunstancias tales que un príncipe nuevo pueda adquirir en ella más gloria y si se halla en la nación cuanto es necesario para proporcionar a aquel a quien la naturaleza hubiera dotado de un gran valor y de una prudencia poco común la ocasión de introducir aquí una nueva manera de gobernar por la que, honrándose a sí mismo, hiciera la felicidad de los italianos. La conclusión de mis reflexiones en la materia es que tantas cosas parecen concurrir en Italia al beneficio de un príncipe nuevo, que no sé si se presentará nunca coyuntura más propicia para semejante empresa. Porque si, como ya dije, fue necesario que el pueblo de Israel estuviera esclavo en Egipto para que pudiese apreciar el valor y los raros talentos de Moisés, que los persas gimiesen bajo el duro dominio de los medos para que conociesen la grandeza y la magnanimidad de Ciro, que los atenienses experimentasen los inconvenientes de la vida errante y vagabunda para que comprendiesen vivamente la magnitud de los beneficios de Teseo, así también, para apreciar el mérito de un libertador de Italia, ha sido preciso que ésta se haya visto traída al miserable estado en que está ahora. Sus habitantes, en efecto, se han encontrado más ferozmente vejados que el pueblo de Israel, más cruelmente maltratados que los persas, más extensamente dispersados que los atenienses. Sin jefes y sin estatutos, han sufrido de los extranjeros todo género de robos, despojos, desgarramientos, vejaciones, desolaciones y ruinas.

Aunque en los tiempos corridos hasta hoy se haya notado en este o en aquel hombre algún indicio de inspiración que podía hacerle creer destinado por Dios para la redención de Italia, no tardó en advertirse que la fortuna no le acompañaba en sus más sublimes acciones, antes le reprobaba de una manera tal que, continuando la nación exánime, aguarda todavía un salvador que la cure de sus heridas y que ponga fin a los destrozos y a los saqueos de la Lombardia no menos que a los pillajes y a las matanzas del reino de Nápoles. La vemos rogando a Dios que le envíe a alguno que la redima de las crueldades y de los ultrajes que los bárbaros le infirieron. Por abatida que esté, la encontramos en disposición de seguir una bandera si hay quien la despliegue y enarbole. Pero en el día no encontramos en qué elemento prestigioso podría poner sus esperanzas si no es en la ilustre casa a que pertenecéis. Vuestra familia, elevada por el valor y por la suerte a los favores de Dios y de la Iglesia, a la que ha dado un príncipe en la persona del insigne León X, es la única capaz de emprender nuestra redención. Ello no os será difícil si tenéis presentes en el ánimo las acciones y los ejemplos de los eminentes príncipes que he nombrado. Aunque los varones de su temple hayan sido raros y maravillosos, no por eso fueron menos hombres, y ninguno de ellos tuvo tan propicia ocasión como la del tiempo presente. Sus empresas no fueron más justas ni más fáciles que la que os indico, y Dios no les fue más favorable de lo que es a vuestra causa. Nunca sobrevino justicia tan sobresaliente, porque una guerra es legítima por el mero hecho de ser necesaria, y es un acto de humanidad cuando no queda esperanza más que en ella. Ni cabe facilidad mayor siendo grandísimas las disposiciones de los pueblos y con tal que éstas abarquen algunas de las instituciones que por modelo os propuse.

Fuera de estos socorros, sucesos extraordinarios y sin ejemplo parecen dirigidos patentemente por Dios mismo. El mar se abrió, la nube os mostró el camino, la peña abasteció de agua, el maná cayó del cielo. Todo concurre al acrecentamiento de vuestra grandeza, y lo demás debe ser obra propia vuestra. Dios no quiere hacerlo todo, para no privarnos de nuestro libre albedrío ni quitarnos una parte de la obra que en nuestro bien redundará. No es sorprendente que hasta la hora de ahora ninguno de cuantos italianos he citado haya sido capaz de llevar a cumplido término lo que cabe esperar de vuestra esclarecida estirpe. Si en las numerosas revoluciones de nuestro país y en tantas maniobras guerreras pareció siempre que se había extinguido la antigua virtud militar de los italianos, provenía esto de que no eran buenas sus instituciones y de no haber nadie que supiera inventar otras nuevas. Nada honra tanto a un hombre recién elevado al dominio político como las nuevas instituciones por él ideadas, las cuales, si se basan en buenos fundamentos y llevan algo grande en sí mismas, le hacen digno de respeto y de admiración.

Actualmente no carece Italia de cuanto es preciso para introducir en ella formas militares legales y políticas de toda especie. Lo sobra valor, que, aun faltándole a los jefes, permanecía con eminencia en los soldados. En los desafíos y en los combates de un corto número de contendientes, los italianos se muestran superiores en fuerza, destreza e ingenio a sus enemigos. Si no se manifiestan así en los ejércitos, la única causa estriba en la debilidad de sus capitanes, pues los que la conocen no quieren obedecer, y cada cual cree conocerla. Hasta nuestros días no hubo, en efecto, varón alguno de bastante prestancia por su valor y por su fortuna para que los otros se le sometiesen de modo incondicional. De aquí proviene el que durante tan largo transcurso de tiempo y en tan crecida abundancia de guerras hechas durante los veinte últimos años, siempre que se dispuso de un ejército exclusivamente italiano, se desgració sin remisión, como se vio primero en Faro y sucesivamente en Alejandría, Capua, Génova, Vailla, Bolonia y Mestri. Si, pues, vuestra ilustre casa quiere imitar a los perínclitos varones que libertaron sus provincias, ante todas cosas será bien que os proveáis de ejércitos únicamente vuestros, ya que no hay soldados más fieles que los propios, y, si cada

*El Príncipe*

uno en particular es bueno, todos juntos serán mejores desde que se vean asistidos, mandados y honrados por su príncipe. Conviene en tal concepto proporcionarse ejércitos de esa índole, a fin de poder defenderse de los extranjeros con una bizarría genuinamente italiana.

Aunque las infanterías suiza y española tienen fama de terribles, adolecen una y otra de un defecto capital, a causa del cual un tercer género de tropas no solamente las resistiría, sino que lograría vencerlas. Los suizos temen a la infantería contraria cuando se encuentran con una que pelea con tanta obstinación como ellos, y los españoles resisten con suma dificultad los asaltos de la caballería. Por ello se ha visto a la infantería suiza abrumada por la española, y a ésta realizar esfuerzos increíbles, casi sobrehumanos, para sostenerse contra los ataques de la caballería francesa. Por más que no poseamos todavía la prueba íntegramente experimental del hecho, algo de eso se vio en la batalla de Ravena, cuando los infantes españoles llegaron a las manos con las tropas alemanas, que observaban el mismo método que las suizas. Los españoles, ágiles de cuerpo y escudados por sus brazaletes, penetraron por entre las picas de los alemanes, sin dejarles medio alguno posible de defensa, y a no haberles embestido la caballería los hubieran acuchillado a todos. Así, una vez reconocido el inconveniente de ambas infanterías, cabe imaginar una nueva que resista bien a la caballería y a la que no amedrenten las fuerzas de la misma arma, lo que se conseguirá no de esta o de aquella nación de combatientes, sino cambiando el modo de guerrear. Se trata de invenciones que, tanto por novedad como por sus beneficios, darán reputación y procurarán gloria a un príncipe nuevo.

Después de tantos años de expectación inquietante, Italia espera que aparezca, al fin, su redentor en el tiempo presente. No puedo expresar con cuánta fe, con cuánto amor, con cuánta piedad, con cuántas lágrimas de alegría será recibido en todas las provincias que han sufrido los desmanes de los extranjeros. ¿Qué puertas estarían cerradas para él? ¿Qué pueblos le negarían la obediencia? ¿Qué italiano no le seguiría? Todos se hallan cansados de la dominación bárbara. Acepte, pues, vuestra ilustre casa este proyecto de restauración nacional con la audacia y con la confianza que infunden las empresas legítimas, a fin de que la patria se reúna bajo vuestras banderas y de que bajo vuestros auspicios se cumpla la predicción del Petrarca: El valor pelear á con furia, y el combate será corto, porque el denuedo antiguo aún no ha muerto en los corazones de los italianos.

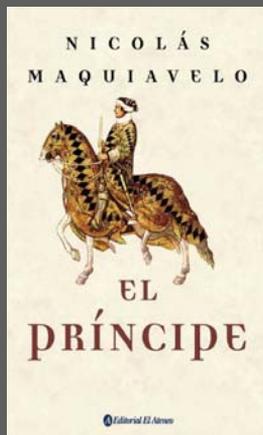
**NOTAS:**

[1] Este es el famoso pasaje que dio lugar a la posterior interpretación resumida en el apotegma de “el fin justifica los medios”. Leyendo con atención se comprende, sin embargo, que es el logro de los fines –es decir: el éxito (y no los fines en sí mismos) – lo que permite al príncipe justificar los medios empleados.

[2] La alusión es a Fernando el Católico, un monarca destacado por su perfidia y su mala fe.

El pensamiento humanista-renacentista.

## Nicolás Maquiavelo (1469-1527), *El Príncipe*



*Nicolas Machiavelli*

1

*Nicolas Machiavelli*

**Nicolás Maquiavelo (1469-1527)**

El contexto histórico, político,  
económico y social.

Los personajes de la época en Europa e  
Italia

Nicolás Maquiavelo.

El personaje.  
Su obra.

Proyección política no buscada. *El éxito de  
un fracaso.*



2

*Niccolò Machiavelli*

¿Es pesimista Maquiavelo?

Escritor maldito. ¿Porqué?

La defensa de los intereses del pueblo en  
Maquiavelo

¿Cuáles son los políticos sobre los que  
basa *El príncipe*?

Maquiavelo y la Iglesia católica



3

*Niccolò Machiavelli*

*Niccolò Machiavelli*

El contexto histórico,  
político, económico y  
social.



4



*Italia en tiempos de Maquiavelo*

**Italia en tiempos de Maquiavelo**

La Serenísima República de Venecia.

El ducado de Milán

La Santa Sede.

El reino de Nápoles.

La República de Florencia, Médicis.

Lorenzo el Magnífico



## Florenxia. Siglo XVI

95.000 habitantes.

Carece de puerto. Posee una potente banca, y una amplia industria de telas, madera, ebanistería, seda, cantería, etc.

Fue una de las ciudades que propiciaron una revolución económica en el comercio, en especial el internacional. Tenían agentes comerciales y bancarios en toda Europa el Mediterráneo.

Se produce la acumulación de capital y el nacimiento del capitalismo en esta zona de Italia.

## Florenxia. Siglo XVI

La revolución de la banca tuvo en Florenxia uno de sus centros –XIII y XIV- surgiendo las grandes familias de banqueros, y naciendo las operaciones modernas: cambio de divisas, depósitos, transferencias, crédito, interés, el descubierto, la contabilidad por partida doble, etc.

Patrocinio de las artes: la Iglesia y la monarquía dejan de ser las únicas fuentes de mecenazgo y patrocinio de las artes.

## Italia: teatro de guerra

1494 marca un hito en la historia de Italia. **La invasión de Carlos VIII** persigue los dos objetivos que durante largo tiempo apetecieron los franceses: el Milanesado y el reino de Nápoles.

**Allí se rompía el equilibrio entre los cinco Estados vigentes desde la paz de Lodi y la suerte de Italia quedaba subordinada a las decisiones de las grandes potencias.**

## Italia: teatro de guerra

Durante medio siglo la historia de Italia es inseparable del panorama general de la política exterior del occidente europeo y de manera especial de la **rivalidad entre dos de los primeros Estados modernos que alcanza su madurez: Francia y España.**

## LUCHA POR EL PREDOMINIO EN ITALIA (1515-1530)



Florenca pasa a ser Gran Ducado de Toscana en 1530

## Italia en tiempos de Maquiavelo

- Otros hechos de enorme gravitación se entretajan en el escenario europeo: el auge del poder turco en el Mediterráneo oriental y norte de África corta las rutas comerciales hacia Oriente, presiona a Europa sobre el Atlántico y determina la caída del brillante y esplendoroso Imperio bizantino, siendo un factor determinante de los viajes de descubrimiento y la expansión europea.
- Otro hecho fundamental será la reforma protestante que produce una quiebra en la cristiandad.



**Profesor Dr. Benito Sanz Díaz. HPP Moderno. Área de Ciencia Política y de la Administración. Facultad de Derecho**



**Profesor Dr. Benito Sanz Díaz. HPP Moderno. Área de Ciencia Política y de la Administración. Facultad de Derecho**

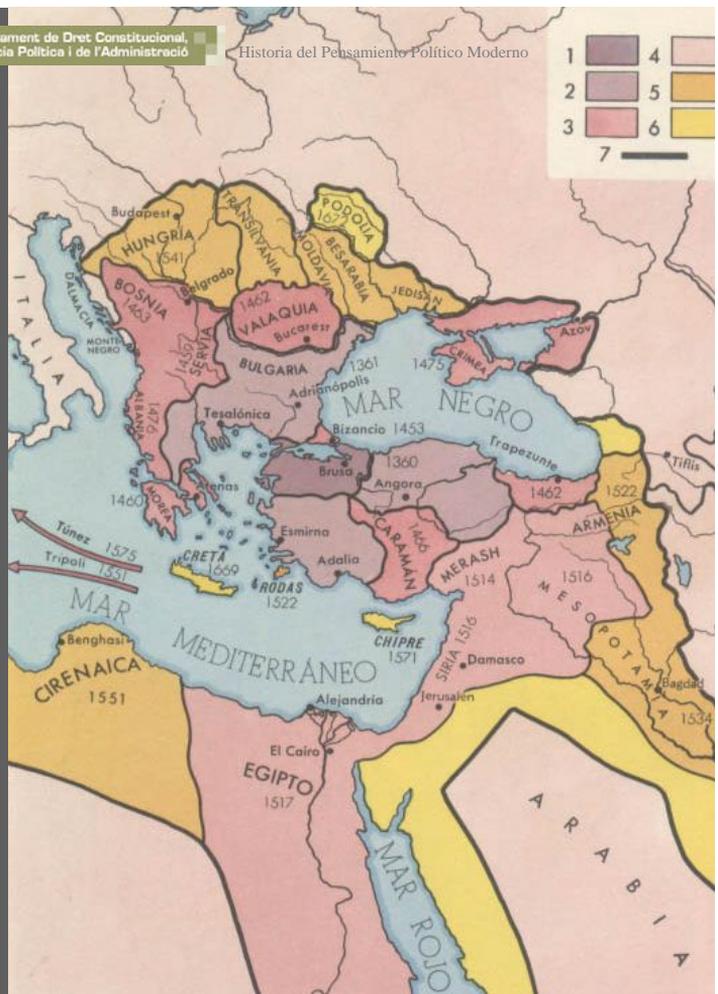
*prof. Benito Sanz Díaz*



Profesor Dr. Benito Sanz Díaz. HPP Moderno. Área de Ciencia Política y de la Administración. Facultad de Derecho

**Avance otomano s. XVI**

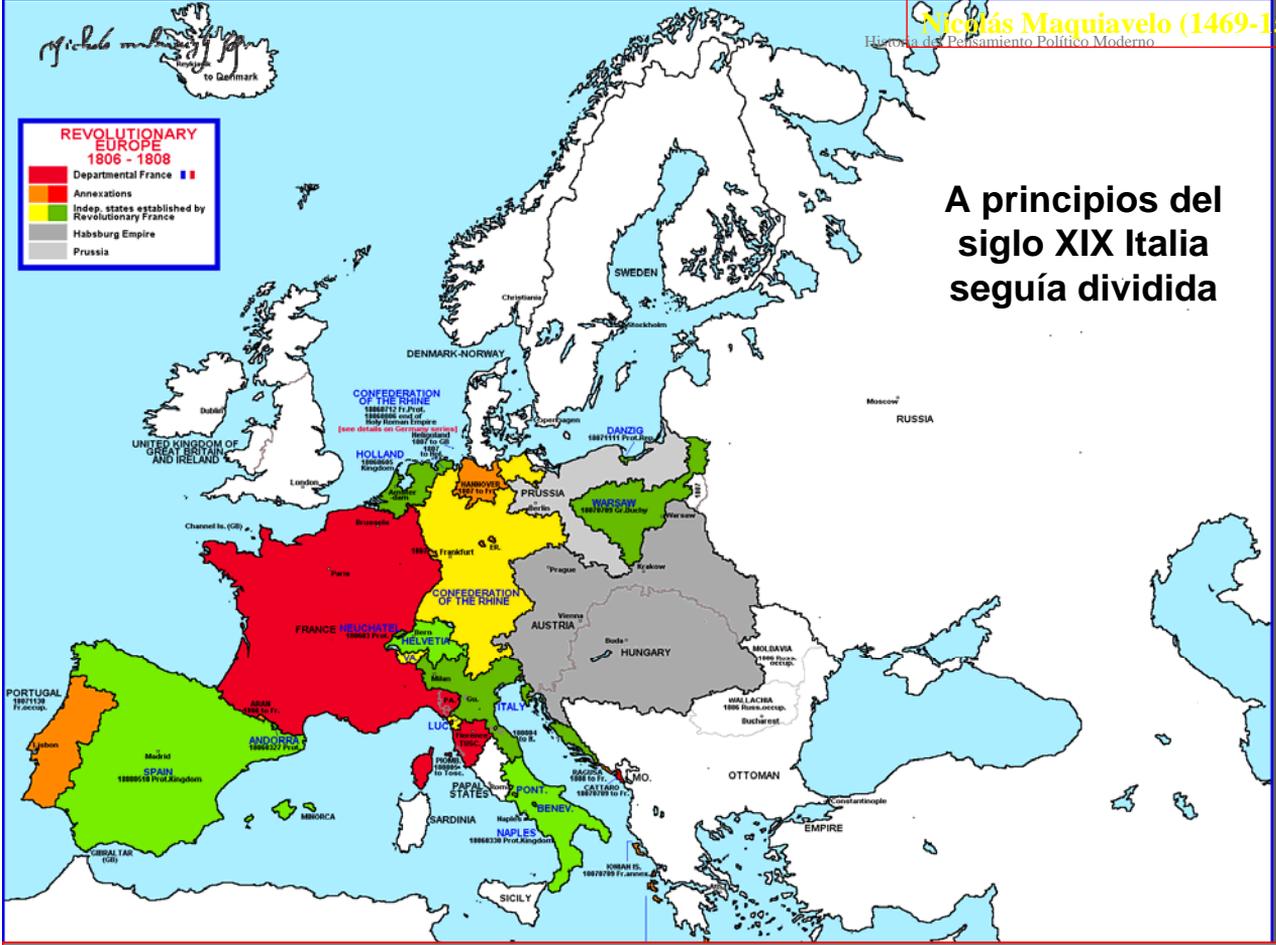
- 1) Núcleo originario del sultanato turco;
- 2) Conquistas turcas en la segunda mitad del siglo XIV;
- 3) Conquistas en época de Mohamed II;
- 4) Conquistas de Selim I;
- 5) Conquistas de Solimán el Magnífico  
El gran creador del Imperio es Solimán el Magnífico, cuyas conquistas (signo 5) comprenden *Hungría, Transilvania, Moldavia, Besarabia*, en Europa.
- 6) Conquistas posteriores hasta fines del siglo XVII;
- 7) Límites del Imperio otomano en su apogeo.



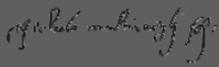


**REVOLUTIONARY EUROPE 1806 - 1808**

- Departmental France
- Annexations
- Indep. states established by Revolutionary France
- Habsburg Empire
- Prussia

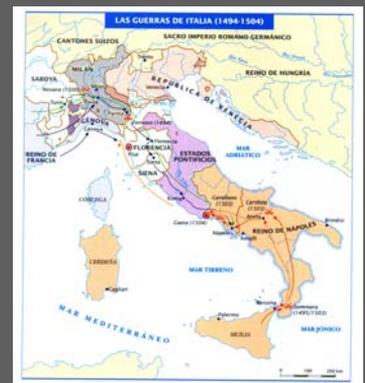


A principios del siglo XIX Italia seguía dividida



# El oficio de las armas

0-13' Inicio  
 48' Avance alemán XII - 1526  
 1,34' Entierro y avance alemán y saco de Roma



*Benito Sanz Díaz*

# Los personajes de la época en Europa e Italia



Lorenzo el Magnifico, Medici

Los Medici

## Los Medici. Miembros notables

*Ver La reina Margot*

Salvestro Medici (1331 - 1338), lideró el asalto contra la revuelta de los ciompi, convirtiéndose en dictador de Florencia, hasta su expulsión en 1382.

Juan di Bicci de Medici (1360 - 1429), restauró la fortuna familiar, convirtiéndola en la más rica de Europa.

Cosme el Mayor (1389 - 1464) fundador de la dinastía política familiar.

Lorenzo de Medici, apodado "Lorenzo el Magnífico" (1449 - 1492), **dirigente de Florencia durante la edad de oro del Renacimiento.**

León X , Juan de Medici (1475 - 1523), Papa.

Clemente VII, Julio de Medici (1478 - 1534), Papa.

León XI, Alejandro Octaviano de Medici (1535 - 1605), Papa.

**Cosme I (1519 - 1574), primer gran duque de Toscana, restauró el brillo familiar.**

Catalina de Médici (1519 - 1589), reina de Francia.

María de Médici (1573 - 1642), reina y regente de Francia.

21

## Lorenzo el Magnifico, Medici

### Catalina de Médici / Enrique II de Francia

**Catalina de Médici**, (Florencia, 13 de abril de 1519 - Blois, 5 de enero de 1589), reina de Francia, esposa de Enrique II y madre de los también reyes de ese país

Francisco II

Carlos IX

Enrique III.

Madre de Isabel (1546 - 1568) casada con Felipe II de España (1559) y Margarita (1553 - 1615), casada con Enrique IV de Francia en 1572

- Ver escena de la Matanza de San Bartolomé, en *La reina Margot*





## León X di Médi ci

Florenia, 1475 – † Roma, 1521), Papa de la Iglesia católica de 1513 a 1521.

De nombre **Giovanni de Lorenzo di Médici**, era el segundo hijo de Lorenzo el Magnífico y de Clarice Orsini. **Recibió las órdenes menores a los ocho años de edad para, en 1488, ser nombrado cardenal con tan sólo 13 años.**

A la muerte de Julio II, el cardenal Giovanni di Médici que entonces contaba treinta y ocho años de edad, fue elegido Papa en un cónclave en el que se evitó la compra de votos al poner en práctica las medidas que contra la simonía había dictado el Papa fallecido.

**Papa de la Reforma / Lutero**



Lorenzo el Magnífico, Medici

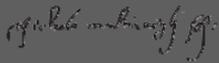


# Los Médicis

Lorenzo II de Médici,  
por Cristofano del Altissimo.



25



Lorenzo II de Médici,  
Nicolás Maquiavelo le dedicó su conocida  
obra *El Príncipe*.

Conocido como Lorenzo II de Médici para distinguirlo de su abuelo Lorenzo el Magnífico (Florencia, República de Florencia, 1492 - Careggi, 1519) fue el señor de Florencia desde 1516 hasta su muerte víctima de la sífilis en 1519.

Su tío, el papa León X nombró a «Lorenzino», como era conocido el joven Lorenzo, duque de Urbino en 1516. [Wikipedia](#)

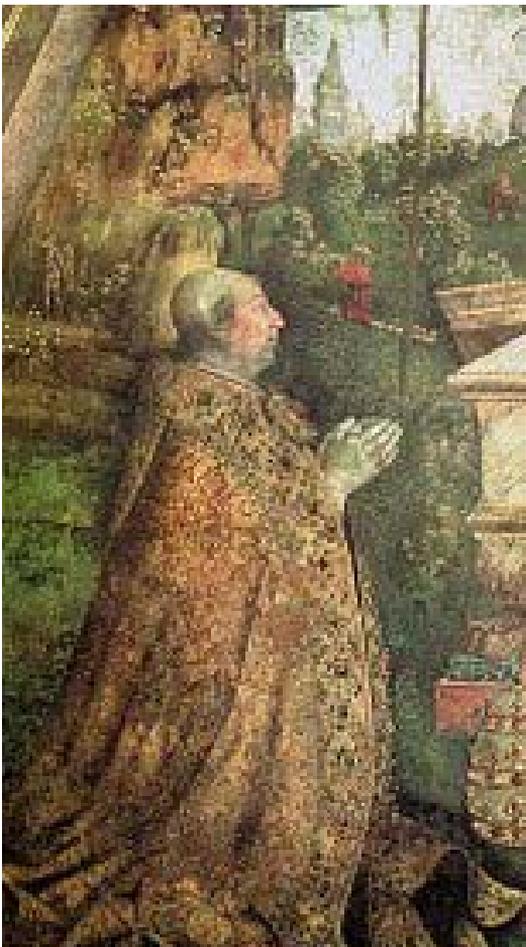


26



El papa Alejandro VI (Rodrigo Borgia).  
Cuadro de Juan de Juanes, siglo XVI.

Profesor Dr. Benito Sanz Díaz. HPP Moderno. Área de Ciencia Política y de la Administración. Facultad de Derecho



## Italia en tiempos de Maquiavelo

### Los Borgia. Alejandro VI

Los Borgia fueron una noble familia valenciana que a finales del siglo XV estuvo **a punto de someter** media Italia al poder de la Santa Sede y **convertirla en una pseudo-monarquía hereditaria**.

### Rodrigo Borja

Rodrigo escogió la carrera eclesiástica, y con sólo veinticinco años fue nombrado vicescanciller de la Iglesia por su tío, el **Papa Calixto III** allá por el año 1456.

También llegaba al Vaticano su hermano Pedro Luis Borja como gonfalonero (Capitán General) de los ejércitos pontificios. Así comenzaba la historia de los Borgia en Roma, **a los que los italianos llamaban 'catalanes'**.

Profesor Dr. Benito Sanz Díaz. HPP Moderno. Área de Ciencia Política y de la Administración. Facultad de Derecho

## Los Borgia. Alejandro VI

**La elección de Alejandro VI**

Agosto de 1492. Rodrigo Borgia; enfrentado con Julián de la Rovere (futuro Julio II), quien fue su eterno enemigo.

**Su elección la noche del 10 de agosto de 1492 le costó decenas de miles de ducados, así como favores y títulos.**

**Los cardenales estaban divididos entre italianos, franceses y españoles.**

Julián de la Rovere era el protegido de Carlos VIII de Francia.

Rodrigo recibía el respaldo español y tuvo que comprar varios votos italianos; a Ascanio Sforza, al cardenal Orsini...

Acusado de simonía y de asesinar mediante "cantarela" (veneno utilizado en Renacimiento) a varios cardenales.

Acusación posible incesto con su hija Lucrecia.

**Fue un gran mecenas y supo mantener la Santa Sede a salvo de las codicias franco-españolas.**

29

Maquiavelo nos descubre la diferencia entre la teoría del gobierno -sujeta a la moral cristiana-, y la realidad, donde se prescinde de la ética y solo su juzga el resultado final: el éxito o el fracaso.

Así dice de Alejandro VI, el papa Borgia que:

**El papa Alejandro VI no hizo jamás otra cosa que engañar a sus prójimos, pensando incesantemente en los medios de inducirles a error y encontró siempre ocasiones de poderlo hacer. No hubo nunca nadie que conociera mejor el arte de las protestas persuasivas ni que afirmara una cosa con juramentos más respetables, ni que a la vez cumpliera menos lo que había prometido. A pesar de que todos le consideraban como un trapacero, sus engaños le salían siempre al tenor de sus designios, porque, con sus estratagemas, sabía dirigir a los hombres.**



## César Borgia

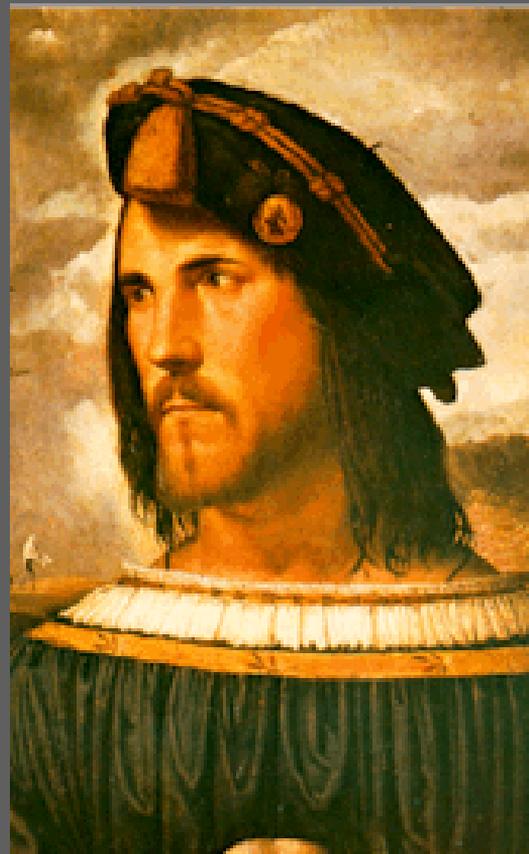
César actuó sin escrúpulos para conseguir sus objetivos: utilizó el poder del Papa, su padre; casó a su hermana Lucrecia en favor de sus intereses políticos. Se dice que asesinó a su hermano Juan de Gandía para obtener la capitaneía de los ejércitos pontificios, contrató a Leonardo de Vinci para la fabricación de maquinaria de guerra.



### César Borgia

**Ambicionaba unificar Italia. Topó con la oposición de los propios italianos y de las dos potencias que se la disputaban: España y Francia.**

La trayectoria política y militar de César fue admirada por el propio Maquiavelo, quien utilizó su figura para inspirarse en su obra más importante, *"El príncipe"*.



# LOS BORGIA

ENTRE EL CIELO  
Y EL INFIERNO

► "DISPUTA DE SANTA CATALINA":

Los medalleros podrían haber sido César Borgia (en el trono) y Lucrecia (como santa Catalina, dirigiéndose al anterior).

EL 6 DE OCTUBRE SE ESTRENA LA PELÍCULA "LOS BORGIA", UNA PRODUCCIÓN ESPAÑOLA QUE RECREA EL ASCENSO Y LA CAÍDA DE UNA NOBLE FAMILIA VALENCIANA QUE TRIUNFÓ EN LA ROMA DEL RENACIMIENTO. LA AMBICIÓN Y EL PODER, EL AMOR Y EL SEXO, LA VENGANZA Y EL CRIMEN SE ENTREMESCLAN EN SUS BIOGRAFÍAS, QUE EN SU DÍA SE ENCARGARON DE EXAGERAR SUS DETRACTORES Y QUE CINCO SIGLOS DESPUÉS SIGUEN ENSOMBRECIDAS POR UNA LEYENDA NEGRA.

ANTONIO FERRÁNDEZ LUZÓN  
Historiador, Universidad  
Autónoma de Barcelona



Profesor Dr. Benito Sanz Díaz.

HPP Moderno.

Área de Ciencia Política y de la Administración.

Facultad de Derecho

## TODOS LOS BORGIA

### ALFONSO DE BORJA (1378-1458)

#### EL PRIMER PAPA BORGIA

Nacido en Xàtiva, su eficaz mediación puso fin al cisma de Occidente. Cimentó la fortuna familiar al obtener numerosas prebendas eclesiásticas. Finalmente fue elevado al solio pontificio como Calixto III.

### RODRIGO BORJA (1431-1503)

#### EL AMO DE ROMA

Desde el ascenso al Papado de su tío Calixto III, conservó el cargo de vicescanciller de la Curia. Fue cardenal desde 1456 y sumo pontífice con el nombre de Alejandro VI desde 1492. Defendió los intereses de la Iglesia y de su propia familia frente a la presión de los grupos de poder italianos.

### CÉSAR BORGIA (1476-1507)

#### EL ESTADISTA MAQUIAVÉLICO

Hijo de Rodrigo y de su amante Vannozza Catanei. Cardenal de Valencia a los 23 años, abandonó la vida eclesiástica por la militar y cosechó grandes éxitos en la Romaña, de la que llegó a ser duque. Sucumbió en Viana luchando como general de los ejércitos de su cuñado Juan de Albrét.

### JUAN BORGIA (1478-1497)

#### APUÑALADO A TRAICIÓN

Hermano de César y segundo duque de Gandía. Contrajo matrimonio con María Enríquez y tuvo dos descendientes: Juan e

Isabel. Murió asesinado, en circunstancias no aclaradas, en Roma.

### LUCRECIA BORGIA (1480-1519)

#### LA HIJA DEL PAPA

La más célebre de las hijas de Alejandro VI se desposó en tres ocasiones por razones políticas. Fue duquesa de Ferrara, y se rodeó de una Corte de artistas y literatos de gran notoriedad.

### JOFRÉ BORGIA (1482-1517)

#### ¿EL HIJO BASTARDO?

Supuestamente era hijo de Rodrigo y Vannozza, si bien él creía que su padre era realmente el tercer marido de su progenitora, Giorgio della Croce. Obtuvo el título de príncipe de Esquilache al contraer matrimonio, a los 14 años, con Sancha de Aragón, princesa de Nápoles. Al enviudar, se casó con María del Milá.

### SAN FRANCISCO DE BORJA (1510-1572)

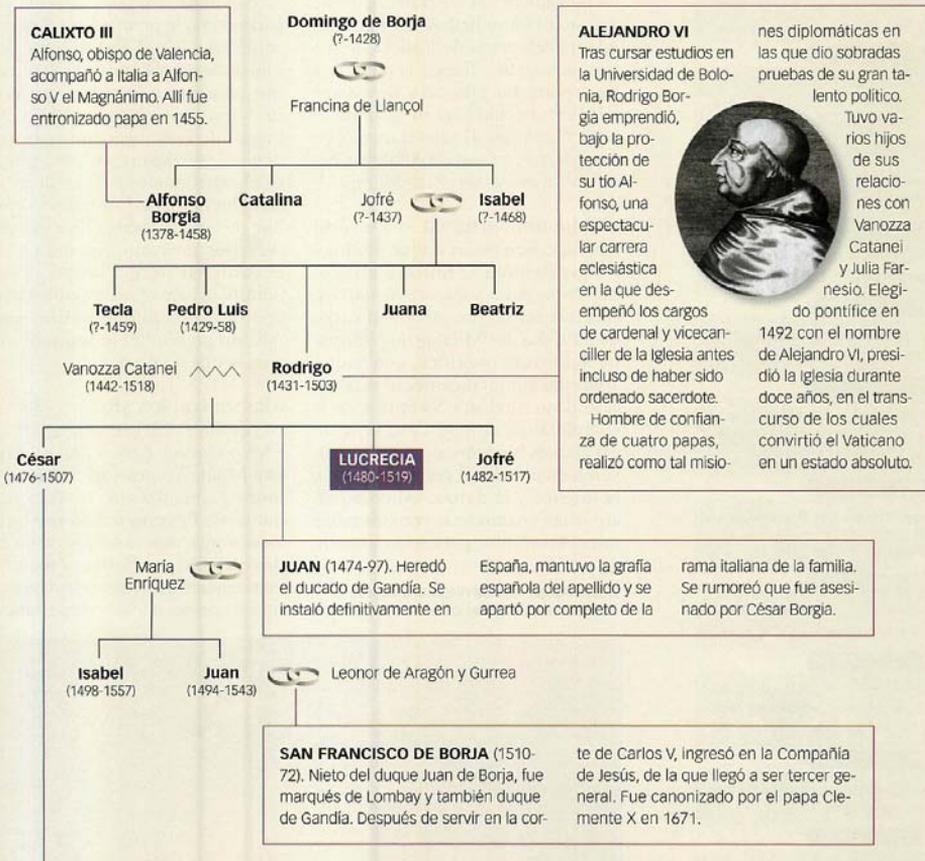
#### DUQUE Y JESUITA

En 1543 heredó el Ducado de Gandía, donde construyó un colegio de jesuitas. A la muerte de su esposa, la portuguesa Leonor de Castro, decidió ingresar en la Compañía de Jesús. Tras ser ordenado sacerdote, rehusó el capelo cardenalicio y se dedicó a predicar. En 1565 fue elegido superior general de los jesuitas. Fue canonizado en 1671.

Calixto III, primer papa Borgia, se lanzó a un frenético nepotismo promoviendo a los "catalani".

# ¿Quién es quién en los Borgia?

EL ASCENSO DE UNA FAMILIA DE LA NOBLEZA VALENCIANA AL PODER EN EL VATICANO



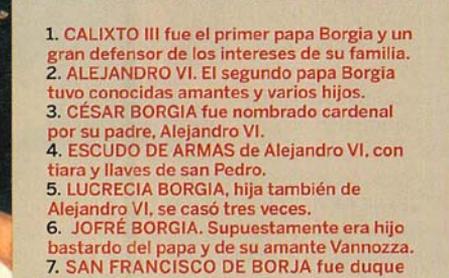
## ALEJANDRO VI

Tras cursar estudios en la Universidad de Bolonia, Rodrigo Borgia emprendió, bajo la protección de su tío Alfonso, una espectacular carrera eclesiástica en la que desempeñó los cargos de cardenal y vicerecanciller de la Iglesia antes incluso de haber sido ordenado sacerdote.

Hombre de confianza de cuatro papas, realizó como tal misio-

nes diplomáticas en las que dio sobradas pruebas de su gran talento político.

Tuvo varios hijos de sus relaciones con Vanozza Catanei y Julia Farnesio. Elegido pontífice en 1492 con el nombre de Alejandro VI, presidió la Iglesia durante doce años, en el transcurso de los cuales convirtió el Vaticano en un estado absoluto.



1. CALIXTO III fue el primer papa Borgia y un gran defensor de los intereses de su familia.
2. ALEJANDRO VI. El segundo papa Borgia tuvo conocidas amantes y varios hijos.
3. CÉSAR BORGIA fue nombrado cardenal por su padre, Alejandro VI.
4. ESCUDO DE ARMAS de Alejandro VI, con tiara y llaves de san Pedro.
5. LUCRECIA BORGIA, hija también de Alejandro VI, se casó tres veces.
6. JOFRÉ BORGIA. Supuestamente era hijo bastardo del papa y de su amante Vanozza.
7. SAN FRANCISCO DE BORJA fue duque

# SAN FRANCISCO DE BORJA, EL REDENTOR DE LA FAMILIA



Profesor Dr. Benito Sanz Díaz.

HPP Moderno.

Área de Ciencia Política y de la Administración.

Facultad de Derecho

Savonarola

## Savonarola: el profeta que derribó a los Médicis

A finales del siglo XV, un humilde fraile, con sus sermones proféticos, instauró una república popular en Florencia. Sus enemigos lo llevaron a la hoguera



Profesor Dr. Benito Sanz Díaz.

HPP Moderno.

Área de Ciencia Política y de la Administración.

Facultad de Derecho

El período 1494-1519 asiste a la primera fase de las luchas por Italia. Se inicia con la **irrupción francesa en Italia contra el reino de Nápoles a la que Fernando el Católico, rey de Aragón, respondió aliándose al Papa, el Imperio, Milán y Venecia.**

Florenia sufre el impacto de estos hechos con la **caída de los Médicis y la constitución de una República de signo teocrático** e ideológicamente arrastrada por una moral de riguroso ascetismo.

Su mentor era **Girolamo Savonarola, fraile dominico**. Las exageraciones ascéticas, el error de atacar al papado y la decepción generalizada ante los pobres resultados alcanzados por el régimen hicieron crecer la oposición a Savonarola y precipitaron su caída en 1498. **Colgado y su cuerpo quemado en la plaza de la Señoría.**

**Los beneficiarios de la nueva situación defendían un régimen republicano basado en las instituciones tradicionales, alejado del autoritarismo de los Médicis.**

Su cabeza visible fue el gonfaloniero vitalicio **Piero Soderini**, que se mantuvo en el poder **bajo la influencia francesa hasta 1512**. Es la fase en que Maquiavelo permaneció al servicio de la administración florentina y en la que adquirió una experiencia decisiva para la elaboración de sus obras.



Savonarola,  
"el profeta desarmado"



Fray Girolamo Savonarola expresa la indignación de los cristianos.

- ***"El escándalo - denunciaba el célebre predicador dominico- empieza en Roma para difundirse en todo el clero; son peores que los Turcos y los Moros. En Roma todos obtienen beneficios por medio de la simonía. Compran los empleos más altos, para asignarlos a sus hijos o hermanos. Su avidez es insaciable y no hacen cosas sino por amor del oro... Un cura o un canónigo que conduzca una vida normal es considerado tonto o hipócrita a tal punto que se dice: ¿Quieres arruinar a tu hijo? ¡Haz de él un cura!"***



## Enfrentado a los más poderosos

Aunque sólo era un fraile, Savonarola se codeó con los soberanos de su tiempo, a los que no dudó en desafiar.



### LORENZO EL MAGNÍFICO

Se dijo que Savonarola profetizó su muerte, pero también lo consoló durante su agonía, en abril de 1494.



### CARLOS VIII DE FRANCIA

Savonarola predijo su llegada a Florencia como conquistador y luego ganó una gran influencia personal sobre él.



### ALEJANDRO VI

Tras ser excomulgado, Savonarola acusó a este pontífice de mantener concubinas y conducirse como un pagano.

## FE Y AMBICIÓN DE PODER

Puritano y visionario, Savonarola derribó con sus sermones el régimen de los Médicis. Pero sus enemigos acabaron llevándolo al cadalso.

### 1481

**INICIA** sus predicaciones milenaristas y contra la corrupción de costumbres en varias ciudades de Italia.

### 1490

**LLEGA A FLORENCIA** llamado por Lorenzo el Magnífico. Allí renueva sus llamamientos a la reforma moral y sus críticas a la autoridad papal.

### 1494

**INSTIGA** la caída de los Médicis y la instauración de la República, en la que tiene una posición dominante.

### 1498

**ES EJECUTADO** en la hoguera, cumpliendo una sentencia del papa Alejandro VI en la que lo condenaba por herejía.

**ESCUDO** del gremio de la Lana. En él se apoyaron los Médicis para llegar al poder.



## Savonarola: el profeta que derribó a los Médicis

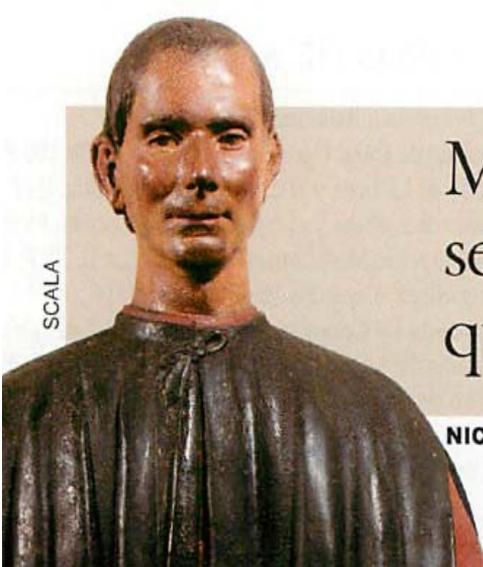
A finales del siglo XV, un humilde fraile, con sus sermones proféticos, instauró una república popular en Florencia. Sus enemigos lo llevaron a la hoguera

### SAVONAROLA.

Retrato por Alessandro Bonvicino. Siglo XVI. Verona.



**EJECUCIÓN DE SAVONAROLA** en la plaza de la Signoria de Florencia, el 23 de mayo de 1498. Óleo anónimo. Museo de San Marco dell'Angelico, Florencia.



SCALA

## Maquiavelo, testigo de los sermones de Savonarola, creía que éste sólo buscaba el poder

NICOLÁS MAQUIAVELO. BUSTO ANÓNIMO. PALAZZO VECCHIO, FLORENCIA.

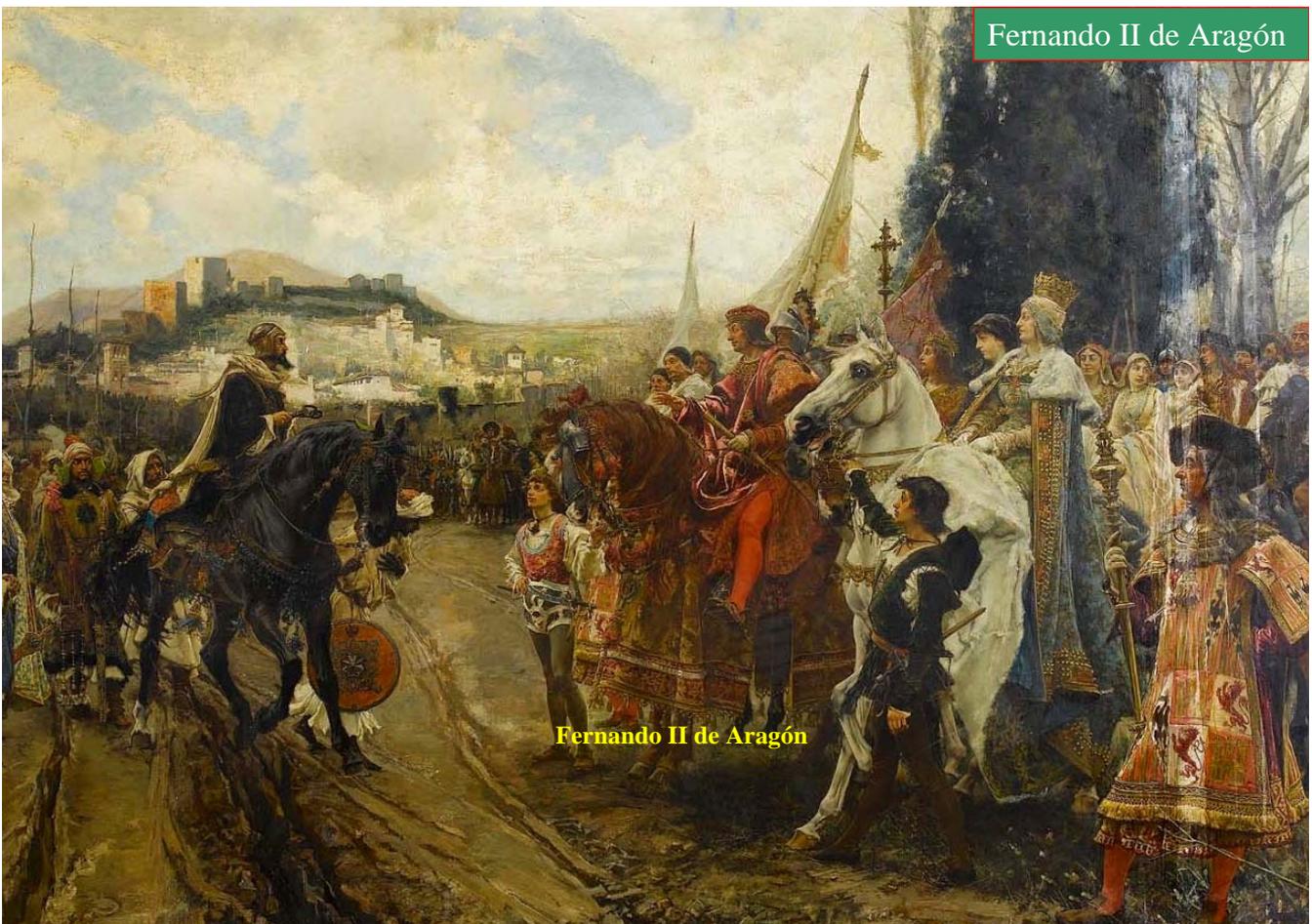


AHNG

## La hoguera de las vanidades

En febrero de 1497, los seguidores de Savonarola golpearon los portalones de todas las casas de Florencia, obligando a los vecinos a entregarles los objetos que utilizarían durante el carnaval: máscaras, dibujos obscenos, vestidos lujosos, espejos o cosméticos. Luego, la ciudad observó asombrada que todo ello, junto con libros y

obras de arte, había sido dispuesto en montones en la plaza de la Signoria. Después de sermonear a la multitud, Savonarola ordenó prender fuego a las pilas. No fue la primera «hoguera de las vanidades» –Bernardino de Siena las organizó años antes, como muestra el relieve de Agostino di Duccio en Perugia–, pero sí la más recordada.



Fernando II de Aragón

Fernando II de Aragón



**Fernando II de Aragón**  
Rey de Aragón, Valencia, Mallorca, Cerdeña y Conde de Barcelona



**Blasón de Fernando II el Católico**  
con Cimera del Rey de Aragón



**LEONARDO**

## Nicolás Maquiavelo. Florencia. (1469-1527).

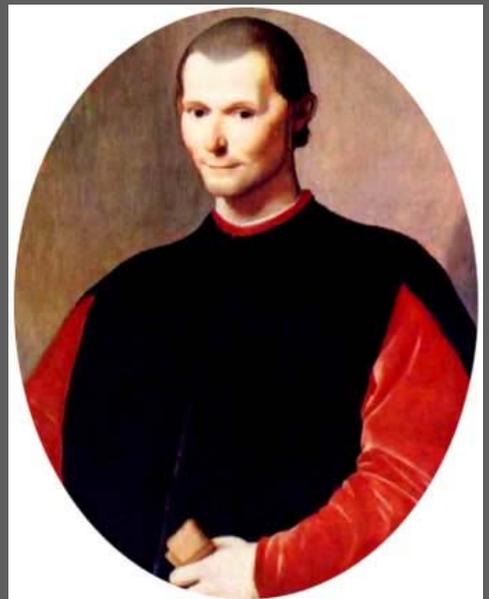


47

## Nicolás Maquiavelo. Florencia. (1469-1527).

Funcionario en la cancillería de Asuntos Exteriores de la república de Florencia, realizando, en calidad de tal, importantes misiones diplomáticas ante la corte francesa y la Santa Sede.

Su trabajo como diplomático le permitió conocer a muchos gobernantes italianos y sus ideas y opiniones sobre el poder político, así como sus tácticas para mantenerse en el poder.



48

• Nombre: **NICOLÁS DE MAQUIAVELO**

• Lugares y ambientes

Florenia, en la época del Renacimiento; pequeña nobleza y cancillería.

• 7 Fechas

1469: Nace en Florenia, Italia.

1498: Es designado jefe de la cancillería.

1500-1512: Misiones diplomáticas y militares.

1513: Acusado de tramar un complot, es detenido, llevado a prisión, torturado y luego liberado. Se retira al campo, donde redacta *El Príncipe*.

1521: Publica *El arte de la guerra*.

1525-1527: Misiones diplomáticas y militares.

1527: Muere en Florenia.

• Su concepto de la verdad

La verdad para Maquiavelo: está ligada a la conquista y a la conservación del poder. Es una cuestión de representaciones, de imágenes, de pasiones exhibidas o disimuladas, no de moral. Está del lado de la eficacia real más que de los ideales.

• Una frase clave

«Resulta más seguro ser temido que amado.»

• Su lugar en la historia de la filosofía

Los planteamientos de Maquiavelo suponen una verdadera ruptura tanto en el pensamiento político como en la forma de considerar la historia y las relaciones sociales. Ha suscitado muchos enojos, malentendidos, abiertas oposiciones y entusiasmos a veces inapropiados. Maquiavelo fue durante mucho tiempo una figura marginal, pero en la actualidad disfruta de una consideración más justa.



*Nicolás Maquiavelo*

49

## Maquiavelo en el contexto político de la época

**Presenció el desmoronamiento del sistema político medieval.**

**El Papado se había convertido en un reino más .  
España presentaba los caracteres (solidez, unidad y organización) de un Estado Moderno.**

**Las actitudes de Maquiavelo serán más científicas que las de sus predecesores.**

**Deja de lado las motivaciones éticas y morales, y llega a relegar sus propios ideales.**



NICCOLÒ MACCHIAVELLI

*Nicolás Maquiavelo*

50

Pensamiento social: carencia de teorías grandiosas, pero **análisis clarividente de la realidad.**

Su obra está libre de dogmatismos, le interesa saber cómo se consigue o se pierde el poder.

**Es uno de los fundadores de la ciencia política moderna.**



51

## Al servicio de la República

El 18 de junio de 1498, con veintinueve años, Maquiavelo sale de la oscuridad: desempeñará el alto cargo de secretario en la segunda cancillería de Florencia (departamento de asuntos exteriores), cargo que será decisivo en su vida pues le permitirá conocer en forma directa, la Europa que se estaba transformando ante sus ojos.

Su primera **embajada** será ante Catalina Sforza, nieta de Francisco Sforza. Seguirán **dos embajadas en Francia (1500 y 1510)**



52



Mayor impacto aún tendrá su encuentro con César Borgia, una "*fiera del Renacimiento*" que dejaría una profunda huella en su vida y ante el cual cumplió dos difíciles misiones diplomáticas.

Desempeñará dos legaciones en Roma, frente a un papado que critica por su avidez territorial.




53




En su obra más famosa, *El Príncipe* (1513, publicada en 1532), describe el método por el cual un gobernante puede conquistar, mantener y ampliar el poder político.

El príncipe se halla "*más allá del bien y del mal*" (más allá de la moral). Su objetivo es mantener el poder contra todos los enemigos, y éste fin justifica cualquier medio.

Hay que colocar siempre, en primer lugar, los intereses del Estado. La "*razón de estado*" justifica que, en muchas ocasiones, sea necesario utilizar medios malos o actuar en contra de la moral e incluso de la religión que se profesa. El estado sólo puede contar con sus propios recursos: *la ley, la astucia y la fuerza*.

54

## Dedicatoria a Lorenzo El Magnífico

Los que desean alcanzar la gracia y favor de un príncipe acostumbran a ofrendarle aquellas cosas que se reputan por más de su agrado ...

**Por mi parte, queriendo presentar a Vuestra Magnificencia alguna ofrenda o regalo que pudiera demostrarnos mi rendido acatamiento, no he hallado, entre las cosas que poseo, ninguna que me sea más cara, ni que tenga en más, que mi conocimiento de los mayores y mejores gobernantes que han existido...**



55

## ... / ... Dedicatoria a Lorenzo El Magnífico...

Aunque estimo mi obra indigna de Vuestra Magnificencia, abrigo, no obstante, la confianza de que bondadosamente la honraréis con una favorable acogida...

Si os dignáis leer... Y si después os dignáis, desde la altura majestuosa en que os halláis colocado, bajar vuestros ojos a la humillación en que me encuentro, **comprenderéis toda la injusticia de los rigores extremados que la malignidad de la fortuna me hace experimentar sin interrupción.**



56

## Capítulo VII. De los principados nuevos que se adquieren con las fuerzas ajenas y la fortuna

**Después que él hubo ocupado la Romaña, hallándola mandada por señores inhábiles que más bien habían despojado que corregido a sus gobernados, y que habían dado motivo a más desuniones que uniones, en tanto grado que esta provincia estaba llena de latrocinios, contiendas, y de todas las demás especies de desórdenes; tuvo por necesario para establecer en ella la paz, y hacerla obediente a su príncipe, el darle un vigoroso gobierno.**



57

**En su consecuencia, envió allí por presidente a messer Ramiro d'Orco, hombre severo y expedito, al que delegó una autoridad casi ilimitada. Éste, en poco tiempo, restableció el sosiego en aquella provincia, reunió con ella a los ciudadanos divididos, y aun le proporcionó una grande consideración. Habiendo juzgado después el duque que la desmesurada autoridad de Ramiro no convenía allí, y temiendo que ella se volviera muy odiosa...**



Ramiro d'Orco / R de Lorca

58

Como le constaba que los rigores ejercidos por Ramiro d'Orco habían dado origen a algún odio contra su propia persona, y queriendo tanto desterrarle de los corazones de sus pueblos como ganárselos en un todo, trató de persuadirles que no debían imputársele a él aquellos rigores, sino al duro genio de su ministro.



59

Para convencerlos de esto, resolvió castigar por ellos a su ministro, y una cierta mañana mandó dividirlo en dos pedazos y mostrarle así hendido en la plaza pública de Cesena, con un cuchillo ensangrentado y un tajo de madera al lado. La ferocidad de semejante espectáculo hizo que sus pueblos, por algún tiempo, quedaran tan satisfechos como atónitos.



60

Maquiavelo seculariza el pensamiento político.  
«El fin justifica los medios»

**Maquiavelo sentó las bases de la teoría política, que es precursor de la ciencia política.**

¿Por qué? Porque observa el hecho político y lo estudia aisladamente y como objeto propio de una investigación.



61

*El Príncipe* (1513) no es un tratado de filosofía política, porque Maquiavelo **no se pregunta por el mejor gobierno o por el concepto de Poder y de Estado en general, sino que piensa y aconseja sobre la realidad del ejercicio del poder a partir de la situación italiana, partiendo de la solidez de «Estados nacionales» como Francia y Aragón (Fernando II) para que el soberano sepa imponer el orden y crear un Estado estable.**



62

## Pensamiento secular

Con Maquiavelo el **pensamiento político se seculariza**, no sólo porque **detesta el gobierno de los sacerdotes y quiere un Estado laico**, sino porque cree que la religión debe ser un instrumento en manos del propio Estado para el ejercicio del poder y como **elemento de cohesión social**: para él, Dios y la religión “*tienen demasiada fuerza sobre el espíritu de los necios*”. Todo eso ha de ser aprovechado por el soberano. Al igual que, en política exterior, el Estado ha de tender a extenderse y para eso ha de ser astuto y fuerte, a través de la **creación de ejércitos permanentes**.



63

*El Príncipe* se incluyó en el **Índice de libros prohibidos (1559)**.

**Defiende la unidad de Italia y la lucha contra el dominio extranjero.**

**Analiza el declive de Italia** y resume sus causas en tres puntos relevantes: **la carencia de un ejército propio para defenderse, la ausencia de un consenso con los ciudadanos y, por último, la falta de virtud del príncipe.**



64

Cuando se puso de moda atacar a Maquiavelo para acusarlo de peligroso cinismo, **Francis Bacon** (finales del XVI y principios del XVII) hará el juicio más acertado diciendo que debemos agradecerle haber escrito sin disimulo:

*“lo que los hombres acostumbran a hacer, no lo que deben hacer”.*

El valor intelectual de su obra, considerando la época en que la escribe (comienzos del siglo XVI), es expulsar de la política toda metafísica y **cortar de una manera radical el vínculo entre la Ciudad de Dios y la Ciudad de los Hombres.**



65

- **Hito y mito de la modernidad**
- Fundador de la Ciencia Política moderna, padre de la Teoría del Estado, ardiente patriota italiano...

- **¿Fundador de la Ciencia Política moderna?**

A pesar de que algunos lo consideran así, otros opinan que no será hasta Thomas Hobbes el que aparezca la Teoría del Estado, en el XVII, al definirse el pacto entre los hombres para evitar guerras civiles (Leviatán, 1651).

Según Touchard (204): **“Maquiavelo apenas ve en la política mas que el juego de las voluntades, pasiones, inteligencias individuales”.** Ignora las realidades económicas de su tiempo.

Maquiavelo **no es el fundador de la Ciencia Política**, pues sus escritos están llenos de **“elementos subjetivos, irracionales y de pasión”.**



66

## ¿Padre de la Teoría del Estado?

Hay autores que dicen no.

Cada obra tiene su tiempo y esta condicionada por la sociedad en la que se crea, y no se puede extrapolar indiscriminadamente conceptos del XVI a sociedades posteriores, con otras culturas y estructuras.

Varios autores han demostrado *la imposibilidad de entender correctamente la Edad Media y la Edad Moderna a través de las categorías político-institucionales contemporáneas y de nuestro modelo estatal.*



67

## Patriota italiano

En la Italia del XIX lo consideraron patriota italiano, y consideraron a Maquiavelo profeta de la unidad italiana. En el capítulo **XXVI**, *Exhortación para librar a Italia de los bárbaros*, hace una llamada a los Medici:





.../...

**“Después de tantos años de expectación inquietante, Italia espera que aparezca, al fin, su redentor en el tiempo presente. No puedo expresar con cuánta fe, con cuánto amor, con cuánta piedad, con cuántas lágrimas de alegría será recibido en todas las provincias que han sufrido los desmanes de los extranjeros.**



### **Patriota italiano.-**

Esto fue invocado en el *Risorgimento* para fundar un Estado-nación italiano. Se buscaba dar legitimidad histórica a la aspiración unitaria. Sería un rey dinástico –no un príncipe nuevo-, quien unificaría Italia al ocupar Roma en 1870.

Se discute sobre la invocación a Maquiavelo en la unificación de Italia, pues este no propone una unificación permanente bajo ningún ni único jefe, pues era ante todo florentino, y aspiraba a la expulsión de los extranjeros y a crear una señoría centro italiana dirigida por Florencia.

# Maquiavelismo y antimaquiavelismo

## Un libro maldito

La opinión mayoritaria es de condena:

la Iglesia católica, los protestantes, los gobernantes y teóricos del poder político. Se le acusa de *Belicista, anticristiano, inmoral, protofascista, totalitario, Satán, maestro del mal, cínico, preceptor de tiranos...*



# Maquiavelismo y antimaquiavelismo

Según la Real Academia Española, la palabra “*maquiavélico*” significa:

1. Pertenciente o relativo al maquiavelismo. 2. Que sigue las doctrinas del maquiavelismo. 3. *Que actúa con astucia y doblez.*

- El maquiavelismo promovía la razón de Estado por encima de otra de carácter moral. Para él, los hombres **“son ingratos, volubles. (...) Te ofrecen la sangre, los bienes, la vida y los hijos cuando la necesidad está lejos; pero cuando ésta se te viene encima vuelven la cara”.**

- [CAPÍTULO XVII. DE LA CLEMENCIA Y DE LA SEVERIDAD, Y SI VALE MAS SER AMADO QUE TEMIDO].



## Maquiavelismo y antimachiavelismo

Pocos nombres de filósofos han proporcionado tantos adjetivos a nuestro vocabulario cotidiano

«**Epicúreo**» evoca a un hedonista, amigo de banquetes, amante del vino y de los placeres, cuando en realidad Epicuro llevaba una vida de asceta y la doctrina epicúrea preconizaba un modo de vida riguroso, incluso austero.

«**Estoico**» significa «insensible», «impasible frente a todos los acontecimientos», cuando los estoicos, que enseñaban efectivamente a contener las pasiones, no carecían de sensibilidad.

«**Cartesiano**», en el uso más trillado de la palabra, designa a un hombre guiado exclusivamente por su razón, lo cual está bastante alejado del pensamiento de Descartes...



**Con Maquiavelo, «Maquiavélico»,** se utiliza para hablar de un plan o de un complot dotados de una estratagema complicada, inteligente y en último término, destructiva.

Algo «maquiavélico» implica una astucia diabólica, sofisticada y sutil en el refinamiento de las argucias.



## «Maquiavelo i co»

Es un tópico.

Era un excepcional pensador de lo político.

No era un filántropo ni un ingenuo, pero su enfoque intelectual y sus análisis no se caracterizan en absoluto por los rasgos que sugiere el término «maquiavelismo» en el léxico ordinario.

75



## ¿Qué dice en realidad Maquiavelo?

Es un **hombre del Renacimiento**, época fascinada por los antiguos.

**Inventa nuevas formas de pensamiento**, análisis inéditos, formas de acción capaces de romper con la Edad Media pero también con la propia Antigüedad.

**Es realista.** Es el representante más preciso, ilustre y exacto de este realismo político.

76



## ¿Qué dice en realidad Maquiavelo?

No se arroga **ninguna relación con el cielo de las Ideas** ni con reglas inmutables e intangibles.

Se toma en serio el choque de **las pasiones humanas**, la fuerza de **los conflictos de interés**, el peso decisivo que tiene el juego de las apariencias y el papel crucial de la construcción de las estrategias.

77



**Maquiavelo conoce de cerca las relaciones de fuerza entre los poderosos y que no se hace demasiadas ilusiones sobre las realidades del poder y de las relaciones internacionales.**

78



## Un pensamiento nuevo

Lo esencial del pensamiento de Maquiavelo se condensa en un texto escrito a vuelapluma, en pocos meses, a finales de 1513, *El Príncipe*, uno de los **libros más leídos y más famosos de toda la historia de la reflexión política**. La novedad del texto estriba en su ruptura con el pensamiento político anterior.



**Baltasar Gracián, Hobbes, Spinoza, Marx y muchos otros autores fueron lectores atentos y entusiastas de *El Príncipe***



## El arte de la guerra

Maquiavelo escribe que la guerra es el único que conviene al que manda. El hombre que domina el arte de la guerra pero todavía no tiene el poder podrá apoderarse de él, y el que detenta el poder podrá conservarlo contra sus adversarios.



## Adquisición y conservación del poder

Tomar el poder (si uno no lo tiene) o conservarlo (si lo tiene).

- ¿Cómo hacerse con el poder?
- ¿Cómo fundar un nuevo Estado?
- ¿Cómo conservar un Estado ya existente?
- ¿Cómo perpetuar el nuevo Estado que se ha fundado?

Estas son las tareas del príncipe, las cuestiones que debe resolver.



Maquiavelo subraya,  
pura y simplemente,  
la realidad del mundo

83



La ausencia de inquietudes morales **contribuyó a la negativa valoración de Maquiavelo.**

**Excelente** terapia contra los peligros de las utopías, los espejismos del progreso y las trampas que los ideales, por generosos que sean, inevitablemente engendran.

84



Quando se puso de moda atacar a Maquiavelo para acusarlo de peligroso cínico, Francis Bacon (finales del XVI y principios del XVII) hará el siguiente juicio:

*“Estamos muy en deuda con Maquiavelo y otros por decir lo que los hombres hacen y no por lo que deben hacer”.*

J. J. Rousseau en *El contrato social*, dice que es *“El libro de los republicanos”*.

El valor intelectual de su obra, considerando la época en que la escribe (comienzos del siglo XVI), es expulsar de la política toda metafísica y cortar de una manera radical el vínculo entre la *Ciudad de Dios* y la *Ciudad de los Hombres*.

85



Lo que es cierto es que **al cuestionar la virtud de los gobernantes, en su sentido cristiano** (fe en la Iglesia y temor de Dios), su obra fue **percibida como un grave peligro para el orden moral y social vigente**, donde el gobernante debía ser ejemplo para la comunidad de Dios.

*El príncipe* llegaba a proponer **la violación de los Diez Mandamientos** siempre que fuese útil para los intereses del príncipe o de la mayor parte de los súbditos que regías.

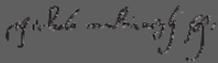
86

A pesar de que inicialmente **Clemente VII dio su visto bueno**, la Contrarreforma de Trento lo incluyó en el *Índice de libros prohibidos por la Iglesia católica* en 1559.

Y lo mismo hicieron las iglesias protestantes.

Sin embargo, muchos expertos consideran el adjetivo como “inexacto” porque no responde con las avanzadas teorías que estableció Maquiavelo, sino que describe conductas egoístas y pérfidas

87




## Maquiavelo pesimista

Maquiavelo es pesimista con respecto al hombre y la condición humana.

Capítulo XVII.- *De la crueldad y la compasión; y de si es mejor ser amado que ser temido, o todo lo contrario*), al igual que lo será **después Thomas Hobbes**.

88



El *príncipe* fue **escrito en lengua vulgar**, el italiano (toscano), no en latín, clave para su difusión en Italia y su rápida popularidad.

**Un éxito editorial.** Analiza los gobiernos de su época, sus acciones, sus políticas: los papas, Cesar Borgia, Luís XII de Francia, Fernando II de Aragón, el emperador Maximiliano...

Habla de los *príncipes nuevos*, los que lo consiguen por sus propios medios, no por la sangre.

89

Profesor Dr. Benito Sanz Díaz.

HPP Moderno.

Área de Ciencia Política y de la Administración.

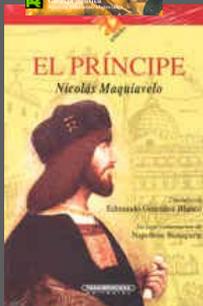
Facultad de Derecho

UNIVERSITAT  
DE VALÈNCIA

Profesor Benito Sanz Díaz

Departament de Dret Constitucional,  
Ciència Política i de l'Administració

Historia del Pensamiento Político Moderno

*El Príncipe*

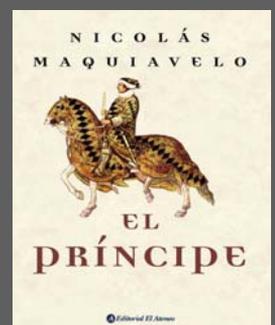
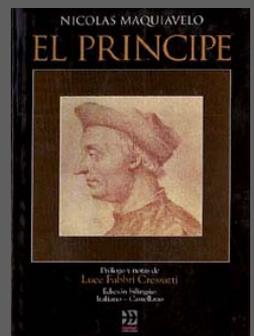
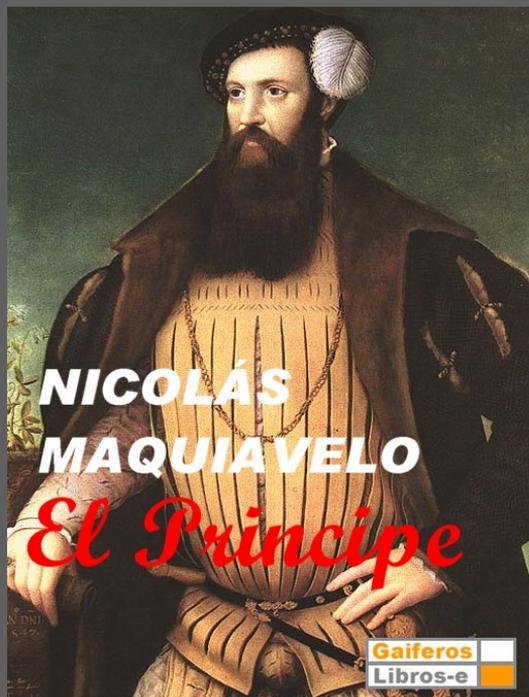
¿Qué hace de la obra un libro tan especial?

Hoy sigue siendo un libro vivo.

Historia de la Teoría Política. II. 87.

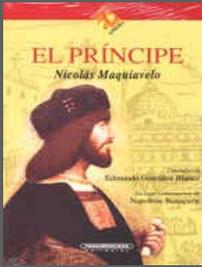
F. Vallespin.

Alianza CS 3413.



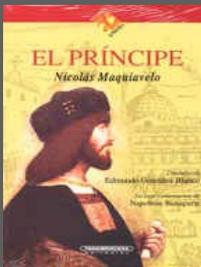
90

## La venganza

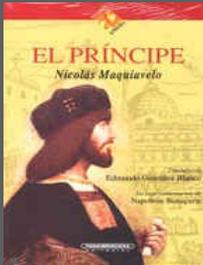


**A los hombres se les ha de mimar o aplastar, pues se vengan de las ofensas ligeras ya que de las graves no puede: la afrenta que se hace a un hombre debe ser, por tanto, tal que no haya ocasión de temer su venganza.**

## Naturaleza humana



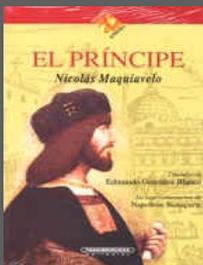
**Se puede decir de los hombres lo siguiente: son ingratos, volubles, simulan lo que no son y disimulan lo que son, huyen del peligro, están ávidos de ganancia; y mientras les haces favores son todos tuyos, te ofrecen la sangre, los bienes, la vida y los hijos cuando la necesidad está lejos; pero cuando ésta se te viene encima vuelven la cara. Los hombres olvidan con mayor rapidez la muerte de su padre que la pérdida de su patrimonio.**



## Castigos

**Con poquísimos castigos ejemplares será más clemente que aquellos otros que, por excesiva clemencia, permiten que los desórdenes continúen, de lo cual surgen siempre asesinatos y rapiñas.**

93



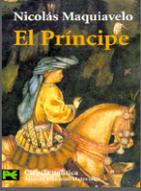
## Evitar el odio del pueblo

**El príncipe debe hacerse temer de manera que si le es imposible ganarse el amor del pueblo consiga evitar el odio, porque puede combinarse perfectamente el ser temido y el no ser odiado. El príncipe debe evitar todo aquello que lo pueda hacer odioso o despreciado.**

94

## Fidelidad a la palabra dada

No puede un señor prudente -ni debe- guardar fidelidad a su palabra cuando tal fidelidad se vuelve en contra suya y han desaparecido los motivos que determinaron su promesa. Si los hombres fueran todos buenos, este precepto no sería correcto, pero- puesto que son malos y no te guardarían a ti su palabra- tú tampoco tienes por que guardarles la tuya.



## Delegar las medidas impopulares

Los príncipes deben ejecutar a través de otros las medidas que puedan acarrearle odio y ejecutar por sí mismo aquellas que le reportan el favor de los súbditos. Debe estimar a los nobles, pero no hacerse odiar del pueblo.





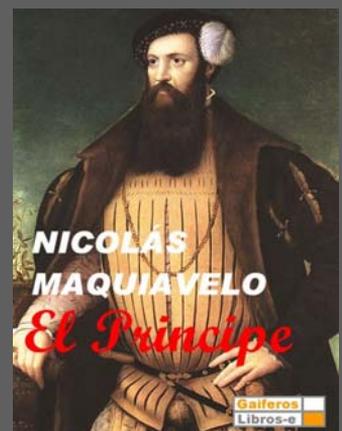
# Alianzas

**También se adquiere prestigio cuando se es un verdadero amigo y un verdadero enemigo, es decir, cuando se pone resueltamente en favor de alguien contra algún otro. Esta forma de actuar es siempre más útil que permanecer neutral, porque cuando dos estados vecinos entran en guerra, como son de tales características que si vence uno de ellos haya de temer al vencedor. El vencedor no quiere amigos dudosos que no lo defiendan en la adversidad; el derrotado no te concede refugio por no haber querido compartir su suerte con las armas en la mano.**

97

## Elección y manejo de consejeros

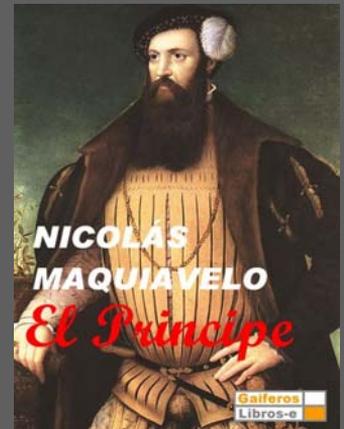
**No hay otro medio de defenderse de las adulaciones que hacer comprender a los hombres que no te ofenden si te dicen la verdad; pero cuando todo el mundo puede decírtela te falta el respeto.**



98

## Elección y manejo de consejeros

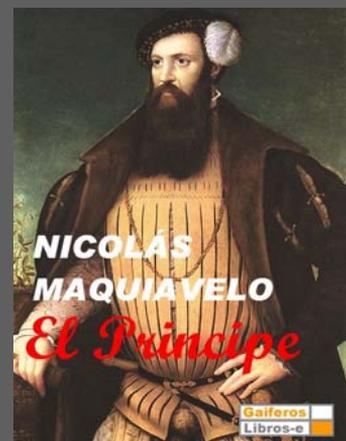
Un príncipe prudente se procura un tercer procedimiento: **elige hombres sensatos y otorga solamente a ellos la libertad de decirle la verdad**, y únicamente en aquellas cosas de las que les pregunta y no de ninguna otra.

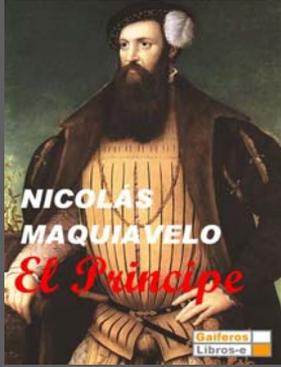


## Simular y disimular

Es necesario ser un gran simulador y disimulador: y los hombres son tan simples y se someten hasta tal punto a las necesidades presentes que el que engaña encontrará siempre quien se deje engañar.

Cada uno ve lo que parece, pero pocos palpan lo que eres.





## Cualidades del Príncipe

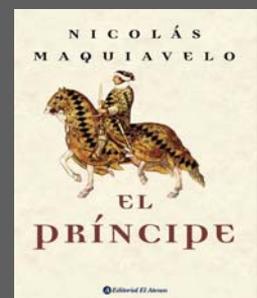
De ciertas cualidades que el príncipe pudiera tener, incluso me atreveré a decir que si se las tiene y se las observa siempre son perjudiciales, pero sí aparenta tenerlas son útiles; por ejemplo: **parecer clemente, leal, humano, íntegro, devoto, y serlo, pero tener el ánimo predispuesto de tal manera que si es necesario no serlo, puedas y sepas adoptar la cualidad contraria.**

101



## Cuando iniciar el combate

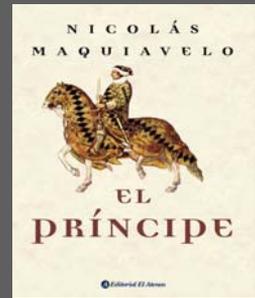
**No se debe jamás permitir que se continúe con problemas para evitar una guerra porque no se la evita, sino que se la retrasa con desventaja tuya.**



102

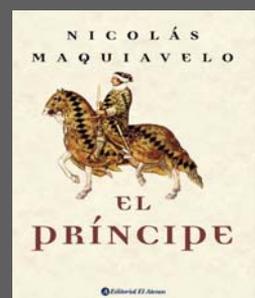
## Las injusticias y los favores

Las injusticias se deben hacer todas a la vez a fin de que, por probarlas menos, hagan menos daño, mientras que los favores se deben hacer poco a poco con el objetivo de que se aprecien mejor.



103

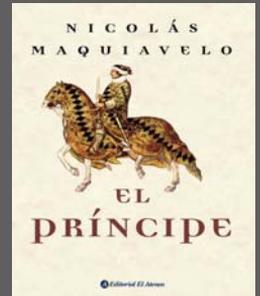
Los hombres, cuando reciben el bien de quien esperaban iba a causarles mal, se sienten más obligados con quien ha resultado ser su benefactor, el pueblo le cobra así un afecto mayor que si hubiera sido conducido al Principado con su apoyo.



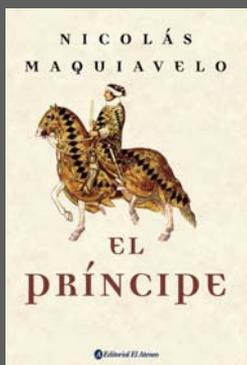
104

## Prestigio

Ayuda también bastante dar ejemplos sorprendentes en su administración de los asuntos interiores, de forma que cuando algún subordinado lleve a cabo alguna acción extraordinaria (buena o mala), se adopte un premio o un castigo que de suficiente motivo para que se hable de él. **Hay que ingeniárselas, por encima de todo, para que cada una de nuestras acciones nos proporcionen fama de hombres grandes y de ingenio excelente.**



105



Los hombres ofenden antes al que aman que al que temen.

**Todos los Estados están bien gobernados y todos los príncipes inteligentes han tenido cuidado de no reducir a la nobleza a la desesperación, ni al pueblo al descontento**

106





## UNIFICACIÓN DE ITALIA

La unificación de Italia por la **monarquía de Saboya** es un hecho paralelo a la de Alemania por Prusia. Ambos fenómenos responden al **movimiento nacionalista** que se desarrolló durante el siglo XIX en varias partes del continente europeo.

**Víctor Manuel II** . El fueron incorporados al reino de Italia se creó oficialmente en 1861.

En 1866 obtuvo *Venecia*

Sólo faltaba incorporar al reino la ciudad de *Roma*, lo que se logró por un golpe de fuerza en 1870

*Niccolò Machiavelli*

**Nicolás Maquiavelo (1469-1527)**

## “El fin justifica los medios”

Maquiavelo siempre será recordado por la frase:

“*El fin justifica los medios*”, pero es discutible porque no aparece registrada en ninguna de sus obras. Según algunos historiadores, la verdadera es “...*haga, pues, para vencer y mantener, y los medios que utilice siempre serán considerados honrados y serán alabados por todos...*”, pero con el paso de los años se tergiversó su significado.



## CAPÍTULO XVIII DE QUE MODO DEBEN GUARDAR LOS PRÍNCIPES LA FE PROMETIDA

**En las acciones de todos los hombres, pero particularmente en las de los príncipes, contra los que no cabe recurso de apelación, se considera simplemente el fin que llevan. Dedíquese, pues, el príncipe a superar siempre las dificultades y a conservar su Estado. Si logra con acierto su fin se tendrán por honrosos los medios conducentes al mismo, pues el vulgo se paga únicamente de exterioridades y se deja seducir por el éxito. [1]**

[1] Este es el famoso pasaje que dio lugar a la posterior interpretación resumida en el apotegma de “el fin justifica los medios”. Leyendo con atención se comprende, sin embargo, que es el logro de los fines – es decir: el éxito (y no los fines en si mismos) – lo que permite al príncipe justificar los medios empleados.

111



## CAPÍTULO XVIII DE QUE MODO DEBEN GUARDAR LOS PRÍNCIPES LA FE PROMETIDA

**Y como el vulgo es lo que más abunda en las sociedades, los escasos espíritus clarividentes que existen no exteriorizan lo que vislumbran hasta que la inmensa legión de los torpes no sabe ya a qué atenerse. En nuestra edad vive un príncipe que nunca predica más que paz, ni habla más que de buena fe, y que, de haber observado una y otra, hubiera perdido la estimación que se le profesa, y habría visto arrebatados más de una vez sus dominios. Pero creo que no conviene nombrarle. [2]**

[2] La alusión es a Fernando el Católico, un monarca destacado por su perfidia y su mala fe.

112

## Obras Nicolás Maquiavelo

- *Discursos sobre las Décadas de Tito Livio*
- *El Príncipe*
- *Anales de Italia*
- *Vida de Castruccio*
- *Arte de la Guerra*
- *Historia de Florencia (inconclusa)*
- *La Mandrágora (comedia)*
- *Clizia (comedia)*
- *Comedia en prosa (sin título) Belfegor (novela)*
- 

## MAQUIAVELO, "El Príncipe". Capítulo XVII. 1

### De la crueldad y la compasión; y de si es mejor ser amado que ser temido, o todo lo contrario.

Descendiendo a los otros rasgos mencionados, digo que todo príncipe debe desear ser tenido por clemente y no por cruel, pero no obstante debe estar atento a no hacer mal uso de esta clemencia. **César Borgia era considerado cruel y sin embargo su crueldad restableció el orden en la Romaña, restauró la unidad y la redujo a la paz y a la lealtad al soberano.** Si se examina correctamente todo ello, se verá que el duque había sido mucho más clemente que el pueblo florentino, que por evitar la fama de cruel permitió en última instancia la destrucción de Pistoia.

**Debe por tanto un príncipe no preocuparse de la fama de cruel si a cambio mantiene a sus súbditos unidos y leales. Porque con poquísimos castigos ejemplares será más clemente que aquellos otros que, por excesiva clemencia, permiten que los desórdenes continúen, de lo cual surgen siempre asesinatos y rapiñas; pues bien, estas últimas suelen perjudicarse a toda la comunidad, mientras las ejecuciones ordenadas por el príncipe perjudican sólo a un particular.** Y de entre todos los príncipes, al príncipe nuevo le resulta imposible evitar la fama de cruel por estar los Estados nuevos llenos de peligros.

**MAQUIAVELO, "El Príncipe".** Capítulo XVII. 2

Nace de aquí una cuestión ampliamente debatida: si es mejor ser amado que temido o viceversa. Se responde que sería menester ser lo uno y lo otro; pero, puesto que resulta difícil combinar ambas cosas, es mucho más seguro ser temido que amado cuando se haya de renunciar a una de las dos. Porque en general se puede decir de los hombres lo siguiente: son ingratos, volubles, simulan lo que no son y disimulan lo que son, huyen del peligro, están ávidos de ganancia; y mientras les haces favores son todo tuyos, te ofrecen la sangre, los bienes, la vida, los hijos -como anteriormente dije- cuando la necesidad está lejos; pero cuando se te viene encima vuelve la cara.

115

**MAQUIAVELO, "El Príncipe".** Capítulo XVII. 3

Debe, no obstante, el príncipe hacerse temer de manera que si le es imposible ganarse el amor consiga evitar el odio, porque puede combinarse perfectamente el ser temido y el no ser odiado...

**Concluyo, por tanto, volviendo a lo relativo a ser amado y temido, que -como los hombres aman según su voluntad y temen según la voluntad del príncipe- un príncipe prudente debe apoyarse en aquello que es suyo y no en lo que es de otros. Debe tan sólo ingeniárselas como hemos dicho, para evitar ser odiado.**

116

# Savonarola: el profeta que derribó a los Médicis

A finales del siglo XV, un humilde fraile, con sus sermones proféticos, instauró una república popular en Florencia. Sus enemigos lo llevaron a la hoguera

## FE Y AMBICIÓN DE PODER

Puritano y visionario, Savonarola derribó con sus sermones el régimen de los Médicis. Pero sus enemigos acabaron llevándolo al cadalso.

**1481**

**INICIA** sus predicaciones milenaristas y contra la corrupción de costumbres en varias ciudades de Italia.

**1490**

**LLEGA A FLORENCIA** llamado por Lorenzo el Magnífico. Allí renueva sus llamamientos a la reforma moral y sus críticas a la autoridad papal.

**1494**

**INSTIGA** la caída de los Médicis y la instauración de la República, en la que tiene una posición dominante.

**1498**

**ES EJECUTADO** en la hoguera, cumpliendo una sentencia del papa Alejandro VI en la que lo condenaba por herejía.

**ESCUDO** del gremio de la Lana. En él se apoyaron los Médicis para llegar al poder.

La gran miseria del mundo, las perversidades de los hombres, los violadores, los adúlteros, la soberbia, los ladrones, la idolatría, las crueles blasfemias, en este siglo han venido a tanto que ya no se encuentra quien haga el bien.» Con estas palabras describía Girolamo Savonarola, cuando tan sólo tenía 20 años, los vicios y la depravación de su tiempo. Su desasosiego lo llevó tres años después, en 1475, a tomar los hábitos de la orden de los dominicos.

En la carta de despedida a sus padres —una rica familia de Ferrara—, Savonarola describía la Italia de finales del siglo XV como una perversa prisión para los verdaderos cristianos: «los buenos están oprimidos y el pueblo italiano se asemeja cada vez más al egipcio, que tenía sujeto al pueblo de Dios. Muchas son las señas que anuncian la ira de Dios. Abre, Señor, las aguas del mar Rojo y sumerge a los impíos con las olas de tu furor». En la carta dejaba entrever que Dios le había encomendado un arduo trabajo: reformar el mundo.

Fue así como Savonarola abandonó su Ferrara natal, el día de San Jorge de 1475. Poco tiempo después llegó al convento de Santo Domingo de Bologna, donde residió enclaustrado, dedicado al estudio y la oración. Unos años después, sin embargo, sus superiores decidieron aprovechar sus enormes dotes oratorias y su pasión por las Santas Escrituras y lo enviaron a predicar por la Lombardía, la Toscana y la

Emilia-Romaña. En San Gimignano, Brescia o Florencia, Savonarola no se cansó de denunciar la frivolidad y el libertinaje que veía reinar entre sus coetáneos, a los que conminaba a retornar a la sobriedad y la pobreza.

## LAS PRIMERAS PROFECÍAS

Poco a poco, su mensaje se fue haciendo más radical. En las prédicas cuaresmales de marzo de 1485 en San Gimignano, Savonarola afirmó que «la Iglesia debe ser flagelada y renovada de inmediato». Un año después anunció en la misma iglesia una de sus primeras profecías, vaticinando que «se espera pronto la llegada de un azote divino, anticristo, peste o hambruna», a causa de los numerosos pecados de los hombres y el desprecio a la religión por parte de los que gobernaban la Iglesia. Sus palabras se dirigían contra el papa Inocencio VIII, que poco antes había ascendido al solio pontificio y a quien se acusaba de nepotismo y vida disoluta —en efecto, tenía numerosos hijos—. En 1489 predicó en Brescia, donde vaticinó: «los padres de la ciudad veréis a vuestros hijos muertos y atormentados por las calles con gran ignominia». Cuando años después, en 1512, las tropas francesas saquearon la ciudad, muchos se acordaron de la profecía de Savonarola.

En 1490, el dominico se había convertido ya en uno de los predicadores más célebres de Italia. Su renombre llegó hasta la esplendorosa corte florentina de Lorenzo de Médicis, quien,





**SAVONAROLA.**  
Retrato por  
Alessandro  
Bonvicino. Siglo  
XVI. Verona.

a sugerencia del filósofo Pico della Mirandola, pidió al general de la orden dominica que les enviara a su famoso predicador como prior del convento de San Marcos. En Florencia Savonarola encontró numerosos blancos contra los que arremeter en sus sermones, desde la arrogante y altanera erudición de los filósofos neoplatónicos, como Marsilio Ficino, hasta la licenciosidad de las fiestas y de los jolgorios carnavalescos de los Médicis.

Savonarola no dudó tampoco en seguir atacando al Papado. Así, en una prédica en la catedral de Santa Maria del

Fiore, en febrero de 1491, el nuevo prior denunció con fuerza a la jerarquía eclesiástica romana y a aquellos gobiernos que no tenían en cuenta la voz del pueblo. Ello le valió una advertencia de Lorenzo de Médicis para que suavizara el tono de sus críticas, pero Savonarola no se amilanó. Apenas dos meses después, el fraile predicador se atrevió a predecir la muerte del Magnífico: «yo soy forastero —dijo—, mientras que él es ciudadano y primero de la ciudad, pero él está destinado a irse y yo a quedarme». Transcurrió tan sólo un año antes de que Lorenzo

## Enfrentado a los más poderosos

Aunque sólo era un fraile, Savonarola se codeó con los soberanos de su tiempo, a los que no dudó en desafiar.



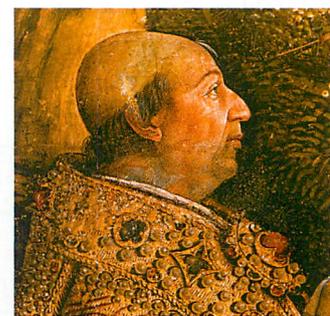
### LORENZO EL MAGNÍFICO

Se dijo que Savonarola profetizó su muerte, pero también lo consoló durante su agonía, en abril de 1494.



### CARLOS VIII DE FRANCIA

Savonarola predijo su llegada a Florencia como conquistador y luego ganó una gran influencia personal sobre él.



### ALEJANDRO VI

Tras ser excomulgado, Savonarola acusó a este pontífice de mantener concubinas y conducirse como un pagano.



**CÚPULA DE SANTA MARIA DEL FIORE** concluida por Brunelleschi en 1436. Savonarola predicó en la catedral en numerosas ocasiones.

clima, Savonarola predijo la próxima llegada de un azote divino que castigaría los pecados de los hombres. A comienzos de 1494 vaticinó la llegada de una espada divina desde el norte.

La profecía se cumplió de nuevo cuando en septiembre de 1494 un poderoso ejército francés, comandado en persona por el rey Carlos VIII, invadió Italia. El mismo día que Carlos atravesaba los Alpes e iniciaba la marcha hacia Florencia, el gentío se agolpaba en los bancos del Duomo esperando impacientemente la aparición de Savonarola. En los meses previos, sus apasionadas prédicas sobre los capítulos del Génesis habían ido inflamando los ánimos de los florentinos, pero ese día la ansiedad dominaba a la concurrencia.

**UN NUEVO DILUVIO UNIVERSAL**

Finalmente, Savonarola entró en la sala, se aproximó imperturbable hacia el púlpito y desde allí midió con la mirada a un público expectante. De repente, su potente voz sonó atronadora ante los asistentes, anunciando nada menos que un nuevo diluvio universal: «¡He aquí que voy a traer las aguas del diluvio sobre la tierra!» Pico della Mirandola confesó que un escalofrío recorrió en ese momento su cuerpo y el de todos los asistentes. Savonarola avanzó en su prédica, recordando al pueblo florentino las desgracias que había vaticinado en sus sermones anteriores: «la venida de un nuevo conquistador Ciro» y «los terribles azotes» que se abatirían sobre Italia.

muriera, cumpliendo la aparente profecía. Tres días antes, un rayo había destruido por completo la linterna del Duomo (la catedral), lo que muchos interpretaron como un mal augurio.

El sucesor del Magnífico, su hijo Pedro, intentó expulsar a Savonarola de la ciudad, pero el ascendiente del fraile predicador sobre los florentinos se lo impidió. La situación política era

cada vez más inestable. En junio de 1492 moría Inocencio VIII, a quien sucedió el polémico cardenal valenciano Rodrigo de Borgia, Alejandro VI, agravando así la imagen de corrupción del Papado. La influencia aragonesa en los territorios italianos se hacía sentir cada vez más, al igual que las ambiciones de la monarquía francesa de poner pie en la península. Haciéndose eco de este

## La hoguera de las vanidades

En febrero de 1497, los seguidores de Savonarola golpearon los portalones de todas las casas de Florencia, obligando a los vecinos a entregarles los objetos que utilizarían durante el carnaval: máscaras, dibujos obscenos, vestidos lujosos, espejos o cosméticos. Luego, la ciudad observó asombrada que todo ello, junto con libros y

obras de arte, había sido dispuesto en montones en la plaza de la Signoria. Después de sermonear a la multitud, Savonarola ordenó prender fuego a las pilas. No fue la primera «hoguera de las vanidades» —Bernardino de Siena las organizó años antes, como muestra el relieve de Agostino di Duccio en Perugia—, pero sí la más recordada.



AHNG



BRIDGEMAN

En las siguientes jornadas, Savonarola recogió los frutos de la campaña que había desarrollado desde la muerte de Lorenzo el Magnífico. Pedro de Médicis intentó organizar en el campo de batalla la resistencia contra Carlos VIII, pero se vio forzado a ceder a los franceses las plazas de Pisa, Livorno y Pietrasanta. Savonarola, mientras tanto, redoblabla el rencor de los florentinos contra el gobierno de los Médicis y preparaba la instauración de una república. Cuando, el 8 de noviembre, Pedro volvió derrotado a la ciudad, fue de inmediato encarcelado.

Savonarola poseía un enorme ascendiente en la nueva República florentina. Desde el púlpito se dedicó a alentar la persecución de los vicios, a la vez que denunciaba los pecados de la curia romana. Profetizó asimismo que cuando los hombres se arrepintieran

de sus pecados y volvieran a respetar los mandatos divinos, ángeles vestidos de blanco bajarían de los cielos trayendo el perdón de Dios.

Sus ataques proféticos, y especialmente su apoyo a los franceses, terminaron con la paciencia del papa Alejandro VI, que decidió acabar con el díscolo dominico. En julio de 1495 el papa Borgia ordenó a Savonarola, mediante un breve, que acudiera a Roma para discutir sobre aquellos pecados que según él habían ofendido tanto a Dios. El fraile predicador respondió publicando un compendio de sus revelaciones. Dos meses después Alejandro lo ordenó abstenerse de predicar.

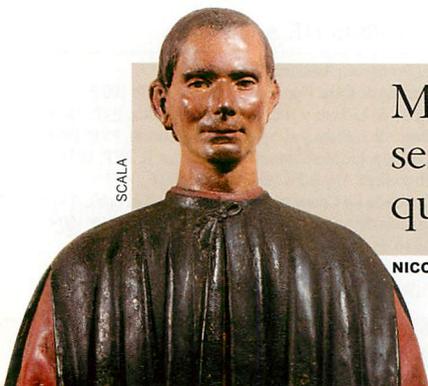
#### LA PRUEBA DEL FUEGO

El tira y afloja entre el predicador y las autoridades papales continuó durante los siguientes tres años. En mayo de 1497 Alejandro VI lo excomulgó,

**EJECUCIÓN DE SAVONAROLA** en la plaza de la Signoria de Florencia, el 23 de mayo de 1498. Óleo anónimo. Museo de San Marco dell'Angelico, Florencia.

pero Savonarola continuó con sus prédicas exaltadas. Sus enemigos en Florencia, hartos de los excesos de un régimen que casi se había convertido en una dictadura clerical, fueron envalentonándose. Finalmente, en abril de 1498 se produjo el incidente definitivo, cuando un rival franciscano desafió a Savonarola a someterse a la «prueba del fuego» para demostrar la bondad de sus doctrinas. Las autoridades municipales organizaron el acto con toda solemnidad, pero al final unos y otros buscaron dilaciones para dar el último paso. El pueblo, hostil ya a Savonarola, interpretó que reconocía su culpabilidad.

El dominico fue detenido y procesado por herejía, tal como demandaba Alejandro VI. Tras sonsacarle bajo tortura su abjuración, fue llevado al cadalso. El 23 de mayo de 1498, en la plaza de la Signoria de Florencia, Savonarola y sus profecías terminaron consumidos por el fuego de la hoguera. ■



SCALA

Maquiavelo, testigo de los sermones de Savonarola, creía que éste sólo buscaba el poder

NICOLÁS MAQUIAVELO. BUSTO ANÓNIMO. PALAZZO VECCHIO, FLORENCIA.

Historia azul

# LOS BORGIA

## ENTRE EL CIELO Y EL INFIERNO

► "DISPUTA DE SANTA CATALINA".  
Los modelos podrían haber sido  
César Borgia (en el trono) y  
Lucrecia (como santa  
Catalina, dirigiéndose al  
anterior).



EL 6 DE OCTUBRE SE ESTRENA LA PELÍCULA "LOS BORGIA", UNA PRODUCCIÓN ESPAÑOLA QUE RECREA EL ASCENSO Y LA CAÍDA DE UNA NOBLE FAMILIA VALENCIANA QUE TRIUNFÓ EN LA ROMA DEL RENACIMIENTO. LA AMBICIÓN Y EL PODER, EL AMOR Y EL SEXO, LA VENGANZA Y EL CRIMEN SE ENTREMEZCLAN EN SUS BIOGRAFÍAS, QUE EN SU DÍA SE ENCARGARON DE EXAGERAR SUS DETRACTORES Y QUE CINCO SIGLOS DESPUÉS SIGUEN ENSOMBRECIDAS POR UNA LEYENDA NEGRA.

ANTONIO FERNÁNDEZ LUZÓN  
*Historiador, Universidad  
Autónoma de Barcelona*



A FAMILIA BORGIA, *Borja* en la forma originaria valenciana, procedía de un linaje de modestos aristócratas españoles que, gracias a un paciente esfuerzo colectivo, consiguió alcanzar la máxima grandeza durante medio siglo en la Roma renacentista que intentaba emular el viejo esplendor imperial. Elevados a la cumbre de la fama y del turbulento poder vaticano, los Borgia desaparecieron súbitamente del centro de la escena política y religiosa, pues cayeron en el descrédito y la infamia.

Ninguno de los argumentos tópicos de la leyenda negra que rodea a esta saga de papas Borgia —el asesinato de adversarios políticos, el hecho de tener amantes e hijos, el nepotismo— los distingue de sus predecesores y sucesores. Calixto III, Ale-

Calixto III, primer papa Borgia, se lanzó a un frenético nepotismo promoviendo a los “catalani”.

Jandro VI y sus hijos más célebres (César, Juan, Lucrecia y Jofré) no se diferenciaron en nada de otros potentados de la época. Lo que los singularizó fue que, además de triunfar en un medio hostil que los rechazaba por extranjeros, hicieron gala de un extraordinario genio político que inspiraría al propio Maquiavelo. Por lo demás, la libertad de costumbres, la pasión fría y la violencia ciega tienen hoy la misma actualidad que en el tiempo de los Borgia. A poco que lo contemplemos con atención, el espejo en el que se refleja su historia nos devuelve nuestra propia imagen.

### UN VALENCIANO A LA CONQUISTA DE ROMA

Alfonso de Borja nació en Xàtiva (Valencia) en el año 1378, justo cuando estallaba el gran cisma de la Iglesia cristiana de Occidente. Eminente jurista y hábil negociador, en 1412 se incorporó a la Corte del recién elegido rey Fernando I. Luego fue enviado por Alfonso el Magnánimo a Peñíscola para exigir la abdicación del papa Clemente VIII (1424-1426), con cuya renuncia concluyó el cisma. Como recompensa, el pontífice Martín V lo nombró obispo de Valencia el 20 de agosto de 1429. Su nueva dignidad no lo alejó del entorno real: fue secretario privado de Alfonso V, que recurrió constantemente a él como consejero durante los enfrentamientos entre los reinos de Aragón y Castilla, y le confió la educación de su hijo bastardo, Fernando. El obispo de Valencia expuso su vida y ayudó al rey en la conquista de Nápoles, donde este entró, victorioso, en 1442. Después, ne-

goció la investidura del monarca por Eugenio IV y, en 1454, recibió el cardenalato por sus eficaces servicios.

En el cónclave de abril de 1455, celebrado tras la muerte de Nicolás V, los graves enfrentamientos entre los partidarios de los Colonna y los Orsini provocaron que la mayoría de los cardenales —después de un conciliábulo nocturno en las letrinas— resolvieran elegir a un candidato neutral y de transición. El nuevo papa, de 77 años y salud precaria, fue Alfonso de Borja, que adoptó el nombre de Calixto III.

Su reinado se caracterizó por tres grandes preocupaciones: la independencia del poder pontificio, la defensa de la cristiandad contra los otomanos y el engrandecimiento de su linaje. En 1456, convocó a los príncipes cristianos y logró que un ejército,

mal armado pero enfervorizado por las prédicas de los enviados papales, obligara a los turcos del sultán Mehmet II a levantar el asedio a Belgrado, a los tres años de la caída de Constantinopla, con lo que Europa central quedó libre de una amenaza que podría haber llegado rápidamente a las puertas de Praga y Viena. El acontecimiento resultó tan decisivo para el curso de la historia como lo sería, un siglo después, la batalla de Lepanto.

### TRÁFICO DE INFLUENCIAS

Como sus predecesores, Calixto III se lanzó a un frenético nepotismo y confió funciones de autoridad a parientes y amigos fieles. Numerosos valencianos, catalanes, napolitanos, mallorquines y aragoneses, conocidos todos bajo el nombre de *catalani*, se instalaron en toda clase de cargos eclesiásticos y militares. En poco tiempo, Roma y la Iglesia parecían colonizadas por una potencia extranjera. A su sobrino Pedro Luis

## TODOS LOS BORGIA

### ALFONSO DE BORJA (1378-1458)

#### EL PRIMER PAPA BORGIA

Nacido en Xàtiva, su eficaz mediación puso fin al cisma de Occidente. Cimentó la fortuna familiar al obtener numerosas prebendas eclesiásticas. Finalmente fue elevado al solio pontificio como Calixto III.

### RODRIGO BORJA (1431-1503)

#### EL AMO DE ROMA

Desde el ascenso al Papado de su tío Calixto III, conservó el cargo de vicescanciller de la Curia. Fue cardenal desde 1456 y sumo pontífice con el nombre de Alejandro VI desde 1492. Defendió los intereses de la Iglesia y de su propia familia frente a la presión de los grupos de poder italianos.

### CÉSAR BORGIA (1476-1507)

#### EL ESTADISTA MAQUIAVÉLICO

Hijo de Rodrigo y de su amante Vannozza Catanei. Cardenal de Valencia a los 23 años, abandonó la vida eclesiástica por la militar y cosechó grandes éxitos en la Romaña, de la que llegó a ser duque. Sucumbió en Viena luchando como general de los ejércitos de su cuñado Juan de Albret.

### JUAN BORGIA (1478-1497)

#### APUÑALADO A TRAICIÓN

Hermano de César y segundo duque de Gandía. Contrajo matrimonio con María Enríquez y tuvo dos descendientes: Juan e

Isabel. Murió asesinado, en circunstancias no aclaradas, en Roma.

### LUCRECIA BORGIA (1480-1519)

#### LA HIJA DEL PAPA

La más célebre de las hijas de Alejandro VI se desposó en tres ocasiones por razones políticas. Fue duquesa de Ferrara, y se rodeó de una Corte de artistas y literatos de gran notoriedad.

### JOFRÉ BORGIA (1482-1517)

#### ¿EL HIJO BASTARDO?

Supuestamente era hijo de Rodrigo y Vannozza, si bien él creía que su padre era realmente el tercer marido de su progenitora, Giorgio della Croce. Obtuvo el título de príncipe de Esquilache al contraer matrimonio, a los 14 años, con Sancha de Aragón, princesa de Nápoles. Al enviudar, se casó con María del Milà.

### SAN FRANCISCO DE BORJA (1510-1572)

#### DUQUE Y JESUITA

En 1543 heredó el Ducado de Gandía, donde construyó un colegio de jesuitas. A la muerte de su esposa, la portuguesa Leonor de Castro, decidió ingresar en la Compañía de Jesús. Tras ser ordenado sacerdote, rehusó el capelo cardenalicio y se dedicó a predicar. En 1565 fue elegido superior general de los jesuitas. Fue canonizado en 1671.

Borgia, el papa lo nombró capitán del castillo de Sant'Angelo, fortaleza clave para el control militar de Roma, y **capitán general** de los ejércitos de la Iglesia. Sus sobrinos Luis Juan del Milà y Rodrigo Borja fueron designados cardenales en 1456. Rodrigo, después de dirigir algunas acciones militares contra condotieros rebeldes, recibió a principios de 1457 el cargo de vicescanciller de la Curia papal, el de mayor responsabilidad y peso en la administración de la Iglesia.

En su breve pero intenso pontificado, Calixto III no solo canceló definitivamente el cisma de Occidente y frenó a los turcos en Belgrado, sino que beatificó a Juana de Arco y canonizó a su paisano san Vicente Ferrer. Consiguió imponer en Italia la supremacía del poder papal y elevar el linaje de los Borgia a una posición tan alta como la de una casa real. Pero en cuanto se supo que estaba gravemente enfermo, la oposición comenzó a murmurar en la Curia y el

desorden reinó en Roma. Ya antes del fallecimiento del papa —que tuvo lugar el 6 de agosto de 1458—, sus compatriotas y familiares empezaron a sufrir una dura persecución. Pedro Luis Borgia entregó las plazas fuertes y huyó de Roma, oculto bajo un disfraz, a Civitavecchia, donde murió misteriosamente. Rodrigo Borja, después de cubrir la huida de su primo, acompañó a Calixto III en su larga agonía. Se protegió de la chusma amotinada que incendió su palacio, y maniobró para conservar su influencia entre las familias que rivalizaban en la elección del nuevo papa.

### RODRIGO BORJA, PRÍNCIPE DEL RENACIMIENTO

En el cónclave de 1458, Rodrigo apoyó al cardenal Silvio Piccolomini, uno de los máximos exponentes del humanismo italiano, que se convirtió en el papa Pío II. Su principal objetivo era recuperar para los Borgia los privilegios del pontificado

precedente. Triunfó en toda regla. Pío II, el nuevo pontífice al que acababa de hacer elegir, lo mantuvo en el cargo de vicescanciller, aunque se vio obligado a amonestar al cardenal valenciano —conocido por su extraordinaria prestancia y su poder de seducción— por la liberalidad de su trato con las damas.

Ratificado en sus poderes por Pablo II (1464-1471), la fortuna personal y el poder de Rodrigo, dentro y fuera de la Curia, no hicieron sino aumentar. Vivía en la lujosa Corte del papa veneciano, a la manera de los príncipes renacentistas, rodeado de amantes. De estas madres nacieron, entre 1467 y 1470, Pedro Luis, Jerónima e Isabel, cuya paternidad fue reconocida por el fogoso e irresistible cardenal.

Tras la muerte de Pablo II, en julio de 1471, Rodrigo participó en el nuevo cónclave. Apoyó otra vez al candidato con más posibilidades. Sixto IV (1471-1484) lo recompensó enviándolo como legado ▶▶



1. CALIXTO III fue el primer papa Borgia y un gran defensor de los intereses de su familia.
2. ALEJANDRO VI. El segundo papa Borgia tuvo conocidas amantes y varios hijos.
3. CÉSAR BORGIA fue nombrado cardenal por su padre, Alejandro VI.
4. ESCUDO DE ARMAS de Alejandro VI, con tiara y llaves de san Pedro.
5. LUCRECIA BORGIA, hija también de Alejandro VI, se casó tres veces.
6. JOFRÉ BORGIA. Supuestamente era hijo bastardo del papa y de su amante Vannozza.
7. SAN FRANCISCO DE BORJA fue duque de Gandía.

## Para acercarse a los monarcas hispanos, Alejandro VI les otorgó el título de Reyes Católicos.

pontificio a los reinos de Aragón y Castilla. En 1472, el cardenal medió entre el rey Juan II de Aragón y la ciudad de Barcelona para que concluyera la guerra civil catalana. Luego logró resolver el conflicto suscitado por la boda entre los primos Isabel y Fernando que, ante la urgencia del problema sucesorio en Castilla, habían falsificado una bula de dispensa debido a su parentesco. Rodrigo Borja optó por concederles a posteriori la autorización papal, allanando de esta forma el camino al reinado de los futuros Reyes Católicos.

Cuando regresó a Roma, volvió a dedicarse a las intrigas de la política y a los placeres del amor. Instalado en el marco suntuoso de su palacio romano, mantuvo una relación casi conyugal con **Vannozza Cattanei**, la más largamente amada de sus amantes. Durante el reinado del papa Inocencio VIII (1484-1492), continuó acumulando beneficios y rentas eclesiásticas hasta devenir el cardenal más opulento de la Curia romana, con unas rentas que superaban los 80.000 ducados. Era un gran príncipe del Renacimiento, con todas las grandezas y también las miserias de aquella época. Había conseguido ser **vicecanciller**

—cargo que significaba tener el poder efectivo de la Curia— bajo cinco pontífices. Pero sus adversarios políticos no permanecían ociosos y procuraron crearle una mala



▲ **"MI HIJO CÉSAR ES UN IMPULSIVO"**, dijo Alejandro VI de César Borgia (en la imagen).

imagen. El poderoso Giuliano della Rovere, futuro papa Julio II, lo insultó ante el pontífice moribundo, llamándolo "judío, circunciso y catalán".

Tras la muerte de Inocencio VIII, el cardenal Borgia supo que había llegado el momento de coronar su carrera con la más alta dignidad existente en la Tierra, la de vicario de Cristo. Puso en juego toda su astucia y dinero para conseguir ser elegido papa al alba del 11 de agosto de 1492. Al día siguiente, recibió el homenaje de los romanos, mientras el pueblo saqueaba su casa según la tradición. 1492 fue el año del **descubrimiento de América**, de la reconquista de Granada y de la muerte de **Lorenzo el Magnífico**. Una encrucijada de la historia que conducía a Europa hacia el Renacimiento, con la transición de las ciudades tardomedievales a los Estados-nación.

Rodrigo, que tomó el nombre de Alejandro VI, había obtenido la tiara con el apoyo del **partido milanés** de Ascanio Sforza, pero el **partido napolitano** y el grupo del poderoso cardenal Della Rovere, junto con los Orsini de Roma, le crearon todas las dificultades posibles desde el primer momento. Como soberano de un Estado secular, dotado de poder terrenal, el nuevo pontífice tuvo que luchar contra los intereses de los barones romanos y los pequeños tiranos de los Estados de la Iglesia, pero también contra Nápoles, Milán, Florencia, Venecia, contra los

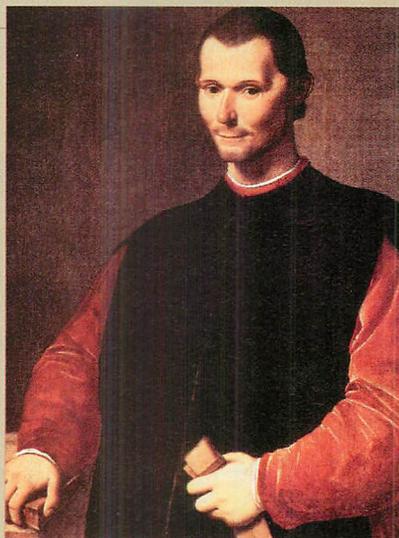
## ¿UNA SAGA MAQUIAVÉLICA O VÍCTIMAS DE LA LEYENDA NEGRA?

**LOS BORGIA ENTRAN** en la posteridad en parte gracias al tratado de Maquiavelo *El príncipe*, redactado en 1513. Alejandro VI y César Borgia son los personajes más evocados como ejemplos a seguir en esta obra escrita para aconsejar a los dirigentes políticos. El maquiavelismo se inspira, por tanto, en los Borgia.

La mala imagen de los Borgia se debe a la oposición de las más importantes familias nobiliarias italianas. Durante su pontificado, Julio II della Rovere, acérrimo enemigo de Alejandro VI, hizo cuanto pudo para borrar y envilecer la memoria de la familia. Después de la disolución del matrimonio de Lucrecia y Giovanni, los Sforza reclutaron a varios escritores para elaborar y difundir libelos, afirmando que la joven yacía con su padre y con su hermano César. Juan Burckard, maestro de ceremonias pontificio, intercaló en su *Diarium* el relato de los rumores de los

excesos de la familia que corrían por Roma, como la celebrísima orgía de las cincuenta cortesanas. Los historiadores y humanistas (Guicciardini, Sannazaro, Tomasi, Pontano) no tardaron en utilizar semejante veneno de informaciones escandalosas.

Se decía, asimismo, que Juan y César Borgia se repartían los favores de Sancha, ardiente esposa del joven Jofré. A César se lo acusó de asesinar a su hermano Juan para ocupar su posición, así como a su cuñado Alfonso de Aragón, marido de Lucrecia, por el deseo



◀ **MAQUIAVELO** elogió la práctica política de Alejandro VI y César Borgia.

carnal que esta le provocaba. En los denuestos contra la familia, recogidos por músicos (Donizetti) y escritores (Victor Hugo, Alejandro Dumas), no todo era invención. César, tan elogiado por Maquiavelo, ordenó varios asesinatos políticos, práctica

habitual entre los gobernantes de aquel tiempo. En cualquier caso, los Borgia, víctimas y victimarios a la vez, procedieron sin escrúpulos morales en una época extraordinariamente agitada.

franceses y los Reyes Católicos. Los italianos no aceptaron nunca al papa valenciano como uno de los suyos, ni le perdonaron su deseo de ordenar Italia en torno a la supremacía de Roma, y Roma alrededor del poder de la familia Borja.

La compra por los Orsini de los estratégicos castillos que controlaban los caminos entre Roma y la Toscana, en una operación ideada por Giuliano della Rovere que contaba con el apoyo de Florencia y Nápoles, acorraló al papa en Roma. Alejandro VI presidió consistorios borrascosos y en algún momento su integridad física se vio amenazada. La primera visita que realizó a la basílica de Santa María la Mayor parecía más una operación militar que una ceremonia religiosa. Después de establecer una alianza con milaneses y venecianos contra napolitanos y florentinos, Alejandro VI forzó a los Orsini a devolver los castillos de Cervereti y Antillana.

La internacionalización del conflicto italiano hizo que Alejandro VI se aproximara a Fernando de Aragón e Isabel de Castilla: en 1492 les concedió el título de Reyes Católicos y, un año después, promulgó la bula *Inter Caetera* que delimitaba los territorios de colonización entre España y Portugal. Fernando e Isabel fundamentaron así, gracias al papa Borgia, su derecho sobre América. Sin embargo, los monarcas españoles simultanearon favores e ingratitud: sus tropas actuaban en Italia y Alejandro VI sabía que podían amenazarlo con la destitución o la convocatoria de un concilio. Causó general sensación que ni los cañones franceses ni los golpes de mano de los señores feudales de los Estados Pontificios, apoyados por España, consiguiesen sacar de quicio al papa, quien organizó un moderno ejército que le permitió afirmar su poder en la Italia central e impedir cualquier tentativa de invasión sobre Roma.

### EL CARDENAL DE LAS FALDAS

La promoción cardenalicia de 1493, sabiamente dosificada, cerraba de forma magistral el primer año del pontificado de Alejandro VI y frustraba los esfuerzos de sus enemigos ante las grandes potencias para que se anulara su elección como papa. En la plenitud de su vida, Alejandro se enamoró de la joven y hermosa Julia Farnesio, a cuyo hermano otorgó el capelo cardenalicio, por lo que sería apodado Cardenal de las Faldas. Al mismo tiempo, utilizó a sus hijos para favorecer sus intereses políticos. En junio de 1493 casó a Lucrecia, de 13 años, con Giovanni Sforza, como garantía de alianza con el duque de Milán. En agosto del mismo año, Juan Borgia se embarcó hacia Barcelona para desposarse con María

## LOS BORGIA EN LA BIBLIOTECA

**EL INDISCUTIBLE ATRACTIVO** de esta poderosa familia ha inspirado multitud de estudios y novelas históricas que intentan explicar el ascenso hasta el Papado de dos de sus representantes, y también las complejas relaciones entabladas entre sus miembros. Entre los libros divulgativos, destacan *Los Borgia. Familia y mito* (Círculo de Lectores, 2000) del especialista Joan F. Mira. También *El papa Borgia* (Aguilar, 2004), un documentado análisis escrito por los periodistas especializados Lola Galán y José Catalán Deus, así como *Los 7 Borgia* (Nowtilus, 2006), de Ana

Martos Rubio, que intenta desentrañar las acusaciones de escándalos y perversiones, poniendo el acento en los numerosos enigmas que los rodean.

En cuanto a las novelas históricas, Algaida apuesta fuerte por la novedad *Réquiem por el joven Borgia*, de las italianas Elena y Michela Martignoni, que narra, a modo de trepidante relato de intriga, los acontecimientos desencadenados por la muerte de Juan Borgia, hijo de Alejandro VI. Otra referencia ya clásica es *O César o nada* (Planeta, 1998), de Manuel Vázquez Montalbán.



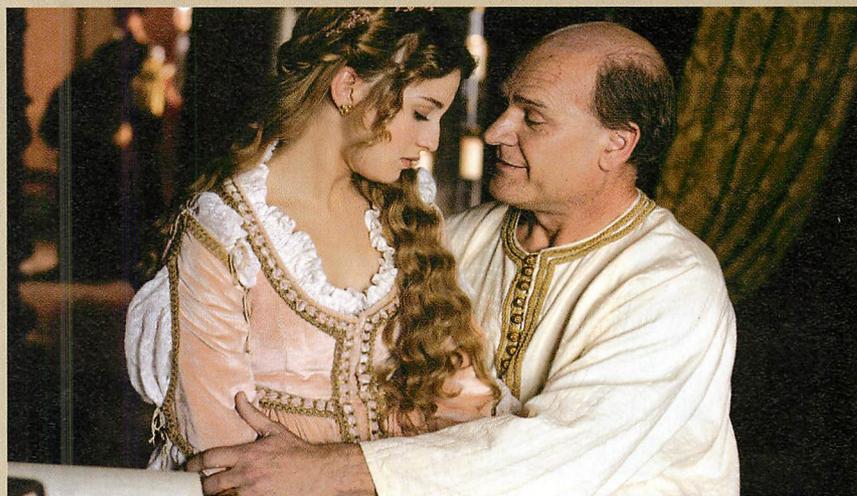
## LOS BORGIA EN EL CINE

**LOS BORGIA**, la superproducción española que se estrena el 6 de octubre, ha sido dirigida por Antonio Hernández. La trama se centra en las vivencias de la familia desde que su patriarca, Rodrigo (Lluís Homar), asume como papa

con el nombre de Alejandro VI y comienza su política de expansión por Europa, nombrando capitán de sus ejércitos a su primogénito Juan (Sergio Muñoz) y cardenal a su segundo hijo, César (Sergio Peris-Mencheta). El papel de

Lucrecia es interpretado por María Valverde.

Además de relatar los conflictos familiares y de mostrar los crímenes y las batallas que tuvieron lugar durante el papado de Rodrigo, el film refleja el esplendor cultural de la época que les tocó vivir.



▲ LUCRECIA Y SU PADRE ALEJANDRO VI, interpretados por María Valverde y Lluís Homar.

## LUCRECIA BORGIA, ¿ÁNGEL O DEMONIO?

**LUCRECIA CONTRAJÓ MATRIMONIO** con Giovanni Sforza en junio de 1493 por voluntad de su padre, que deseaba sellar la alianza con Milán. Mientras Alejandro VI preparaba su divorcio del Sforza, Lucrecia mantuvo una relación amorosa con un joven español mensajero del papa, con quien tuvo un hijo natural –legitimado por Alejandro VI– conocido como Juan, *el Infans Romanus*. En 1498, contrajo segundas nupcias con el príncipe Alfonso de Nápoles, que sería asesinado por orden de César. A sus 21 años, la joven dirigió temporalmente el Vaticano, sustituyendo a su padre ausente. En 1501, se casó, a instancias de César, con Alfonso de Este, heredero del Ducado de Ferrara.

Como duquesa, Lucrecia pudo demostrar al fin toda su valía, inteligencia y habilidad. Tras ganarse a sus parientes políticos, creó una Corte magnífica en la que destacó un brillante círculo de poetas e intelectuales. Durante las frecuentes ausencias del marido guerrero, el ya duque Alfonso de Este, Lucrecia fue una atenta regente del Ducado; administraba justicia y supervisaba la defensa de Ferrara. Del mismo modo que sobrevivió a la violencia de la Corte papal de los Borgia, logró imponerse a la agresividad de la familia de su esposo. Un mal parto, maldición de la época para las mujeres, acabó con su vida el 24 de junio de 1519.



▲ **SE CREE QUE ESTE RETRATO** representa a Lucrecia Borgia. Solo se sabe con certeza que corresponde a una dama de la Corte de Ferrara, donde Lucrecia vivió con su tercer marido.

Enriquez, prima del rey Fernando el Católico, y tomar posesión del Ducado de Gandía. En mayo de 1494, fue su hijo menor Jofré quien aseguró la unión con la realeza de Nápoles al contraer matrimonio con la atractiva y apasionada princesa Sancha de Aragón, hija del rey Alfonso II. Así se consumó la fusión de la casa de los Borgia con las dos ramas, la hispánica y la napolitana, de la dinastía real de Aragón.

Al darse a conocer el compromiso entre las casas de Borgia y de Aragón, Giuliano della Rovere, futuro papa Julio II y principal rival de Rodrigo, huyó a la Corte francesa e impulsó a Carlos VIII, que aspiraba a la corona napolitana, a emprender una campaña militar en Italia. En enero de 1495, el ejército de Carlos entró en Roma pero el monarca francés no se atrevió a derrocar al astuto Alejandro VI, que lo entretuvo con vagas promesas. El rey de Francia no quiso pasar a la historia como el promotor de otro cisma en la cristiandad. Mientras Carlos VIII perdía el tiempo en fiestas y desfiles en Nápoles, el papa organizó una liga antifrancesa con la colaboración de Fernando el Católico, que envió al Gran Capitán con tropas veteranas de la guerra de Granada.

Alejandro VI había conseguido conjurar la amenaza francesa y contaba con la gratitud del nuevo rey de Nápoles, Fernando II, que le debía la corona. Se enfrentó entonces al poderoso linaje romano de los Orsini, que representaba más que nunca un peligro militar y recibía ayuda de Francia. Sin embargo, su hijo Juan no pudo doblegarlos y el papa se vio forzado a aceptar una precaria paz a principios de 1497. En mayo del mismo año, **excomulgó al profeta dominico Girolamo Savonarola por lanzar furibundos ataques contra la corrupción de la Santa Sede y por instaurar en Florencia una especie de república cristiana que actuaba como enemiga del Papado y aliada de Francia.** En 1498, cuando los florentinos se cansaron de los excesos de aquel gobierno de frailes y penitentes, Alejandro VI colaboró muy gustosamente en la condena y ejecución de Savonarola.

### CÉSAR O NADA

En la Semana Santa de 1497 se iniciaron los dramas familiares. Giovanni Sforza, esposo de Lucrecia, se sintió tan acorralado que huyó de Roma a galope hasta Pesaro. En junio, se encontró el cadáver de Juan Borgia –el continuador de la estirpe, puesto que César era clérigo y Jofré, un muchacho de solo 15 años– en el Tíber, cosido a puñaladas y con la cabeza casi separada del tronco por un golpe brutal. Los asesinatos nunca fueron descubiertos. Algunos

acusaron a los Orsini, que así habrían vengado la muerte del jefe de su casa. Se sospechaba de algunos cardenales y de los padres o esposos a quienes las múltiples aventuras galantes del joven duque habían ofendido. Pero todo el mundo sabía que a quien más beneficiaba la desaparición de Juan era a su hermano César, que así podía recuperar el estado laico y ocupar la posición principesca con la que siempre había soñado. Alejandro VI se sintió muy afectado por la muerte de su hijo predilecto; prometió no ocuparse más de los asuntos terrenales y consagrarse a la Iglesia y a su reforma, aunque pronto desistió de sus planes y volvió a su modo de vida habitual.

La señal más segura de que el papa recelaba de su primogénito consiste en ►►

## SAN FRANCISCO DE BORJA, EL REDENTOR DE LA FAMILIA

**MEDIO SIGLO DESPUÉS** de que terminase la aventura de los Borgia en Italia, los pecados de la familia fueron redimidos por los méritos de su descendiente san Francisco de Borja, cuya vida dejaría huella imperecedera en el mundo religioso.

Nacido en Gandía en el año 1510, de la unión entre Juana de Aragón y Juan de Borgia, nietos respectivamente de Fernando el Católico y Alejandro VI, el joven Francisco llevó la vida propia de un noble esclarecido. En 1529 fue nombrado marqués de Lombay y se casó con Leonor de Castro, dama de la emperatriz portuguesa Isabel, de la que se dice que estuvo enamorado. En 1539 la emperatriz murió y Francisco formó parte del cortejo que acompañó el cuerpo a su entierro en el panteón real de Granada. Según la leyenda, al abrir el ataúd para el reconocimiento oficial y apreciar el contraste entre la legendaria belleza de esta emperatriz y sus míseros restos, quedó tan impresionado que decidió consagrar su existencia al servicio de Dios.

Fue virrey de Catalunya entre 1539 y 1543. Tras la muerte de su esposa, en 1546, ingresó en la Compañía de Jesús y Carlos I lo autorizó a renunciar a sus Estados en favor de sus herederos. A pesar de rehusar el capelo cardenalicio, Francisco de Borja alcanzó el cargo de superior general de la Compañía (1564). Fue beatificado en 1624 y canonizado por Clemente XI en 1671.

► **"CONVERSIÓN DE SAN FRANCISCO DE BORJA", quien renunció a todos sus cargos mundanos y también al capelo cardenalicio.**



## La elección del papa Julio II significó el triunfo del más poderoso enemigo de César Borgia.

el hecho de que no quiso volver a verlo antes de su partida a Nápoles, adonde César se trasladó para coronar al nuevo rey Federico III en julio de 1497. Al regresar, declaró su intención de despojarse del hábito cardenalicio y casarse, a fin de velar por los intereses mundanos de la familia. Paulatinamente, Alejandro VI fue permitiendo que César impusiese su voluntad en el Vaticano, a pesar de que solía decir: "Mi hijo César es un impulsivo, no perdona las injusticias".

### EL PRECIO DE LA AMBICIÓN

César se alió con el nuevo rey de Francia Luis XII, que le ofreció la mano de su prima Charlotte de Albret y le concedió el Ducado de Valentinois. Tras los esponsales, regresó a Italia acompañado del rey Luis y tomó parte en la expulsión de los Sforza de Milán, que se convirtió en una capital francesa. Reconciliado con su padre y convertido en el héroe del momento, émulo del gran Julio César, César Borgia fue nombrado capitán general de la Iglesia. En el cénit de su encumbramiento insolente, las operaciones militares sobre la Romaña constituyeron su principal objetivo entre 1499 y 1503. Ambicionaba crear un Estado poderoso, establecer en él un poder personal absoluto y desempeñar el

papel de árbitro supremo entre los príncipes y las repúblicas de Italia. Contrató a Leonardo da Vinci como ingeniero militar y se rodeó de juristas, poetas y artistas. Nadie que se le enfrentara podía esperar piedad. No dudó en ordenar asesinatos políticos como el de su cuñado Alfonso de Aragón, esposo de Lucrecia, en agosto de 1500, o el del señor de Faenza, el bello Astorre Manfredi, defensor de la ciudad y prisionero de honor, al año siguiente.

En 1501, César recibió de su padre el título de duque de Romaña. Pero la inquina que le profesaban las familias romanas iba aumentando. Después de la conquista de Nápoles, el rey de Francia temía que, dada su ambición desmesurada, César cambiara de bando y se aliara con España. Lo peor era que en su más inmediato entorno se abría paso la traición. La conspiración en Sinigaglia de sus principales generales, descubiertos y asesinados gracias a una hábil estratagema, significó el ocaso de su poder. Tras la muerte de su padre Alejandro VI en 1503, el nuevo pontífice Pío III lo reconoció como duque de Romaña y capitán de los ejércitos de la Iglesia, pero el nuevo papa vivió solo veintisiete días. La poderosa coalición de los Orsini y los Colonna, junto con la hostilidad de España que había decidido perseguirlo hasta

la muerte, obligaron a César, carente del apoyo pontificio, a buscar refugio en el castillo de Sant'Angelo.

La elección del nuevo papa Julio II della Rovere representó el triunfo del más poderoso enemigo de César. Significaba el final definitivo de sus sueños de grandeza. Perdió todos sus bienes y fue arrestado. Después de la gran victoria de los españoles sobre los franceses (1504), César se entregó al Gran Capitán, que lo trasladó a España. Logró huir de la prisión en que lo había encerrado Fernando el Católico, se refugió en el Reino de Navarra y murió luchando en el sitio de Viana a manos de los ejércitos aragoneses en 1507. Si Maquiavelo se fijó en él cuando perfiló el modelo de *El príncipe*, no fue por las facetas más tenebrosas de su personalidad, sino por sus dotes de estadista y militar, porque, según el tratadista florentino, sus crímenes solo se practicaron con fines políticos elevados y en nombre de un bien superior. ■

### SUGERENCIAS

#### BIBLIOGRAFÍA

- BRADFORD, S., *Lucrecia Borgia*, Planeta, 2005.
- CLOULAS, I., *Los Borgia. Fama e infamia en el Renacimiento*, Ediciones B, 2003.
- MARTIGNONI, E. y M. MARTIGNONI, *Réquiem por el joven Borgia*, Algaída, 2006.
- MIRA, J.F., *Los Borgia. Familia y mito*, Círculo de Lectores, 2000.
- PUZO, M., *Los Borgia*, Booket, 2005.

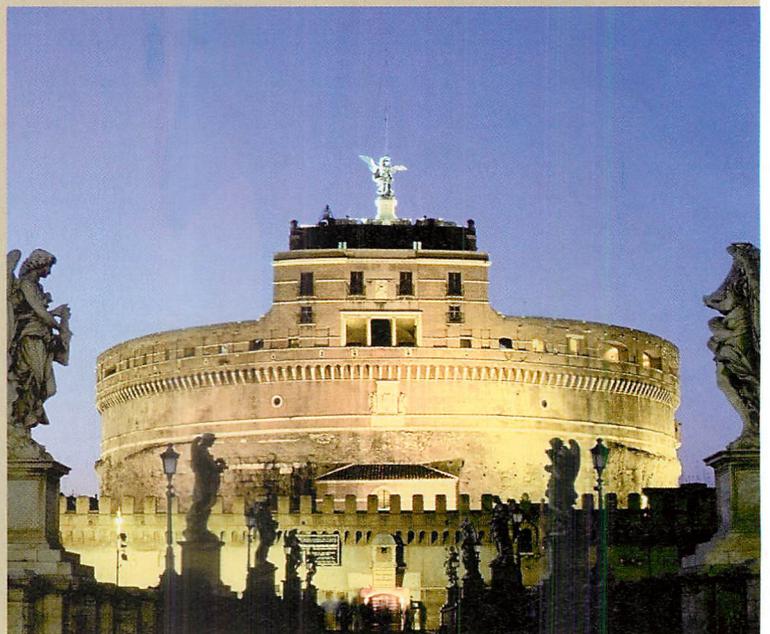
#### FILMOGRAFÍA

- *Los Borgia*. Antonio Hernández, 2006.

## RUTA TURÍSTICA POR LA ROMA DE LOS BORGINA

**EL VIAJERO QUE VISITE LA ROMA ACTUAL** comprobará que las señales de los Borgia están todavía bien presentes. El papa Alejandro VI promovió un conjunto de obras y reformas urbanas que representaron el primer intento de transformar la ciudad medieval en una urbe renacentista. En el Vaticano, entre la biblioteca y la capilla Sixtina, el visitante hallará una torre Borgia, unos *appartamenti* cubiertos con los célebres frescos de Pinturicchio y un *cortile* o patio donde vivieron aquellos personajes de leyenda. Estos espacios propios de los Borgia forman uno de los núcleos centrales de los palacios apostólicos. Encontrará asimismo el viajero un magnífico retrato del gran papa de Xàtiva y una hermosa chimenea con la inscripción *Alexander Papa VI Borja Valentinus*. En el tambor del Castillo de Sant'Angelo, figura un gran escudo de Alejandro VI y el techo de la basílica de Santa María la Mayor está recubierto de artesanados en los que sobresalen el toro heráldico de la casa y las armas del linaje familiar. Los rastros de los Borgia se extienden asimismo por fortalezas y castillos, desde Nepi hasta Civita Castellana.

► EN EL CASTILLO DE SANT'ANGELO, en Roma, se refugió César Borgia tras caer en desgracia a la muerte de su padre.



# HISTORIA

## Y VIDA

Nº 514 / 3.€

**Agatha Christie  
desaparecida**  
Once días sin rastro

**Palacio  
de Aranjuez**  
El Versalles español

**CANFRANC  
Y EL ORO NAZI**  
El tráfico clandestino  
entre Franco y Hitler

# EL PODER DE LOS BORGIA

**CÓMO SE ABRIERON CAMINO HASTA CONQUISTAR ROMA**

**ARTE RUBENS Y LAS TRES GRACIAS, EL CUADRO QUE NO QUISO VENDER**





# DOSSIER

HISTORIA DE UNA DINASTÍA AMBICIOSA

## El poder de los Borgia

Por JAVIER GISA y ANA ECHEVERRÍA

**30** | LA ASCENSIÓN DE UNA ESTIRPE

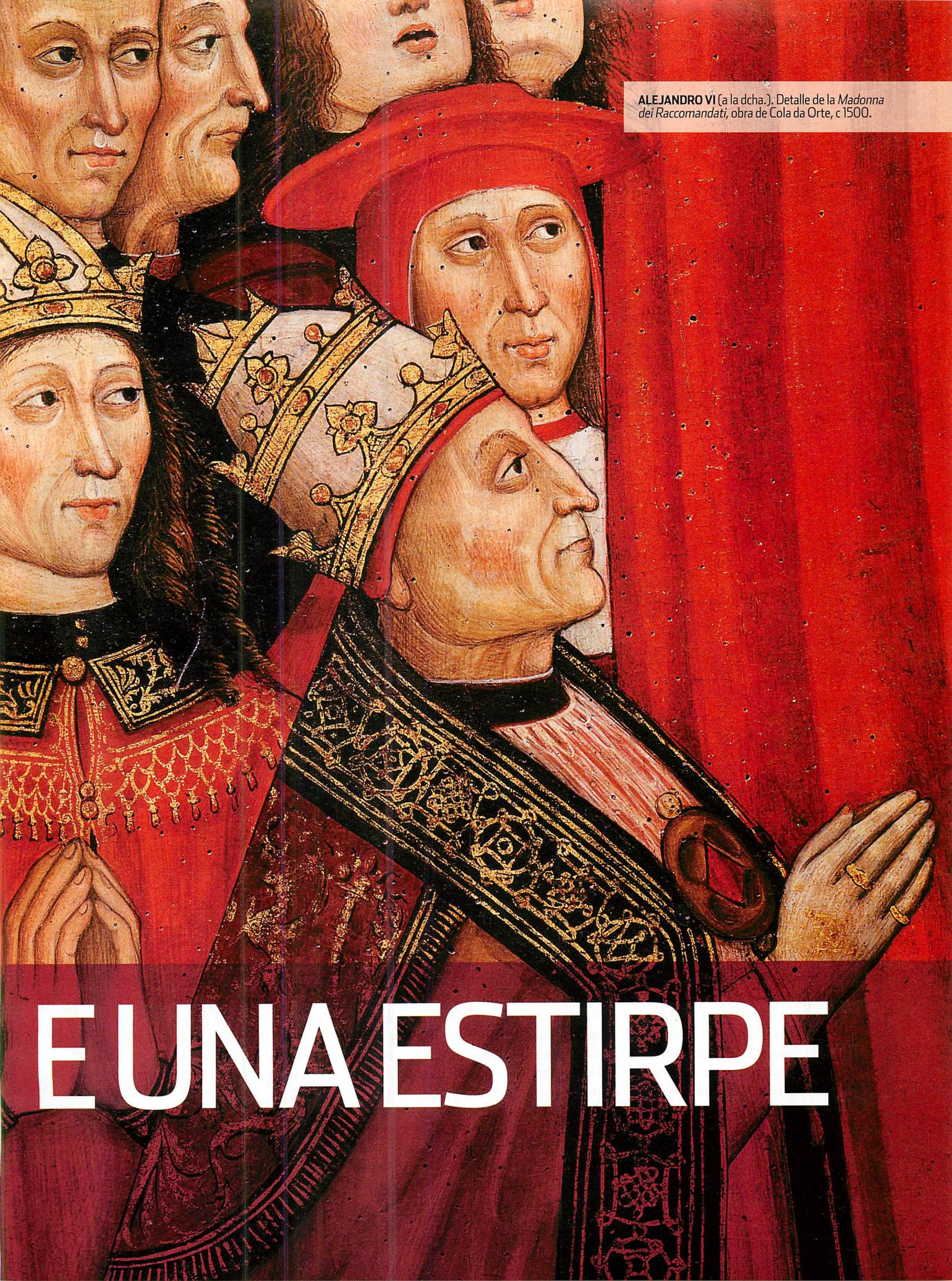
**38** | LOS JUEGOS DE EQUILIBRIO DE ALEJANDRO VI



# LA ASCENSIÓN D

Un plebeyo valenciano supo enmascarar sus orígenes para escalar en la jerarquía eclesiástica, hasta abrir para él y su familia las puertas de la mismísima Roma.

JAVIER CISA, ESCRITOR



ALEJANDRO VI (a la dcha.). Detalle de la *Madonna dei Raccomandati*, obra de Cola da Orte, c 1500.

E UNA ESTIRPE



**P**rotagonistas de un espectacular ascenso social y político, los Borgia, versión italianizada del apellido Borja, pasaron en pocas décadas de ser una familia casi desconocida de la pequeña nobleza del Reino de Valencia a colocarse en el epicentro del poder de Roma y, por ende, del mundo cristiano. Gracias a su habilidad, a las circunstancias favorables y, con frecuencia, a las intrigas y a su falta de escrúpulos a la hora de perseguir sus metas, esta saga llegó a producir dos papas (Calixto III y Alejandro VI), una docena de cardenales y algunos de los personajes más emblemáticos –a la vez

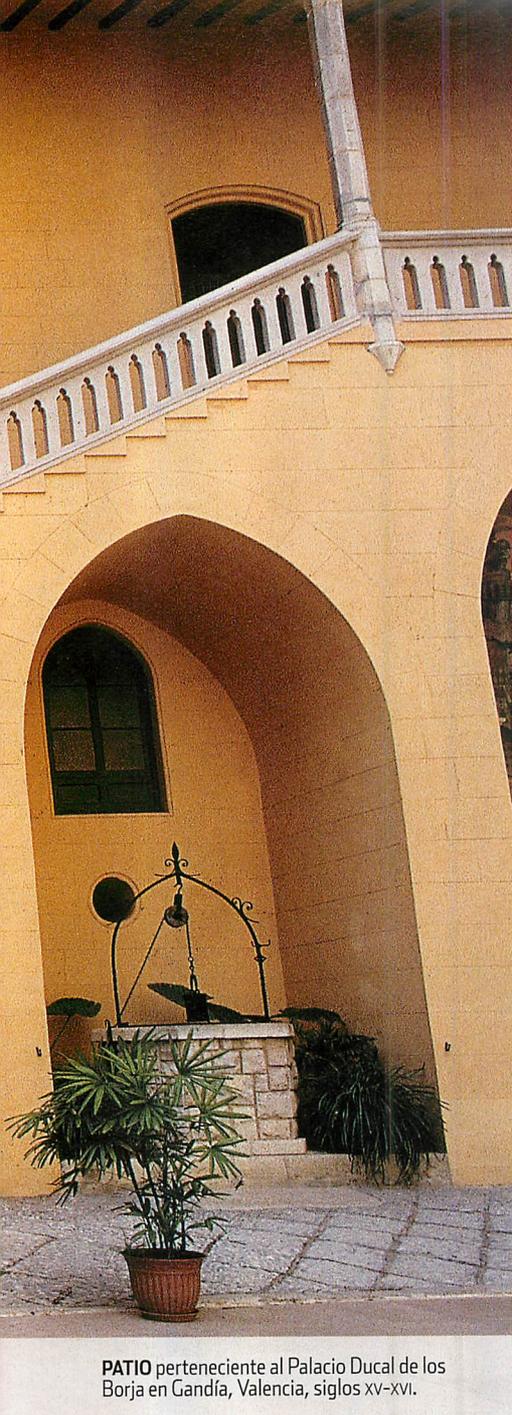
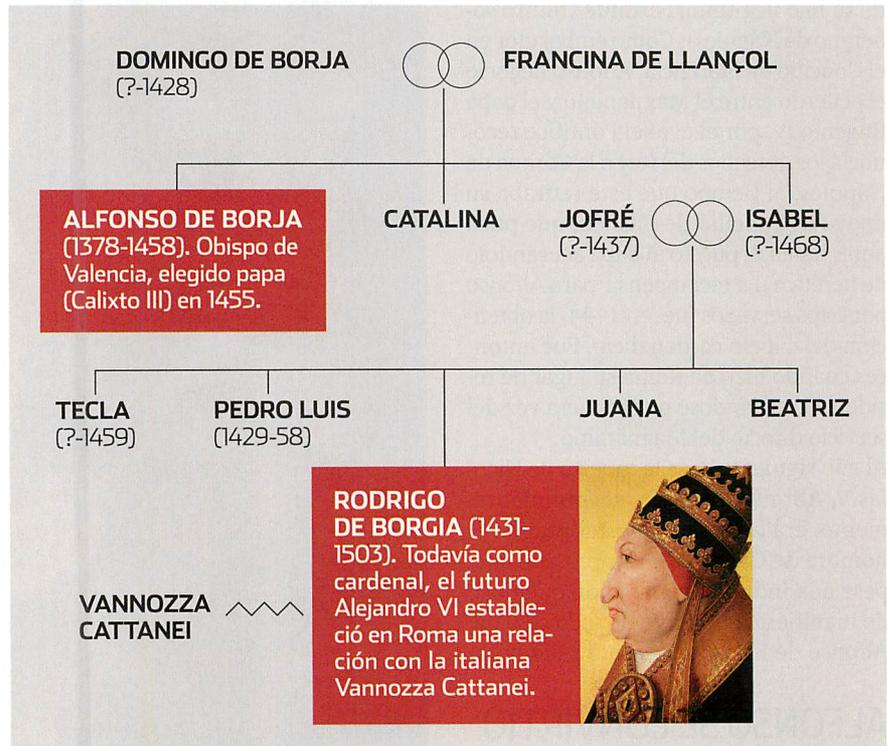
que denostados– del Renacimiento europeo. Todo ello en la segunda mitad del siglo xv, un período crucial de la historia, en el que tuvieron lugar las grandes transformaciones que supusieron el tránsito del mundo medieval a la Edad Moderna. Pese a sus importantes aportaciones en el ámbito cultural y a que entre sus miembros figura incluso un santo (san Francisco de Borja), la memoria de esta familia siempre ha estado ensombrecida por la corrupción y los crímenes. Una larga lista de escándalos que, si bien en muchos casos se corresponden con la realidad, no fueron en absoluto exclusivos de su apellido.

## Los orígenes de la dinastía

Cuando en 1378 nació Alfonso de Borja, el futuro Calixto III, en Játiva había varias familias con su apellido. Solo una de ellas, los Gil de Borja, cuyos orígenes se sitúan en Aragón, pertenecía a la nobleza. La rama de la que procedía Alfonso, plebeya, formaba parte de la elite mercantil local. Inteligente y ambicioso, Alfonso no se sentía atraído por el negocio familiar, el comercio, y se inclinó por los ámbitos eclesiástico y jurídico. Se doctoró en Derecho Civil y Canónico e inició su carrera como profesor de la Universidad de Lérida, a la vez que entraba al servicio del rey de Aragón, Alfonso el Magnáni-

# Una familia de armas tomar

## DE LA CUNA VALENCIANA A LA ROMA RENACENTISTA



PATIO perteneciente al Palacio Ducal de los Borja en Gandía, Valencia, siglos XV-XVI.

mo, como consejero. Pero su origen no aristocrático era un escollo para sus deseos de promoción a los altos puestos a los que aspiraba. La solución que resolvió en cierta medida el problema fue or-

### EN POCAS DÉCADAS, LOS BORJA PASARON DE SER CASI DESCONOCIDOS AL EPICENTRO DEL PODER

ganizar el enlace de su hermana Isabel con Jofré Gil de Borja, de la rama noble de la familia. El matrimonio fue conveniente para todos. La novia aportaba una cuantiosa dote y un hermano influyente a unos aristócratas que estaban en horas

bajas política y económicamente, y los Borja comerciantes, ricos pero de bajo linaje, entroncaban con la nobleza. Aunque el plan de Alfonso iba más allá: a partir del casamiento, probablemente a instancias del propio Alfonso, los Gil de Borja abandonaron el “Gil”, pasando a denominarse tan solo “Borja”, de modo que se produjera una especie de confusión entre ambos grupos familiares. Esto iba a permitir a Alfonso aparecer, más tarde, como un miembro más de la familia y, por lo tanto, de cuna noble. De la unión entre Isabel y Jofré nacerían varios hijos. Uno de ellos fue Rodrigo, el futuro

Alejandro VI, que a su vez sería el padre de César y Lucrecia Borgia, entre otros.

### Camino hacia el Papado

Siempre vinculada a Alfonso V de Aragón, la trayectoria de Alfonso de Borja

siguió un imparable ascenso. Negociador paciente y sagaz, desempeñó un destacado papel en la conclusión del Cisma de Occidente. Fue él quien –siguiendo el mandato del Rey– convenció al antipapa Clemente VIII, sucesor de Benedicto XIII (el Papa Luna), para que renunciara a su cargo, poniendo fin de este modo al último foco cismático. Como recompensa por su significativo éxito diplomático, fue nombrado obispo de Valencia, una de las diócesis más ricas de aquel reino. En los años siguientes, Alfonso de Borja continuó siendo la mano derecha de Alfonso el Magnánimo. De hecho, lo acompañó en diversas ocasiones a Nápoles. Estuvo al lado del monarca aragonés durante la campaña de conquista de este territorio del sur italiano, sobre el que terminaría reinando más tarde. Cuando el Soberano decidió residir permanentemente en Nápoles, dejando el reino de Aragón en manos de un regente, Alfonso de Borja siguió a su señor y se instaló también en esta ciudad, lo cual le permitió conocer mejor los ambientes políticos

y religiosos de Italia. El Monarca le encomendó la reforma administrativa del nuevo reino y la presidencia del Consejo Real, nombrándole, además, preceptor de su hijo ilegítimo, Ferrante (futuro soberano de Nápoles). Como embajador en el Concilio de Florencia, Alfonso negoció el acuerdo entre el Magnánimo y el papa Eugenio IV, por el cual el Pontífice reconocía los derechos del Rey a la Corona de Nápoles, al tiempo que éste retiraba su apoyo al Concilio de Basilea, que poco antes había depuesto al Papa acusándolo de herético. La recompensa para Alfonso por estos servicios fue, en 1444, la obtención del capelo cardenalicio. Fue entonces cuando hizo de Roma su lugar de residencia, alejándose por primera vez del servicio directo del Magnánimo.

Al año siguiente, tras la muerte de Nicolás V, Alfonso de Borja, sorprendentemente, era elegido papa, adoptando el nombre de Calixto III. Es probable que, pese a la indudable ambición que puso de manifiesto a lo largo de toda su vida, Alfonso de Borja no pensara ni remota-

## ALFONSO SE CONVIRTIÓ EN CALIXTO III GRACIAS A LAS DESAVENENCIAS ENTRE LAS GRANDES FAMILIAS ITALIANAS

mente en la posibilidad de que algún día llegaría a ocupar el trono de San Pedro. Los pontífices, en ese período, procedían tradicional y casi invariablemente de potentes linajes italianos. En realidad, el principal motivo de su elección fueron justamente las desavenencias entre las principales familias italianas del momento, como los Orsini o los Colonna, que no lograron alcanzar un acuerdo a la hora de escoger a uno de sus candidatos. En ese sentido, Alfonso de Borja era políticamente neutral. Además, estaba considerado un excelente jurista y un administrador muy eficaz. Era un tecnócrata, en definitiva, y contaba además con otro importante elemento a su favor: su edad avanzada (75 años). Numerosas razones que le convertían, en principio, en el papa de transición ideal.



## Cruzada y nepotismo

El pontificado de Calixto, que duró tres años, estuvo principalmente marcado por su firme voluntad de frenar el avance turco en Europa. Poco después de su elección, promulgó una bula en la que predicaba la cruzada contra los turcos, que dos años antes se habían apoderado de Constantinopla. Gracias a su tesón, logró reunir las suficientes fuerzas como para levantar el sitio de Belgrado e impedir que los turcos invadieran Hungría, lo cual les habría dejado abiertas las puertas del resto de Europa.

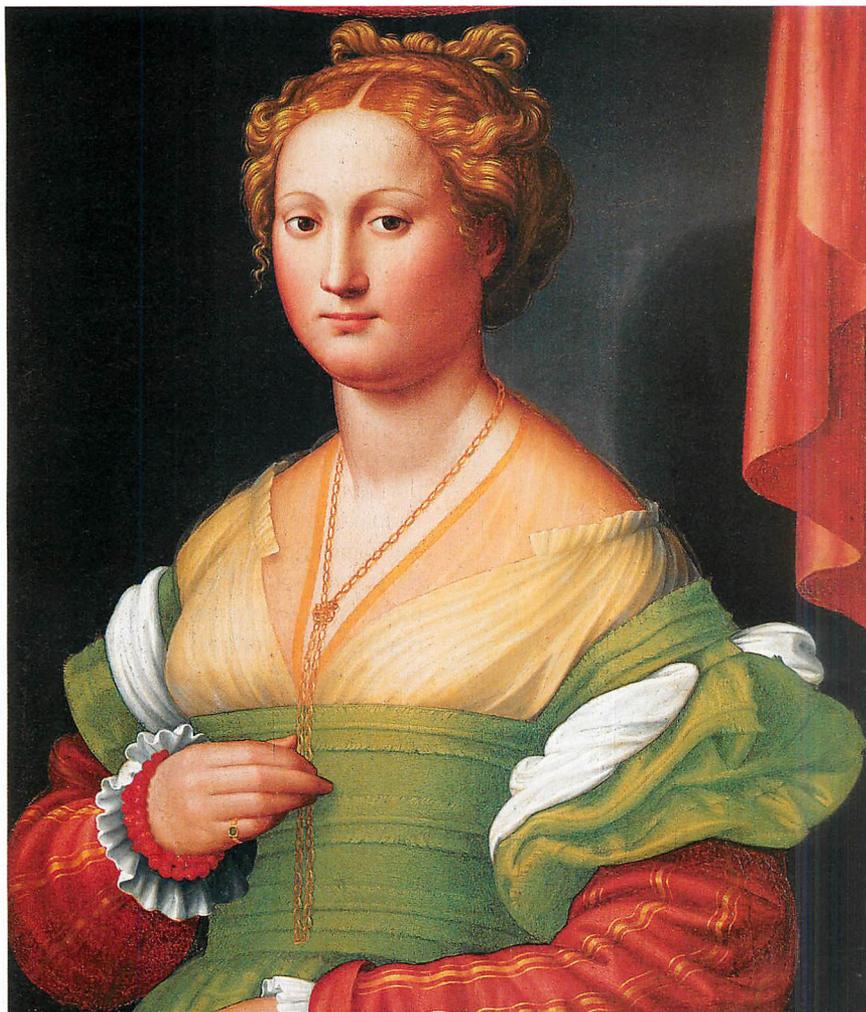
Sin embargo, Calixto III se caracterizó por llevar el nepotismo y el clientelismo a su máximo nivel. Pronto, la Santa Sede se vio invadida por sus familiares y partidarios, a los que los romanos denominaban despectivamente "*i catalani*", que coparon la mayoría de altos cargos de la curia papal y a los que colmó de privilegios. El cargo más importante de los Estados Pontificios, el de vicescanciller de la Iglesia, lo reservó para su sobrino predilecto, Rodrigo, el futuro Alejandro VI, al que poco antes había nombrado cardenal. Como era de esperar, esta actitud desató la antipatía y la hostilidad de la oligarquía romana y de toda la curia. La animadversión que causó fue tan fuerte que, cuando el Papa murió en 1458, se desencadenó una persecución feroz contra sus familiares y todo su entorno. En dicho acoso, uno de los sobrinos del Pontífice, Pedro Luis de Borgia, que ocupaba el puesto de capitán general de los ejércitos de la Iglesia, fue herido y falleció.

## Los inicios de Rodrigo

Rodrigo de Borgia se encontraba junto al lecho en el que yacía el papa Calixto cuando éste expiró. Protegido por su tío, había realizado una carrera fulgurante y acumulado enormes riquezas, granjeándose, como todo el clan Borgia, numerosas enemistades. Pero Rodrigo, que era extremadamente hábil y no tenía intención de abandonar Roma, había tejido una red de complicadas alianzas con las diferentes familias romanas rivales, y fue esto lo que le mantuvo a salvo cuando los Borgia cayeron en desgracia.

En el cónclave celebrado para escoger un nuevo papa, gracias a sus maniobras, Rodrigo logró que fuera elegido Eneas

ENEAS PICCOLOMINI, futuro Pío II, parte hacia el Concilio de Basilea. Obra de Pinturicchio, siglo xv.



## LA BELLA VANNOZZA CATTANEI

Una respetada amante, amiga y consejera de Rodrigo de Borgia

Giovanna de Candia dei Cattanei, llamada Vannozza (arriba, su supuesto retrato), fue la amante de Rodrigo de Borgia durante más de un decenio, y le dio cuatro hijos. Nació en Mantua en 1442, en el seno de una familia de la pequeña nobleza local, y se trasladó a Roma siendo muy joven. Según algunas fuentes, había sido amante del cardenal Giuliano della Rovere, el futuro papa Julio II. Cuando inició su relación con Rodrigo, regentaba una posada. Él ya había tenido contacto sexual con otras amantes. En cambio, con Vannozza, el futuro papa tuvo una relación casi de pareja. No solo compartían el lecho, sino que también los unía su amor por sus hijos. Además, Rodrigo otorgaba gran valor al criterio de ella y a menudo le consultaba asuntos de todos los ámbitos.

Vannozza gozaba de una elevada posición como amante de uno de los cardenales más poderosos de Roma (entonces era frecuente que los preladados tuvieran amantes, así que esta unión no causaba particular escándalo). Aun así, el cardenal creyó conveniente que ella tuviera un consorte, y dispuso que se uniera en matrimonio: lo hizo cuatro veces, tras enviudar de sus tres primeros maridos. Cuando Rodrigo fue elegido papa y entró en escena una nueva amante, Vannozza se retiró a un segundo plano, pero siguió manteniendo una relación de amistad con Rodrigo. Hábil y previsora, había acumulado riquezas suficientes para vivir con holgura el resto de su vida. En sus últimos años experimentó un fuerte fervor religioso, y se dedicó a la penitencia y a la expiación.

Silvio Piccolomini, que fue proclamado pontífice con el nombre de Pío II. Éste lo premió con la confirmación de su cargo de vicescanciller de la Iglesia.

Rodrigo era el prototipo del noble del Renacimiento: culto, humanista y desprovisto de preocupaciones morales, político sin escrúpulos y gran diplomático. A diferencia de su tío Calixto, hombre recatado y de costumbres austeras, Rodrigo era un hedonista, amante del lujo y el refinamiento. En Roma eran conocidas su vida licenciosa y sus numerosas amantes. Con una de ellas tuvo a su primogénito, Pedro Luis, que años más tarde sería el primer duque de Gandía. En torno a 1470 se enamoró de la bella cortesana Vannozza Cattanei, con la que mantuvo una larga relación y que le dio cuatro hijos: Juan, César, Lucrecia y Jofré.

Gracias a su talento, a su inteligencia y a sus dotes de negociación, Rodrigo mantuvo permanentemente su influencia en la curia romana y consiguió ser el hom-

## RODRIGO DE BORGIA ERA EL PROTOTIPO DE NOBLE RENACENTISTA: CULTO, HUMANISTA Y SIN ESCRÚPULOS

bre de confianza de los papas siguientes, Pablo II, Sixto IV e Inocencio VIII.

Sin duda, uno de los episodios más destacados de esos años fue su intervención en el conflicto desencadenado por la unión matrimonial entre Isabel de Castilla y Fernando de Aragón. En 1469, los dos príncipes habían decidido casarse, lo que reforzaría la posición de cada uno de ellos frente a la nobleza en sus respectivos reinos. Como eran primos segundos, precisaban una dispensa eclesiástica, algo que habría requerido cierto tiempo. Pero la complicada situación aconsejaba celebrar el casamiento con urgencia, por lo que resolvieron unirse en matrimonio en secreto utilizando una bula papal falsa. Cuando la noticia llegó a Roma, Pablo II excomulgó a Isabel y Fernando, lo que se tradujo en el inicio de una larga pugna entre los futuros Reyes Católicos y la Santa Sede. En



EL CASTILLO DE SANT' ANGELO, una fortaleza que sirvió de refugio a los papas del Renacimiento.

el año 1472, siendo ya papa Sixto IV, Rodrigo viajó a la península ibérica y otorgó finalmente el perdón papal a Isabel y a Fernando, obteniendo, a cambio, una mayor autoridad de la Santa Sede en los reinos de Castilla y Aragón.

Más adelante, siendo pontífice Inocencio VIII, Rodrigo de Borgia se vio beneficiado por otra disputa entre el Papado y Fernando, cuando éste era ya rey de Aragón. El Monarca se había arrogado la potestad de nombrar ministros eclesiásticos en sus territorios, lo que provocó una vez más la puesta en marcha de otro proceso de excomunión. Rodrigo entabló conversaciones con Fernando que dieron como resultado la recti-

ficación del Rey y la paralización de dicho proceso de excomunión, a cambio de lo cual obtuvo, para su hijo primogénito, el ducado de Gandía.

### La ocasión perfecta

A la muerte de Inocencio VIII en 1492, tuvo lugar en Roma un cónclave que estuvo marcado por una dinámica similar a la que llevó a la elección de su tío, Calixto III, treinta y siete años antes. Las fuertes rivalidades de las familias italianas más poderosas impedían que éstas llegaran a un acuerdo sobre quién debía ocupar el solio pontificio. Rodrigo vio su oportunidad y, tras unas intensas negociaciones –en las que seguramente pro-

metió todo tipo de favores y privilegios, y en las que probablemente tuvo que utilizar parte de su fortuna para comprar votos–, consiguió el apoyo de los Sforza, los Farnesio y los Orsini, además del de todos los cardenales. A los 61 años, Rodrigo se convertía en Alejandro VI. ■

## PARA SABER MÁS

### ENSAYO

**MIRA, Joan F.** *Los Borja, familia y mito.* Alzira: Edicions Bromera, 2000.

**SPINOSA, Antonio.** *La saga dei Borgia.* Milán: Mondadori, 2001. En italiano.

**VICENT, Manuel.** *Borja, Borgia.* Barcelona: Ediciones Destino, 1995.



# LOS JUEGOS DE EQUILIBRIO DEL ÁSTUTO ALEJANDRO VI

Fue un pontífice poco celestial, con los pies bien firmes en el suelo. Su mala fama fue el precio que pagó por defender a toda costa tanto sus intereses familiares como la independencia de la Santa Sede.

ANA ECHEVERRÍA, PERIODISTA

**S**i Alejandro VI hubiera sido papa en el siglo XXI, sus andanzas y las de sus hijos coparían las brillantes portadas de la prensa rosa y los blogs de *celebrities* más seguidos de Internet. No hay escándalo que no se le haya atribuido a esta familia: orgías, hijos ilegítimos, incesto, fratricidio, misteriosos venenos que no dejan huella, cadáveres flotando en el Tíber, trapicheos y corruptelas de toda clase. Estos ingredientes bastarían para mantener en vilo durante años a la audiencia de todos los programas del corazón. Y por si aún no resultaran lo bastante suculentos, los Borgia tienen algo de lo que carecen otros clanes como los Kennedy o los Grimaldi: un



cabeza de familia que no era un padre cualquiera, sino el Santo Padre, ejemplo moral de toda la cristiandad.

Ningún pontífice ha pasado a la posteridad con peor reputación. ¿Significa eso que Alejandro VI fue el peor papa de la historia? No necesariamente. Se le acusa de nepotismo, pero otros dieciocho papas repartieron cargos entre sus parientes (el récord absoluto lo ostenta Sixto IV, que nombró a 25 familiares entre obispos, arzobispos y cardenales). Se le reprocha haber abusado del lujo y de la violencia, olvidando que sus sucesores Julio II y León X no le fueron a la zaga. Tampoco fue el primer pontífice que vio-

ló el celibato y encumbró a sus hijos. La nieta de Inocencio VIII, sin ir más lejos, fue dama de honor de Lucrecia Borgia.

¿Por qué únicamente Alejandro VI pasó a la crónica negra? Porque se granjeó más enemigos. Él y su tío Calixto III fueron los únicos papas no italianos del Renacimiento. Rodrigo de Borgia dedicó su pontificado a fortalecer la Santa Sede y debilitar a las grandes familias que desde siempre se repartían el poder en Roma. Para ello, buscó el apoyo de las potencias del momento: España, Francia, Nápoles e incluso Turquía, tradicional oponente del cristianismo. Cuando los vaivenes de la política internacional lo hicieron nece-

sario, no dudó en traicionar a unos para aliarse con otros, de modo que al final no quedó un monarca, duque o barón que no tuviera razones para odiarle. Aunque ni Alejandro VI ni sus hijos fueron personas de conducta irreprochable, muchos de los rumores que aún circulan sobre él son exageraciones o simples invenciones, según los historiadores contemporáneos. No obstante, series de televisión como la italo-española *Los Borgia* (2006) o, previsiblemente, la saga que ha encargado la cadena estadounidense Showtime sobre el clan, con Jeremy Irons como protagonista, siguen haciéndose eco de estos mitos. A fin de cuentas, ¿quién deja



EL PUENTE DE SANT'ANGELO, sobre el Tíber, el río donde apareció muerto un hijo de Alejandro VI.

que los méritos políticos de un hombre le estropeen un picante cotilleo? Lo cierto es que no todo fueron intrigas y escarceos amorosos durante el pontificado de Rodrigo de Borgia. Alejandro VI mostró un interés espiritual, no solo carnal, por la mujer: fomentó el culto a la Virgen y a su madre, santa Ana, e incorporó el rezo del Ángelus a las oraciones diarias. Aunque era poco aficionado a la austeridad, comprendió que debía apoyar los esfuerzos reformadores de influyentes órdenes religiosas, como los franciscanos, los dominicos o los agustinos, además de aprobar la orden mendicante de los hermanos mínimos, fundada por

san Francisco de Paula. También fue un importante mecenas: encargó a Miguel Ángel su *Pietà*, decoró los aposentos papales con frescos de *Il Pinturicchio* y prestó su apoyo a la Universidad de la Sapienza, donde Copérnico impartiría clases durante su pontificado.

Hay que reconocer, sin embargo, que el talento de Rodrigo de Borgia siempre brilló más en los asuntos terrenales que en los divinos. Por ejemplo, saneó las finanzas de la Iglesia, muy deterioradas, y las de los romanos, estas últimas mediante un procedimiento muy en boga hoy en día: organizar un gran evento en la ciudad. El jubileo de 1500 atrajo a Roma a unos 200.000 peregrinos, una cifra descomunal para la época, comparable al volumen de turistas que acuden en la actualidad a los juegos olímpicos o las exposiciones universales. Ni la epidemia de peste que asolaba la capital ni la inseguridad de los caminos desanimó a esta riada de visitantes. Para acogerlos, el Papa encargó reformas urbanísticas como la Via Alessandrina (hoy Via della Conciliazione), una gran avenida que sentaría las bases del urbanismo moderno en la ciudad. Rodrigo de Borgia también se ocupó de mejorar la seguridad ciudada-

## EN REALIDAD, RODRIGO DE BORGIA SIEMPRE FUE MÁS BRILLANTE EN LOS ASUNTOS TERRENALES QUE EN LOS DIVINOS

na, prohibiendo a los romanos llevar armas envenenadas y otorgando a la policía la potestad de requisarlas. Asimismo, nombró cuatro jueces de paz para resolver pleitos civiles, con el fin de descargar de trabajo a los conservadores municipales que impartían justicia en el Capitolio.

### Árbitro internacional

A pesar de estas mejoras en la curia y en el gobierno de la Santa Sede, no fueron los asuntos internos los que captaron preferentemente la atención del Pontífice. Fue en la política exterior donde Alejandro VI, diplomático y sobrino de diplomáticos, se sintió en su salsa. La



EL PAPA LEÓN X acompañado de dos cardenales. Óleo sobre lienzo de Rafael Sanzio, 1518-19.

misma fecha de su elección ya parecía prefigurarle. Rodrigo accede al Papado el 11 de agosto de 1492, un año plagado de acontecimientos. Fernando e Isabel, reyes gracias a su mediación, conquistan Granada y expulsan de sus respectivos reinos a los judíos sefardíes. Entretanto, Cristóbal Colón busca una ruta comercial que permita a los Monarcas entrar en el mercado de especias, monopolizado por los portugueses, pero, en vez de encontrar un camino alternativo a Asia, descubre un continente.

¿Quién debe hacerse cargo de estos nuevos territorios? O, mejor dicho, ¿quién tendrá la exclusiva de su explotación comercial? Para dilucidarlo, los futuros Reyes Católicos acuden al Papa, que adopta una solución salomónica: en dos bulas, otorga a los monarcas hispanos las tierras descubiertas y por descubrir que estén situadas cien leguas al oeste de las Azores. A cambio, Alejandro VI exige que los colonizadores se hagan cargo de evangelizar a los colonizados. "En estas tierras desconocidas que ha pisado Cristóbal Colón vive, desnudo y vegetariano, un pueblo que cree en un solo Dios, y que solo pide ser instruido en la creencia en Jesucristo", escribe. Estos documentos servirán de punto de partida para el

# El legado de Alejandro VI

## UNA DESCENDENCIA DE DUQUES, PRÍNCIPES Y PRINCESAS

**JUAN BORJA** (1474-97), segundo duque de Gandía.



**MARÍA ENRÍQUEZ** (1474-1539). La pareja tuvo dos hijos, Isabel y Juan. El hijo de este último será san Francisco de Borja (1510-72).

**CÉSAR BORGIA** (1475-1507), duque de Valentinois.



**CHARLOTTE D'ALBRET** (1480-1514). Trajo al mundo a una niña, Luisa Borgia (1500-53).

**RODRIGO DE BORGIA** (1431-1503). Como papa, Alejandro VI (1492-1503)

**VANNOZZA CATTANEI**

**LUCRECIA BORGIA** (1480-1519). Entre su primer y su segundo matrimonio concibió un hijo ilegítimo, Juan Borgia (1498-1548).



1

**GIOVANNI SFORZA** (1466-1510), señor de Pesaro.



2

**ALFONSO DE ARAGÓN** (1481-1500), duque de Bisceglie. El hijo de ambos, Rodrigo (1499-1512), murió con trece años de edad.



3

**ALFONSO D'ESTE** (1476-1534), príncipe de Ferrara. De los seis hijos en común, dos murieron antes de cumplir los tres años.

**JOFRÉ BORGIA** (1481-1516), príncipe de Esquilache.



1

**SANCHA DE ARAGÓN** (1478-1506), princesa de Nápoles.



2

**MARÍA DE MILÁN** (?-?). El segundo matrimonio de Jofré le dio un hijo y tres hijas.

## DE BULAS Y BULOS

La leyenda negra de los Borgia no está exenta de fantasía. Por ejemplo, la familia cometió varios crímenes políticos, pero ninguno implicó el uso de veneno. Tampoco son fundadas las acusaciones de incesto, difundidas por el primer yerno de Rodrigo (despedido por haber sido declarado impotente). Dos bulas añadieron leña al fuego: una, pública, reconocía a un hijo de César; la otra, secreta, atribuía la paternidad del mismo bebé a Alejandro VI. Aunque el nombre de Lucrecia (en la imagen) no se menciona, parece que estos documentos pretendían amparar legalmente al hijo ilegítimo que ésta tuvo entre sus dos primeros matrimonios, asegurándole un título y una herencia. Esto no implica en absoluto que existiera una relación incestuosa.



Tratado de Tordesillas, que desplazará la frontera 270 leguas más al oeste (lo que permitirá, a la larga, que los portugueses conquisten Brasil), pero en lo esencial respetará las condiciones del Papa.

1492 es un año clave para entender el papel de Rodrigo de Borgia en la política internacional y para comprender muchas de sus decisiones. Europa está dejando atrás las formas del feudalismo medieval y se planta a las puertas de la Era Moderna. Los pequeños reinos de antaño se agrupan en grandes estados, gracias a conquistas o alianzas dinásticas. Las monarquías se fortalecen y la nobleza, que durante la Edad Media limitaba el poder de los reyes, pierde protagonismo a marchas forzadas. España será el ejemplo más significativo de este proceso, pero el Estado también es cada vez más fuerte y centralizado en Francia, Inglaterra y el Sacro Imperio Germánico. Italia, dividida en pequeños señoríos continuamente enfrentados entre sí, es la excepción.

En medio de este mapa quedan los Estados Pontificios, el lugar donde confluyen los intereses de las grandes potencias

## ESPAÑOLES Y FRANCESES INTENTARON PONER EN JAQUE A ALEJANDRO VI, PERO EL PAPA SE LES ESCAPÓ UNA Y OTRA VEZ

cias y de los ducados italianos, cuyos gobernantes cuentan con numerosos parientes en la curia romana. Cada papa está rodeado de obispos, arzobispos y cardenales que defienden los intereses de sus países de origen o de sus familias. Y es que los pontífices renacentistas, como representantes de Dios en la tierra, tienen en sus manos el poder de coronar reyes o deslegitimarlos, ratificar o vetar acuerdos, mediar en conflictos internacionales, convocar cruzadas y hasta repartir botines de guerra. Un poder tan atractivo como peligroso, puesto que quien controle al papa controlará, en cierto modo, el mundo entero. Un mundo que no hace sino ensancharse con los descubrimientos de exploradores y navegantes. Españoles y franceses, cada



ENCUENTRO ENTRE LOS ORSINI y los Medici, por el pintor Antoniazio Romano, finales del siglo XV.

vez más poderosos, moverán peones, alfiles y reinas para poner en jaque a Alejandro VI, pero el Pontífice se les escurrirá una y otra vez, con ayuda de sus hijos y de su propio ingenio.

### Difícil equilibrio

Una vez nombrado papa, Rodrigo de Borgia comprende enseguida dos cosas. La primera es que está en desventaja. Los cardenales italianos le han elegido por su presunta neutralidad —y por sus probables sobornos—, pero en realidad no desean un pontífice neutro. La guerra de familias no tarda en reanudarse, espolcada por los Orsini. A diferencia de otros papas, Alejandro VI no cuenta con el apoyo de un rancio linaje italiano, con tierras propias y castillos, de modo que

se dispone a solucionar el problema. Debe apresurarse a fundar un clan para que, cuando él desaparezca, sus descendientes puedan codearse en igualdad de condiciones con el resto de grandes familias romanas. Por otra parte, los Estados Pontificios no atraviesan un buen momento. Su ejército es débil, y muchos de los señores feudales no pagan puntualmente sus tributos. La Santa Sede se expone a que cualquier país bien armado trate de imponer su influencia por la fuerza. Así pues, mantener la independencia del poder espiritual pasa por fortalecer el poder temporal. El bien de Roma y el de su propia familia coinciden: una y otra necesitan más poder y nuevos territorios. Los Orsini son los primeros en amenazar la seguridad de Alejandro VI. Compran

dos castillos estratégicos en la ruta de Roma a Florencia, capaces de bloquear, si es necesario, el acceso a los Estados Pontificios. El Papa se ve obligado a buscar aliados. Lo logra casando a su hija Lucrecia con Giovanni Sforza, sobrino del duque de Milán. Pero los milaneses, a su vez, son aliados de Carlos VIII de Francia, que tiene un ojo puesto en el reino de Nápoles. Para llegar a Nápoles, el monarca francés debe atravesar los Estados Pontificios, y Alejandro teme que aproveche para ocuparlos. Logra conjurar este otro peligro casando a su hijo Juan con una prima de Fernando de Aragón, pariente del rey de Nápoles y enemigo, por tanto, del francés. De este modo, cuenta con su apoyo en caso de que Carlos VIII se exceda. Entretanto, el Papa



**CARLOS VIII DE FRANCIA** entra en Nápoles en mayo de 1495. Cuadro de Éloi Firmin Ferón, siglo XIX.

negocia el matrimonio de su hijo menor, Jofré, con Sancha de Aragón, una nieta bastarda del rey Ferrante de Nápoles. Con todos los flancos cubiertos, Rodrigo espera poder disfrutar de un pontificado tranquilo. Pero los franceses no le pondrán las cosas tan fáciles.

Carlos VIII insiste en emprender una cruzada para liberar Jerusalén de los musulmanes, iniciativa a la que el Papa no puede negarse en público. Pero Alejandro VI tiene su propio acuerdo con el sultán de Turquía: recibe una cuantiosa pensión anual por hospedar como rehén al príncipe Yim, legítimo aspirante al trono, y mantenerlo alejado de la política turca. A cambio, los turcos se comprometen a no invadir nuevos territorios cristianos.

Las razones del monarca francés para romper esta tregua tienen poco que ver

con el fervor religioso. Con la excusa de embarcar a Tierra Santa, el Rey planea dirigirse con sus soldados a Nápoles. Para ello, pasará antes por Roma, donde obtendrá de Alejandro VI, a la fuerza, la bendición para reclamar la Corona napolitana. Además, por si fuera poco, el

a los Medici y entra triunfalmente en Roma. Alejandro VI ha tratado de prepararse fortificando el castillo de Sant'Angelo, pero la nueva muralla se derrumba parcialmente. Además, no ha logrado reunir un ejército lo bastante fuerte y tiene al enemigo en casa, puesto que los roma-

## AL NO CONTAR CON DEFENSAS SUFICIENTES, EL PAPA RECIBE CON FINGIDA CORTESÍA AL REY CARLOS VIII

trono de Jerusalén se vincula desde hace tiempo al de Nápoles (dos siglos antes, este reino adquirió a María de Antioquía el derecho a la soberanía del primero), de manera que una cruzada legitimará doblemente sus aspiraciones.

En septiembre de 1494 el soberano francés cruza los Alpes, expulsa de Florencia

nos Orsini se han aliado con los franceses. Pronto renuncia a defenderse y recibe con fingida cortesía a Carlos VIII. Le obsequia con lujosos banquetes, bellas palabras y ceremonias religiosas interminables, obtiene del Monarca un desgastado juramento de fidelidad y, a cambio, hace algunas concesiones insignifican-

tes. Por hábil que sea Carlos VIII con las armas, Alejandro VI lo es más en el terreno diplomático. Se compromete vagamente a coronarlo rey de Nápoles y a bendecir la cruzada, pero no llega a hacer formalmente ni lo uno ni lo otro. Carlos VIII exige llevarse a Nápoles a su hijo César y al príncipe turco Yim como prueba de lealtad del Pontífice, quien le cede además varias mulas cargadas de lujosas vestiduras y vajillas de oro y plata. Es en este momento cuando tiene lugar el episodio más cómico del Papado de Alejandro VI: aprovechando el primer alto de la comitiva, César Borgia huye disfrazado de palafrenero, llevándose dos animales consigo. A la mañana siguiente se descubre que las alforjas de las restantes mulas pontificias solo contenían piedras.

Carlos VIII regresará de Nápoles con el rabo entre las piernas y con su ejército derrotado por un inesperado enemigo: la sífilis. En adelante, a esta enfermedad se la conocerá en Italia como “mal francés”, y en Francia, como “mal italiano”.

## Bodas de sangre

Este episodio lleva a Alejandro VI a estrechar aún más sus lazos con la casa de Aragón. Ya tiene dos nueras emparentadas con los monarcas aragonés y napolitano, pero el matrimonio de Lucrecia con un milanés de la casa Sforza ha dejado de beneficiarle. Decide anularlo con el pretexto de que no se ha consumado. Como los jóvenes llevan varios años de convivencia marital, solo hay una manera de que esta excusa resulte creíble: convencer al esposo de que se declare impotente. El Papa negocia con el clan durante dos años, hasta conseguir que Giovanni, que aún no ha cumplido los treinta, acepte esta humillación. Lucrecia declara ante el tribunal eclesiástico, en perfecto latín, que se mantiene virgen, una situación particularmente irónica si es cierto (como sospechan muchos expertos) que estaba encinta de seis meses en aquel momento. El padre más probable no sería su ex marido, de quien llevaba un año separada, sino un joven criado cuyo cadáver aparecería en el Tíber poco después del nacimiento del bebé ilegítimo. El nuevo esposo de Lucrecia será Alfonso de Aragón, duque de Bisceglie, hijo natural de Alfonso II de Nápoles (recién coronado).



## UNA PIEDRA EN EL ZAPATO DEL PAPA

Solo el puritano Savonarola consiguió colmar su paciencia

### ■ ADELANTADO A SU TIEMPO

Está claro que Alejandro VI no fue precisamente un moralista. Sin embargo, si se le contempla con ojos del siglo XXI, afloran virtudes que sus contemporáneos no supieron apreciar. Era un hombre práctico, tolerante con las debilidades propias y ajenas, que huía de extremismos y xenofobias.

### ■ DIPLOMÁTICO E IGUALITARIO

Aunque sobre el papel preparó varias cruzadas fallidas, en realidad mantuvo excelentes relaciones con el sultán de Turquía y acogió en Roma a miles de refugiados judíos expulsados de Aragón y Castilla, haciendo oídos sordos a las protestas del embajador español. Para escándalo de muchos, Rodrigo fue también el primer pontífice que

ofreció un alto cargo a una mujer en la Santa Sede. Durante una ausencia en 1501, dejó al frente de los asuntos de la Iglesia a su hija Lucrecia, que ya había demostrado su buen criterio como gobernadora de Pesaro.

### ■ ¿LIBERTAD DE PRENSA?

Si bien sabía de los comadreos que circulaban sobre él y su familia, el Papa defendió con firmeza la libertad de expresión: “Dejadles escribir. En Roma puede decirse todo, no hay ningún problema”. Solo las críticas de Savonarola (arriba), el puritano fraile florentino impulsor de la hoguera de las vanidades, lograrían sacarle de quicio. Tras amonestarle, sobornarle en vano y excomulgarle, el Pontífice logró hacerle callar condenándolo a la horca en 1498.

Entretanto, el Pontífice decide curarse en salud y protegerse de futuras invasiones. Para ello hace venir desde Valencia a su hijo Juan, duque de Gandía. Su misión es apropiarse de los castillos estratégicos de los Orsini por la fuerza, pero el joven carece de experiencia militar. Alejandro VI contrata a Gonzalo de Córdoba, el Gran Capitán, con cuya ayuda Juan invade Ostia, refugio del cardenal Giuliano della Rovere, aliado de Francia y archienemigo del Papa. Encantado con el éxito, Alejandro VI nombra a su hijo Confoloniero y Capitán de la Iglesia.

Sin embargo, no le durará demasiado la alegría. La noche del 14 de junio de 1497, el joven desaparece tras una cena informal en casa de su madre, Vannoza Cattanei. Lo encontrarán flotando en el Tíber, cosido a puñaladas. Los enemigos del Papa, burlones, propagarán estos versos: “¡Que eres un pescador de hombres, Sixto [en referencia al VI de su nombre] / lo creemos fácilmente / pues pescaste a tu hijo en tus redes!”. El crimen queda sin resolver. Los Orsini o los Colonna son, según los historiadores, algunos de los posibles responsables. La viuda de Juan de Gandía, por el contrario, señala como culpable a su hermano César, que no tardaría en colgar los hábitos y reemplazar a su hermano como heredero terrenal de Alejandro VI.

Con el fin de asegurar su alianza con Nápoles y la Corona de Aragón, Alejandro planea casar a su hijo César con la princesa Carlota, hija de Federico III (el nuevo monarca napolitano). Pero esta vez apunta demasiado alto. A diferencia de los bastardos Alfonso de Bisceglie o Sancha de Aragón, Carlota es hija legítima: ni su padre ni sus parientes aragoneses están dispuestos a que se una a un ex cardenal, descendiente ilegítimo de un sacerdote. La negativa de Carlota a casarse con César será la sentencia de muerte de su primo Alfonso.

Como la princesa de Aragón se ha criado en la corte francesa, Alejandro pide la intercesión del nuevo rey galo, Luis XII. Éste necesita una dispensa papal para anular su primer matrimonio con Juana de Valois y casarse con Ana de Bretaña. Pero la napolitana no da su brazo a torcer, así que el Soberano ofrece a César una compensación: desposar a Charlotte d'Albret,

## LA REFORMA QUE NO LLEGÓ

Sus cambios de ánimo como padre condicionaron sus decisiones como papa.

### ■ DESDE LA PENA

El salvaje asesinato de su hijo Juan sumió a Alejandro VI en una depresión tan profunda como breve. Interpretando su pérdida como un castigo divino, decidió emprender una reforma profunda de la Santa Sede. Encargó a una comisión de seis cardenales el borrador de una bula que jamás vio la luz. En ella se ponía límite a las rentas de los altos cargos de la curia y se prohibía nombrar cardenales menores de edad (a pesar de que su propio hijo César lo fue a los diecisiete años).

### ■ Y DESDE EL ORGULLO

El arrepentimiento de Alejandro VI resultó tan convincente que hasta sus mayores adversarios, Giuliano della Rovere y Girolamo Savonarola (este último recién excomulgado por el Pontífice), le enviaron cartas de ánimo y condolencia. Pero los numerosos éxitos de su hijo César (en el centro de la imagen) en la batalla no tardaron en devolver la alegría al Papa, que pronto olvidó sus promesas y el plan de reforma que había planeado.

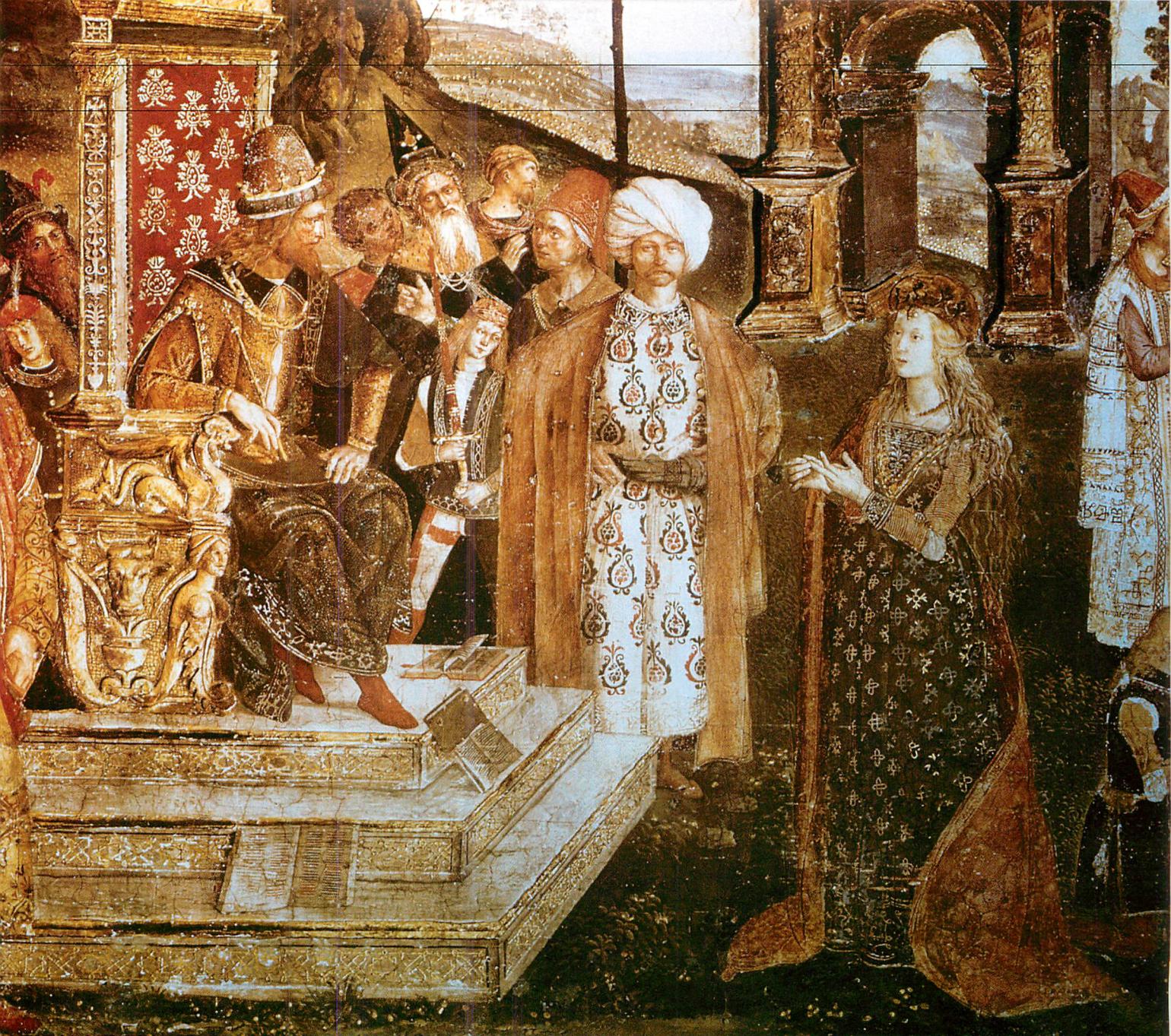
hermana del rey de Navarra. Además, apoyará al joven en su ambición de conquistar un ducado para los Borgia en el centro de Italia que asegure el poder de la familia una vez que haya fallecido el Pontífice. A cambio, exige la ayuda del Papa para conquistar Milán y Nápoles.

El equilibrio de alianzas se rompe bruscamente. Milán pasa a manos de Francia y César logra un éxito militar tras otro en nombre de los Estados Pontificios. Cuando regresa a Roma, en pleno jubileo de 1500, celebra sus triunfos con un gran desfile, al estilo de los de su tocayo, el general Julio César. Pero el esposo napolitano de su hermana Lucrecia, enemigo natural de sus nuevos aliados, resulta cada vez más molesto para las ambicio-



## CUANDO JUAN DE GANDÍA APARECIÓ FLOTANDO EN EL TÍBER, SU VIUDA SEÑALÓ A SU CUÑADO CÉSAR COMO CULPABLE

nes de César. El 15 de julio unos sicarios atacan al joven y lo hieren de gravedad. César niega estar implicado en el asunto, pero, tan solo un mes después, uno de sus servidores entra en la habitación del convaleciente y lo estrangula, sin que Lucrecia pueda impedirlo. Más adelante, cuando lo considere necesario, al joven Borgia tampoco le temblará la mano a la hora de ejecutar a sus propios ca-



pitanes y antiguos aliados. No en vano servirá como modelo para *El príncipe* de Maquiavelo, el perfecto político pragmático renacentista, que antepone sus objetivos a los escrúpulos morales.

## Precipitado final

La muerte sorprende a Alejandro VI urdiendo un nuevo equilibrio de potencias. Sus planes pasan por repartir Nápoles entre Francia y Aragón para lograr la estabilidad definitiva en Italia, una estabilidad de la que se beneficiarían los Estados Pontificios y el nuevo ducado de los Borgia en la Romaña.

Pero ninguno de estos logros se ha consolidado el 18 de agosto de 1503, cuando la malaria acaba con la vida del Pontífice.

ce. Sus allegados, que para los italianos siguen siendo extranjeros y advenedizos, huyen en manada. Los antiguos señores de la Romaña, aprovechando el caos, recuperan sus tierras. César, también enfermo, abandona la ciudad en litera, llevándose consigo un cuantioso botín de 300.000 ducados. Intercede con éxito para que el nuevo cónclave nombre papa al cardenal Piccolomini, simpatizante de su padre, pero el nuevo pontífice fallece antes de un mes. Le sucede el más acérrimo enemigo de los Borgia, Giuliano della Rovere, el mismo hombre que, siendo Rodrigo aún cardenal, lo tildó públicamente de “marrano, circonciso e catalano”. Julio II no tendrá piedad con el clan ni con la memoria de Alejandro VI, que

quedará manchada para siempre. Sin embargo, aventajará a su rival en lujo y ostentación, continuará en buena parte con su política y hará suya la estrategia de Alejandro de convertir los Estados Pontificios en una potencia militar. ■

## PARA SABER MÁS

### ENSAYO

**BATLLORI, Miquel.** *La familia Borja.* Madrid: Real Academia de la Historia, 1999.

**CLOULAS, Ivan.** *Los Borgia, fama e infamia en el Renacimiento.* Barcelona: Ediciones B, 2003.

**GERVASIO, Roberto.** *Los Borgia: Alejandro VI, el Valentino, Lucrecia.* Barcelona: Península, 1996.

# CLIO

revista  
de  
historia

www.cliorevista.com  
€ Año 6 Número 67

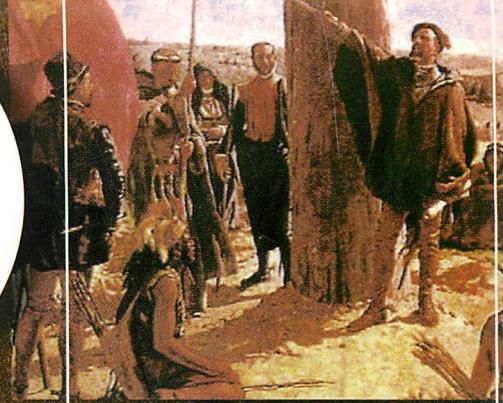


1917

Europa se  
queda sin  
petróleo

LEONARDO

CIENCIA FICCIÓN  
EN EL RENACIMIENTO



CONQUISTADORES

LA GENERACIÓN  
QUE CAMBIÓ  
EL MUNDO

Misteriosa  
y aventurera

LA VENECIA DE  
CORTO MALTÉS

Spínola

EL GENERAL  
QUE RINDIÓ  
BREDA

Juan Van Halen

TRAGEDIA DE  
UN LIBERAL

Anna Leonowens

LA INSTITUTRIZ  
INGLESA  
DE LA CORTE  
DE SIAM



# LEONARDO

## INGENIERO

CIENCIA  
FICCIÓN EN EL  
RENACIMIENTO

EL MUSEU MARÍTIM DE BARCELONA ACOGE UNA EXPOSICIÓN SOBRE LAS MÁQUINAS IDEADAS POR LEONARDO DA VINCI, A QUIEN NADA SE LE RESISTÍA. DISEÑÓ TODO TIPO DE APARATOS, ALGUNOS DE ELLOS ESTRAFALARIOS A OJOS DE SUS CONTEMPORÁNEOS E "INVENTOS DEL TBO" A LOS NUESTROS, PERO OTROS PUSIERON EN EVIDENCIA SUS DOTES DE VISIONARIO.

LAURA MANZANERA  
Periodista.

ERA DESPIERTO Y AGUDO y, con un perfecto arte de la persuasión, mostraba la complejidad de su ingenio, pues con cálculos numéricos movía montañas, levantaba pesos y, entre otras cosas, demostraba que se podía alzar el templo de San Juan en Florencia y meter debajo escaleras, sin destruirlo..." Así describió Giorgio Vasari las capacidades de Leonardo da Vinci en su obra *Vida de los mejores arquitectos, pintores y escultores italianos* (1550).

Gracias a un espíritu inquieto fuera de serie, unido a una enorme imaginación, capacidad de observación y paciencia, Leonardo se aproximó más que nadie al ▶▶

◀ SUPUESTO RETRATO de Leonardo (Galleria degli Uffizi, Florencia) y boceto de uno de sus inventos.

## LAS MÁQUINAS DE LEONARDO, EN BARCELONA

**VEINTITRÉS MODELOS** de aparatos procedentes del Museo Leonardiano di Vinci pueden verse hasta el próximo 2 de septiembre en el Museo Marítim de Barcelona. "Leonardo, genio curioso" es el nombre de la muestra que ya ha visitado otras ciudades europeas y en la que han colaborado, entre otros, la Accademia Nazionale dei Lincei, la Unesco, la Società Geografica Italiana y la Università di Milano.

Además de los ingenios, la exposición se centra en la reproducción de numerosas páginas del llamado *Código Atlántico*, una recopilación de 1.300 dibujos y proyectos de Leonardo reunidos por el escultor y coleccionista Pompeo Leoni en la segunda mitad del siglo XVI. Estos ayudan a comprender cómo concebía sus diseños el genio del Renacimiento en los años en que la ciencia moderna daba sus primeros pasos.

**Información: teléfono 933429920. [www.museumaritimbarcelona.org](http://www.museumaritimbarcelona.org)**

arquetipo renacentista del *artista completo*, pero, además, puso sus habilidades al servicio de la ciencia. Diseñaba, no por el valor estético de sus dibujos, sino para enseñar cómo podían construirse ingenios útiles.

Sus bocetos de artilugios sobre las materias más dispares pueden apabullar por su cantidad. No se le resistieron las matemáticas, la óptica ni la mecánica; demostró su valía como cartógrafo, ingeniero y arquitecto, tanto en construcciones civiles como militares. Diseñó casi de todo: paracaídas, relojes, máquinas bélicas, barcos, coches y hasta una bicicleta prácticamente igual a las que ruedan por el mundo hoy en día. El conocimiento científico y la tecnología no eran para él un medio, sino un fin en sí mismo.

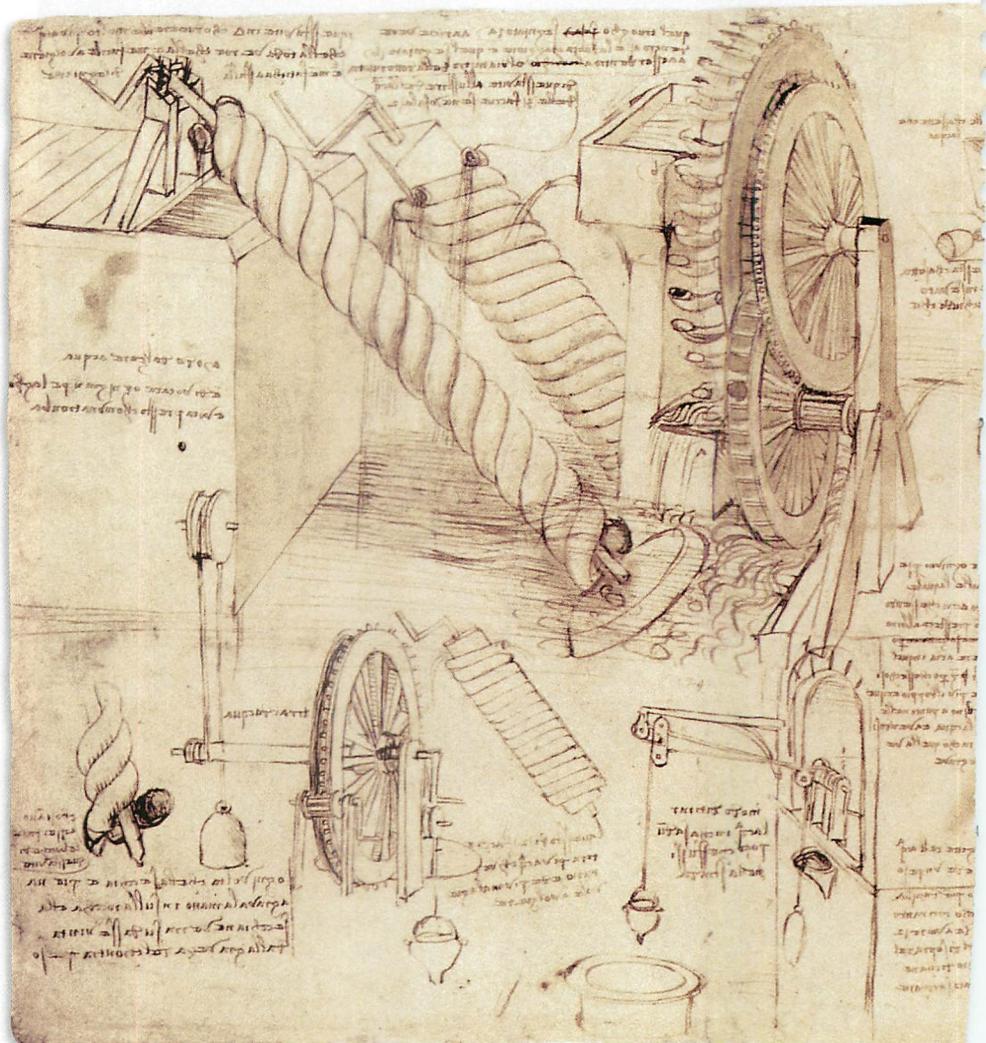
### EL HOMBRE QUE QUERÍA VOLAR

Incansable estudioso de la naturaleza y sus leyes, Da Vinci quiso explorar y conquistar los medios vetados al ser humano: el mundo submarino y, sobre todo, el cielo. Tal vez creyera que desde las alturas podría conocer mejor la forma y esencia de un universo plagado de incógnitas y retos.

Cuando aún era un niño, un ave se acercó hasta la cuna del pequeño Leonardo y, tras rozarle el rostro con su cola, alzó el vuelo. Aquella experiencia seguramente lo marcó, ya que pronto adoptó la costumbre de comprar pájaros con el único fin de liberarlos y contemplar sus gráciles movimientos en el aire. Ansiaba ser libre, como ellos, convertirse en un hombre-pájaro. Conocía la leyenda de Ícaro, cuyas alas se habían derretido ante la proximidad del Sol, pero creía que él podría evitar el fracaso, pues pensaba estudiar a fondo el movimiento de las aves y las corrientes aéreas, e incluso inventar máquinas que midiesen la fuerza del viento y la humedad, para ir sobre seguro. Estaba convencido de que sería el primer hombre en volar.

### AVIONES Y HELICÓPTEROS

Pasó mucho tiempo proyectando todo tipo de alas móviles, pero todas ellas resultaron inútiles porque no pudo solucionar el inconveniente del enorme esfuerzo físico requerido para garantizar la batida de alas. A pesar de su empeño, no logró resolver el



### Vaixell de pals

Un problema que Leonardo es planteja es el de fer més ràpida i fàcil la navegació. Com és obvi, la forma del buc tenia una gran importància; Leonardo agafà els peixos com a model i pensa, a més a més, a equipar alguns barques amb grans pales que, accionades mitjançant manivelles, amb els peus o amb les mans i ajudades adicionalment per volants, s'haurien beneficiat d'un ritme i d'una eficiència majors que amb els remos tradicionals. Cap dibuix de la pàgina no presenta la nau sencera; només alguns detalls i alguna secció parcial.

### Barco de palas

Leonardo se plantea el problema de hacer más rápida y fácil la navegación. Como es obvio, la forma del casco tenía gran importancia; Leonardo toma a los peces como modelo y, además, piensa en equipar algunos barcos con grandes palas que, accionadas mediante manivelas, con los pies o las manos y ayudadas adicionalmente por volantes, se beneficiarían de un ritmo y una eficiencia mayores que los remos tradicionales. Ninguna de las páginas representadas presenta la nave entera.

▲ MAQUETA y panel informativo de la muestra del Museu Marítim de Barcelona.

## Leonardo quiso conquistar los medios vetados al ser humano: el mundo submarino y el cielo.

problema de la propulsión, así que la técnica y el sentido común acabaron imponiéndose: ya que no podía volar como un ave, lo haría como un hombre. Así nacieron sus prototipos de paracaídas que debía confeccionarse con lino almidonado, con una estructura piramidal de base cuadrada cuya altura y lados medían siete metros. Aseguró que con ellos sería posible "lanzarse de cualquier altura sin hacerse daño", y el tiempo le iba a dar la razón. También ideó el antecedente más antiguo del actual helicóptero. Lo llamó caracol aéreo y su funcionamiento se basaba en un principio simple, el mismo que se aplica a las peonzas: un caracol sin final sobre un eje de rotación se eleva si se hace girar rápidamente. Su artilugio tenía un radio de cinco metros y su estructura era de cañas, revestida de lino, con un bordón metálico como refuerzo. La rotación debía producirse por la fuerza de tracción humana o bien al desenrollar rápidamente el cable que rodeaba la base.

A estos dos ingenios sumó otros, como el semiornitóptero, un planeador que re-

cuerda los actuales parapentes, un ornitóptero que permitía el vuelo vertical y cabinas aerodinámicas desde las que el piloto conduciría las máquinas. Pero, a pesar de que la mayoría de estos ingenios estaban teóricamente preparados para cumplir sus expectativas, casi todos fracasaron, nuevamente a causa de la propulsión. Faltaba un motor poderoso y liviano que lograra elevarlos, dificultad que tardaría siglos en superarse.

### UN PACIFISTA QUE DISEÑABA ARMAS

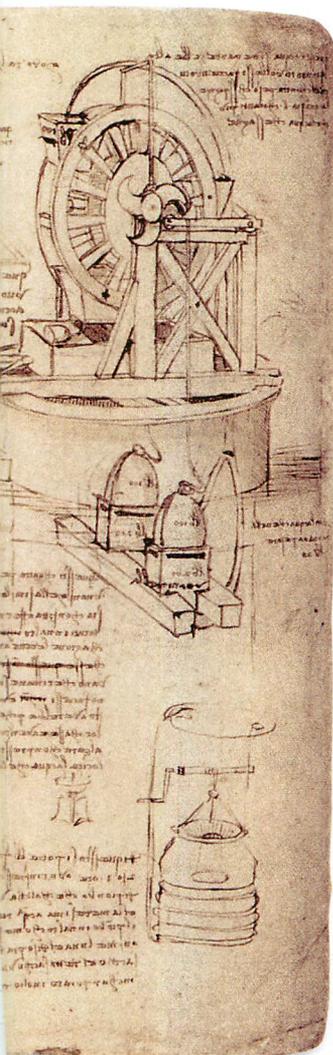
A pesar de ser un hombre pacífico y de haber definido la guerra como "el peor mal de la Tierra", Da Vinci

sentía atracción por lo militar como un campo más para desarrollar sus capacidades. De hecho, en la carta en la que ofrecía sus servicios a Ludovico Sforza, duque de Milán, en nueve de sus diez propuestas de colaboración ▶▶

## LEONARDO DESEMBARCA EN INTERNET

LA CIUDAD NATAL de Leonardo, Vinci, ha puesto en funcionamiento una biblioteca virtual con casi todas las obras del artista, unos 6.000 documentos. Se trata de la Biblioteca Leonardiana ([www.bibliotecaleonardiana.it](http://www.bibliotecaleonardiana.it)), creada en colaboración con la Università di Firenze, que ha ordenado los ingenios del genio renacentista con sistemas especiales de búsqueda y análisis.

▶ DA VINCI en un retrato realizado hacia el año 1820 que se encuentra en el castillo de Cloux (Francia), donde el italiano pasó sus últimos años. A la izquierda, algunos de sus ingenios para transportar agua.



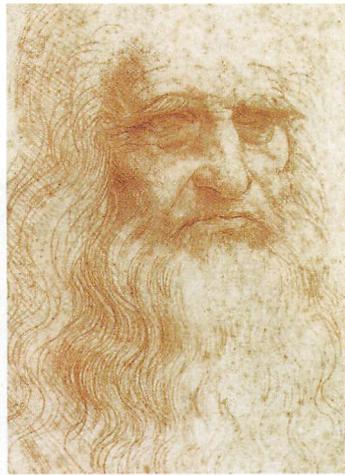
### Muchos proyectos eran demasiado ambiciosos y la tecnología de la época no permitía construirlos.

destacaba sus cualidades como ingeniero militar, consciente de que aquello lo ayudaría a ganarse mejor el pan.

Por entonces, los Estados italianos guerreaban en forma permanente y los ingenieros y cartógrafos estaban muy bien cotizados. Leonardo trabajó para Ludovico –conocido como el Moro–, y también para César Borgia, capitán general de los Ejércitos Pontificios, que aspiraba a crear una Italia unida bajo la égida del Vaticano, gobernado por su propio padre, el papa Alejandro VI.

César también contaba con la ayuda de un hábil diplomático, Nicolás Maquiavelo. Pero, mientras el autor del tratado político *El príncipe*, se ocupaba de cuestiones como el reclutamiento o la estrategia, Leonardo se centraba en el armamento, que sabía decisivo en el triunfo de cualquier batalla. Se propuso crear nuevas armas y también recuperar algunos eficaces inventos bélicos de la Antigüedad que habían caído en el olvido. Así, al idear su célebre carro de asalto, quiso provocar con él el mismo efecto aterrador que las manadas de elefantes en los ejércitos reales de la época helenística. Para ello se le ocurrió incluir unos fuelles que, por la acción del viento, produjesen un estruendo parecido al de los bramidos de los paquidermos. También se inspiró en el fuego griego, el arma naval empleada por los bizantinos, para diseñar una bala hueca y rellena de metales y materiales explosivos que potenciase su capacidad mortífera.

Algunos de sus ingenios bélicos más sencillos resultaron los más prácticos: las lanzas con un pequeño escudo en forma de embudo que permitía apartar el arma del jinete contrario; las suelas anticlavos que evitaban lastimarse los pies con las frecuentes trampas a base de púas; las cotas especiales para los infantes –que no podían cargar con armaduras pesadas– confeccionadas con escamas de hierro entre dos gruesos paños; el cañón ligero que disparaba granadas para producir niebla artificial y desconcertar al adversario; la catapulta



▲ “CABEZA DE HOMBRE con barba”, probable autorretrato de Leonardo.

capaz de lanzar dos piedras al mismo tiempo...

Otros eran, por el contrario, muy aparatosos, como la ballesta gigante –con un arco de veinticinco metros– para lanzar piedras de cincuenta kilos. Y unos cuantos denotaban una especial crueldad, como los carros provistos de guadañas giratorias con el fin de *segar* las tropas enemigas a su paso, o los cañones con proyectiles explosivos que se abrían para liberar otras bombas menores, un prece-

dente de las actuales bombas de racimo. Pero este no fue ni mucho menos el único invento que anticipó la actual tecnología. También destacan la ballesta de tiro rápido –precursora de la ametralladora–, las ruedas para cargar ballestas similares a los cargadores de disco empleados durante las dos guerras mundiales, o el doble casco en las embarcaciones, que hoy emplean, por ejemplo, los petroleros.

Al margen de las armas, ideó sistemas para vadear ríos, construir canoas portátiles, edificar bastiones con rapidez o encontrar minas. Realizó muchos estudios de puentes, pues la movilidad y rapidez de desplazamiento de los ejércitos era esencial para decantar el triunfo en un enfrentamiento. Incluso encontró la solución para evitar que, al dispararse los cañones, su fuerza destruyese los muros de la propia fortaleza. Una idea genial en su simplicidad, pues se trataba, sencillamente, de inclinar el muro hacia delante.

En no pocas ocasiones sus proyectos resultaron demasiado ambiciosos o voluminosos, y la tecnología de la época no permitió hacerlos realidad. En este sentido, fue el propio *gigantismo* de Leonardo lo que arruinó muchas de sus creaciones, pues trabajaba pensando en técnicas e incluso en materiales que aún no existían.

#### IDEAS IMPOSIBLES

También eran irrealizables algunos de sus numerosos diseños acuáticos, entre ellos el canal que, tras desviar el río Arno, había de comunicar Florencia con el mar para evitar que dependiese de Pisa. Algunas ▶▶

## POR TIERRA...

**1 “LEONARDOMÓVIL”. EL PRIMER COCHE**  
Antecedente del automóvil, este vehículo autopropulsado de unos dos metros de longitud debía ser guiado por manos humanas. Tras ser construido a escala real, se comprobó que podía realizar giros y recorrer treinta metros.

**2 BICICLETA. UN INVENTO POLÉMICO**  
Aunque los estudiosos no se ponen de acuerdo sobre su autenticidad debido a la fealdad del boceto, muy alejado del resto de los diseños leonardinos, no deja de sorprender su enorme similitud con la bicicleta moderna. Si es realmente un dibujo de Da Vinci, la fecha de nacimiento de este popular medio de transporte habría de adelantarse más de tres siglos.

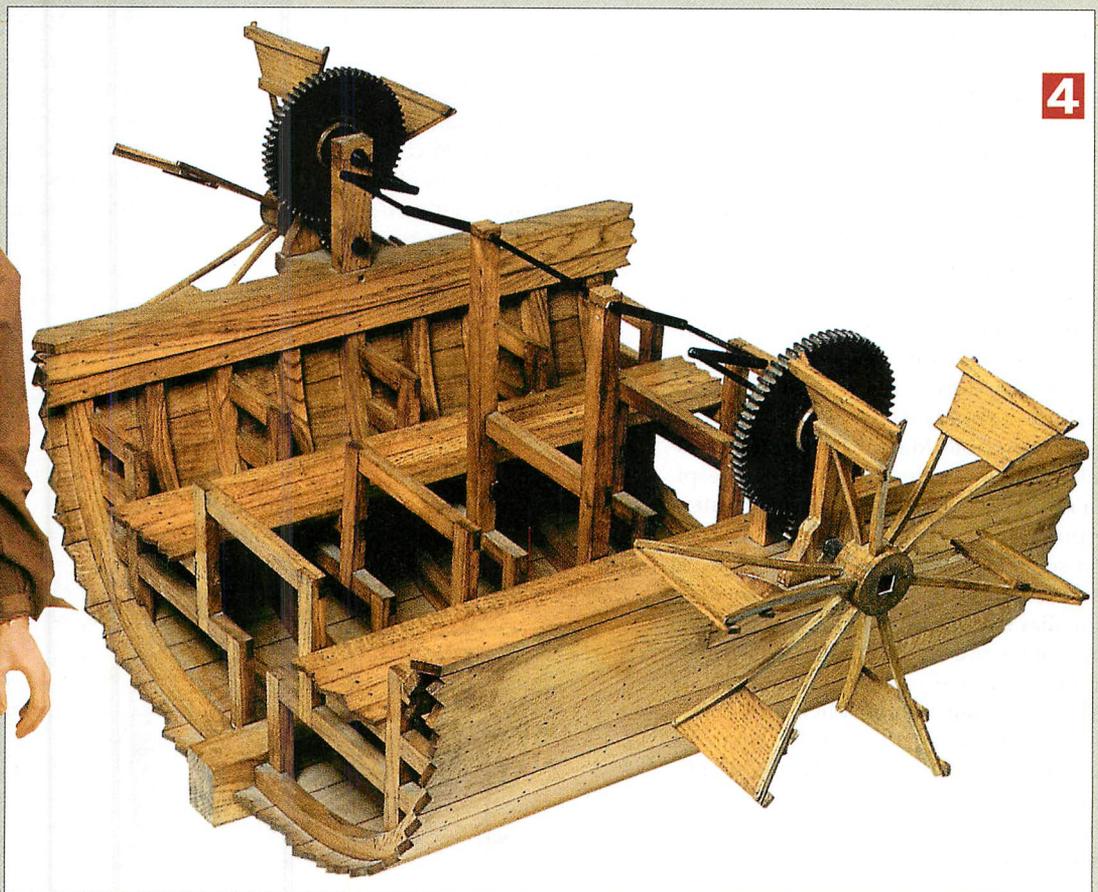
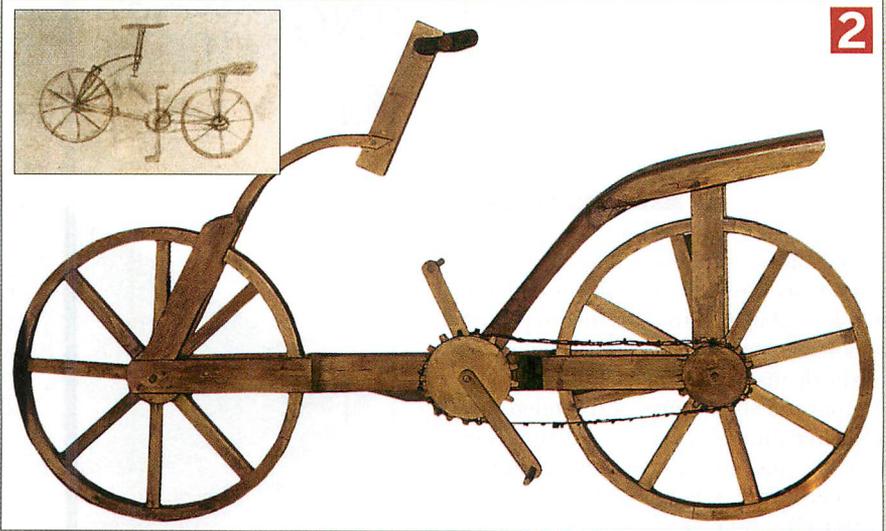
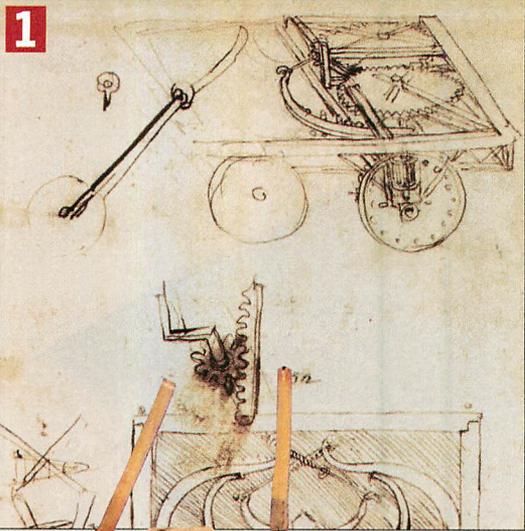
## MAR...

**3 ESCAFANDRA. COMO PEZ EN EL AGUA**  
Existen bastantes estudios anteriores, pero Leonardo le dio su aspecto casi definitivo, muy parecido al de las que se emplean hoy en inmersiones a poca profundidad. Pensada para que el buzo pudiese hundir por sorpresa a las enemigas, se completaba con un traje de piel de animal impermeabilizada, dos tubos de caña de bambú –uno para inspirar y otro para espirar– con muelles en las juntas para evitar roturas y un saco de reserva de aire realizado con fibra animal. Leonardo inventó, además, unos grandes guantes palmados para acelerar el movimiento bajo el agua, pero no tuvo en cuenta un pequeño detalle: las piernas tienen más fuerza que los brazos, por eso hoy los submarinistas emplean aletas.

**4 BARCO DE PALAS. MÁS VELOCIDAD CON MENOS ESFUERZO**  
Preocupado por hacer más rápida y sencilla la navegación, se le ocurrió equipar algunas barcas con grandes palas que, accionadas mediante manivelas –con los pies o las manos– y con la ayuda adicional de volantes, aumentarían la velocidad y reducirían el esfuerzo humano. Lo que no se le ocurrió fue que con ellas no eran ya necesarios los remos, algo que iban a demostrar los famosos barcos del Mississippi.

## ...Y AIRE

**5 SEMIORNITÓPTERO. VUELO LIBRE**  
Es un lejano antepasado del aparato de amplias superficies aladas con el que el ingeniero alemán Otto Lilienthal practicó el vuelo libre en 1891. Debía construirse con materiales ligeros (cañas, tela, seda, cuero especial...) y se desplazaría gracias al movimiento de las alas combinado con el del cuerpo del piloto.



Algunos diseños eran demasiado ingenuos, como el de la nave con remos creada para volar.

personalidades, entre ellas Maquiavelo, creyeron en sus posibilidades e incluso se iniciaron los trabajos, pero estos fueron pronto abandonados por las carencias tecnológicas y la falta de mano de obra cualificada.

Algunos de sus diseños sorprenden hoy por su ingenuidad, como la embarcación con remos que, en lugar de navegar, debía volar; pero otros muchos lo hacen por su anticipación: naves movidas por grandes ruedas laterales, trajes de buzo, submarinos... Si Julio Verne fue un visionario, Leonardo lo había sido mucho antes.

Leonardo murió el 23 de abril de 1519 en Francia, cuando estaba al servicio de Francisco I. Su legado es el fruto de su insaciable ansia de saber. La clave de su éxito fue, sin duda, la innovación. En algunos de sus escritos, criticó el mundo académico, que según él se limitaba a alimentarse del saber de los otros e intentaba ahogar el avance del nuevo método científico: "Si me desprecian como inventor, mucho más despreciables son ellos, que no son inventores sino charlatanes y recitadores de obras ajenas".

Como escribió Marcel Brion en su biografía sobre el genio renacentista, "el espíritu de Leonardo se construye a la manera de una espiral gigante, en perpetua rotación sobre sí misma y en cuyo interior se articulan unas con otras espirales menores, animadas también por giros individuales e impulsadas por un movimiento ascensional que abraza el espacio en torno, lo absorbe y lo rechaza como la hélice en el aire o en el agua. Así, los motores que él fabrica para ayudar al hombre a volar o a desplazarse sobre las aguas son la materialización exacta de su propia inteligencia y la imagen misma de su espíritu".

#### SUGERENCIAS

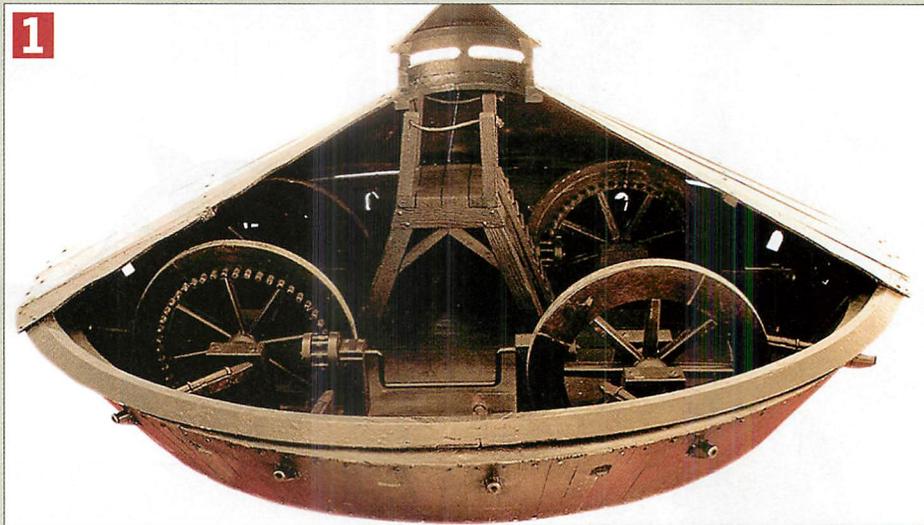
##### BIBLIOGRAFÍA

- BRION, M., *Leonardo da Vinci, la encarnación del genio*, Ediciones B, 2002.
- LAURENZA, D., *Leonardo's Machines: Da Vinci's Inventions Revealed*, Giunti, 2006.
- ZÖLLNER, F., *Leonardo da Vinci. Obra pictórica completa y obra gráfica*, Taschen, 2003.

##### INTERNET

- [www.museoleonardo.it](http://www.museoleonardo.it)
- [www.museoscienza.org](http://www.museoscienza.org)

## INGENIOS BÉLICOS



### 1 TANQUE.

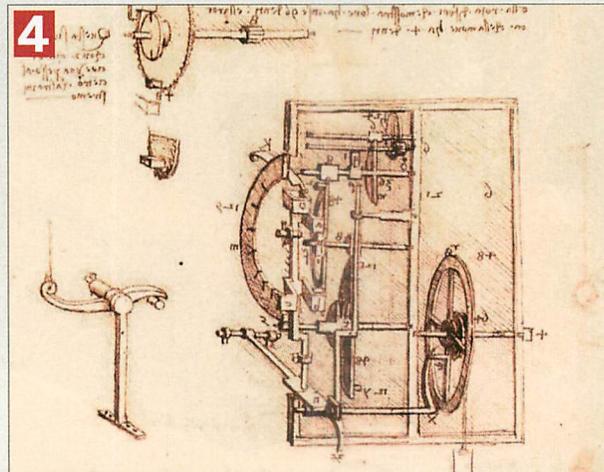
UN CARRO BLINDADO  
Estructura cubierta en forma de caparazón de tortuga con cuatro ruedas dentadas accionadas por un sistema de engranajes. Se ponía en movimiento me-

dante simples manivelas. Ocho hombres debían proporcionar la energía necesaria para empujarlo. En la franja inferior se colocaban los cañones de forma que se pudiese disparar en cualquier dirección.

### 2 CAÑÓN DE CARDÁN. EL MÁS RÁPIDO

El término *cardán* se refiere a un mecanismo que hace posible transmitir un movimiento de rotación a dos ejes de direcciones distintas, y fue ideado por

## LA OBSESIÓN POR MEDIRLO TODO



### 4 RELOJ DE CHIARAVALLE.

LA HORA UNIVERSAL  
El arte de la relojería estaba muy difundido en el Renacimiento y todas las grandes ciudades contaban con relojes públicos de grandes dimensiones. Leonardo introdujo inno-

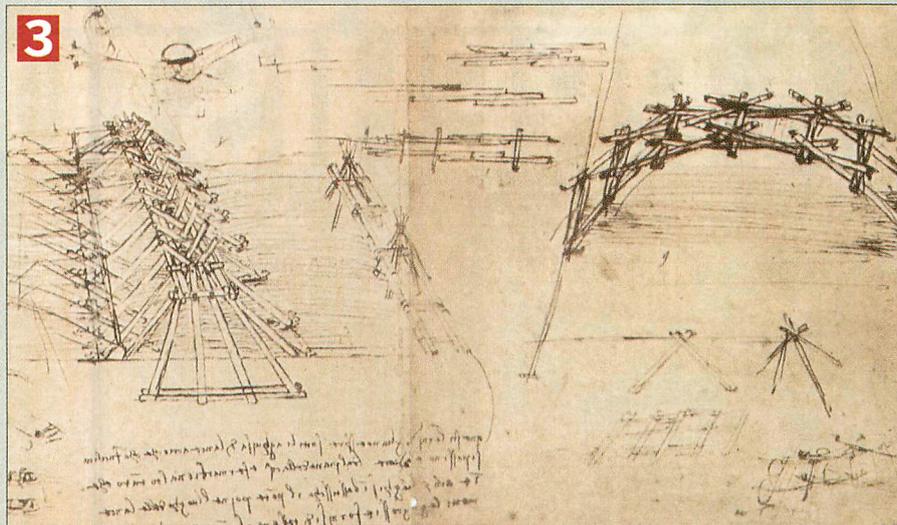
vaciones en su fabricación que mejoraron considerablemente el movimiento de los engranajes. El reloj de Chiaravalle contaba con un cuadrante para los minutos, con una aguja que hacía un giro completo cada hora; otro para las horas, cuya saeta daba una vuel-



ta cada veinticuatro horas; otro para medir el movimiento del Sol (no hay que olvidar que, en el *Cinquecento*, continuaba creyéndose que la Tierra era el centro del Universo), y el último para la Luna, que tardaba en girar poco más de veintisiete días.



2



3

Gerolamo Cardano (1501-1576) con el objetivo de que el vaivén de los navíos no afectase a la brújula. Leonardo da Vinci pensó que este sistema podía permitir también la regulación de los cañones, tanto en sentido vertical como hori-

zontal, sin necesidad de mover las ruedas ni la estructura. Con ello se reducía el tiempo necesario para apuntar, un factor decisivo en el éxito de la batalla, tanto si esta se desarrollaba en alta mar como en tierra.

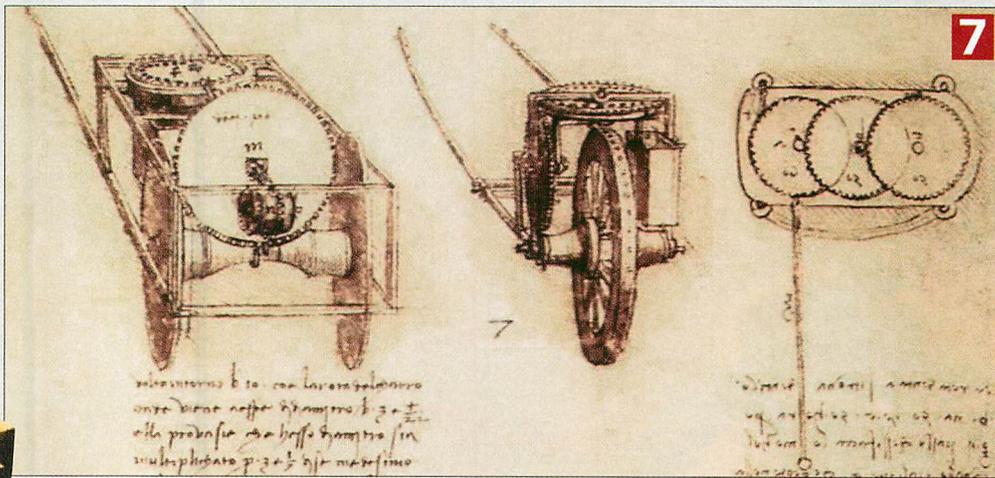
**3 PUEBLO DE SALVAMENTO. DE QUITA Y PON**

Las técnicas de construcción de este puente se habían simplificado al máximo, por lo que podía montarse y desmontarse rápidamente. No eran precisos ni clavos ni cuerdas; bastaba con

encajar varios troncos de árbol entre sí. A pesar de su apariencia frágil, podía sostener un peso considerable. Una vez cruzado el río, era suficiente con eliminar alguna de las uniones para que la estructura se desplomase como un castillo de naipes.



6



7

**6 HIGRÓMETRO. INCLINAR LA BALANZA**

Medidor de la humedad del aire. Consta de una balanza en cuyos dos platos se colocaban, respectivamente, un trozo de cera de abeja (impermeable) y una bola de algodón (permeable). Si el algodón absorbía la humedad,

aumentaba su peso y decantaba la balanza. Un palo horizontal graduado marcaba la medición exacta.

**7 ANEMÓMETRO DE LÁMINAS.**

LA FUERZA DEL VIENTO Si hoy la velocidad del viento se calcula con sofisticadas tec-

nologías (ultrasonidos, láser...), a Leonardo le bastaron una base de madera curva con muescas y una lámina. Cuanto más fuerte soplaste el viento, más arriba llegaría la lámina. Recomendó que se le incorporase un reloj para que los registros se realizasen a intervalos de tiempo regulares.

**8 ODÓMETRO. EL PRIMER CUENTAKILÓMETROS**

Cada vez que la rueda completaba un giro, una pequeña piedra caía de forma automática dentro de un recipiente. De ese modo podían contarse las vueltas y se calculaba la distancia exacta que se había recorrido.